

Cualquier sacrificio salvo la conciencia

Una historia épica de fe y coraje
a pesar de la persecución

Walter C. Utt — Helen Godfrey Pyke

Cualquier sacrificio salvo la conciencia

Cualquier sacrificio salvo la conciencia

Una historia épica de fe
y coraje a pesar de la persecución

Walter C. Utt — Helen Godfrey Pyke

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Reconocimientos

Al preparar la parte II de este libro, tenía un manuscrito a modo de borrador iniciado por el Dr. Walter Utt en la década de 1970, pero que quedó inconcluso al momento de su muerte. La copia mecanografiada que recibí representaba el compromiso personal del Dr. Utt con su carrera profesional, especializada en la historia de Francia y de los hugonotes en particular. Sentí el deseo de retomar la tarea inconclusa, no solamente porque me resultaba interesante, sino también porque el primer libro del Dr. Utt, *The Wrath of the King* [La ira del rey], me inspiró de tal manera que, luego de leerlo en 1966, me dispuse a realizar la investigación que dio fruto a mi libro titulado *A wind to the flames* [Un viento para las llamas] (¡el joven héroe de mi libro se llamaba Walter!). Al igual que Brian Strayer, quien completó la obra erudita de Utt en *The Bellicose Dove* [La paloma belicosa], mi carrera ha sido profundamente influenciada por la obra del Dr. Walter Utt.

Deseo, además, agradecer profundamente a

...la Fundación Utt y su dedicación para dar continuidad a la pasión de este gran maestro por la historia para otra generación de lectores, y especialmente a Bruce y Audrey Anderson por su apoyo y hospitalidad.

...a Brian Strawer, cuyos libros y artículos eruditos proveen datos contextuales sólidos y cuyas intervenciones prácticas personales previnieron muchas metidas de pata.

...a Martha Utt Billington por extender su apoyo y amistad.

...a mi colega, Ben McArthur, director del departamento de Historia de la Universidad Adventista Southern, quien sugirió que este proyecto me cabría bien.

...a la Universidad Adventista Southern, por concederme un semestre sabático en el cual realizar este proyecto.

...a Rachel Boyd, por transcribir la copia mecanografiada del Dr. Utt a formato digital.

...a mi esposo, Ted, por ocuparse de una buena cantidad de tareas hogareñas para proporcionarme *largas* horas de trabajo concentrado, y luego insistir en que lo acompañara en *largas* caminatas para restaurar el flujo de sangre al cerebro y al cuerpo.

Helen Godfrey Pyke

Contenido

Parte I: 1689

Parte II: 1691

Prefacio

Una generación de lectores que disfrutó los libros anteriores escritos por Walter Utt (*The Wrath of the King* [La ira del rey, 1966] y *Home to Our Valleys* [A nuestro hogar en los valles, 1977]) puede haberse preguntado por el paradero de su héroe hugonote, Armand de Gandon. La publicación de este nuevo tomo, *Cualquier sacrificio salvo la conciencia*, y su libro acompañante, *Un soldado sin descanso*, provee el "resto de la historia" y completa lo que podría ser llamado el "cuarteto hugonote".

Estos nuevos libros son el resultado de una ardua tarea. Siempre se supo que, al morir, el Dr. Utt había dejado un extenso manuscrito incompleto que describía la continuación de la historia de Armand de Gandon. Una lectura cuidadosa de este manuscrito me llevó a concluir que contenía la historia completa de las aventuras y luchas de conciencia posteriores del soldado hugonote creado por el Dr. Utt. Sin embargo, el manuscrito claramente estaba en proceso. La narrativa bien hilada y satisfactoria que encontrarás en *Un soldado sin descanso* y en *Cualquier sacrificio salvo la conciencia* es el trabajo de la destacada escritora cristiana Helen Godfrey Pyke. La historia de Armand de Gandon se despliega con claridad y, aparentemente, sin esfuerzo, gracias a los talentos creativos de Helen G. Pyke y su amor por esta historia. En esta versión, *Un soldado sin descanso* combina la historia anterior, *The Wrath of the King* [La ira del rey], con mucho material nuevo proveniente del manuscrito inconcluso del Dr. Utt. Del mismo modo, *Cualquier sacrificio salvo la conciencia* incluye la obra anterior, *Home to Our Valleys* [A nuestro hogar en los valles], con el resto del material no publicado anteriormente para completar la historia.

El Dr. Utt mismo fue un héroe para generaciones de estudiantes universitarios que apreciaron no solamente su legendario y

aparentemente ilimitado conocimiento del pasado, sino también su aborrecimiento de la pompa y las pretensiones, y su amor por los estudiantes, quienes, a menudo, llegaban a ser sus amigos y corresponsales. Luego de la muerte del Dr. Utt, un grupo de ex alumnos, amigos y colegas determinaron impedir que se perdiera el legado de este gran docente cristiano. En 1985, este grupo formó la Fundación Walter C. Utt en el Pacific Union College, en Angwin, California. Entre los resultados de su trabajo, se puede mencionar una cátedra subvencionada en el Pacific Union College con el nombre de Walter Utt y la terminación, con el profesor Brian Strayer, del libro *The Bellicose Dove: Claude Brousson and Protestant Resistance to Louis XIV, 1647-1698* [La paloma belicosa: Claude Brousson y la resistencia protestante a Luis XIV, 1647-1698]. La historia de este pastor hugonote, Claude Brousson, fue el tema de investigación que le interesó toda la vida.

El apoyo del Pacific Union College y de los miembros del Comité de la Fundación Walter C. Utt, además de la generosidad de cientos de ex alumnos y amigos del Dr. Utt, han hecho posible los logros mencionados anteriormente. El Dr. Richard Osborn, presidente del Pacific Union College, y Malcolm Maxwell, ex presidente de la misma institución, han apoyado infatigablemente estos esfuerzos. El Comité de la Fundación Walter C. Utt ha sido una roca de apoyo. Los miembros de la comisión incluyen a: Earl Aagaard, Victor Aagaard, Bruce Anderson, Eric Anderson, Charles Bell, Martha Utt-Billington, John Collins, Ileana Douglas, Arleen Downing, Lorne Glaim, Elizabeth Hamlin, Wayne Jacobsen, Grant Mitchell, David Westcott y Elle Wheeler.

De la misma manera, debemos nuestro agradecimiento a los editores de la Pacific Press, por reconocer la importancia de completar esta historia de un soldado y un cristiano.

Bruce Anderson
Presidente de la Fundación Walter C. Utt
Abril de 2007

Si no has leído "Un soldado sin descanso"

Este libro, *Cualquier sacrificio salvo la conciencia*, concluye la historia iniciada en *Un soldado sin descanso* (ACES, 2011). La historia transcurre cerca del final del siglo XVII, cuando el rey Luis XIV decidió que toda Francia debía tener una sola religión. La persecución resultante ha separado a las comunidades y las familias francesas protestantes (hugonotas). A continuación se presenta la descripción de los protagonistas.

Isaac Cortot: Un próspero comerciante hugonote que vivía en el pueblo de Saint-Martin, Francia. Sus hijos le fueron quitados y su hogar fue destruido por las *dragonnades*: el acantonamiento de soldados franceses en los hogares de civiles con la intención de forzar su "conversión" al catolicismo. La conmoción de la experiencia trajo como resultado la muerte de su esposa. Un tiempo después, una traición llevó a que fuera condenado a servir como esclavo de galera por el resto de su vida.

Madeleine Cortot: La hija de Isaac Cortot, de 19 años, quien casi cuatro años antes había sido ayudada a escapar de un convento al exilio seguro en Rotterdam, en los Países Bajos. Siente una pesada carga porque su intento de ayudar a su padre a escapar de Francia dio como resultado, en vez de eso, que fuera traicionado. Ella ama a Armand, pero es demasiado orgullosa para compartirle sus sentimientos.

Alexandre Cortot: el vivaracho y sincero hijo de Isaac Cortot, de catorce años. Logró ser echado de un Hogar para Nuevos Católicos (una especie de escuela religiosa reformatoria) y escapar a los Países Bajos con sus hermanos. Armand de Gandon le encontró una posición como tamborilero en el ejército inglés.

Louis y Louise Cortot: mellizos de diez años. Armand de Gandon frustró un intento del gobierno de secuestrarlos y los ayudó a escapar a Rotterdam, con los otros hermanos Cortot.

Armand de Gandon: un ex oficial hugonote del ejército francés. Su heroica actuación en batalla le ganó el favoritismo del duque de Lauzières, un acomodado aristócrata francés que desea promoverlo al comando de su propio regimiento y a los más altos niveles de la sociedad francesa, lo cual requeriría que renuncie, o por lo menos oculte, sus convicciones religiosas. Armand rescató a tres de los hijos de Isaac Cortot y ayudó a los cuatro a escapar a los Países Bajos protestantes. Ahora está sirviendo en el ejército del protestante holandés Guillermo de Orange, que acaba de asumir al trono de Inglaterra por invitación de los ingleses. Armand ama a Madeleine, pero es dubitativo en decírselo.

Pastor Merson: el fiel ministro hugonote que servía en el pueblo natal de los Cortot y que ahora está viviendo en los Países Bajos.

Mathieu Bertrand: el sobrino del pastor Merson, que en su momento era una estrella en ciernes entre los hugonotes. Más tarde, se convirtió ostensiblemente al catolicismo y desempeñó un papel fundamental en la traición de Isaac Cortot a las autoridades. Está extremadamente celoso de Armand de Gandon, pues Madeleine anteriormente fue su prometida.



Parte I

1689



Capítulo 1

Mensajeros de conspiración

Un hombre joven de baja estatura, vestido con un saco rojo deshilachado que le quedaba grande, descendió dificultosamente del asiento del carruaje de correos. Dejó caer su mochila sobre los adoquines y saludó al caballero militar de elevada estatura, de unos treinta años, que se aproximó desde el patio de la oficina de correos para abrazarlo. En el tumulto, otras personas también estaban saludando a los pasajeros. Por lo general, los oficiales no abrazaban a los soldados rasos, pero estos dos hablaban en francés, y muchas de las costumbres de los refugiados hugonotes debieron haberles parecido extrañas a sus anfitriones holandeses.

Era una mañana primaveral, soleada, en Rotterdam en 1689. Los dos franceses caminaron hacia las calles atestadas de la transitada ciudad portuaria, esquivando a jóvenes mensajeros, sirvientas haciendo compras, mozos de equipaje llevando pesadas cargas, marineros y comerciantes de todas partes del mundo. Todos parecían estar gesticulando, empujando y gritando al mismo tiempo. Los dos hombres llegaron a una esquina y doblaron hacia otra calle más angosta y menos transitada, que bordeaba un tranquilo canal.

–Vine en cuanto pude obtener autorización, Armand –dijo el recién llegado–. ¿De qué se trata todo esto? ¿Vale la pena haber interrumpido mi carrera militar? ¿Nos estamos embarcando en otro viaje incómodo?

Alexandre Cortot, el más joven y de menor estatura, era vivaz, robusto y de tez y cabellos oscuros. Su expresión era astuta, pero afable. Las correas blancas del saco sugerían que era un soldado inglés, y las ranuras vacías en las correas significaban que había

sido un tamborilero. Tenía una bolsa colgando del hombro, y de su cinto colgaba una bayoneta corta de filo triangular.

–¡Sí a todas tus preguntas! –respondió el otro hombre entre risas–. Pero ¿has tenido un buen viaje? ¿Cómo están tus hermanas y tu hermano?

Armand de Gandon, anteriormente comandante en los ejércitos de Su Cristianísima Majestad, Luis XIV de Francia, estaba ataviado con el saco azul largo y chaleco y calzas anaranjados de los soldados de infantería holandeses. Tenía la espalda recta y marcial, con un rostro atractivo y pensativo, ojos oscuros y una nariz más bien prominente. Llevaba puesta una peluca de color castaño que le llegaba a la altura de los hombros. A su costado colgaba una espada, y el encaje de oro en sus puños anchos y en el borde de su sombrero lo identificaban como un oficial y un caballero.

–Tuvimos un buen viaje –respondió Alexandre–. Llegué a Helder hace dos días, pero tuve que caminar la mayor parte del camino hasta La Haya. Madeleine y los mellizos están bien, y no han cambiado en estos últimos seis meses. Pero ¿a dónde vamos?

–Ahora iremos a ver a Pierre Jurieu, el famoso pastor, aquí en Rotterdam, ¡y luego llevaremos algunas cartas para personas importantes!

–Me enviaste dinero y me dijiste que me apurara. Entonces, ¿por qué perdemos tiempo en visitar a un pastor? –se quejó el joven.

–De veras estamos apurados, Alexandre, pero el pastor Jurieu no es un predicador común. ¡Seguramente conoces su nombre! Nadie escribe tan seguido ni tan furiosamente contra nuestros perseguidores.

–Mi educación ha sido descuidada desde que escapamos –dijo el joven con un toque de insolencia que nunca tardaba en aparecer–. ¿Quién podía tener tiempo para leer mientras empujaba barriles y cajas de un lado a otro en ese depósito con olor a encerrado? Y desde que convenciste al coronel Churchill de que necesitaba otro tamborilero, por lo cual te estaré eternamente agrade-

cido, ¡he estado demasiado ocupado salvando a los ingleses de los papistas como para leer! De todos modos, estudiar es para niños.

El oficial sonrió con indulgencia.

–Maduro a los 16 años –dijo maravillado–, ¡y con toda la educación que alguna vez necesitará!

Armand detuvo a un ciudadano que pasaba, a fin de pedirle direcciones en un holandés muy precario.

–Pero ¿de qué se tratan estas cartas? ¿Por qué son tan importantes? –insistió el muchacho.

–Por ahora déjame decirte que estamos en tiempos difíciles, y no todos aprecian al rey Guillermo, especialmente en Inglaterra. Y algunos de los que se unieron a él con tanta prontitud hace unos meses durante la Gloriosa Revolución podrían abandonar la Buena Causa igual de rápido, si piensan que el rey Jacobo puede regresar. ¿Sabes?, las copias de los mensajes del rey tienen formas extrañas de aparecer en las manos de diplomáticos franceses, y los correos no son seguros tampoco. Como dije, se están tramando cosas grandes y misteriosas. Soy menos sospechoso como mensajero, dado que parezco un oficial común asignado a un nuevo puesto, por lo que partiremos inmediatamente rumbo a Suiza. Pero estamos en tiempo de guerra, y el viaje por Alemania puede ser peligroso, por lo que solicité llevarte como mi ayudante o, si prefieres, mi guardaespaldas. ¿Responde eso a tu pregunta?

–No –dijo Alexandre en tono rebelde–. ¿De qué se trata todo esto?

–Tiene que ver con los asuntos de los refugiados franceses en cierto sentido, y también con la causa protestante en Suiza –respondió Gandon, tratando de ser paciente–. ¿Sabes?, cuando navegamos a Inglaterra el otoño pasado, yo estaba entre el personal del duque de Schomberg. El rey lo envió a Irlanda contra el rey Jacobo y los católicos rebeldes. El duque de Schomberg deseaba que yo fuera con él, dado que siempre fue amable conmigo por amor a mi padre fallecido, pero me pareció que pelear contra los papistas en los pantanos de Irlanda quedaba muy lejos de nuestra Francia, y prefiero estar donde puedo ayudar en forma más directa a nues-

tro pueblo que aún está en Babilonia. Después de Suiza, ¿quién sabe lo que podría surgir? Cuando el duque se convenció de mi preferencia, me recomendó al secretario de Estado británico, Lord Shrewsbury, que necesitaba un mensajero discreto de habla francesa. Hay espías en todas partes.

Se detuvieron mientras el oficial pedía direcciones nuevamente. Luego doblaron por un callejón angosto.

–Sea lo que fuere que contienen estas cartas, sé que si me las robaran habría vergüenza desde los Alpes hasta las costas irlandesas. Por supuesto –añadió, conteniendo una sonrisa–, ¡las dudas que el rey y Lord Shrewsbury tenían de mi habilidad para llevar a cabo esta misión se desvanecieron cuando se enteraron de que tú me estarías acompañando!

Alexandre se detuvo e hizo una reverencia en son de respeto.

–Parece que estoy doblemente en deuda contigo –dijo–. Me rescataste de ese espantoso depósito para llevarme a un lugar lejos de la vigilancia constante de mi querida hermana, y luego me alejaste de mis responsabilidades como tamborilero. En verdad, la alegría de ese llamado estaba comenzando a desaparecer también, y dejé mi tambor en Hounslow sin tristeza. Fue una revolución muy civilizada, después de todo, y no escuché ni un solo disparo desde el tiempo en que nuestra expedición zarpó el otoño pasado hasta ahora. Si no hubiera estado mareado la primera vez que la flota intentó zarpar, no tendría nada de qué hablar, dado que el rey Jacobo se escapó con tanta rapidez, como sabrás. Últimamente, creo que los ingleses se están cansando de las visitas extranjeras, y el clima invernal fue tan terrible como aquí, en Holanda. ¡Bueno! ¿cuándo volveremos a Francia?

–Yo no dije que íbamos a regresar a Francia, ¡y por favor no le digas a nadie que yo dije algo así! De hecho, *hay* una guerra desarrollándose en este momento, y es muy posible que, al esparcirse, algo pueda ocurrir que beneficie a nuestros pobres hermanos oprimidos.

Armand de Gandon se detuvo y buscó la puerta del pastor en la pequeña calle oscura. La altura de los edificios a ambos lados de

la calle hacía que parezca que casi se tocaban, y bloqueaba casi por completo la luz del sol.

–Recién, cuando nos saludamos –dijo Armand, con indiferencia fingida y sin mirar a su compañero–, me pregunté si quizá tuvieras algún mensaje para mí. Hace seis meses que me fui de Inglaterra y vi por última vez a tu hermana y a los mellizos. ¿Cómo están las cosas en Rotterdam?

Alexandre lo miró de reojo, con una expresión de duda burlona.

–Madelaine y los mellizos están bien de salud. Es típico de tu atento corazón preguntar. Yo diría que Madeleine está más arisca que nunca, a menos cuando yo le ofrezco consejos. Le ofrecí traerte un mensaje de su parte, y ella malinterpretó completamente mi intención y me dijo que me metiera en mis propios asuntos. Uno pensaría que haber trabajado durante cuatro años en esa Casa para Mujeres Nobles Hugonotas la hubiera ayudado en su santificación. Con una delicadeza sumamente amable y solícita, le pregunté meramente cuándo iba a ser sensata y se buscaría un novio más disponible y mejor que Mathieu. Él regresó a su hogar nuevamente, pero en cuatro años no ha escrito ni intentado escaparse de Francia, hasta donde sepamos. Y le pregunté a Madelaine si deseaba que le sugiriera a alguien, dado que ya tiene veinte años y quizá ya esté muy avanzada de edad como para casarse. Bueno, explotó como una granada, y entre una cosa y otra, no escribió mensaje alguno para que yo trajera.

El oficial se mordió el labio, y su tono se volvió seco.

–Estoy seguro de que tus intenciones eran buenas, Alexandre, pero desearía poder convencerte de que no considero que tu hermana tenga obligación alguna para conmigo, ¡ni deseo que sea hostigada por mi causa!

Alexandre puso los ojos en blanco con desesperanza, pero no dijo nada.

Armand nunca olvidaría el viaje invernal por las Ardenas cuatro años antes, cuando llevó a los hermanos Cortot fuera de Francia, desafiando el edicto del rey, y los sentimientos que en ese momento tuvo y todavía tenía por la hermana mayor de Alexandre, esa

hugonota tan atractiva y hermosa, Madeleine Cortot. Alexandre despreciaba a Mathieu, el prometido de su hermana; un sentimiento que a Armand no le costaba compartir, pues el ausente Mathieu siempre había parecido un individuo austero y antipático. Pero el sentido de lealtad de Madeleine, o quizás otras razones, la mantenían fiel al compromiso hecho mucho tiempo antes, en días más felices, en su aldea francesa natal.

Bueno, Armand no debía permitir que estos recuerdos lo distrajeran. Debía colocar esos ojos violetas y ese perfil atractivo fuera de su mente y no pensar en las oportunidades perdidas. Debía servir a la Buena Causa.

Repentinamente, Armand se dio cuenta de que estaba parado frente a la puerta que buscaba. Aunque en ese momento le hubiera gustado darle un sopapo a Alexandre en su boca tan descontrolada, era bueno tener al compañero engreído y advenedizo nuevamente con él. Así que, en vez de eso, asintió secamente y Alexandre se arrimó a la puerta y le dio a la aldaba dos golpes vigorosos.



–Me hubiera gustado, por encima de todas las cosas, estar en la coronación de sus majestades –dijo el pastor Jurieu, mirando a Armand de Gandon con intensidad casi febril–. Has tenido un privilegio para recordar toda la vida, el ver cómo Dios ha tomado control visiblemente de los asuntos de nuestra pobre iglesia oprimida y ha puesto a nuestro Josué sobre los tres tronos británicos, junto a su esposa, pues la reina María ha sido aquí el consuelo tierno de nuestros refugiados necesitados. Debo mostrarte la carta que el rey me envió en respuesta al pequeño cumplido que le escribí luego de la reciente expedición gloriosa y providencial en Inglaterra.

Pierre Jurieu había recibido a Armand en su cuarto de estudio, que a la vez era su lecho de enfermo. Se estaba recuperando de una larga enfermedad. Vestido de su hábito clerical negro y un solideo

también negro, estaba sentado en su sillón con una bata de piel sobre sus rodillas, aun cuando el fuego de carbón en el hogar hacía que el ambiente fuera casi demasiado sofocante para respirar. La pequeña habitación oscura estaba llena de libros y papeles apilados. Aun estando enfermo, Jurieu producía diatribas y sermones a un ritmo tan prodigioso que se decía que podía escribirlos más rápidamente que lo que su audiencia podía leer. Era un hombre delgado y de tez oscura, con cabello negro largo y un fino bigote. Era inquieto e irascible, y se encendía cuando escuchaba algún nombre o expresión que no le gustara, los cuales abundaban. Jurieu era uno de los escritores hugonotes más contenciosos, desde que el rey había cerrado las universidades protestantes y había tenido que dejar su puesto docente en Sedan. Era poderoso en los círculos del exilio, y su pluma era temida y respetada mucho más allá de Rotterdam. No perdonaba ni a católicos ni a sus propios tibios hermanos.

Su más reciente notoriedad provenía del aparente cumplimiento de sus predicciones en cuanto a la muerte y la resurrección de los Dos Testigos del capítulo 11 de Apocalipsis. En su libro de 1686, *The Accomplishment of the Prophecies* [El cumplimiento de las profecías], había identificado la Revocación del Edito de Nantes en 1685, que había prohibido la religión protestante de Francia, como la hora baja de la verdad de Dios: la muerte de los Dos Testigos. Casi un millón de personas había caído, en una extinción casi total del protestantismo visible. Pero cuando la Gloriosa Revolución de 1688 salvó al protestantismo en Inglaterra, colocó a Guillermo y a María en el trono, y añadió a Gran Bretaña a la lista de los enemigos de Luis XIV en la nueva guerra, parecía que la suerte del protestantismo se había revertido notablemente. El tiempo entre la Revocación y la coronación de los nuevos soberanos británicos el 21 de abril de 1689, era de solamente tres años y medio, lo cual, según el conteo profético de día por año, era exactamente el tiempo en que los Dos Testigos, los dos Testamentos, habrían de estar muertos pero no enterrados en la tierra de persecución.

El suegro de Jurieu había escrito un libro con el mismo título mu-

cho tiempo antes y, aunque sus cómputos diferían un poco, ambos veían el año 1689 como un año muy importante para el pueblo de Dios. Jurieu escribió que el periodo de persecución de 1260 años comenzó bajo León el Grande, un "hombre de pecado" apropiado, en el 450 o 455; por lo que sugería que el fin del papado y el comienzo del milenio ocurriría entre 1710 y 1715. La resurrección de los Dos Testigos podía significar la conversión de Francia al evangelio entre tanto, pues Francia era la décima porción de la ciudad anticristiana que habría de caer.

El interés en sus interpretaciones era alto, y muchos escritores se apuraron a publicar ataques o defensas de su predicción. Jurieu había dudado un poco, pero los eventos sorprendentes en Inglaterra elevaron las esperanzas de los hugonotes, y los temores de las autoridades católicas en Francia.

Jurieu no había estado esperando ocioso. Publicaba sus *Cartas pastorales* semana por medio para sus hermanos que estaban "suspirando y llorando bajo la persecución en Babilonia". Cada número era mitad estudio doctrinal y mitad notas informativas sobre las persecuciones y los martirios en Francia. Sus contactos entre los hugonotes que habían quedado varados en ese país infeliz obviamente eran buenos, y las autoridades francesas, que hallaban sus escritos dondequiera que los supuestos protestantes convertidos fuesen numerosos, estaban preocupadas. Los escritos, decía el clero católico, evitaban "buenas conversiones" e incitaban a los lectores a la rebelión y a las reuniones ilegales. La acusación del clero era que los escritos de Jurieu animaban la erupción de la predicación y la profecía que se estaba extendiendo por el sur de Francia. ¿Era Jurieu el agente de una conspiración protestante internacional?

Jurieu siempre había sido un campeón vigoroso de la Reforma, pero había respetado la persona de Luis XIV. Ahora, sin embargo, su tono cambió, y en ira enardecida denunciaba al rey como un tirano que había roto la lealtad hacia sus súbditos protestantes. Su aseveración de que la autoridad en el gobierno deriva del pueblo escandalizaba a todos los católicos y a no pocos hugonotes, algu-

nos de los cuales todavía esperaban que Luis XIV se diera cuenta de que había hecho caso a malos consejos y que les permitiera regresar a su hogar y adorar en libertad.

–Lord Shrewsbury le envía saludos, *monsieur*. Espera que su salud pronto será completamente restablecida, para un mayor servicio a la causa de Dios –dijo Armand cuando tuvo oportunidad de hablar–. Me pidió que le diera a usted estas cartas, y con ellas el agradecimiento de su Majestad por el consuelo que ha traído a la iglesia y el buen servicio que le ha dado. Estamos todos preocupados porque usted dedica sus energías a la causa hasta agotarse.

Los labios finos bajo el delgado bigote se curvaron formando una sonrisa de contentamiento, y el hombre enfermo pareció reavivarse.

–¡El Señor está extendiendo su mano de un modo maravilloso, tanto en mis pobres preocupaciones como en aquellos temas de mayor importancia! Cuando le plació a Dios recompensar mi búsqueda diligente en las profecías con algo de luz para guiar y consolar a su iglesia, el séquito completo de garabateadores y burladores papistas fueron rápidos en ridiculizarme, al igual que los simios que tienen aquí, en nuestros propios templos, aunque sea vergonzoso decirlo. Los dejo a todos al juicio de Dios y a su propia confusión ante la desembocadura de eventos y los notables prodigios que han reavivado las esperanzas de la iglesia en todas partes. Algunos, aquí en el exilio, todavía anhelan los puerros y los ajos de Egipto, pero Dios dice lo contrario. Anhelo un evento que sirva como señal para 1689, pero estos asuntos están escondidos y solamente revelados según lo disponga Dios. Por lo que aun podríamos tener peores tribulaciones por delante. Quizá la muerte de los Dos Testigos aún no haya llegado. Un día, pronto, el Señor arrancará la cizaña y la quemará.

–Dejaré de publicar las *Cartas pastorales* muy pronto, pero esto no se debe a mi debilidad según la carne; más bien, se debe a que estamos pasando de un tiempo de exhortar a un tiempo de obrar. No me cabe duda de que veremos aún juicios tan evidentes como la caída de Faraón en el Mar Rojo y la muerte de Herodes comido

por gusanos. Dios ha levantado a Guillermo de Orange y la Liga de Augsburgo para someter y humillar a los enemigos de su verdad y para animar a su pueblo. El bombardeo de Génova; la devastación de Holanda y el Palatinado; la traición de Strasburgo; los complots y las conspiraciones en Inglaterra, Escocia e Irlanda; el flujo de oro corruptor a cada corte de Europa; pero, por encima de todo, la destrucción de la adoración a Dios en Francia y los asesinatos barbáricos de la pobre gente que se reúne en lugares desiertos para recurrir a Dios... ¡La copa del vino del furor de Dios está llena y rebalsa! ¡Los jesuitas tendrán su parte en el lago de fuego, y no dudo de que Madame de Maintenon sufrirá la suerte de Jezabel!

Armand, que había visto a esa *dévote*[1] matronal, remilgada y vestida de negro en Versalles, no pudo evitar sonreír, pero el profeta de Rotterdam no se dio cuenta.

–Confío, señor –dijo el oficial–, en que el viaje que estaré realizando a Suiza pueda hacer progresar estos eventos. En ese sentido, además de los saludos que traigo de aquellos que lo aprecian a usted, Lord Shrewsbury me encargó no solamente entregarle estas cartas sino también llevar a Suiza las que usted desee enviar.

Jurieu aceptó las dos cartas que Gandon le entregó y rompió los sellos. Parecía complacido con lo que leía. Armand, sin necesidad de intentarlo demasiado, pudo leer la corta nota de Shrewsbury, aunque desde donde estaba la veía al revés. Era una nota de crédito por doscientas libras esterlinas. Esto, junto con algunos comentarios de Shrewsbury, indicaba, que dado que Jurieu tenía la mejor red de informantes hugonotes en Francia, posiblemente no toda la información estaba conectada directamente con la persecución de los creyentes. Los gobiernos británico y holandés podían estar interesados en las noticias provenientes de Francia también, especialmente de las ciudades portuarias y los movimientos navales.

Como si estuviera leyendo la mente de Armand, Jurieu colocó otros papeles por encima de la nota de crédito.

–Percibo que eres considerado en alta estima por aquellos que te enviaron y eres un hombre de confianza –dijo solemnemente–.

Te pediré, entonces, que también lleves cartas de mi parte para los hermanos en Zurich y Lausanne. Todo está encajando en su lugar. Veo que, además de que Dios está levantando a nuestro libertador, el reavivamiento en Francia llama a que avancemos de inmediato. Tengo el honor de presidir la Comisión de Refugiados aquí, en Holanda, tal como lo hace el pastor Arzeliers en Londres y *monsieur* Mirmand en Suiza. Nuestra labor en pro de la restauración de la iglesia de Dios en Francia ha llegado a un momento crítico; pero debemos ser muy prudentes, pues es una triste realidad que a menudo debemos tener mayor cuidado de nuestros propios hermanos que de los papistas, si nuestros planes no han de ser desbaratados inútilmente.

Jurieu frunció el seño, como si estuviera dolorido.

–Las últimas noticias provenientes de Francia, en especial de Dauphiné y Languedoc, hablan del reavivamiento entre el pueblo. No tienen pastores, pero el Espíritu se está moviendo entre los jóvenes, hombres y las mujeres, muchos de los cuales no tienen educación formal; y se están levantando como líderes, orando, exhortando y reprendiendo la apostasía. Esto les conlleva la furia de los perseguidores, y algunos ya han sellado su testimonio con su propia sangre.

–¿Es posible, señor –preguntó el soldado–, que este reavivamiento de la piedad pueda llevar a una resistencia abierta? ¿Es obra de la Comisión instigar una revuelta contra las autoridades?

El pastor Jurieu le lanzó una mirada sospechosa a Armand, casi como si estuviera a punto de cambiar de opinión con respecto a las cartas. No respondió de inmediato. Armand intentó nuevamente, con mucha deferencia.

–Estos temas son rumores corrientes en Inglaterra, señor; y, ante Dios, no soy un agente del rey de Francia. Me dirijo a Suiza para esperar la llegada del embajador del rey Guillermo, quien espera concretar una alianza con los cantones protestantes para conseguir tropas a sueldo para nuestra causa. Perdóneme si me adelanto, y especulo si todo esto puede tener algo que ver con la persecución en Francia.

–Posiblemente, muy posiblemente –dijo por fin Jurieu, aparentemente apaciguado–. Como dije, pareciera que todo puede caer en su lugar muy pronto. La gente se está preparando para el tiempo en el que podría llegar la ayuda. Cuando sus mayores fallan, ¡hasta los niños profetizan! –dijo entusiasmado Jurieu, mientras las palabras salían nuevamente a borbotones–. Debes leer el informe que tengo en este momento del impresor de Isabeau, la joven pastora de Crest, que es una de entre los innumerables niños que están clamando en contra de reincidentes y están profetizando la inminente restauración de la iglesia. Las autoridades los encierran en conventos y hospitales, pero siempre hay más. La tierra está humeando y lista para estallar en llamas. Nosotros, los refugiados, debemos trabajar para echar aceite, y no agua, sobre estas chispas y para fortalecer la mano de príncipes escogidos por Dios para la restauración del culto a él en Francia. El tiempo se acerca, y los laodicenses deben estar alerta para que no sean hallados oponiéndose a los propósitos de Dios.

Era obvio que para Jurieu no había diferencia entre los propósitos de Dios y los de la Comisión. Una anciana sirvienta apareció en la puerta.

–*Monsieur* Vivens –anunció. Armand se puso de pie cuando apareció el extraño.

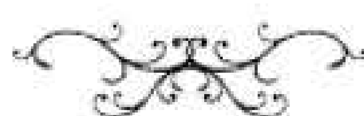
–No, *monsieur* –dijo el pastor–. Quédese un momento para conocer a este joven.

Vivens, un joven de baja estatura, tez oscura y arrugado, cojeaba notablemente cuando ingresó en la habitación. Su vestimenta era de color marrón y de confección casera, y su peluca negra corta le quedaba chica. Hizo una gran reverencia, un tanto torpe, hacia el pastor y un saludo más escueto a Armand. Su mirada intensa, casi hostil, sugería que quizá no estuviera complacido de ver a un oficial uniformado en la habitación. Jurieu selló las cartas que Armand debía llevar, y Armand permaneció de pie mientras el monólogo continuaba. El joven recién llegado estaba inquieto, manifiestamente incómodo.

–*Monsieur* Vivens es uno de los nuevos predicadores de los cuales hablé, un hijo de los profetas, si se quiere, levantado para consolar y exhortar al pueblo del Cévennes después de la gran caída en 1685. Tuvo tanto éxito en este ministerio que Bâville, el intendente de Languedoc, le pisaba los talones día y noche para prevenir estas reuniones. Tal fue el peligro y el sufrimiento de los fieles, que el hermano Vivens finalmente aceptó dejar el país; si todos los que deseaban marcharse pacíficamente con él pudieran hacerlo. Los siervos del anticristo le hicieron estas promesas, y en su inocencia de corazón les entregó los nombres de aquellos que deseaban partir. ¡Arrestaron casi a todos! Su deseo ahora es regresar a Francia y reprender a los traidores. En vista de sus grandes servicios a la causa de Dios, le hemos dado una ordenación excepcional aquí, y ahora se prepara para regresar para predicar "bajo la cruz". ¡Quizá te encuentres con él allí!

Vivens no parecía muy entusiasmado con esa posibilidad, pero concordó vehementemente en que había llegado el momento de regresar y consolar al pueblo, que estaba como rebaño de ovejas abandonado por sus pastores. Elías era su ideal, y sus ojos brillaban cuando hablaba, furibundo, en su dialecto un tanto confuso, del destino de aquellos que hincaron la rodilla ante Baal y de los apóstatas que habían traicionado a la hermandad. Citó el Salmo 58, versículos 6, 8 y 10, con sentimiento: "Oh Dios, quiebra sus dientes en sus bocas [...]. Pasen ellos como el caracol que se deslíe [...]. Se alegrará el justo cuando viere la venganza; sus pies lavará en la sangre del impío".

Sintiéndose un tanto avergonzado en la presencia de este airado joven, Armand se despidió de inmediato, colocó las cartas de Jurieu en un estuche impermeable en el bolsillo de su saco, y se retiró. Tuvo que esperar algunos minutos en la puerta de calle mientras Alexandre era obligado a dejar la buena comida y el público extasiado formado por las damas en la cocina, y entonces se dirigieron a la posada de Armand para prepararse para su partida.



Las estrellas brillaban en el cielo azul oscuro despejado. Solo se podía distinguir el tenue relieve de los picos de las montañas que rodeaban Zurich, al sur. Las aguas oscuras del Limmat reflejaban en ondas amarillas las antorchas llevadas por lacayos que escoltaban a los ciudadanos a sus citas vespertinas. Un vigía pasó con su farol y su campanilla, y sus botas resonaban sobre los adoquines.

Armand de Gandon se había retirado del banquete en la casa del popular *monsieur* Fabrice, el enviado del general de los estados holandeses a los cantones protestantes de Suiza, y estaba hablando con Gabriel de Convenant, un agente especial del mismo gobierno, responsable por el cuidado de los exiliados *vaudois*[2] en Suiza. La comida era buena, y Fabrice era generoso con "gratificaciones" de oro y promesas a los burgueses de Zurich que parecían "bien intencionados" hacia la causa anglo-holandesa, y que le rascarían las orejas con ese fin.

Sin quererlo, Armand se había convertido en un león social, objetivo de todas las damas de Zurich que deseaban probar su francés con el recién llegado oficial apuesto. Había logrado escaparse bastante discretamente con Convenant, callado diplomático cincuentón, y ahora caminaban y hablaban a orillas del río, hablando en tonos bajos como si las casas oscuras que bordeaban la calle pudieran estar escuchando.

En estos días, esto era prudente, de todas maneras. Pues los partidarios de los franceses estaban en todos lados en Suiza. Convenant había llegado del pueblo de Orange, en el sur de Francia, una posesión de la Casa Real de Holanda, de la cual habían tomado su nombre. El ejército francés había "convertido" el distrito cuatro años antes y Convenant, al igual que Armand, había abandonado el país buscando libertad en el exterior. Su puesto asignado era Berna, pero con frecuencia visitaba Zurich.

–Además de las cartas que te traje hoy –dijo el oficial–, tengo otras provenientes de Londres y Rotterdam para la Comisión de Refugiados en Lausana y algunos para Ginebra. Estoy aquí principalmente para servir a *monsieur* Coxe, cuando llegue para negociar el tratado con los Suizos. Ahora me enteré de que no llegará antes

de octubre, por lo que estoy libre para servir a cualquiera de los agentes de su Majestad que desee pedírmelo.

–Estoy agradecido por tenerte aquí –dijo Convenant–. Tengo mensajes para enviar a Ginebra, también, pero soy tan conocido para los residentes franceses allí que podría ser vergonzoso, o hasta peligroso, para los que vea. Tú no eres conocido en esa región, y sería de gran utilidad para la Gran Causa si pudieras ir.

–Con gusto –consintió Armand. Entonces preguntó–: Señor, usted representa los intereses de los pobres *voudois*. ¿Qué relación tienen los asuntos de ellos con los de los exiliados hugonotes aquí; o, en todo caso, por qué le interesan al rey Guillermo?

Convenant habló en voz baja. Todo lo que podía ver Armand en la oscuridad era el encaje blanco de la chorrera que llevaba al cuello.

–Es un asunto intrincado, capitán. Como sabrás, este pueblo evangélico simple fue casi destruido en 1686, cuando su duque tuvo que permitirle al ejército francés "purificar" los valles piamonteses de la fe reformada. Aquellos que sobrevivieron mayormente están exiliados aquí en Suiza. Pero Suiza está sobrecargada de refugiados, y este pueblo alegre es una carga para este pobre país, por lo que las iglesias en Inglaterra y Holanda juntan ofrendas para apoyarlos. Su Majestad la reina María tiene la más tierna preocupación por estos desafortunados, y yo desembolso estas "colectas" para proveerles de techo y comida, tal como ella lo desea. Pero no todo el dinero que manejo –y su voz bajó a un susurro– va para ese fin.

–Dos veces, ya –continuó Convenant–, este puñado lastimoso de *vaudois* ha intentado regresar a su hogar en los valles para recobrar su patrimonio; pero las autoridades de Berna han sido avergonzadas en su relación con Francia y Saboya, pues estos intentos se hicieron, por supuesto, desde el territorio de Berna. Por lo tanto, por razones tanto diplomáticas como financieras, los cantones protestantes suizos desean enviar a los exiliados lejos, en hogares permanentes y seguros en los estados alemanes, o incluso en Holanda o Irlanda. Los *vaudois* han tenido que acceder, pero el éxodo se ha re-

trasado por causa de la incomodidad del clima en el invierno. Ahora ha llegado la primavera, y los Suizos están haciendo presión para que partan –se detuvo y miró con sospecha a sus espaldas, pero el sonido que había escuchado era solamente un perro callejero que pasaba por allí ocupándose de sus asuntos y sin meterse con nadie.

–El año pasado enviamos a algunos centenares de pobres *vaudois* a Württemberg y el Palatinado, y algunos, incluso, fueron a Brandeburgo. Pero ahora, con el estallido de la guerra, aquellos en Renania han tenido que escapar y regresaron a Suiza nuevamente. La mayoría ahora está en Schauffhausen y, si no fuera por las colectas, ese pequeño cantón no podría hacer frente a los gastos. En verdad, los suizos han sido tanto pacientes como caritativos.

–Percibimos que su Majestad y los estados holandeses prefieren, podríamos decir, mantener juntos a los *vaudois* en un solo cuerpo. Sin embargo, nos hemos comprometido a moverlos pronto, y la fecha límite ya ha pasado. ¡Si solo pudiéramos mudar a algunos de los más ancianos y más jóvenes, y a las mujeres, aunque sea para que vean que algo se está haciendo! Es un tema delicado, pues muchos suizos, no todos necesariamente católicos, hacen preguntas, y los espías del duque de Saboya también están vigilando. Espero poder convencer a las autoridades suizas de que hay personajes muy importantes que están preocupados por el destino de esta pobre gente y que no se apresuren a resolver la dificultad.

–¿Puede ser que se realice un tercer intento por los *vaudois* para regresar a sus valles, quizá con la ayuda caritativa de estos buenos samaritanos? –preguntó Armand inocentemente.

–¡Qué extraño que lo preguntes! Hay tantos rumores dando vueltas por allí –sonrió Convenant–. Pero, hablando de rumores, se dice que el joven duque de Saboya está harto de la pesada mano de su pariente, Luis XIV, y el tutelaje de su madre francesa. Es tan discreto o, como dirían algunos, enrevesado, que uno no sabe si realmente se opondría a que los *vaudois* intentaran regresar a sus valles. Algunos han dicho que si esperáramos hasta que rompa relaciones con los franceses, entonces quizá llame a sus súbditos *vaudois* a re-

gresar a su hogar, pues fue Luis XIV quien lo obligó a echarlos. Pero quizás esto nunca suceda, y los *vaudois* se están impacientando. La guerra es una guerra un tanto religiosa, y dado que son los protestantes originales y primitivos, su regreso podría encomiar a los príncipes protestantes. Tú y yo, como hugonotes, deberíamos ayudar a que avance este proyecto piadoso, hermano Gandon.

Se detuvieron entre las sombras. Armand arrastró su zapato sobre los adoquines pensativamente.

–Muy cerca de los valles de los *vaudois* está Dauphiné –dijo Armand, casi hablando consigo mismo–. Al lado de Dauphiné está Vivarais, junto a Vivarais está Languedoc; y en todos estos lugares hay miles de protestantes arrepentidos irritados, y podrían ser inspirados por un regreso exitoso de los *vaudois* o por la aparición en Francia de un ejército de rescate proveniente de los valles de los *vaudois* –y terminó su resumen con una pregunta directa–: ¿Lo estoy interpretando correctamente, *monsieur*?

–Eres muy astuto, *monsieur* Gandon –susurró Convenant–. ¿Suena demasiado fantástico?

–No soy profeta ni vidente –contestó Armand–. Tuve, sin embargo, una larga conversación con el pastor Jurieu el día que partí de Rotterdam. Lo que me preocupa es la naturaleza un tanto quimérica de tales proyectos (y hasta el pastor Jurieu no es inmune a esto), la indiferencia con la que se supone que solo hace falta llamar a esta pobre gente de la religión a levantarse en armas un día cualquiera y el éxito estará asegurado. ¿Estoy dudando de Dios cuando titubeo ante esta fácil seguridad de que el pueblo, enojado como está y maltratado desde la Revocación, puede enfrentar el ejército del rey? Oh, reconozco que el rey se avergonzaría si estuviera librando una guerra en otro lugar, pero este pueblo no está ni armado ni tiene líderes. Las mismas hermosas emociones que los harían levantarse repentinamente podría enviarlos nuevamente a sus hogares tan repentinamente, y completamente desanimados. A mí modo de ver, debe haber una invasión real con tropas profesionales y con líderes adecuados, y entonces el apoyo de esta gente

sería de mucha ayuda. Por favor, corríjame si cree que estoy viendo estos asuntos con demasiado negativismo.

Convenant pensó por un momento.

–¿Conoces la tierra salvaje más allá del Ródano? Los valles, los abismos y los desfiladeros, el yermo que rodea la cabecera del río Tarn, la región de Ardecha? Personas decididas, provistas de armas y jefes, podrían avergonzar a grandes ejércitos, que difícilmente podrían luchar contra ellos de las formas convencionales –hizo una pausa para que la importancia de sus palabras hicieran efecto.

–Cuando llegue *monsieur* Coxe –continuó el diplomático–, espero que los cantones suizos protestantes estén de acuerdo en unirse a los aliados; pero si no proveerán soldados para la Gran Alianza, por lo menos deberían llamar a sus hombres de los ejércitos del gran perseguidor. Por supuesto, Suiza no tiene otro negocio o producto que la sangre de sus jóvenes, por lo que quizá no deseen romper su convenio perpetuo con Francia, su mejor cliente. Como mínimo, ¡deberían permitirnos reclutar a los exiliados franceses y *vaudois* aquí y colaborar con medidas para la restauración de nuestra fe en Francia!

–Está muy bien, *monsieur* –dijo Armand luego de una pausa. Estaban apoyados sobre la balaustrada de un puente, mirando abajo hacia el agua, que podían escuchar, pero no ver–. Hay otro asunto que me preocupa. Sabes muy bien que hay un desacuerdo entre nosotros, los hugonotes, en cuanto a nuestro deber para con el rey. Algunos piensan que debemos sufrir pacientemente hasta que Dios ablande su corazón, mientras que otros creen hemos sido liberados de nuestro deber para con el rey, pues él ha violado el edicto solemne que su abuelo hizo para nuestra libertad de culto. Renuncié a mi rango y futuro en Francia en lugar de renunciar a mi fe, pero no estoy seguro de si podría servir en contra del rey con la consciencia tranquila, incluso en nombre de nuestra religión. "Teme a Dios y honra al rey", dice la Escritura. ¿Estoy en lo correcto en cuanto a esto?

–Entiendo tus escrúpulos –contestó Convenant–, pero ¿acaso

no está Dios en primer lugar? Nuestros padres se resistieron a perseguir a sus soberanos, incluso hasta una guerra civil. No considero que servir a un príncipe protestante y obligar a Luis XIV a restaurar las libertades que ha violado sería más recriminable que eso. ¿Sabes?, esta pregunta es debatida en una gran pugna de libros en Holanda e Inglaterra, desde la última revolución feliz. ¿Fue legítimo rebelarse contra el rey Jacobo cuando violó la ley, o está el rey por encima de la ley? ¿Puede el pueblo resistirse a un tirano infiel? Algunas personas de conciencia tierna dicen que esto es republicanismo, pero yo considero que hay momentos en la historia de la iglesia en los que resistirse a los tiranos es obedecer a Dios.

–El pastor Jurieu, en su decimosexta *Carta pastoral*, afirma que la soberanía pertenece al pueblo. En Lausanne, el pastor Merlat defiende una sumisión tan absoluta a la autoridad que afirma que Betsabé no pecó, sino que, al contrario, fue virtuosa, pues obedeció a su rey –Armand encogió los hombres.

–Si los primeros cristianos no utilizaron armas, ¿significa eso que ningún cristiano puede hacerlo? –preguntó Convenant–. ¡Restaurar la libertad de la patria es rendir un servicio inestimable tanto a católicos como protestantes por igual!

El hombre mayor hizo una pausa cuando Armand no respondió.

–Entonces, ¿crees que tendrías dificultad alguna para servir a los pobres *vaudois*?

–En absoluto –dijo Armand–. Los ayudaría de muy buena gana.

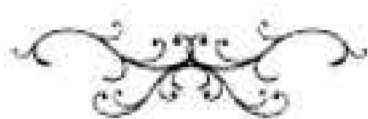
–Quizá tengas la oportunidad, *monsieur*. Pronto espero que puedas conocer al extraordinario líder de los *vaudois*, el pastor Henri Arnaud (francés, al igual que nosotros), que es el corazón y el alma de su iniciativa. Se ve obligado a depender de nosotros para suplir las necesidades de su pueblo y obtener los medios para regresar a sus valles. Sin embargo, dado que debemos acatar a nuestros gobiernos, debemos tener cuidado de no permitirle adelantársenos. Eso no es fácil de lograr pues, como dije, es un hombre extraordinario, y sus caminos son misteriosos. Hay espías y asesinos de parte de

las embajadas de Francia y Saboya que le siguen de cerca los pasos, aunque gracias a la protección especial de Dios hasta ahora logrado escapar de ellos. Al igual que ellos, no sabría decirte dónde está: encerrado con Guillermo de Orange en La Haya, negociando secretamente con los españoles en Milán o, incluso, en Turín; ¿quién sabe? Su familia vive en Neuchâtel, y le enviaré a decir sobre ti en cuanto pueda. Cuando tengas la oportunidad de hablar con él, entenderás mejor a los *vaudois*, y quizá puedas esclarecer tus convicciones en cuanto al deber para con el soberano y la Buena Causa.

La reunión en el hogar de Fabrice estaba llegando a su fin. Las sillas de manos para las damas se estaban acercando a la puerta, y otros invitados caminaban en grupos alegres por la calle, y su senda estaba iluminada por antorchas llevadas por sus sirvientes. Convenant colocó su mano sobre el brazo de Armand.

–Mientras tanto, no le cuentes mucho de tus asuntos a *monsieur* Fabrice. Es un colega leal y bien intencionado pero, poco discreto. Cuando está bien acompañado le cuesta recordar que Zurich es una sola galería de susurros, y que algunas personas muy afables aquí están vendidas a los franceses. Mi responsabilidad aquí es proveer de *ayuda* a los pobres *vaudois*, ¿me entiendes? *No* hablamos de expediciones.

Le dio una palmadita a Armand, hizo una reverencia con respeto, y desapareció en la oscuridad. Con falta de sueño, Armand caminó hasta la orilla del lago. Permaneció por largo rato allí, mirando más allá de las aguas oscuras.



A la mañana siguiente, Armand y Alexandre estaban en la sala de estar de la posada en la que Gabriel de Convenant se hospedaba, esperando sus instrucciones. Pronto entró este último en la habitación acompañado por un caballero bajo y colorado de unos 45 o 50 años con un delgado bigote, cabello castaño a la altura de los hombros y ojos oscuros alegres. Bajo su saco de montar rojo

vestía un traje de excelentísima tela color azul con encaje en el cuello y las mangas. El sombrero de ala ancha que llevaba tenía una pluma blanca.

–Es un placer, pastor, presentarle al capitán Armand de Gandon de la guardia holandesa de Su Majestad, que se encuentra aquí cumpliendo órdenes especiales. Ha servido a la Buena Causa por mucho tiempo, al igual que su acompañante, Alexandre Cortot, quien recientemente se ha unido a las tropas de Su Majestad en Inglaterra. ¡Este es el pastor Henri Arnaud, líder de los *Vaudois*!

Todos hicieron una reverencia, pero el recién llegado captó la sorpresa dibujada en sus rostros.

–Ah, caballeros, piensan que debería estar vistiendo el traje negro con cuello blanco de un clérigo –rió el pastor–. A donde voy y por lo que hago, no es prudente parecer un párroco.

–Es un gran honor conocerlo, *monsieur* –dijo Armand–. Ya le he entregado una carta a *monsieur* Convenant para usted, enviada por *monsieur* Clignet, el jefe de correos de Leiden. No sabía que tendría el privilegio de conocerlo personalmente.

–Mis agradecimientos, *monsieur*. Verdaderamente, sin *monsieur* Clignet y su hermana, todos nuestros propósitos no tendrían éxito. ¡Que Dios lo recompense según sus obras! El hermano Convenant ya me ha entregado esa carta. Una vez más, gracias a este buen hermano de las Tierras Bajas de Escocia, ¡el cambio monetario está providencialmente a nuestro favor, justo cuando lo necesitamos!

–Confío, *monsieur* Gandon –dijo Convenant–, en que ha estado pensando en los asuntos que conversamos anoche. No esperaba ver al pastor Arnaud tan pronto, pero me dice que acaba de enterarse de que el problema en Schauffhausen es serio.

–Sí –asintió el pastor–. Los suizos deben ser disuadidos de concretar su amenaza, pues Dios pretende, muy visiblemente, que su pobre gente de los valles no sea esparcida sino que permanezca unida en un solo lugar. Dejo el asunto en las manos competentes de *monsieur* Convenant. Lamentablemente, debo continuar mi viaje. El hermano Convenant me mencionó tus útiles cualidades,

monsieur, y tu disposición de promover la obra del Señor para su pobre pueblo de los valles. Trabajamos para restaurar la luz del evangelio en el yermo del cual los siervos del dragón rojo nos han alejado durante estos tres años. Parto de inmediato rumbo a los Grisons, y quizá más lejos aún. ¿Me acompañarías en este viaje?

–Me encantaría –dijo Armand, haciendo una pequeña reverencia–, pero mañana debo ir a Lausana y Ginebra para entregar mensajes que traje de Inglaterra y Holanda. Espero que más adelante pueda servirlo. Sin embargo, si lo desea, le puedo recomendar a mi amigo Alexandre Cortot como compañero de viaje confiable. Hemos realizado algunos viajes difíciles juntos, y participamos en la expedición del rey Guillermo el otoño pasado. Es un joven prudente y fidedigno, y estaría honrado si aceptaras su compañía.

Alexandre inclinó la cabeza con modestia. El pastor Arnaud le echó una rápida mirada, notando su constitución menuda pero robusta, y su expresión alerta y ligeramente sagaz. El pastor sonrió ampliamente y palmeó a Alexandre en el hombre.

–Está decidido, entonces –exclamó–. *Monsieur* Convenant y yo tenemos asuntos que resolver en cuanto a esta dificultad de Schaffhausen, pero debo partir en menos de una hora. Espérame aquí, por favor –dijo a Alexandre.

Los dos hombres mayores ingresaron al salón, y la puerta doble se cerró tras ellos. Los soldados se miraron.

–Eso se hizo con mucha labia –dijo Alexandre, levemente irritado, mientras se prendía los botones de su saco rojo raído–. Únicamente mi querida hermana fue más rápida en ofrecer mis servicios para algún *corvée*[3] desagradable.

–Siempre fuiste bueno para fingir –sonrió Armand–. Pensé que te estaba haciendo un favor. No hemos hecho nada por *monsieur* Convenant que no podría haber hecho un mozo de cuadra, y me ha dado la impresión de que Zurich ya te estaba aburriendo.

Alexandre no se esforzó por negarlo.

–Es cierto que tengo muchas buenas cualidades –dijo mientras

subían hasta la buhardilla donde habían estado hospedándose–; pero eso no incluye dinero ni atractivo, y se requiere de ambos para causar sensación en este pueblo. Creo que están cansados de los forasteros, también; especialmente los que hablan francés.

–El pastor Arnaud parece un hombre inusual –reflexionó Armand–. Si no estuviera portando estos mensajes (y algunos son orales), sería un privilegio viajar con él. Puedo ver que debe ser una persona sumamente interesante.

Ingresaron en su pequeño cuartito e iniciaron sus pocos preparativos para viajar.

–Son todos unos habladores ampulosos –dijo Alexandre con displicencia mientras tiraba de una pesada bota–, pero será mejor que permanecer aquí sentado, sin hacer nada día tras día.



–Me preocupo por él. Espero que me perdones por decírtelo, pero sabemos que han intentado secuestrarlo por lo menos dos veces, y su cabeza tiene precio –Marguerite Bastia Arnaud, una pequeña mujer regordeta y canosa de rostro agobiado, estaba sentada en la sala de su casa intentando coser, pero estaba demasiado distraída como para lograr algo. Dejó caer la tela sobre su falda y miró muy conmovedoramente a Alexandre Cortot, que estaba parado inquietamente ante ella mientras el pastor terminaba de prepararse en el piso superior.

–Estamos lo suficientemente a salvo aquí, entre nuestros amigos. Hay treinta de nuestras familias *vaudois* aquí, en Neuchâtel. Recibimos alojamiento gratis y una pensión, pero tener a mi esposo viajando todo el tiempo, y a menudo en tierras católicas... –su voz se quebró mientras una lágrima se le escapaba y recorría su mejilla.

Solo habían pasado cuatro días desde que Alexandre se uniera al pastor, y ya estaba casi desfalleciendo por el ritmo que llevaba. Habían ido a toda prisa de Zurich a Neuchâtel, aparentemente más para consultar misteriosamente a ciertos armeros y soldados

retirados que para visitar a la familia. Esta mañana el ayuntamiento del pueblo, al enterarse de que el pastor estaba en la ciudad, lo retuvieron durante horas para interrogarlo cuidadosamente. Deseaban averiguar por los informes de que había habido pedidos de mosquetes y pólvora, y acerca de rumores de que Arnaud estaba socavando los esfuerzos por mover a los *vaudois* a Brandeburgo, donde podían, de veras, tener paz y libertad de culto. ¿Por qué no habían partido todavía los *vaudois* rumbo a las tierras alemanas?

Arnaud los convenció con su verba y logró zafar. No era la primera vez. Pero no le había confiado muchos detalles a su joven acompañante, quien había esperado en un banco de la plaza central durante esas horas. Alexandre sentía pena por la angustiada señora. Quizá no estaba al tanto de todo lo que sucedía, pero sabía lo suficiente como para preocuparse.

–¿Sabes? –le estaba diciendo–, los oficiales de la ciudad, e incluso algunos completos desconocidos, vienen aquí y desean saber dónde está. Mi corazón deja de latir cuando lo hacen. El duque y el rey de Francia tienen espías por todas partes, y aquí, en Neuchâtel, después de todo, tenemos un gobernador católico, aunque hasta el momento no nos ha tratado mal.

–Haremos lo mejor que podamos, *madame* –dijo Alexandre, con más seguridad que la que realmente sentía–. El pastor sabe lo que está haciendo. Es la obra de Dios, y seguramente el Señor nos protegerá.

–Sí –dijo ella con un suspiro–. La obra de Henri es importante, y Dios lo ha protegido maravillosamente en el pasado –clavó la aguja con desgano al retomar la costura–. Él no me dice a dónde va y, por su seguridad, eso es lo correcto, por supuesto. Pero si llegaran a ir tan lejos como los valles –hizo una pausa y bajó la voz–, mi hermana y su esposo están en Torre Pellice. Han abjurado –dijo con aire de disculpa–, y él es un magistrado. Su apellido es Gautier. Fue débil de su parte, por supuesto, pero sé que sus corazones todavía están con nosotros. Deben sentirse muy mal, sabiendo que han pecado grandemente; y sin embargo todavía están bajo la mira de

la gente del duque por un lado, y saben lo que nosotros pensamos también. Si llegaras a ver a mi hermana, dile que oramos por ella y por su familia siempre. Mi esposo es un hombre bondadoso, pero es ministro de Dios y no puede excusar la apostasía. Si pudieras, averigua cómo están, si están bien, y dales mi cariño...

Terminó abruptamente al oír los pasos de su esposo en la escalera.

–Ya tengo todo ahora, *madame* –dijo con satisfacción–. Debo partir. Ruego a Dios que esté contigo y los niños.

La besó. Ella se secó las lágrimas y se puso de pie.

–¿Por cuánto tiempo te irás, Henri?

–No hay necesidad de preocuparse, esposa mía. El asunto es del Señor. Difícilmente pueda decir si serán dos semanas o dos meses, pero tengo a este excelente joven conmigo y a nuestro Baptiste... y a nuestros ángeles guardianes.

Su tono era alegre y paciente, como si ya hubiera pasado por esta situación. Le pasó las alforjas a Alexandre, acarició la mejilla de su esposa bondadosamente y salió por la puerta. Alexandre, compasivo pero enmudecido, solo pudo saludar con una reverencia a la desdichada mujer y seguir al pastor.

[1] Femenino de *devotee*: una persona sumamente piadosa y religiosa.
[2] Los *vaudois* son, quizá, mejor conocidos como los Valdenses.
[3] Trabajo no retribuido.

Capítulo 2

Asesinos

Dos hombres estaban sentados alrededor de un fuego humeante dentro de una pequeña choza, ubicada en la ladera de una empinada colina en el norte de Italia. A través de la abertura sin puerta podían ver con cierta dificultad la bruma asentada sobre el Lago Como. La brisa soplaba fría, pero no lo suficientemente fuerte como para esparcir las nubes que oscurecían el cielo nocturno. Alexandre Cortot y Baptiste Besson, envueltos en abrigos, sentían frío, pero esta no era la principal causa de su incomodidad. Estaban en las montañas que bordeaban la Milán española. Aunque España ahora era un aliado contra Francia y Saboya, su estado satélite, este no era un lugar saludable para que los protestantes, especialmente *vaudois*, fueran vistos. El pastor Arnaud estaba en el valle en alguna aldea, pues tenía que encontrarse con alguien, supuestamente arreglando caminos alternativos por los cuales los *vaudois* podrían regresar de Suiza a su tierra natal piamontesa. Si era peligroso para los dos hombres acurrucados junto al fuego, era mucho más peligroso para el pastor; pero él no les permitía que lo acompañaran. Les parecía que se había ido hacía varias horas y ya debía haber regresado.

Besson, un hombre silencioso y hosco por lo general, era un *vaudois* robusto, del doble de la edad de Alexandre. Había viajado mucho con el pastor y no parecía aprobar el haber traído a Alexandre como acompañante. Ambos permanecían sentados en silencio, ensimismados en sus respectivos pensamientos, pero se estremecían esporádicamente con la crepitación de los rescoldos que ardían frente a ellos y ante cualquier ruido de afuera. Cada tanto, removían inútilmente las brasas. Finalmente, Besson se le-

vantó, miró hacia la oscuridad, y luego se dio vuelta para mirar con enfado al muchacho que estaba sentado.

–¿Sabes? –dijo, a colación de nada en especial–, los problemas que tenemos los *vaudois* ahora son por culpa de ustedes, los hugonotes, al fin y al cabo.

Tenía los nervios a flor de piel y parecía estar buscando una discusión.

–¿Por qué crees eso? –contestó Alexandre con cautela.

–Es obvio. Durante todos los años en que el mundo adoró a la bestia, nosotros preservamos la luz de la verdad en nuestros valles. Y hemos soportado 33 guerras y persecuciones; ¿sabías eso? Sin embargo, nos estábamos arreglando bastante bien, hasta que, en 1685, cuando las cosas se pusieron un poquito más difíciles, ustedes se rindieron. Allí es cuando comenzaron nuevamente los problemas para nosotros.

Alexandre se contuvo de contradecir a Besson, pero recordó la desgracia acaecida en su propio pueblo natal en el sur de Francia, cuando los dragones[1] vinieron para convertir a los protestantes. Su madre había muerto, y su padre todavía estaba desaparecido, probablemente en algún calabozo o en una galera, en algún lugar durante los últimos cuatro años. Él mismo había sido encerrado en una escuela para muchachos protestantes por un tiempo, y recordaba el escape a través de la nieve hasta Holanda con sus hermanas, su hermano y Armand de Gandon. "Un poquito más difíciles" no era una descripción muy realista. Besson caminaba de un lado a otro.

–Había muchos de ustedes. ¿Un millón? ¿Dos millones? Y, sin embargo, permitieron que su rey los violentara. Fueron una iglesia tibia, y el amor por la verdad no estaba en ustedes. Cuando el rey envió a sus sacerdotes y dragones y los maltrataron un poco, cayeron sobre sus rostros cobardes y abjuraron. El rey vio que lo único que se necesitaba era un pequeño empujón, y ustedes se rendían o escapaban.

Alexandre se puso inquieto y enojado, pero Besson continuó.

–Si no hubiera sido tan fácil atropellarlos a *ustedes*, entonces su rey (¡que Dios lo ajusticie!) no habría pensado en forzar a nuestro

duque a intentar convertirnos, y enviar al general Catinat y sus demonios cuando nuestro pobre duque vaciló.

Por primera vez, Alexandre se quedó sin habla.

–Una y otra vez –continuó Besson apasionadamente–, la Inquisición y el papa, y el equipo infernal entero, intentaron arruinarnos por medio de tretas y masacres, pero Dios siempre nos preservó en la hora de peligro. Y, esta vez, era obvio que el duque no tenía intenciones de molestarnos; éramos solamente doce mil, aproximadamente, le éramos leales y no representábamos una amenaza para él. Podríamos haberlo resistido a él y a la milicia y a los sacerdotes, hasta que se dieran por vencidos nuevamente; ya lo hemos hecho muchas veces en el pasado. Pero entonces llegó el ejército francés y la traición. Apenas uno de cada cuatro de nosotros está vivo hoy, después de lo que nos hicieron –se detuvo y clavó su mirada iracunda en Alexandre.

–Bueno –dijo Alexandre cansinamente, sentándose un poco más atrás–, si mi pueblo fue castigado por ser laodicense, ¿qué les estaba tratando de decir Dios a los *vaudois*?

Ahora le tocó a Besson quedarse sin habla. Permaneció de pie por un largo rato, sin quitarle la vista a Alexandre, hasta que, finalmente, con una especie de suspiro, se sentó. Cuando finalmente habló, su tono era más bajo, casi desanimado.

–¿Sabes?, podrías tener razón. Creo que si hubiéramos permanecido lo suficientemente firmes, habría más de nosotros todavía con vida. "¿Quién dio a Jacob en botín, y entregó a Israel a saqueadores? ¿No fue Jehová, contra quien pecamos?"

–No quise decir eso –respondió Alexandre enseguida–. Este mundo es del diablo, y los buenos, particularmente, deben sufrir, ¿no es así?

–Cuando llegó el decreto de que debíamos abjurar –dijo Besson, haciendo caso omiso de la negación de responsabilidad de Alexandre–, protestamos que era una violación de la solemne promesa del duque y que no tenía justificativo. Y pedimos ayuda a los hermanos reformados en el exterior. Pero Cromwell estaba muerto, y el rey de Inglaterra era un papista, y todo lo que hacían los suizos era enviar misioneros

al duque para rogarle que nos permitiera salir del país, porque, según decían, estábamos demasiado lejos para ser ayudados.

–Los franceses "convirtieron" el Valle Pragelas lo suficientemente rápido y dijeron que sus dragones harían los mismo con nosotros si no doblábamos la rodilla ante Baal en el día señalado. Debimos haber peleado, y salimos para hacerlo; pero nos mintieron, y el duque hizo promesas, y los embajadores suizos rogaron a los tímidos nuestros que fueran razonables, por lo que nos dividieron en nuestra simplicidad. Aun así, aquellos que sí intentaron permanecer firmes, ¡tuvieron un buen comienzo!

–Fue en abril de 1686, el día 23, para ser más exacto, que los franceses vinieron a St. Germain. Los tratamos con tal brutalidad que regresaron al otro lado del río tan rápidamente que ¡ni se molestaron en usar el puente! Teníamos a Vielleville aislado y encerrado en un convento y, si no hubiera oscurecido tan rápido, habríamos quitado las tejas del techo y le habríamos prendido fuego el edificio, o lo habríamos inundado por medio de las zanjas que estábamos cavando, a fin de obligarlo a salir, pero fue liberado. No obstante, cuando algunos de nosotros bajamos nuestras armas, otros estaban siendo masacrados. El pastor escapó, disfrazado de monje.

–A pesar de todas las promesas, juntaron a todos los que pudieron atrapar o persuadir y nos arrojaron a todos, hombres, mujeres y niños, en sus mugrientos calabozos. ¿Sabes cuántos salieron a gatas de allí unos pocos meses más tarde? ¡Tres mil solamente, de los doce mil que entraron! ¡Tres mil esqueletos! –la voz de Besson se quebró, y permaneció en silencio por un momento–. Aire viciado, comida inadecuada, carceleros ineptos. Se llevaron a nuestros niños para criarlos como papistas, y no los hemos visto desde entonces. Unos pocos de nosotros lograron sobrevivir en las montañas; y, para lograr que se detuvieran, el duque tuvo que dejarnos ir a todos a Ginebra. El milagro es que alguno de nosotros haya sobrevivido a ese viaje. Era invierno, y muchos no llegaron.

–¡No he terminado aún, te digo! Nuestras tierras fueron dadas a otros, pero no vivirán mucho tiempo más para disfrutarlas.

Esos valles han sido nuestros mucho tiempo antes de que hubiera duque alguno en Saboya. De hecho, hemos intentado regresar dos veces. Pero eso atemoriza a los suizos. Le tienen miedo a Luis XIV y su cachorro, el duque, y por eso, dos veces ya, frustraron nuestras pequeñas expediciones. Bueno, quizá fue bueno que lo hayan hecho, pues nos apuramos y no estaban bien planificadas. La segunda vez, el pastor nos estaba guiando, y esperábamos cruzar Valais a través del Paso Grand-Saint-Bernard, pero se enteraron antes. En Ginebra, comenzaron a sospechar cuando sesenta de nuestros compañeros en su guarnición desertaron todos el mismo día para unirse a nosotros. Entonces, el alguacil de Aigle, *monsieur* Thormann, vino y nos convenció de que no lo hiciéramos. Nos dijo que en Saboya estaban alertados y que el puente de Saint Maurice estaba vigilado. Debíamos tener nuestra oportunidad más tarde, nos dijo, infaliblemente, por la providencia de Dios, pero que esa vez no podía funcionar.

–El pastor Arnaud se convenció, por lo que nos predicó, en la iglesia de allí, basado en Lucas el capítulo doce, "No temáis, manada pequeña". Thormann nos dio comida y nos prestó doscientos *écus*[2] a cada uno para viajar de regreso a nuestros hogares. Algunos de los suizos, como él, sentían verdadera compasión por nosotros, pero otros piensan únicamente en dinero y odian la verdad. En Vevey, el Concilio le prohibió a la gente que nos diera comida y nos cobijara cuando pasamos por allí. Y cuando una pobre viuda lo hizo, estuvieron a punto de destrozarle la casa. Inmediatamente después de eso, el pueblo entero se incendió, ¡pero la casa de ella permaneció intacta! Fue el dedo de Dios, sin duda.

–Bueno, eso fue hace un año, ¡pero hemos estado ocupados desde entonces! El pastor y yo estuvimos en Holanda esta primavera, y tuvimos una audiencia privada con el Príncipe de Orange. Nos dijo que mantuviéramos junto a nuestro pueblo y que no permitiéramos que ninguno se esparciera por Europa. Algunos de los príncipes son muy amables y desean ayudarnos, pero si nos dispersamos en pequeños grupos en Brandeburgo y el Palatinado, o donde fuera, no estaríamos

preparados para irnos a casa nuevamente. Por supuesto, los suizos sienten que somos una carga y que no nos hemos mudado como dijimos que lo haríamos; pero es por la providencia de Dios que todavía estemos en Suiza y que no hemos tenido que dispersarnos. *Monsieur* Convenant reparte el dinero que nos llega desde Holanda e Inglaterra, y el año pasado reconocimos por espionaje las rutas que atraviesan Saboya. Ahora el duque ha retirado del lago sus barcos de guardia y ya no guarniciona sus fuertes en las montañas. Es providencial que él también sea pobre, y que tenga muchos problemas.

–Dios envió todas estas tribulaciones sobre nosotros, creo, para mostrarnos cuán dependientes somos de él. Pero somos su pueblo, y él nos salvará muy pronto.

–¿Crees que los suizos intentarán detenerlos nuevamente?

Besson se encogió de hombros.

–Quizá, pero no nos detendremos ante nadie esta vez. Trataremos de ser más cuidadosos para no revelar nuestros secretos antes de tiempo. Algunos de nuestros amigos, lo sabemos, mirarán para otro lado hasta que el asunto llegue a ser notorio.

–¿Piensas que se sabe que estamos aquí?

–Posiblemente. El paradero del pastor es de gran interés para muchos. Esa es la razón por la que nunca vamos dos veces por el mismo camino y él no se viste como ministro. Dios mediante, cuando se enteran de que estuvimos en algún lugar, ya nos hemos ido.

–¿A quién crees que fue a ver esta noche?

–Si él no te dijo, ¿por qué debería hacerlo yo? –respondió Besson un poco ásperamente–. Lo que no sepas, nadie podrá hacértelo decir. No te imaginas lo que podrían hacer para hacerte hablar. Las dragonadas de ustedes fueron un *pic-nic*, comparado con lo que nos ha sucedido a nosotros. ¡Hemos tenido a la Inquisición y a tu ejército francés!

Besson siguió hablando, un monólogo sombrío, acerca de los horrores indescriptibles de las atrocidades de 1686: matanzas, mutilaciones, desmembramientos, barbaries apenas sufribles de escuchar. Un ejército del siglo XVII al que se le dio rienda suelta para lidiar

con civiles enemigos en su modo habitual, ¡aunque con el incentivo añadido de saber que las víctimas también eran herejes!

Alexandre, sintiéndose un poco descompuesto, pensó que había tenido alguna razón para sentirse mejor en cuanto a las crueldades que sus amados habían sufrido en 1685, pero tuvo que reconocer que los *vaudois* habían sufrido más de lo que pudiera haber imaginado. Besson, quien había visto a su propia esposa y padre ser asesinados, y cuyos hijos le habían sido quitados y todavía estaban desaparecidos, no tendría razón alguna para refrenar su mano si nuevamente tuviera la oportunidad de matar a los perseguidores.

–"Los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios" –concluyó Besson.

Ambos salieron a la entrada de la choza para ver si había señal alguna del pastor. La luna estaba saliendo por encima de las nubes, y la bruma blanca, más abajo, ahora formaba una reluciente superficie en el fondo del valle. Nada se movía en la fría quietud. Podían solamente esperar.



Tal como lo había hecho Alexandre con frecuencia durante el último mes, permanecía de pie en guardia lo más discretamente posible, a la puerta de una angosta casa en un callejón reminiscente. Ya estaba oscureciendo. Alexandre, el pastor Arnaud y Baptiste Besson habían llegado esa tarde de su viaje desde Milán, mayormente realizado de a pie. Evitando los caminos que usaban los correos, habían cruzado montañas altísimas, vadeado arroyos montañeses, dormido en refugios de piedra en los pasos, y sobrevivido mayormente a base de carne desecada y agua de deshielo. Habían venido nuevamente al pueblo de Coire, el centro principal de las trece pequeñas repúblicas que formaban los Grisons, la Liga Gris. Era una zona de protección, por mucho tiempo en contención entre Francia y España, una región agitada de afinidades mezcladas e indecisas.

De pie entre las sombras en una calle maloliente, que pocos metros más adelante se abría en una pequeña plazoleta con una fuente rodeada de galerías, Alexandre notó que dos de los transeúntes no pasaron de largo, sino que permanecieron merodeando en la esquina. No podía ver sus rostros, pero su comportamiento lo preocupaba. Sus capas los tapaban hasta los ojos. No podía ver si estaban armados, pero al haber vivido ya la experiencia de ser seguido, se sentía intranquilo. Ya fuera el residente francés en Ginebra o el enviado de Saboya en Lucerne, alguien estaba muy interesado en sus movimientos. ¿Estaba algún falso hermano manteniendo informados a los enemigos del pastor?

Alexandre sintió que era prudente investigar la otra punta del callejón. Descubrió que la calle rodeaba el edificio y terminaba en una pared de piedra. No sería lindo terminar atrapados en una trampa como esa. Cuando saliera el pastor, debían pasar al lado de los dos merodeadores. Podía haber más de ellos en los callejones circundantes. Pronto oscurecería.

En ese momento la puerta se abrió, y Besson comenzó a salir. Alexandre se arrojó hacia adentro, empujando a Besson bruscamente hacia atrás. Sorprendido y alarmado, el *vaudois* estiró la mano para sacar su navaja, pero entonces se dio cuenta de que era Alexandre.

–¿Hay alguna otra forma de salir de aquí? –susurró Alexandre con tono apremiante. Besson y el pastor miraron al dueño de casa, un simpatizante local, quien sacudió la cabeza.

–El callejón no tiene salida –dijo Alexandre–, y parece haber dos malintencionados esperando en la esquina que debemos cruzar. Pastor, usted y Baptiste deberían intercambiar sus sombreros y capas.

El pastor tenía puesta su capa roja y Besson una capa marrón apagado. Ambos eran de tamaño y porte similar. Una vez hecho el intercambio, los tres salieron por la puerta y caminaron apresuradamente hacia la plazoleta. Todavía perduraba la penumbra cuando se aproximaron a los dos hombres que estaban esperando. Del otro lado de la plazoleta vieron a otros dos hombres, también esperando bajo una de las galerías. Los cuatro se adelantaron y los dos que es-

taban más cerca intentaron tomar a Besson. Hubo un momento de forcejeo, y el sombrero prestado de Besson se cayó cuando uno de los asesinos le hizo un pequeño tajo en el rostro con su daga.

–¡Madre de Dios! –exclamó el otro–. ¡No es él! ¡Salgamos de aquí!

Salió huyendo, y los dos que se venían aproximando desde el otro lado de la plazoleta también se asustaron, dieron media vuelta y salieron corriendo. El matón que había forcejeado con Besson también intentó correr, pero Alexandre le puso la zancadilla, y con Besson se arrojaron encima de él, sujetándolo contra el suelo.

–No demasiado –advirtió el pastor Arnaud a sus dos acompañantes. Luego, dirigiéndose al prisionero gimiente, exigió–: ¿Quién te envió?

La respuesta vino en italiano. Arnaud cambió a italiano.

–Será mejor que me digas lo que sabes, quién te contrató, y que me lo digas enseguida, porque el caballero al que heriste puede no ser tan perdonador como debería serlo.

Besson, con sangre goteando desde la herida en su mejilla, colocó la punta de su daga en la garganta del pobre hombre impotente, y sonrió desagradablemente. El resultado fue milagroso. Aunque un poco incoherente por el susto, el hombre confesó que era Cuvazi, de una banda de *cappellatti*[3] traída de Venecia para hacer el *colpa*[4] profesionalmente, pues los locales eran incompetentes o no estaban disponibles. Él y sus amigos habían recibido una descripción exacta de Arnaud, qué llevaba puesto, y dónde podía probablemente ser encontrado en Coire. Les habían prometido trescientos *doppie*[5] si mataban a Arnaud y seiscientos si se lo entregaban vivo a Solaro di Govone, el enviado del duque de Saboya en Lucerne. Deseaba que los caballeros supieran que no sentía rencor personal alguno; era puramente negocio. Su rostro estaba gris de miedo, y comenzó a rezar rápidamente en voz baja.

Arnaud rió en voz alta, lo cual disgustó a Besson y Alexandre.

–Dejen ir al rufián –dijo el pastor.

–Pero, pastor –discutió Alexandre–, ¿no deberíamos al menos entregarlo al guardia de turno?

Besson, pasándose un pañuelo por la mejilla, no liberó de inmediato al hombre. Posiblemente tenía otra idea de cómo deshacerse de un asesino.

–No –dijo el pastor–. No deseo anunciar nuestra presencia aquí. Por cada persona que nos desea el bien en esta ciudad, hay otra que nos desea el mal. El alguacil aquí está vendido a nuestros enemigos y quizá colocó esta emboscada para nosotros. ¡Déjenlo ir!

Besson dio un gruñido, se levantó de mala gana y le dio un buen puntapié al criminal postrado. El hombre los miró descontroladamente y, de un salto, salió corriendo a toda velocidad. Cruzó la plazoleta y dobló por otra calle.

–¡Qué lástima! –gruñó Besson, secándose todavía la mejilla–. Nadie en Venecia hubiera extrañado a esa escoria. Pero ¿por qué se ríe, pastor? Podría haber sido asesinado si Alexandre no los hubiera visto de antemano. Por seiscientos *doppie* (veinticuatro mil *livres*[6]), seguirán intentándolo.

–¡Pobre Govone! –dijo el pastor, y volvió a reír–. Hemos sido una perplejidad tan grande para él. ¡Cómo se preocupa cada vez que salgo de mi hogar o escucha que tres *vaudois* conversan juntos en un lugar! ¡Cuán sorprendido estaría si supiera con quiénes he estado hablando en estas últimas semanas y cuán inmediatamente pueden cambiar sus instrucciones! Pero, es obvio que no se molestan en mantener informado al pobre hombre.



Ingresando en la tienda boticaria junto al ayuntamiento de Ginebra, al principio Armand podía ver poco en la penumbra. Entonces vio a un caballero solitario y delgado, sentado bien derecho en una mesa contra la pared. Este era el lugar, y esta era la descripción del hombre al que buscaba.

–¿Tengo el honor de dirigirme a *monsieur* Valmont? –preguntó, quitándose el sombrero y haciendo una reverencia.

El otro apoyó su taza de chocolate en la mesa y reconoció magnánimamente su identidad. Armand le entregó al hombre un pequeño paquete de cartas.

—De parte de *monsieur* Convenant y de la Comisión en Lausana —susurró.

El pálido caballero rompió el sello y leyó. Entonces, mirando hacia arriba rápidamente, examinó el rostro de Armand.

—Discúlpeme, señor —dijo, levantándose con rigidez y apoyándose con una mano en la pared—. ¿Acaso no lo conozco? ¿No estaba usted al servicio del Regimiento de Maine?

—Lo estaba —contestó el soldado, a su vez examinando el rostro del suizo—. Hay algo que me resulta muy familiar en usted también, pero en este momento no puedo...

El hombre tomó el brazo de Armand con una mano y su bastón en la otra. Entonces, recorrió cuidadosamente la habitación con la mirada. Además de varias personas tomando chocolate, vio a un hombre joven de peluca rubia que estaba espléndidamente vestido en violeta. El propietario estaba sacudiendo la cabeza ante alguna pregunta que el joven le había hecho.

—Salgamos a caminar al terraplén, mejor. Yo lo conozco. No lo culpo por no reconocerme. Soy David Valmont, capitán en el regimiento suizo de Erlach. Ambos fuimos apostados en Flanders, un invierno hace unos diez años. En el servicio, yo usaba el nombre de Thierry.

—¡Por supuesto! —se disculpó Armand—. Ahora recuerdo. Pero has cambiado. ¿Estás enfermo?

—Sí, así es —contestó Valmont con una pequeña risa apesadumbrada—. Durante mis veinte años de servicio para su Cristianísima Majestad, he perdido mi digestión y me he enfermado de reumatismo, por lo que me he retirado a un pequeño lugar que me dejaron mis padres cerca de Coppet. Pero cuéntame de ti. Escuché que habías rechazado la preferencia del duque y habías emigrado luego de la Revocación.

Armand le describió brevemente sus aventuras vividas en los últimos cuatro años, y dijo que ahora llevaba mensajes de parte de

Jurieu y otros, mientras esperaba la llegada del enviado británico a los cantones suizos.

–Pero si tú eres suizo y estás retirado –preguntó Armand–, ¿qué tienes que ver con todo esto? Habían cruzado la plaza y estaban entrando en la zona de los terraplenes. El suizo caminaba con cierta dificultad, pero esa no fue la razón por la cual se detuvo dos veces y miró a su alrededor. El joven vestido en violeta los seguía a cierta distancia. Ahora él también se detuvo y miró hacia otro lado, aparentemente interesado en los arcos de la galería del ayuntamiento.

–Después de todo, soy protestante –contestó el suizo finalmente, en voz baja–, y mi corazón todavía está con el pueblo de Dios que sufre allí en Francia. Los pobres miserables que llegan a Ginebra con apenas un *sou*[7] en sus bolsillos son los afortunados. En mis últimos dos años serví en el *Midi,*[8] y aunque las tropas suizas en realidad no estaban acostumbradas a cazar a los adoradores hugonotes en las montañas, vi demasiadas cosas como para olvidarlas muy pronto.

–Estos no son tiempos difíciles solamente para los creyentes sino también para Ginebra –dijo Valmont. Entonces, señalando con su bastón más allá del borde del terraplén hacia los prados y el río, continuó–: Más allá está el Arve, y allí se une al Ródano. Cruzando el río está Saboya; y de aquel lado, Francia. Hay solamente quince mil almas en esta pequeña república y, aunque uno se sienta avergonzado cuando nuestro concilio se humilla para aplacar a nuestro residente francés vigilante, el Sieur d'Iberville, uno puede entender por qué sienten que deben conciliarlo a él y al Gran Rey. Los franceses amenazan de tiempo en tiempo con ponerle fin a Ginebra como uno se deshace de una molestia, pues para ellos es un nido de herejía y un imán para centenares de hugonotes que huyen aquí cada año, a pesar de todas las prohibiciones. Pienso que si los franceses no desearan mantener su buen suministro de soldados suizos protestantes, Ginebra habría sido perdida hace mucho.

–Por supuesto; si la plebe pudiera salirse con la suya, echarían a d'Iberville al lago esta misma tarde. Pero, algunos prominentes burgueses, por otro lado, se venden a sí mismos, a su religión y su ciudad al interés francés. El residente escucha allí, en su enorme casa sobre la *Grande Rue* –Valmont se dio vuelta y señaló con su bastón–, y tarde o temprano sus secuaces le dicen quién habló hasta qué punto en el concilio, o qué predicador en un sermón dominical aludió a las persecuciones en Francia, y cuales de los refugiados están desanimados y nostálgicos, y estarían dispuestos a ser corrompidos con ofertas de devolución de sus propiedades si vuelven a Francia.

–Este parecería ser un lugar muy difícil para mantener algún secreto –dijo Armand.

–Cierto, pero en Berna y en Zurich ocurre un tipo de espionaje muy similar al de aquí. Las convicciones protestantes allí chocan con los contactos especiales de Luis XIV y el negocio rentable de suministrarle soldados suizos. Pero no desearía que te decepcionaras demasiado con nosotros. Ginebra es una ciudad de gran corazón y ha sido un refugio muy generoso para los hugonotes y los *vaudois*. La ciudad no tiene la capacidad para mantenerlos a todos, por lo que son enviados a otros lugares de refugio en Suiza o en los países protestantes tan pronto como se recuperan lo suficiente como para viajar.

Valmont miró nuevamente hacia el río.

–Hacemos todo lo que podemos, pero las tragedias que suceden ante nuestros propios ojos nos rompen el corazón. Ese puente allí abajo, sobre el río Arve, es lo más lejos que llegan algunos. Son tomados ante nuestros ojos al observarlos desde las murallas. Aquel poblado del otro lado, Carrouge, está en Saboya. Esa posada que ves allí, el León Dorado, es donde los soldados franceses llevan a los prisioneros para "interrogarlos". El residente está en contacto con estos procedimientos y hasta va allí de tiempo en tiempo para manejar el interrogatorio personalmente.

–Antes de la revocación –dijo Armand–, uno a veces escuchaba decir que si se tomaba una postura firme y quizás incluso algunos de los hermanos fueran martirizados, el rey se convencería de

nuestra sinceridad y se replegaría por el riesgo de una guerra civil, aflojando la persecución. ¿Qué piensas de esa idea?

Valmont sacudió la cabeza sombríamente. Descendieron lentamente de la muralla por una larga rampa de piedra.

–Si alguna vez fue así, ya no lo es. Huir es lo único a que puede aspirar el pueblo de Dios ahora. Son ovejas sin líderes a merced de los carniceros. Los jóvenes predicadores que surgen para amonestar al pueblo no viven por mucho tiempo. Se llevan a cabo asambleas en los matorrales más remotos, pero infaliblemente, pronto son descubiertos. Las tropas vienen, y hay matanzas, multas elevadas y la destrucción de casas. Vi cosas como estas en mi último año en el servicio. No solamente es la muerte para un pastor regresar a Francia según el edicto de 1686, sino que he visto órdenes del ministro de guerra de no tomar demasiados prisioneros al dispersar estas asambleas y no hacer distinción de sexos.

–Cierto, hay mucha exasperación, y el pueblo ahora se arrepiente por el apresuramiento con el cual abandonó la verdad durante las dragonadas. Pero carecen de líderes y armas y, aunque no deseo limitar los designios de Dios, temo que los zelotes provoquen represalias de modo que el postrer estado del pueblo será peor que el primero –sacudió la cabeza con tristeza–. Yo ayudo a aquellos que intentan escapar, pero no creo que Dios pueda bendecir la locura total. Temo grandemente que el país será encendido prematuramente.

Valmont se detuvo a la sombra del muro de la ciudad. Armand también hizo una pausa, y miraron a su alrededor. El joven vestido de violeta, viendo que era observado, se acercó a ellos. Hizo una gran reverencia, rozando el césped con la pluma de su sombrero, y saludando a Valmont por nombre.

–Este es *monsieur* Barbin –dijo Valmont sin entusiasmo–. Es un refugiado de Picardy y reside aquí desde hace un año. Es bien conocido por las personas distinguidas de la ciudad –esto último fue dicho en un tono curiosamente frío, casi irónico.

Barbin parloteó despreocupadamente, prácticamente empujándose a sí mismo entre los dos hombres. Habló de su gozo por la

llegada de Armand a la ciudad. ¿De dónde era? ¿Por cuánto tiempo permanecería allí? ¿De qué se había enterado? Él, Barbin, conocía a todos los que valía la pena conocer y haría su placer particular presentar a Armand a las *peuple du bien*[9] y le mostraría todo lo que valía la pena conocer de la ciudad. Cuando finalmente se despidieron, Barbin le aseguró a Armand que no podía descansar hasta que hubiera hecho por el recién llegado todos los servicios y lo hubiera conocido mejor. Armand, dándose cuenta de la actitud de Valmont, no estaba seguro de que su felicidad requiriera tanto de la compañía del joven, pero produjo la apropiada cortesía exagerada necesaria para terminar el encuentro.



–No estoy hecho de dinero, sabes –dijo el joven diplomático irritadamente–. Ustedes piensan que porque Su Majestad es lo suficientemente amable como para permitir que algunos de ustedes, los penitentes, muestren su gratitud al traer información útil para su servicio, pueden hostigarme a que les dé dinero a cualquier hora.

Eran las dos de la mañana en la residencia francesa, y d'Iberville estaba recibiendo a la visita en bata y gorro de dormir. Una sola vela luchaba con las sombras en el pequeño cuarto. Su visitante era *monsieur* Barbin, con su llamativo plumaje cubierto ahora por un manto negro y largo.

–No te doy estas gratificaciones solamente para sustentar tu modo de vida ocioso –continuó d'Iberville–. El perdón de Su Majestad y la devolución de tus propiedades dependen, y no lo olvides, de tu utilidad, y no considero que tus chismes en la casa de chocolate sean "útiles".

El residente francés miró furiosamente al visitante abatido. No creía que sus agentes debían considerarse en demasiada estima. No era extraño para él recibir visitas a estas altas horas de la noche, sin embargo, pues tanto aquellos empleados por él como aquellos

que venían en secreto para abjurar en su capilla no deseaban ser vistos al ingresar en su propiedad.

–Mil perdones, Su Señoría, pero es difícil conseguir mucha información acerca de *monsieur* Valmont. Parece tan frío y antipático. Estoy casi seguro de que su visitante hoy le trajo cartas, pero no hubo forma en que las pudiera ver, y mientras hablaban de refugiados y los nuevos conversos en Francia, se detuvieron cuando me acerqué a ellos. El hombre nuevo es un oficial francés, Armand de Gandon, ex comandante al servicio del Rey. Creo que está al servicio del príncipe de Orange y debe haber venido hace poco de Inglaterra u Holanda. Cuando hizo una pregunta sobre los Vaudois, Valmont cambió de tema. Haré lo mejor que pueda para complacer a Su Señoría. Ahora sé dónde se hospeda este oficial, y cultivaré su amistad asiduamente.

Barbin miró tan suplicantemente y humildemente a su jefe que a d'Iberville le hizo acordar los ojos implorantes de un perro cocker. Al igual que este, el informante parecía menearse en su ansiedad por complacer. Se le ocurrió a d'Iberville que sería perfectamente natural que Barbin le lamiera la mano. Le dio un pequeño escalofrío de desagrado.

–¿Y qué hay del hijo del alcalde de Nyon? Ibas a lograr que te revelara los secretos de su padre.

–¡Ah, sí, milord! –exclamó Barbin, con más de su sinceridad enfermante y conmovedora–. Muy pronto probará ser *muy* útil para el servicio de Su Majestad. Me proveerá de pruebas de que su padre hace la vista gorda a los refugiados franceses en su región. El joven dice que los ministros refugiados y también los *vaudois* están yendo de aquí para allá, muy ocupados últimamente. Especialmente en Lausanne.

–¿Hay conexión alguna?

–No me sorprendería, milord. Todos los alborotadores y agitadores de entre los refugiados están *qui vive*.[10] Algo se está fraguando.

–Bueno, averigua lo antes posible si esto es así y síguelo a ese oficial que conociste hoy. Si hay plan alguno de sedición en Francia,

debo saberlo de inmediato. Si se está tramando algo, gánate su favor arteramente. Si lo haces bien, puedo llegar a pasar por alto algunas otras estupideces...

—Difícilmente podré entretener a estos caballeros, milord, sin dinero; aunque me sonrojo de solo mencionarle un asunto así a usted —dijo Barbin, lleno de humilde docilidad.

—¡Deberías sonrojarte, sabe Dios! —dijo d'Iberville en mal tono. Tomó una bolsa de cuero de su escritorio, y sacó veinte *écus* franceses de plata y los deslizó al otro lado del escritorio, a Barbin—. Eso ya suma 240 *livres* que te he adelantado este último mes. Usa buen juicio, pero no puedo repartir el dinero de Su Majestad en forma indefinida sin resultados.

—Puede contar conmigo, milord —dijo Barbin con una sonrisa afectada—. ¡Yo daría hasta mi vida por su Majestad!

—¡Sería más útil para él si te mantuvieras con vida y encubierto, y me buscaras rápidamente la información de lo que están tramando estos pillos traicioneros! Después de esto, en vez de venir en persona, trata de enviarme mensajes.

Llamó a su sirviente.

—Muéstrale la salida a *monsieur* Barbin. Utiliza el portón de atrás que da al callejón. Puede haber vigilantes en la *Grande Rue* incluso a esta hora.

—Para servirle, señor —dijo Barbin en tono de halago, y con dos grandes reverencias más siguió al sirviente.

D'Iberville apagó la vela y, apartando la cortina de la ventana, miró más allá del patio adoquinado. Pero no podía ver nada de la *Grande Rue* por el portón. ¿Habría espías en los oscuros callejones? Casi podía sentir la hostilidad de Ginebra, la ciudad de Calvino.

La luz de la luna plateaba los techos, y la catedral de Saint Pierre sobresalía llamativamente. D'Iberville estaba orgulloso de su labor en este puesto difícil; más bien disfrutaba de esta situación, por más difícil y delicada que fuera. Esperaba que sus superiores en Versalles estuvieran al tanto de cuán buen hombre tenían en Ginebra. Si no

lo estaban, no era por falta de informes frecuentes de su parte.

Estaba, sin embargo, un poco preocupado. Era obvio que algo estaba sucediendo, y hubiera deseado tener un instrumento mejor a mano que Barbin. Uno de sus agentes había sido encontrado en el fondo del Lago Ginebra recientemente, y aunque nunca se dijo nada públicamente de una conexión con Francia, era extraño que el hombre fuera a nadar atado de pies y manos.

Había por lo menos doscientos refugiados franceses en la ciudad, y muchos se reunían en la oficina de correos para compartir noticias jugosas de sus cartas. Barbin recogía mucha información allí. Además de los principios perniciosos que derivaban de su religión, los refugiados absorbían un espíritu republicano, independiente, al vivir en un lugar como Ginebra. Harían cualquier cosa para humillar a Francia. ¡Pero los conspiradores serios como Valmont y el oficial recién llegado no estarían parloteando en las oficinas de correos!

—Estos oportunistas son o necios o villanos —suspiró para sí mismo, volviendo a cerrar la cortina—. Barbin probablemente sea ambos. Es verdaderamente lo suficientemente codicioso, pero ¿es astuto? Si pudiera penetrar alguna gran conspiración de estos herejes, no estaría confinado a esta triste ciudad para siempre. ¿Para qué habrá venido ese oficial de Holanda? Debo obtener una buena descripción de él para mi próxima carta al rey.



—Que las pobres ovejas de Cristo balan en desolación, devoradas por bestias salvajes y expuestas a la furia del demonio, conmueve mi corazón.

El anfitrión, el distinguido abogado Claude Brousson, le hablaba a una veintena de miembros de la Comisión de Refugiados de Lausana y sus huéspedes en su hogar. Era un atardecer a mediados de Julio. Al día siguiente, dos predicadores recientemente ordenados, uno de ellos François Vivens, planeaban dejar la seguridad del exilio y regresar a Languedoc. Armand de Gandon, todavía en

función de mensajero, había traído cartas de Mirmand, el director de la Comisión de Refugiados local, y *monsieur* Brousson lo había invitado muy cordialmente a acompañarlos esa noche.

–Lo he conversado mucho con mi huésped, el hermano Vivens, desde que ha llegado a mi hogar. Siento la dirección del Espíritu y estoy enteramente resuelto, hermanos, a acompañarlo a él y a los otros cuando regresen a Francia mañana para predicar bajo la cruz.

Brousson era un hombre pequeño de ojos y tez oscuros, actitud serena y una voz de orador excelente con un toque de acento sureño.

–Pero, hermano –objetó uno de los ministros–, ¿será sabio hacer esto, considerando su estado de salud? Has servido muchas veces a la iglesia en Francia y ahora en Suiza, y has rogado por nuestras necesidades hábilmente ante príncipes y dietas. Para un hombre de entrenamiento legal como tú, ¿es el mejor uso de tus talentos ir de esta manera? Y eres un laico, ¡ni siquiera ordenado!

–Gracias por tu preocupación, pero estoy decidido. Veo la dirección de Dios en esto, pues tan pronto como resolví ir y consolar a nuestros hermanos, Dios me ha dado una remisión increíble de las aflicciones que sentía en mi pecho y de la fiebre que me ha fastidiado durante todos estos meses. ¡Es una señal directa! Dios levantará predicadores y les dará palabras para decir incluso al más *idiote*.[11] Si los pastores regulares no cumplen con su deber, ¡hasta las rocas hablarán!

–¿Estás regresando a tus ideas de que los pastores son negligentes cuando no regresan a Francia en busca de martirio? –había una leve sugerencia de un tono tenso en la voz del interlocutor.

–¡No, señor! –dijo Brousson muy humildemente–. Lamento que mis escritos de hace un año hayan ofendido a tantos pastores; y no insté a nadie al martirio. Pero repito lo que dije entonces, que incluso si un pastor es matado, aún podría testificar más efectivamente desde su tumba que desde un púlpito en una tierra segura. Sin duda fui demasiado directo en mi forma de hablar, ¿pero dónde están los pastores? Tenemos jóvenes tales como el hermano Vivens y los otros predicadores, e incluso surgen niños profetas. Pero ¿están todos nuestros ministros ordenados tan ancianos o tan pobres de

salud que no sienten que pueden desafiar el edicto del rey y regresar para servir a su grey? El hecho de que yo vaya debería gratificar a aquellos cuyas sensibilidades herí –sonrió un poco maliciosamente.

Exceptuando algún desacuerdo sobre la sabiduría de las intenciones de Brousson, la atmósfera era de un gozo santo, pues la partida de los predicadores y de Brousson, sus gastos pagados por el gobierno holandés, sus planes perfeccionados por los líderes exiliados en Holanda y Suiza, representaban un primer paso hacia la recuperación del protestantismo en el sur de Francia. François Vivens era el héroe de la noche. Era el joven enfermizo e inelegante que Armand había conocido de pasada en la casa de Jurieu, en Rotterdam. Su actitud era más discreta que la de algunos de los hombres mayores más fogosos. Su mirada intensa, casi apesadumbrada, parecía ver más allá del salón atestado de gente, y hacia las montañas de los Cévennes y el estandarte que debía ser erigido allá contra la bestia y la mujer escarlata. La duplicidad practicada sobre él por los agentes del intendente de Languedoc lo habían transformado de un maestro de escuela bien intencionado y predicador *amateur* en un profeta fanático, con un odio santo hacia la Iglesia Romana y todos sus secuaces. De hecho, había sido una broma costosa que las autoridades en Languedoc le habían jugado cuando traicionaron la confianza del joven predicador sincero. Ahora, gracias a Jurieu, había sido ordenado oficialmente y era el agente de avanzada de la contraofensiva hugonote.

Quizás, al principio no se había sentido del todo cómodo en este grupo (mayormente compuesto por pastores educados de experiencia y buena posición social), pero, a pesar de su panza, su pie cojo, su peluca, que no le quedaba bien, y su fuerte acento cuando comenzaba a hablar, los impresionaba con su pasión, su celo. Las palabras simplemente salían a borbotones. Estaba convencido, y era convincente en cuanto a que el tiempo para la restauración de la iglesia en Francia era ahora. El celo renació. Los sueños, los augurios y las profecías prometían ayuda sobrenatural. La adoración privada por sí sola no era testimonio suficiente. Dios se esta-

ba moviendo sobre los corazones en Francia. La liberación estaba cerca. Dios no hace nada en vano. Él, Vivens, ejecutaría los juicios de Jehová y, al igual que Elías, llevaría a los sacerdotes de Baal y los apóstatas que lo adoraban hasta el arroyo de Cisón, y allí los degollaría. Cercano estaba el día en que debían tocar la trompeta. Los ejércitos de la Liga de Augsburgo, la Gran Alianza, incluso ahora estaban comenzando a moverse. Su pequeño grupo prepararía el camino. Los *vaudois* pronto se pondrían en movimiento, también. Francia, la décima parte de la Gran Ciudad, caería, y la adoración a Dios del modo que él lo requería sería restaurada en su tierra de Francia. Dios había castigado a su pueblo por su dejadez, pero también los libraría. Los templos que estaban destruidos y desolados serían reparados, y la ira de Dios caería sobre aquellos que tan cruelmente habían matado a sus siervos o los habían confinado a las galeras, los calabozos o los conventos. Los "poderes" en Francia conocían la profecía de los 1.260 días. Sabían que podía finalizar en 1689. Sabían que los exiliados estaban comenzando a regresar.

Los oyentes de Vivens, mayormente hombres de edad mediana o ancianos, fueron conmovidos por su diatriba. Algunos se lamentaban por sus años y problemas de salud, que les impedían unirse al grupo. Otros, obviamente encantados por ver que las cosas se movían, evidentemente veían a Vivens más como un instrumento que un líder; expresaban preocupación por la fecha inoportuna y los procedimientos. Algunos contradecían al joven, pero él parecía casi desdeñoso de tales consideraciones, como si esto significara limitar al Señor con "consejos de carne".

Fascinado, Armand escuchaba y observaba. *Quizás han iniciado más de lo que pueden concluir*, pensó. *¿Qué control tendrán sobre este agitador una vez que esté fuera de su alcance, corriendo por las montañas? Debe haber miles de personas simples en esas provincias sureñas, que se están arrepintiendo de su debilidad bajo la persecución, llevados a la desesperación por las crueldades y las estupideces de Bâville y sus agentes, espiados, gravados con impuestos, privados de sus hijos por los sacerdotes, asesinados por la milicia católica y por los soldados del rey*

cuando se encuentran para orar en los bosques. Si Vivens los agita, ¿estarán los ejércitos aliados preparados y dispuestos para ayudar? ¿Será que al ayudar a los vaudois a regresar a sus valles abrirá el camino para rescatar a los hermanos en Francia? Sus pensamientos fueron interrumpidos por una nueva voz.

–La última carta que he recibido de Lyon dice que si podemos arrojar tres mil hombres al Dauphiné o al Franche-Comté, ¡cien mil hombres se unirán a nosotros en dos semanas! –el interlocutor era un pastor canoso valeroso–. ¡El descontento es tan grande que hasta los católicos se unirán a nosotros! –predijo.

–¿Quién liderará a todas esas personas? –objetó Armand–. ¿Estamos preparados para armarlos? ¿Se rebelarán a puño limpio? ¿Hay algún ejército aliado preparado para apoyarlos?

El hombre mayor se dio vuelta para mirar a Armand, con el rostro enrojecido. Lo miró furibundo, como si fuera un espía católico.

–¡Dejaremos eso en las manos del Señor! –le dijo–. Tenga cuidado, señor, que no sufra el destino del portero que contempló la liberación de Israel pero no participó de ella.

Armand notó que varios de los demás lo miraban divertidos. Se dio cuenta de que no valía la pena discutir. Por lo tanto, no citó la reticencia de Acab a escuchar profecías desfavorables, sino que solamente se encogió de hombros.

Un poco más tarde, hallando una oportunidad de hablar con *monsieur* Mirmand en privado al entregar las cartas, mencionó su preocupación.

–Veo que tenemos en mente un gran diseño –se quejó–; pero ¿tiene idea *alguna* esta gente de cuán lentamente se mueve un ejército? Las fuerzas imperiales ni siquiera han entrado en Italia aún. No sabemos lo que hará el duque de Saboya. Los *vaudois* pueden de hecho empezar pronto, pero el enviado británico ni siquiera ha llegado a Suiza para plantear un tratado con los cantones. Me parece que ni un levantamiento por parte de la gente ni una invasión de fuera de Francia podría prevalecer sin la otra. ¿No sería sabio persuadir a este joven zelote de que espere un poco hasta que to-

das las partes del gran diseño puedan moverse juntas?

–Quizá, sea así, capitán –dijo el hombre mayor en tono sombrío– pero te olvidas de la gran apelación de la fecha profética de 1689. Tal como temen los católicos, la profecía podría animar su propio cumplimiento. Si algo comienza, el impulso podría llevarlo más lejos de lo que nuestra cautela sugiere. Un éxito para los *vaudois*, que no están deseosos de esperar tampoco, también sería un motivo poderoso de aliento. El hermano Vivens es verdaderamente una persona impaciente y furiosa, pero sería inútil intentar detenerlo, ¿y quién puede decir que el Señor no puede utilizar un instrumento como él?

Mirmand hizo una pausa, pero Armand no respondió.

–Como sabrás –continuó Mirmand–, he estado trabajando para el reasentamiento de nuestros refugiados en las tierras protestantes. También espero contra toda esperanza que o nuestro rey será impresionado a cambiar de opinión y nos permitirá regresar a adorar a Dios del modo que él desea, o que, de hecho, algún gran revolucionario pueda estar preparándose en Francia. Pero si puedo ser indiscretamente sincero, capitán, dado que percibo que tenemos algunas de las mismas preocupaciones, no veo como ventajoso para la causa de la verdad empapar de sangre la tierra. Ninguna acusación nos es presentada con tanta insistencia que la de que la Reforma causó la guerra civil y la matanza. Más bien, si el bien no puede prevalecer en Francia, siento que debemos aceptar los propósitos de Dios para nosotros y huir a otra ciudad, ya sea en las Alemanias o, posiblemente, en las Islas Británicas.

–Por ejemplo, el rey Guillermo tendrá mucha tierra que poblar en Irlanda con la huida de algunos de los rebeldes y las confiscaciones tomadas de otros, y ya he iniciado contactos con las autoridades inglesas sobre un asentamiento hugonote allí. Debo mantener estos planes en marcha, señor, pues no podemos saber cómo terminará esta gran guerra. Pero, ven, volvamos a la asamblea.

Regresaron al salón para encontrar que la conversación aún giraba en torno de las revoluciones esperadas. *Madame* Brousson

estaba sirviendo un refrigerio de bebidas frías adecuadas para una tarde calurosa en un ambiente atestado de gente. Era la segunda esposa de Brousson, y por lo tanto había adquirido dos hijastros. De pie en un rincón, Armand bebía a sorbos su refresco mientras notaba el rostro más bien triste de *madame* Brousson. Presumió que ella no estaba tan entusiasmada por las aventuras de Brousson como lo estaban los pastores refugiados. Sin duda, todavía recordaba muy vívidamente cómo su esposo había sido proscrito luego del fracaso de las protestas pacíficas de 1683; una propuesta planificada en el hogar de Brousson en Toulouse cuando practicaba abogacía ante la corte regional allí. Poco tiempo después, su esposo a duras penas había podido escapar ante una traición y se había arrastrado fuera de Nîmes por una alcantarilla abierta en medio de la noche. Ella y su pequeño hijastro habían escapado más tarde.

Este niño, un joven solemne de nueve años, estaba ayudando a su madre. Cuando se acercó a Armand para llenarle el vaso con limonada, Armand preguntó:

–Señorito Brousson, ¿a ti también te gustaría regresar a Nîmes?

–Sí, *monsieur* –contestó dubitativamente–. Fue muy aterrador salir de allí, y estaría asustado por regresar; pero no tanto si estuviera con mi padre. Me gustaría poder volver a ver a mi hermanito. Está con la abuela Brousson en Nîmes, pero está muy enfermo como para viajar. Desearía poder regresar para traerlo a él y a la abuela.

El pastor Clarion, uno de los directores de la Comisión de Lausana, oyó por casualidad la conversación. Una expresión de dolor cruzó su rostro, y le dio una palmadita al joven Barthelemy en el hombro.

–Por lo menos, tu hermanito está con su abuela piadosa –dijo–, y debes agradecer a Dios cada día por eso. *Mi* pequeño hijo está en la escuela de los Jesuitas en Pezenas. Sé que es un buen niño y que está cimentado en la verdad, pero tres años es mucho tiempo, y haría cualquier cosa por sacarlo de allí. Él es mi Daniel en el foso de los leones, pues su nombre *es* Daniel. Pero –y sonrió irónicamente a Armand–, ¡es más bien, Daniel en un nido de víboras!

El resto de la noche, mientras la charla entusiasta y optimista

continuó y Vivens y Brousson gozaban de la atención y la aprobación de la compañía, Armand siguió pensando en la pareja silenciosa, madre e hijo, que estarían enfrentando sus propios terrores; aquellos de la imaginación cuando un esposo y padre desaparece en un vacío silencioso y oscuro, sin recibir noticias de él durante semanas o meses, acechado, y con un precio sobre su cabeza.

–El tema de los *vaudois* debe ser apresurado. La nieve cerrará los pasos en un par de meses.

–Es muy probable que pronto todos nos reencontraremos, ¡esta vez en Francia!



Cuando, a principios de agosto, el pastor Sagnol de la Croix pidió hablar con Armand, estaba casi seguro del tema que quería tratar. El pastor era uno de los más activos de la Comisión de Refugiados de Lausana en reclutar para la expedición de los *vaudois*, y aunque de una forma general era sabido que los *vaudois* se estaban movilizando, circulaban un número aparentemente infinito de rumores conflictivos. Oficiales franceses experimentados serían necesitados como capitanes, y Armand había indicado hacía mucho, tanto al pastor Arnaud como a la Comisión de Refugiados, su disposición para servir. Armand y Alexandre habían estado esperando en Lausana durante casi un mes a que todo se movilizara.

Sagnol de la Croix estaba apurado, como siempre, pero parecía tener vergüenza.

–Dispongo de poco tiempo, *monsieur* –dijo, llevando a Armand a un rincón de la sala de estar de la Posada de las Tres Coronas–. Me temo que algunos cambios inesperados...

–No se preocupe, pastor –dijo Armand con simpatía–. Le dije que estaría contento de servir a la Buena Causa en cualquier puesto.

–Lo sé, *monsieur*, y la comisión está agradecida, pues cada oficial con experiencia que podamos tener será necesario. Pero algu-

nas de las personas con las que debemos trabajar han sido más, eh, difíciles, podríamos decir. Me aflige decir que en este momento no hay compañía alguna disponible.

–No hay problema, pastor. Si puedo ayudar a los pobres *vaudois* y quizá preparar el camino para la restauración de la iglesia en Francia, ¡estaría dispuesto a servir como un soldado raso!

El pastor se mostró visiblemente aliviado, pero todavía se deshacía en disculpas.

–Hemos tenido muchos problemas con estos asuntos –dijo mientras sacudía la cabeza– Parecía apropiado que un suizo fuera el comandante. *Monsieur* Guy de Berna se ha rehusado a aceptar, y ahora el capitán Bourgeois de Neuchâtel ha aceptado tomar el mando. En las capitanías de los voluntarios extranjeros, el sentir de los refugiados de Dauphiné, que son el grupo mayor de entre nosotros, fue que eligiéramos al capitán Turrel en segundo lugar. Pero, a menos que podamos organizar más compañías de voluntarios que las que podemos equipar en este momento, lo mejor que podemos hacer es ofrecerte a ti y a François Huc un puesto de teniente.

–Apoyaré con todo mi corazón a cualquier persona que elijan los hermanos –dijo Armand–. Después de todo, lo importante es que las compañías estén bien lideradas.

–Tienes un buen espíritu, hermano Gandon –suspiró Sagnol–. Tan a menudo en la obra del Señor descubrimos que estas consideraciones propician la vanidad y la rivalidad. ¡Es maravilloso que el Señor pueda siquiera utilizarnos para alguna cosa! –exclamó, reanimándose–. Bueno, ¡estamos de acuerdo, entonces! Hay mucho por hacer, y debo irme. Quizá tengamos que adelantar nuestra partida antes de que todos nuestros hombres y provisiones puedan llegar, pues las autoridades de Berna no pueden ignorar nuestras preparaciones por mucho tiempo más. Manténgase preparado, hermano. ¿Necesita dinero para subsistir?

–No, gracias, pastor –contestó Armand, mientras acompañaba a Sagnol hasta la puerta–. ¿Qué papel juega el pastor Arnaud en todo esto? Pensé que él sería el líder natural de su pueblo.

El pastor siente que un hombre de guerra debería estar al mando. Él prefiere ser el capellán o, en sus palabras, el patriarca de la expedición. La expedición se está preparando en un país extranjero, y el pastor sintió que era apropiado que un suizo o un francés debía liderar.

De alguna manera, dudo de que tendrá dificultad alguna en dar a conocer sus deseos, pensó Armand al regresar a sus aposentos. Encontró a Alexandre recostado sobre el jergón que les servía de cama, leyendo la *Carta pastoral* número 17 de Jurieu, que Gabriel de Convenant le había dado a Armand.

–¿Sabías, Armand, que son las personas, en última instancia, las que ponen reyes; que las personas son naturalmente libres, y que no están obligadas a compartir sus bienes ni su autoridad con nadie? La única función de los reyes es preservar el orden luego de la entrada del pecado. Por esta ley natural y los derechos de las personas, lo que le ayudamos al rey Guillermo a hacer contra el rey Jacobo el año pasado fue perfectamente legal y aprobado por Dios. La violencia debe ser "justa", si debemos reprender a los reyes. Ellos no pueden pretender controlar nuestras conciencias.

–Es animador saber que lo que esperamos hacer por los *vaudois* es aprobado por el pastor Jurieu –contestó Armand solemnemente–. De alguna manera, tenía la impresión de que el temible pastor sentía que era deber de los magistrados suprimir la falsa doctrina.

–De hecho, lo hace –dijo Alexandre alegremente–. ¡Pero los magistrados no pueden suprimir la *verdadera* doctrina! ¡Seguramente notarás la distinción! Y, de cualquier manera, gracias a su humanidad, el pastor objeta el *matar* herejes, pero pueden ser silenciados justamente en nombre del orden público para que no esparzan sus falsas ideas.

–Muchísimas gracias por esta clarificación –dijo Armand, sonriendo–. Me sentiré mucho mejor ahora si en nuestra marcha nos topamos con las tropas del Gran Rey.

–¿Qué quería Sagnol? –preguntó Alexandre, dándose cuenta de que Armand estaba disfrutando de su ironía.

–¡He aquí, un teniente de voluntarios en la expedición que se aproxima!

–¡Teniente! –exclamó Alexandre, sentándose derecho con descontento manifiesto–. Es hora de que te retires. ¿Acaso no ves que estás perdiendo terreno? Tu rango disminuye cada vez que cambias de ejército. ¡Y los ejércitos cada vez son de menor importancia! ¡Estás retrocediendo! Eras mayor en los ejércitos del rey. Fuiste capitán para el príncipe de Orange. Ahora, para esta pequeña bandada de *bandoliers*,[12] ¡eres un teniente! Creo que hay una injusticia en algún lugar. El pastor Jurieu debería revisar este asunto.

---

[1] Los dragones (*dragoons*) eran los soldados franceses que utilizó Luis XIV para llevar a cabo sus campañas de persecución (dragonadas) contra los hugonotes.

[2] Monedas, por lo general de plata, que equivaldrían a unos cuarenta dólares actuales, según el poder adquisitivo.

[3] Bandidos, matones.

[4] Trabajo, asesinato, etc.

[5] Monedas de oro con un poder adquisitivo equivalente a unos 425 dólares.

[6] Moneda francesa estándar, más tarde el franco, con un poder adquisitivo equivalente a unos diez dólares actuales. Tres *livres* hacían un écu de plata.

[7] Un veinteavo de *livre*; coloquialmente, un centavo.

[8] El sur de Francia.

[9] Ciudadanos acaudalados.

[10] Alerta.

[11] Simple.

[12] Bandidos, soldados no regulares.

Capítulo 3

El "ejército" emprende la marcha

—¡Este es un maravilloso tipo de secreto público! –se quejó Baptiste Besson a Alexandre, en un cálido atardecer en Agosto. Cientos de *vaudois,* hugonotes franceses y suizos curiosos, hombres y mujeres, pululaban en los pequeños bosques de Prangins a unos pocos kilómetros al este de Nyon, a orillas del Lago Ginebra. El humo de muchas fogatas se arremolinaba en derredor de los árboles, y hombres con antorchas iban de un lado a otro con desgano. La luz oscilante producía sombras cambiantes y reflejos danzantes en las oscuras aguas del lago. Alexandre y los otros voluntarios estaban descargando mosquetes de carros tirados por caballos, acomodándolos en tenderetes ordenados en los pequeños claros del bosque.

–Parece una lástima que pueda haber *alguien* en Suiza que no pueda estar aquí en nuestro lugar "secreto" de encuentro –dijo Alexandre–. Espero que hayan recordado enviar invitaciones a Sus Excelencias de Berna, ¡y el residente francés de Ginebra!

Alexandre y Besson se habían llevado bien desde aquel incidente en Coire. De todas maneras, a Alexandre le hubiera costado quedarse callado.

–Capitán –objetó un joven *vaudois,* rodando un pequeño barril de pólvora sobre el pie de un suizo curioso que no alcanzó a sacarlo a tiempo–. Estoy tan ansioso por regresar a casa como usted, pero ¿partimos esta noche? Nuestros amigos de Brandeburgo no podrán llegar a tiempo, como así tampoco aquellos que vienen desde el extremo opuesto de Suiza. ¿Acaso no necesitamos a cada hombre que podamos conseguir?

–Yo no tomo las decisiones –dijo Besson bruscamente–. ¡No preguntes más y sigue trabajando!

Entonces, dirigiéndose a los curiosos que lo rodeaban, dijo:

–Disculpen, *messieurs* y *mesdames*. Les ruego que nos hagan un poco de espacio, pues el tiempo apremia. ¿Nos darían una mano?

Dos o tres hombres suizos se adelantaron silenciosamente y comenzaron a descargar una de las carretas. Entonces, Besson decidió comentar sobre la pregunta de su compatriota.

–Esto no es un gran secreto –dijo–. Algunos de nosotros quizá no hayamos sabido exactamente a dónde nos dirigíamos cuando salimos de nuestros hogares, pero todos sabíamos por qué estábamos partiendo, y muchos de los suizos también lo saben. ¿Cómo podrán no saberlo? Es un país pequeño, y desaparecieron todos los hombres *vaudois* de sus ciudades y pueblos casi al mismo tiempo. ¿Acaso crees que los alguaciles no podían adivinar quiénes son todos estos hombres, marchando por los caminos secundarios de Berna? Los *messieurs* de Berna difícilmente puedan fingir que no ven nada por mucho tiempo más, y se verán forzados a volver a detenernos, como ya lo hicieron dos veces, si no nos apresuramos a salir de aquí. Es una lástima, y me apena mucho. Pero hasta el cronograma es obra del Señor. Esta guerra nos da muchas cosas: nuestra oportunidad, los hugonotes que nos acompañan, y estos mosquetes y provisiones que nos envían nuestros amigos en Inglaterra y Holanda.

Se detuvo y enjugó la frente.

–¡Todos ustedes, continúen trabajando! *Es* la obra del Señor –añadió vehementemente–, por lo que unos más o unos menos no le hacen diferencia a él.

Alexandre y los demás continuaron descargando las armas y la pólvora mientras Besson se alejaba por un instante.

–¿Crees que habrá suficiente para armarnos a todos? ¿Alguien sabe cuántos seremos? Ni siquiera nos han asignado compañías, ¿verdad? –preguntó un voluntario francés a Alexandre.

–¿Cómo podría saberse eso? –contestó Alexandre–. Me enteré que ni siquiera ha llegado nuestro comandante en jefe mismo, y que Govone, el hombre de Saboya en Zurich, sospecha de esto

y ha alertado a los cantones católicos. Ahora comenzarán a arrestar a cualquiera que esté viajando por los caminos, sin importar el motivo, por lo que creo que partiremos en cuanto terminemos de descargar estas cosas, con la esperanza de que los demás puedan llegar más tarde. Parece confuso, pues sería lindo si cada uno de nosotros pudiera tener por lo menos un arma. ¡Eh! ¿qué son estas? ¡Son hermosas!

Estaba admirando una colección de pequeñas esferas metálicas, cada una con un hueco de ignición. Tomó una, calculándole el peso, especulativamente. Eran pequeñas granadas. El granadero llevaba una pieza de mecha de combustión lenta. La idea era insertar un fusible en la granada, encenderlo, y arrojarlo lo antes posible, pero con la precisión suficiente como para evitar que explotara entre las filas de soldados del propio bando.

–¡No me desagradaría ser un granadero! –dijo Alexandre, sintiendo cada vez más convencimiento.

–¡No mientras yo esté aquí! –objetó enfáticamente un compañero de mayor edad–. Ustedes los infantes me ponen lo suficientemente nervioso cuando desean llevar un mosquete. Me sentiría más seguro si fueras un tamborilero. Qué lástima que no estamos trayendo tambores. Pero ¡Dios nos libre de los canijos que desean ser granaderos, que no tienen la altura ni el brazo adecuados para arrojar esas cosas peligrosas lo suficientemente lejos! No es nada personal, por supuesto, pero desearía que los novatos estén al frente, por si se desconcierta y su mosquete dispara demasiado pronto.

Alexandre lo miró con enojo.

–"¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?" –preguntó maliciosamente–. Si sabes tanto, ¿por qué eres un simple soldado raso, como el resto de nosotros?

–¡Apúrense! –gritó Besson, con sus brazos llenos de rodajas del pan perdurable de los *vaudois*–. Cuántas veces les tengo que repetir. ¡No tenemos toda la noche!

Armand de Gandon salió de las sombras en ese momento para ver el progreso de Besson. Pisándole los talones, venían dos hom-

bres vestidos de manera incongruentemente engalanada. La tela de sus trajes pastel relucían a la luz de las fogatas, sus plumas y encajes, en contraste agudo con el ropaje común y sobrio de los expedicionarios. Uno era *monsieur* Barbin, y el otro un joven rubio, intentando hacer crecer su bigote. Era el hijo del alguacil de Nyon y un confidente y fuente de información de Barbin. Ambos habían aparecido repentinamente al atardecer y no habían dejado a Armand alejarse más de tres metros de ellos durante las últimas tres horas. Ahora permanecían inmediatamente detrás de Armand, analizando la escena. La mirada de Barbin revoloteaba de un lado a otro, y su amigo miraba fija y más perdidamente a la confusión ordenada.

–¿Qué se supone que tienes allí? –preguntó rudamente Alexandre. Armand miró fatigosamente al "precioso" par, mientras los *vaudois* miraban fijamente, asombrados, a su plumaje, al igual que los visitantes suizos.

–Eso es lo que me gustaría saber –respondió, encojiéndose de hombros y dirigiéndose hacia Besson. Armand se había dado por vencido con Barbin. Su presencia sugería algo siniestro, pero el joven parecía casi demasiado necio para ser peligroso. Una media docena de veces a lo largo de la noche Armand había intentado acorralar a Barbin. Cada vez, el elegante visitante expresaba su interés y simpatía por estos pobres *vaudois* simplemente maravillosos y aquellos que tan heroicamente se ofrecían a acompañarlos. ¡Decía que casi se convencía de unirse a la expedición! Armand, cada vez, le insistía que lo hiciera y le ofrecía un lugar para él en su compañía. Pero Barbin siempre presentaba excusas rápidas, locuaces y vagas. La última vez, Armand había comentado, sarcásticamente: ¡"Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir"!Pero la alusión parecía evadir a Barbin completamente.

El pastor Arnaud circulaba por la escena sobrecogedora, acompañado por un grupo de oficiales. Por razones de seguridad, deseaba que lo llamaran "*monsieur* de la Tour", pero por supuesto que todos, los hugonotes franceses, los *vaudois* o, incluso, los suizos

curiosos, podían identificarlo. Profesaba satisfacción por el progreso de la labor de la noche. Él y sus colegas visitaban las diferentes fogatas, dando órdenes y sugerencias, respondiendo preguntas y haciendo predicciones animadoras. Parecía no perturbarse por la ausencia del capitán Bourgeois, el líder que habían escogido.

–¡No hay nada de qué preocuparse! –repetía una y otra vez–. Si no llega a tiempo, nombraremos a otro. Debemos zarpar esta noche, y aquellos que todavía estén en camino pueden zarpar la próxima vez. El pastor Sagnol ya está haciendo planes para una segunda expedición.

Varios oficiales voluntarios hugonotes franceses se acercaron al fuego.

–Pastor –dijo Armand–, solamente cuatro de los botes que alquilamos han venido. ¿Qué haremos?

–Eso es desconcertante –dijo el pastor, con expresión de confusión–. Ya he pagado el alquiler de veinte botes. Seguramente estarán viniendo.

Los oficiales se miraron el uno al otro, y los soldados y curiosos escuchaban también. Fue la presencia de estos últimos la que le dio una idea a François Huc, un teniente hugonote, un soldado alto y extraordinariamente apuesto de Le Vigan en el sur de Francia. Tenía un rostro abierto y simpático.

–Esta locura por venir y ver el espectáculo ha traído a muchos en bote –dijo–. Podríamos realizar una "ejecución" militar y simplemente requisar estas embarcaciones. ¿Acaso no es providencial que sea un día de ayuno y tantos están libres para venir y quedarse papando moscas al vernos organizar la expedición?

El pastor Arnaud se animó.

–Una idea excelente –dijo–. Asegúrales que les pagaremos por todos los servicios, ¡pero no acepten negativas!

Huc y Armand, que ya eran buenos amigos, reunieron un escuadrón de soldados que estaba cerca y se dirigieron a la orilla corriendo, muchos de ellos riendo ante la sorpresa que tendrían los barqueros y los espectadores, que probablemente volverían caminando a sus hogares.

Los barqueros estaban desparramados entre la multitud, pero se enteraron de lo que sucedía lo suficientemente rápido y vinieron corriendo a la orilla también, altamente indignados.

–El alguacil de Nyon nos advirtió de que ustedes, la gentuza italiana, estaban tramando algo –vociferó uno de ellos–. Nos dijo que si ayudábamos a cruzar el lago hasta Saboya a cualquier persona, seremos reos de muerte.

–Pero no tuvieron problemas en venir flotando hasta aquí con un grupo de curiosos para estorbarnos, ¿verdad? –dijo Huc dulcemente–. Difícilmente pueda cortarles la cabeza a menos que los atrape, ¿no es cierto? Somos todos protestantes aquí, y seguramente ustedes desean colaborar con la Buena Causa. Si no es así, bueno, estamos armados y tenemos sus embarcaciones y ordenamos que nos lleven al otro lado del lago, y les pagaremos bien. ¿Qué dicen a esto?

Dadas las circunstancias, no había mucho que pudieran decir, pero después de algunas quejas breves, los barqueros estuvieron de acuerdo.

La próxima hora fue dedicada a cargar los botes. Los expedicionarios y muchos de los espectadores formaron cadenas humanas y se pasaron armas y provisiones hasta la pequeña flotilla. Para la una de la mañana del sábado 27 de agosto, las fogatas de gran parte del bosque, abandonadas, se habían apagado, y el gentío estaba reunido en la playa angosta, donde otras fogatas habían permanecido encendidas. La tarea fue realizada placenteramente, y el momento de partir estaba cerca. De pie sobre la proa de uno de los botes, encallado en la playa, el pastor Arnaud hizo una oración pidiendo protección divina para el gran emprendimiento. Todos, tanto los participantes como los espectadores, hombres y mujeres, se arrodillaron en el suelo durante la dilatada plegaria. El pastor citó el Salmo 79 extensamente:

–"Oh Dios, vinieron las naciones a tu heredad; han profanado tu santo templo [...]. Dieron los cuerpos de tus siervos por comida a las aves de los cielos, la carne de tus santos a las bestias de la tierra.

Derramaron su sangre como agua en los alrededores de Jerusalén, y no hubo quien los enterrase [...]. Derrama tu ira [...] sobre los reinos que no invocan tu nombre [...]. Porque dirán las gentes: ¿Dónde está su Dios? Sea notoria en las gentes, delante de nuestros ojos, la venganza de la sangre de tus siervos que fue derramada. Llegue delante de ti el gemido de los presos [...]. Y nosotros, pueblo tuyo, y ovejas de tu prado, te alabaremos para siempre".

Cuando se pusieron de pie, Armand se percató inmediatamente de que sus fieles sombras habían desaparecido. Le preguntó a Alexandre y, los demás que estaban a su alrededor si habían visto dónde habían ido *monsieur* Barbin y su pequeño cachorro rubio. Algunos de los soldados comenzaron a preguntar entre la multitud de espectadores:

–¿Vieron a dónde fue el caballero de traje amarillo?

–¡Si lo encuentran, tráiganlo de vuelta! –dijo Armand a Alexandre y varios otros voluntarios franceses–. Cuanto más pienso en sus preguntas entrometidas y me pregunto cómo sabía que algo iba a suceder esta noche, más pienso que deberíamos mantenerlo con nosotros.

Los buscadores partieron y regresaron un cuarto de hora después. Alexandre regresó sin aire.

–Tus preciosos petimetres nos dieron el esquinazo –dijo Alexandre, respirando bocanadas de aire–. Nos dijeron que él y su amigo lleno de granos de Nyon salieron corriendo del bosque luego de la oración y partieron galopando en una nube de polvo rumbo a Ginebra.

–Bueno –dijo Armand con amargura–, si están yendo a informarle a d'Iberville, tendrán que viajar toda la noche a caballo, pero igualmente eso hace que sea más imperioso aún que salgamos de aquí.

Las embarcaciones eran una especie de balsas para aguas poco profundas, con obra muerta baja y una o dos velas. Finalmente, se logró acomodar a unos setecientos u ochocientos hombres y algunos caballos, y quedaron alrededor de doscientos hombres en la costa para ser llevados más tarde. Aquellos para quienes no alcanzaron las armas también debieron permanecer. Se levantó una bri-

sa, y con remos y velas lograrían cruzar el lago rápidamente hasta la costa sur invisible. Embarcación tras embarcación zarparon en la oscuridad acompañados por los buenos deseos de quienes quedaban en la costa. Las luces de las fogatas se fueron apagando mientras los barqueros remaban hacia la noche nublada y sin estrellas. Pequeñas gotas de lluvia caían esporádicamente.

Los botes no llevaban luces, y pronto se comenzaron a desviar y a separar. Al principio los barqueros se llamaban el uno al otro, pero después de un tiempo los oficiales se lo prohibieron, por lo que todos permanecieron mirando detenidamente hacia la estigia oscuridad, preguntándose qué recepción los esperaba en las costas de Saboya.



Aún era oscuro cuando los botes comenzaron a arribar a las playas cerca de Yvoire. La costa estaba desierta. No hubo bengalas de señalización ni disparos de advertencia. Juntando coraje, los expedicionarios encendieron antorchas para que los demás botes pudieran encontrar el punto de reunión. Los barqueros volvieron a partir rumbo a la costa Suiza, y se les pagó por adelantado por un segundo viaje, pero solo tres de ellos cumplieron con su palabra. Al último momento llegó un pequeño bote desde Ginebra, con 18 voluntarios más.

No había tiempo para lamentar estos contratiempos, aunque los saboyenses no dieron señales de vida cuando comenzó a rayar el alba en el este. La pequeña fuerza fue formada en la playa. Se designaron centinelas y se dividió al pequeño ejército en 14 compañías *vaudois* y 6 compañías de voluntarios extranjeros. Los *vaudois* eran territoriales, cada uno provenía de un pueblo o distrito específico en los valles: Torre Pellice, Saint-Martin, Angrogna, etc., y cada uno tenía un capitán local. Turrel, un veterano francés de Dauphiné, fue nombrado comandante militar en la ausencia de Bourgeois. La mayoría de los extranjeros eran hugonotes franceses, pero había algunos suizos. La mayoría eran ex soldados.

Dos granaderos de Brandeburgo, Hugonotes que habían servi-

do al Gran Elector, pusieron al pequeño ejército en formación, y se ubicaron tres cuerpos para la marcha: una guardia de avanzada, el grupo principal, y una guardia de retaguardia. Se desplegó una bandera, que algunos afirmaban que era el estandarte del rey Guillermo, pero que en realidad era el del duque Guillermo de Württemberg. Armand y los otros oficiales franceses llevaban una orden de servicio que indicaba que en realidad eran oficiales del rey Guillermo y no traidores franceses, la cual era su único recurso si eran capturados por sus antiguos compañeros. Sin embargo, no se sabía si estas distinciones legales serían de interés para los sirvientes de Luis XIV si algún miembro de la pequeña fuerza infelizmente caía en sus manos.

Luego de orar, Arnaud hizo un pequeño llamado. Si alguno estaba más preocupado por su seguridad y el temor al patíbulo o al cepo por encima del bienestar de su alma, Arnaud aconsejaba que era mejor que dieran marcha atrás ahora. Dieron vítores por sus augustos patrocinadores de Inglaterra, Holanda y Alemania, se formaron en columna y, justo cuando comenzó a salir el sol detrás de los picos alpinos al este, comenzó la larga marcha.

La pequeña fuerza marchó por un campo silencioso. Solamente se podían oír unos pocos silbidos de las aves más tempraneras, además de los pasos de marcha y el *clop-clop* de los cascos de media docena de caballos en los que cabalgaban los tres pastores de la expedición, el comandante Turrel y un par de capitanes superiores. El pequeño ejército podía parecer formidable quizá, pero a algún expedicionario introspectivo se le podía estar pasando el entusiasmo del inicio de la gran aventura, y podía estar comenzando a pensar: Aquí hay ochocientos lunáticos que se proponen cruzar más de doscientos kilómetros del territorio más escarpado de Europa, a través de una tierra ciento por ciento católica, proponiéndose recuperar sus tierras ancestrales de su príncipe enigmático, que ahora han sido dadas a otros. De este modo suscitarían la ira del rey de Francia, el enemigo humano más peligroso e inflexible.

Aún así, cualquier observador quedaría impresionado. Los ofi-

ciales vestían diversos uniformes representando varios regimientos suizos, holandeses o alemanes y llevaban puestos *galons*[1] dorados o plateados y ribetes con cintas anaranjadas. Los demás hombres se parecían más entre sí. Los *vaudois*, en especial, eran un grupo fornido: de baja estatura, corpulentos y marchando bajo cargas de 25 kilos, incluyendo un mosquete que pesaba unos ocho kilos, con una espada o daga atada a su cintura, sacos echados al hombro y cebadores para pólvora y municiones. La mayoría tenían camperas de cuero largas, y debajo camisas de franela, pantalones cortos de alpinista y sandalias pesadas. Todos llevaban sombreros de ala ancha, a menudo doblados hacia arriba de un lado o ambos para lograr un efecto tricornio. Los voluntarios extranjeros por lo general estaban menos cargados. Algunos de los hombres y muchos de los oficiales llevaban ropa impermeables de cuero o capas de lana pesadas. En la medida en que pudo, *monsieur* Convenant había provisto sacos de uniforme gris. Era un ejército de infantería. No tenían cañones. Más adelante, quizá, conseguirían animales de carga para alivianar la carga de los soldados, pero primero tendrían que ser requisados.

Las órdenes eran que debían marchar en filas por todos los poblados, por el efecto que esto produciría en la moral, que no se debía maltratar innecesariamente a ningún habitante de los lugares por donde irían, y que todo lo que requisaran debía ser pagado en efectivo. Entonces podían esperar que la población local no le vería sentido alguno a tratar de oponerse a su paso pacífico.

En unos pocos minutos la guardia de avanzada se aproximó a la primera aldea, y se dieron cuenta de que habían sido observados, después de todo. Como primer procedimiento pacífico, el pastor Chyon se adelantó para solicitar que les permitieran pasar pacíficamente. Al acercarse el pastor a un grupo de jinetes, al *seigneur* local y sus criados, fue aprisionado y llevado a la fuerza con tal rapidez que Arnaud y Turrel no pudieron alcanzarlos. Resultó ser que el pastor Chyon no fue visto por nueve meses.

Apenados por este comienzo desafortunado, la columna avanzó sobre el pueblo de Yvoire. Pero, para no repetir el error anterior, el

grupo de avanzada esta vez estaba compuesto por oficiales y mosqueteros. La luz todavía estaba lo suficientemente tenue como para que la bengala señalizadora que repentinamente estalló en llamas fuera bien visible para las aldeas aledañas. No había tiempo que perder.

Los doce miembros del partido de avanzada entraron en la aldea a toda velocidad y se encontraron con los miembros del ayuntamiento local, que sospechaban que se había cometido una imprudencia. Fueron de lo más conciliatorios, acusando a los jovenzuelos locales de haber encendido la bengala, y ofreciendo el paso y provisiones. Luego de una breve discusión, el oficial *vaudois* aceptó no incendiar el pueblo como lo merecía, sino que tomó al *chatelaine*[2] local y a un cobrador de impuestos del gobierno como rehenes. Entonces le hizo señas a la columna para que avanzara.

Organizados en compañías y llevando el paso, la expedición marchó por Yvoire, con sus bayonetas caladas, el pequeño ejército proveía un espectáculo de lo más imponente para los habitantes católicos. Hasta se pudo oír a algunos que gritaban: "¡Que Dios los acompañe!" Parecía un buen comienzo, y los líderes esperaban que los demás dirigentes de las comunidades de Saboya fueran igualmente prudentes.

Sin embargo, la alarma había sido dada, y la pregunta era qué podía hacer Su Alteza Real el Duque Victor Amadeus II de Saboya al respecto. Su pobre pero extenso reino escarpado se extendía desde Nice hasta Ginebra. Tres de sus mejores regimientos de infantería habían sido virtualmente secuestrados por Luis XIV y estaban en Flanders, aparentemente sin posibilidades de retorno. Le quedaban seis regimientos débiles, cada uno con menos de quinientos hombres y, con otras unidades, no llegaban ni a los cinco mil soldados entrenados, ninguno de los cuales estaba en Saboya. La defensa tendría que depender de la milicia, una participación de todos los aldeanos y campesinos que estuvieran en condiciones de pelear. Serían dirigidos por caballeros locales y armados con mucha indiferencia (algunos con guadañas y horquillas), y ciertamente sin deseos de correr grandes riesgos. No sería

difícil vencerlos en una batalla, pero en una región tan escarpada como Saboya, con tantas posiciones inexpugnables que podían ser controladas fácilmente contra grandes números de invasores, hasta estos guerreros vacilantes podían poner en jaque invasiones mucho mayores que la de los *vaudois*, si eran inspirados por determinados sacerdotes o caballeros. Por sobre todos, los *vaudois* no podían permitirse demoras, pues entonces su tamaño reducido sería conocido y habría tiempo para que los soldados regulares, de Saboya o de Francia, se apresuraran a detenerlos. Evitar una batalla sería evitar demoras, y para hacerlo, los rehenes locales serían de ayuda; eso y que se dieran cuenta de que los *vaudois* no le harían daño a nadie si no recibían oposición.

Al salir de Yvoire, la guardia de avanzada fue confrontada por cuatro caballeros montados a caballo en el camino. Evidentemente, suponían que el grupo de avanzada era el cuerpo total de intrusos, pues les ordenaron con altanería que dejaran caer sus armas al suelo y explicaran con qué derecho estaban entrando sin autorización en las tierras de Su Alteza Real. Demasiado tarde, descubrieron su error e intentaron escapar, pero fueron apresados y forzados a desmontar. El grupo de milicianos que estaba observando a unos centenares de metros más adelante en el camino se retiró prudentemente entre los árboles y no hizo esfuerzo alguno por rescatar a sus líderes. El cuarteto abatido tuvo que liderar la columna a pie.

Pronto el camino subía por una cuesta con matorrales y árboles de ambos lados, por lo que la guardia de avanzada, por primera vez, se abrió en abanico y se adentró en el bosque para hacer salir a los campesinos amenazantes. Estos huyeron sin ofrecer resistencia, dejando caer sus mosquetes y tambores para tener más velocidad. Unos pocos más lentos fueron capturados y traídos para unirse al grupo de rehenes, y las armas y los tambores dejados fueron destrozados. Se les aseguró a los cautivos, ya fueran de grado alto o bajo, que servirían de guías y mediadores para sus captores, y que si osaban intentar alguna forma de escape todos serían colgados de los árboles más cercanos. Uno de los cautivos, ahora muy contrito, invitó a sus captores a de-

tenerse en su castillo, que estaba allí cerca, para refrescarse. Pero el pastor Arnaud no aceptó, pues el tiempo apremiaba.

Se le requirió al rehén de más jerarquía que escribiera una pequeña nota para enviar a la próxima aldea para evitar malentendidos. La nota decía: "Estos caballeros han venido aquí en número de dos mil. Nos han solicitado que los acompañemos para que podamos rendir cuenta de su comportamiento, y podemos asegurarles que son muy razonables. Pagan por cualquier cosa que tomen y solamente solicitan que se les deje pasar sin inconvenientes. Por lo tanto, les rogamos que no toquen sus redoblantes ni golpeen tambores, y por favor retiren a su gente, si es que ya los han armado y preparado para la batalla".

No parecía necesario corregir la pequeña inexactitud aritmética, y la nota aseguró un paso tranquilo por las siguientes dos aldeas. Comida y agua, animales de carga y hasta carros comenzaron a ser ofrecidos. Sin embargo, a lo largo del camino, se oyeron disparos ocasionales desde los árboles, y varios merodeadores fueron perseguidos y apresados. Uno, un fraile dominicano, portaba una navaja a escondidas. Después de que algunos expresaran su disposición a ahorcarlo, ofreció ser de ayuda. Cumplió con su promesa, y su lengua resultó estar bien preparada. En varias ocasiones persuadió a sus compatriotas a que dejaran pasar a la expedición sin ofrecer resistencia. Al anochecer, los cuatro caballeros rehenes fueron soltados, y la marcha prosiguió bajo la brillante luz de la luna.

Al acercarse la medianoche, hicieron una pausa para descansar en la aldea de Saint-Joyre. Los magistrados los estaban esperando y habían rodado un barril de vino hasta el camino. Algunos de los expedicionarios bebieron con gratitud. Otros no lo hicieron, por miedo a que estuviera envenenado. Se tomaron más rehenes, y marcharon un poco más adelante. Mientras armaban campamento en los prados descampados, comenzaron a formarse nubes que taparon la luna y comenzó una leve llovizna. Así terminó el primer día de marcha.



El domingo 28 resultó ser un día gris con aguaceros frecuentes. Se acercaban a Cluse, el pueblo más grande en su camino, y había suficiente tensión como para no ocupar sus mentes en el estado del tiempo. Dado que el valle del Arve era bastante angosto, la expedición no podía rodear la ciudad. Las compañías marcharon por el valle placentero, cruzando aldeas que habían sido abandonadas apresuradamente. Los hombres se sirvieron de las frutas maduras de los árboles que bordeaban el camino. El puente en Marni no había sido manipulado y cruzaron sin oposición.

Alrededor de las diez de la mañana, llegaron a las afueras de Cluse, una hermosa pequeña ciudad a orillas del río, protegida por terraplenes y una zanja. Sobre los terraplenes aguardaban ciudadanos y campesinos nerviosos de la vecindad, todos armados. Se dieron órdenes para que los *vaudois* cerraran filas, y continuaron su marcha en formación hasta llegar a poco más de la distancia de un tiro de mosquete desde las defensas, donde se dio el alto y esperaron la orden de ataque. Dependiendo de la determinación de la defensa, esto podía ser un asunto costoso, tanto en tiempo como en heridos para cuidar un mal negocio en este momento temprano de su expedición.

Una docena de rehenes se apiñaban con desánimo en la llovizna, las plumas de las galas de los caballeros encorvadas y mojadas. A ambos lados formaba una compañía de *vaudois*, con sus armas hacia el suelo pero formados y alertas. Un capitán *vaudois*, sin quitarle la vista a los rehenes, caminó hasta la siguiente compañía. A la derecha y un poco más adelante estaba Armand de Gandon de pie, de figura marcial excelente, descansando su espada levemente en el suelo.

–*Monsieur* –dijo el *vaudois* en una voz suficientemente audible para ser escuchada por los rehenes–, creo que estaremos muy ocupados si este populacho nos obliga a atacar sus murallas, y puede ser prudente ejecutar a estos rehenes de inmediato.

Armand contestó con el mismo espíritu, fuerte y claramente:

–¡Muy bien, señor! Organizaré un pelotón de ejecución y los fusilaremos ante la primera señal de resistencia.

Hubo emoción visible entre los desdichados cautivos y algunos intercambios de idea en susurros. Enseguida, el rehén de más edad se acercó a los oficiales con mucha humildad, hizo una reverencia, y de una forma sumamente respetuosa sugirió que conocía bien a los líderes de la ciudad, que podía afirmar que los *vaudois* no deseaban hacerle daño a nadie, y que podía escribir una nota para el concejo de la ciudad a esos efectos, asegurándoles que no tendrían razón ni queja si se le permitía pasar libremente a los protestantes por el pueblo. Su propuesta fue aceptada, y se le trajeron los utensilios necesarios para escribir.

En ese momento, cuatro caballeros montados a caballo salieron de la abertura en el terraplén. Se desarrolló una negociación, y dos de los caballeros fueron detenidos. Los otros dos fueron enviados de regreso a la ciudad junto con un oficial *vaudois*. No solamente llevaba la nota de *monsieur* Fora sino también dejó en claro a los miembros del concejo que estaban jugando con la seguridad de su ciudad en sus titubeos, y que su autorización para solicitar un libre paso era la punta de la espada. En un plazo de tiempo muy corto aceptaron que los *vaudois* pasaran, siempre y cuando no tocaran nada, y que se les daría provisiones después de que hubieran pasado. La milicia civil se colocó al costado de las calles, con sus armas en mano, mientras los *vaudois* marchaban por allí en formación militar elegante.

Deteniéndose fuera de la ciudad, esperaron a que llegara la comida prometida. Finalmente, enviaron una nota perentoria, que produjo resultados media hora después. Por más molesta que fuera la espera, peor fue el darse cuenta de que los muchachos del pueblo, que habían corrido a la par de ellos, habían continuado camino hacia Sallanches, presumiblemente para llevar una advertencia. Los *vaudois* los siguieron y los trajeron de regreso. Entonces descubrieron que un ciudadano local que había afirmado que deseaba unirse a ellos se había infiltrado en las filas. Luego de ser revisado, resultó ser que llevaba una nota de parte del comandante de Cluse. Al parecer, debía salir corriendo hacia adelante en el momento propicio y animar a los habitantes de Sallanches a cortarles

el paso a los *vaudois* mientras las fuerzas de Cluse los acorralaban desde atrás. En vista de estas muestras de mala fe, se decidió no soltar rehenes aquí. Pero Arnaud pagó de todas formas cinco *louis d'or*[3] por las provisiones, lo cual era exageradamente generoso. Por lo que la partida fue suficientemente amigable, a pesar de todo.

La lluvia continuó, y el valle se hizo más angosto. La pequeña fuerza pasó por lugares en los que sus enemigos podrían haber hecho rodar piedras desde arriba. El camino se transformó en una senda angosta rocosa. Algunos campesinos armados los observaban de lejos, pero no hacían esfuerzo alguno por interferir. Cruzando el río crecido por la lluvia, un jinete también observaba, por lo que se dio la orden de romper filas para que fuera más difícil contar cuántos eran.

Para llegar a Sallanches, la tropa debía cruzar un puente cubierto que quedaba a un cuarto de legua[4] del pueblo. El puente era una estructura formidable, con casas encima. Esta vez, sin demora se les dijo a los rehenes, ahora veinte caballeros y sacerdotes, que serían fusilados si había resistencia. Se formaron escuadrones de fusilamiento a plena vista de los defensores. Al acercarse al puente, seis jinetes que habían estado observándolos comenzaron a retroceder. Pero los *vaudois*, aunque estaban a pie, los siguieron y alcanzaron a uno de ellos, por lo que los demás dieron la vuelta y se acercaron para hablar. Eran los jefes de las tropas locales, y el portavoz era *monsieur* Cartan, primer síndico del pueblo. Insistió en que darles permiso para pasar era un tema demasiado importante para que ellos decidieran; el concejo del pueblo debía discutir el tema.

–¡Nos hacen perder tiempo para un concejo de guerra diez veces al día! –masculló furioso el capitán Turrel a los otros oficiales–. Deben estar esperando que más milicias vengan desde el campo.

–Cierto, pero si tenemos que forzar el puente, habrá pérdidas de vidas y quizás aun más demora. Por ahora seamos cristianos y evitemos derramar sangre –replicó el pastor–. Denles media hora, con el entendimiento de que después de eso entraremos a la fuerza.

A pesar de algunas quejas, los oficiales estuvieron de acuerdo.

Los caballeros regresaron por el puente hasta el pueblo. Cuando se cumplió el tiempo, dos jinetes salieron amblando nuevamente hasta donde esperaban los protestantes. Explicaron que el tiempo había sido muy corto y que necesitaban continuar debatiendo.

Los oficiales *vaudois* sacaron sus pistolas y apuntaron a las cabezas del dúo. En los términos más corteses, les imploraron que desmontaran y se unieran a la colección de rehenes. Ambos protestaron y luego en desesperación sugirieron que uno de ellos, dos oficiales *vaudois* y uno de los otros rehenes regresaran para explicar más claramente el peligro en el que todos estaban. Una vez más, algunos de los oficiales objetaron que era una pérdida de su precioso tiempo, pero para salvar las vidas de sus propios hombres parecía merecer la pena ceder, si esta vez funcionaba. Exigieron una respuesta definitiva, ya sea por sí o por no, sin más ambigüedades.

A los pocos minutos el cuarteto desapareció tras los portones, pero en vez de reaparecer, sonó la alarma y una turba de unos seiscientos milicianos desordenados salieron hasta el puente. Los *vaudois* que habían entrado en la ciudad evidentemente eran cautivos, y la respuesta debía ser no.

Las compañías fueron desplegadas, armas listas, y los *vaudois* se prepararon para atacar el puente. Dos grupos de los mejores hombres marcharon rápidamente hacia adelante, los oficiales al frente con las espadas desenvainadas. Antes de que alguien tuviera que descubrir cuán firme sería la defensa, cuatro monjes capuchinos salieron del puente, haciendo gestos pacificadores. Se dio la orden de alto. Bajaron las armas, y cientos de ojos muy sospechosos siguieron a los reverendos padres mientras se acercaban.

El pastor Arnaud, en su función de capellán de las fuerzas, avanzó con los oficiales para dialogar con los recién llegados. Fueron de lo más conciliatorios, llenos de frases floridas, deseando evitar derramamiento de sangre, *bien sûr.*[5] Decían que si los *vaudois* soltaban a los rehenes y sus caballos y bajaban las armas, les darían dos rehenes locales, síndicos del pueblo, y les permitirían pasar con libertad. Nuevamente hubo grandes disputas. ¿Qué logra-

rían? ¿Acaso era una trampa? Pero Arnaud sostuvo su posición, convenciendo una vez más a los hombres de guerra, y la propuesta fue aceptada. Por lo menos tendrían dos rehenes para asegurarse el buen comportamiento de los habitantes de Sallanches.

¡Cuál no fue la indignación de Arnaud cuando vio salir a los dos "síndicos"! Más bien, parecían haber sido seleccionados de moradores de la cárcel del pueblo o del hospital de beneficencia. Los sacerdotes, leyendo los rostros de los *vaudois*, creyeron que ya era hora de irse, y salieron corriendo. Lograron atrapar a dos, pero los otros dos se levantaron las sotanas con tanta destreza que lograron llegar, corriendo a toda velocidad, hasta la protección de las filas de la milicia.

Los dos que fueron atrapados, con un poco de brutalidad quizá, protestaron en alta voz acerca de la violación de las leyes de las naciones y el arresto de mediadores. Se les recordó que eran una desgracia para sus hábitos sacerdotales, mentirosos e impostores merecidos. Una vez convencidos de que de hecho eran rehenes y que era el fin de ellos si sus conciudadanos eran lo suficientemente imprudentes como para iniciar hostilidades, se volvieron de lo más serviciales. Entonces, y durante varios días después, sus protestas y garantías fueron de lo más útiles para lograr que la expedición cruzara puentes, aldeas y bloqueos en los que la resistencia y la demora habrían sido de lo más desafortunadas. Tenían poderes de persuasión admirables, y evidentemente no sentían que el martirio era su vocación apropiada. Lejos de desear ser llevados de una vida sombría y chasqueante en Saboya a la gloria celestial, se preocuparon de que sus hijos espirituales no hicieran nada imprudente para fastidiar a los *vaudois*.

Las formaciones *vaudois* reiniciaron la marcha y cruzaron el puente sin resistencia. Hicieron un alto nuevamente veinte pasos antes de la línea de defensa. Todavía no había habido disparos. Uno de los capitanes *vaudois* les dijo con convicción a los que defendían que el ataque comenzaría en cinco minutos y que la ciudad sería destruido a fuego si no presentaban su rendición de

inmediato y sin mayores frivolidades. Esto funcionó. Los dos *vaudois* fueron sueltos, y la fuerza marchó por en medio de la ciudad, sin gestos hostiles visibles.

Para el anochecer, estaban acampados en una aldea abandonada, empapados por la lluvia y sin fuegos de campaña. Sin embargo, no estaban tan disgustados con la lluvia, pues probablemente habría apaciguado el ardor de cualquier posible fuerza perseguidora.



Al tercer día, todas las armas fueron descargadas y vueltas a cargar como precaución contra la humedad. Entonces comenzó el verdadero ascenso. Bajo la continua llovizna, parecían escalar más de lo que marchaban. Excepto Megéve, todas las aldeas por las que pasaron estaban desiertas, pero los *vaudois* no tocaron nada, para gran asombro de sus rehenes, que nunca habían visto soldados como estos, con tanto dominio propio. A la tarde, sin embargo, esta disciplina rígida comenzó a decaer un poco. Los hombres encontraron cabañas vacías en las altas pasturas en las que los dueños habían estado haciendo queso. Los expedicionarios estaban hambrientos. Se sirvieron, y de allí en más también, de la leche, el queso y cualquier otro alimento que encontraban. "Habríamos pagado", se aseguraron el uno al otro, "si hubiera alguien que recibiera la plata".

Deambularon un poco en los senderos de las montañas en una densa niebla. Los guías estaban más que dispuestos a creer que era una nube enviada por el Señor para esconderlos de sus enemigos. Pasaron por desfiladeros y bajo acantilados en los que un grupo resuelto de veinte soldados dispuestos en emboscada podrían haber avergonzado a veinte mil. Uno de los guías, sin embargo, los llevó por mal camino, y el pastor Arnaud tuvo que hablar seriamente con él para que corrigiera su actitud o, de lo contrario, con toda seguridad lo ahorcarían. Si el rehén había estado intentando hacerlos perder tiempo para que sus enemigos pudieran alcanzarlos, había fracasado.

Bajar las pendientes era más difícil que subirlas, pues requería

que se sentaran y deslizaran cuesta abajo. Los hombres estaban prácticamente exhaustos cuando llegaron a otra aldea abandonada de cabañas de pastores en un barranco oscuro. La lluvia continuó durante toda la noche, y decidieron que su necesidad de fuego era mayor que la necesidad de un techo y, no teniendo otra cosa para quemar, desmantelaron los techos de las chozas, utilizando los materiales para avivar fogatas. Fue una noche bastante miserable.

Antes del amanecer, mientras los hombres se estaban despertando, comenzó a circular el rumor de que cientos de saboyanos se habían infiltrado durante la noche. Bajo el nerviosismo y temor de fantasmas y sombras, dos de los hombres fueron heridos, uno gravemente, por disparos hechos por pánico y en la oscuridad. Uno de los capitanes franceses desapareció antes del amanecer con uno de los pocos caballos, obviamente sintiendo que era más que suficiente y que este proyecto era más de lo que se había comprometido a hacer.

A la mañana siguiente, al trepar por encima de las rocas en medio de la nieve y la lluvia intermitentes mientras amanecía, los hombres vieron las escarpaduras rocosas de las fortificaciones que habían sido construidas el año anterior cuando el regreso de los *vaudois* había sido temido. Para su gran alivio, estas pequeñas pero resistentes fortificaciones, con cañoneras y campos abiertos de fuego, no tenían guarniciones. El duque había retirado sus tropas algunos meses antes, pero si la milicia se hubiera apresurado a acuartelarse allí esta vez, las perspectivas de los *vaudois* podrían haber sido muy malas si hubieran sido forzados a asaltar estas construcciones cuesta arriba y en campo abierto. Allí mismo, se arrodillaron y agradecieron a Dios por haberlos salvado de eso.

Luego de cruzar el Monte Bonhomme y avanzando trabajosamente para descender al Valle Isère, la retaguardia se retrasó y causó cierta alarma cuando captaron la atención del grupo principal por medio de disparos al aire. Suponiendo que era una emboscada, el grupo principal retrocedió corriendo para ayudarlos.

El avance por el angosto valle era impedido por el río Isère, que corría en su camino serpenteante, desbordando sus orillas y

formando grietas en algunos tramos del sendero precario. El pequeño ejército avanzaba vulnerablemente en fila india, cuando se percató de que en la ladera de la montaña, prácticamente arriba de ellos, varios campesinos habían tomado posiciones con rocas en las manos. Los vaudois parecían enfrentar otro momento de desastre seguro, pero para su gran alivio, los vigilantes de arriba no parecían estar deseosos de molestarlos.

Los campesinos, sin embargo, los siguieron desde arriba. Cuando la guardia de avanzada de la expedición llegó al puente que quedaba a poca distancia de la aldea, descubrieron que tenía barricadas de troncos, y había campesinos con armas y guadañas custodiándolo. Una vez más, el ejército cansado se formó para el ataque y se preparó para tomar el puente, pero el señor feudal local salió con actitud muy pacífica y les ofreció libre paso para evitar derramamiento de sangre. Él y el cura local ordenaron a los campesinos que quitaran los obstáculos, y el pequeño ejército avanzó. Podían oír las campanas que sonaban la alarma más adelante, pero no se oyó ningún disparo. El caballero se retiró apresuradamente, sin embargo, no deseando convertirse en una de las "aves en la jaula de Arnaud", como se llamaban a sí mismos los rehenes. El caballero se encerró en su *château*, y los *vaudois* acamparon allí cerca para pasar la noche, comprando provisiones, una vez más, de los aldeanos. Arnaud pagó tres *sols* por libra de pan, aunque el precio normal era dos, lo cual provocó buena voluntad por parte de todos.

El miércoles, el quinto día, comenzó bien. En Sainte-Foy, los aldeanos habían permanecido en sus hogares y fueron pacíficos, llegando incluso a felicitar a los expedicionarios por su objetivo. La retaguardia fue invitada solícitamente a detenerse un poco para descansar. Se les ofreció comida y carne fresca para comer. Luego de un tiempo, Arnaud notó que la retaguardia no había mantenido el paso, y se apuró a regresar. Cuando descubrió lo que estaba sucediendo, les recordó marcadamente a los hombres que incluso los habitantes más amables de estos lugares no eran dignos de confianza, y podrían estar queriendo retrasarlos para traicionarlos

después. Entonces añadió a los "aduladores" al grupo de rehenes.

El resto del día lo pasaron franqueando desfiladeros y trepando sobre las rocas. Las cargas se estaban volviendo pesadas, y no eran solamente los rehenes cuyo calzado se estaba comenzando a deteriorar y cuyos pies desarrollaban ampollas. Esa noche el pequeño ejército acampó en un prado cerca de Laval y construyó una enorme fogata. Estaban a una altura considerable, y hacía mucho frío. Los pastores Montoux y Arnaud aceptaron una invitación para quedarse con el líder del pueblo y disfrutaron de tres horas en una verdadera cama. Nadie envidió realmente la comodidad de los líderes, pero algunos franceses, como Alexandre, se preguntaron en voz alta cómo Arnaud estaba tan seguro de la buena fe de su anfitrión, en vista de que los había vituperado esa misma mañana.

Al llegar a Tigne la mañana siguiente, soltaron a la mayor parte de los rehenes que aún no habían escapado. El pastor Arnaud tenía más consejos para su rebaño escarmentado esa mañana, pues las huidas le disgustaban, y presumía oscuramente que los rehenes estaban "corrompiendo" a sus guardias. Retuvieron a un abogado y dos sacerdotes, al comenzar el ascenso de casi tres mil metros del pase por el Iseran.

De vez en cuando se encontraban con pastores de ovejas en las altas pasturas, que prudentemente les ofrecían leche y queso junto con advertencias de que los esperaban muchos soldados en el Monte Cenis. Esto no los alarmó demasiado, pues habían superado tantos obstáculos con éxito para ese entonces que tenían la seguridad del cuidado de Dios. Seguramente no los había traído hasta aquí para destruirlos. Hasta ese momento, las únicas veces que habían disparado había sido a algún fugitivo ocasional.

En la pequeña aldea de Besas, a diferencia de las que habían pasado hasta ese momento, los residentes habían permanecido en sus hogares, pero eran excesivamente arrogantes y desafiantes, quizá suponiendo que los *vaudois* pronto se vendrían abajo. Irritados por su insolencia, los *vaudois* tomaron rehenes de entre los principales del pueblo, el sacerdote y seis campesinos, atándo-

los juntos en una reata de mulas humana. Cerca de allí pasaron una noche incómoda bajo la lluvia incesante.

El viernes 2 de septiembre, el pequeño ejército descendió resbalando y deslizando por los senderos embarrados de las pendientes empinadas hasta Lanslevillard, una colección miserable de chozas al pie de las colinas, con piedras en sus techos para evitar que se volaran. Como siempre, el cura local fue invitado a unirse al resto de las "aves" de Arnaud, pero después de cruzar el río y comenzar a subir la cuesta hacia las alturas del paso del Monte Cenis, se volvió evidente que el sacerdote era demasiado anciano y obeso como para seguir, y se le permitió regresar a su hogar.

Había una estación de correos en la meseta elevada. Dándose cuenta de que un lugar en el que había caballos podía esparcir rápidamente la noticia de su progreso, Arnaud ordenó que se adelantara una tropa a toda velocidad para apoderarse de los animales. Al regresar, se encontraron con una reata de mulas y la capturaron también. Cediendo a la curiosidad, investigaron la carga y descubrieron que algunas de las mulas estaban llevando los efectos personales y papeles del cardenal Ranuzzi, el nuncio papal en Francia. Los muleros se quejaron con los oficiales, y después de un poco de discusión entre los *vaudois* desilusionados, se decidió dejar ir a la reata entera, incluyendo el equipaje, en primer lugar porque deseaban evitar dar la impresión que los *vaudois* eran bandidos comunes y, en segundo lugar, la mayor parte del botín era propiedad de mercaderes de Ginebra. Algunos de los soldados se quejaron de que esta escrupulosidad se estaba llevando demasiado al extremo.

El resto del día trajo problemas cada vez mayores. Cuando dejaron las mesetas elevadas con sus lagunas congeladas, el "camino" virtualmente desapareció, y el sendero se volvió excesivamente rocoso y desdibujado. Para empeorar las cosas, descendió una densa niebla. No solamente se separaban el uno del otro en la penumbra, sino también había descensos aterradores a abismos sin fondo. La marcha forzada estaba comenzando a causar sus efectos en los expedicionarios a esta altura, y algunos simplemente se desplomaban, exhaustos. Otros,

sentándose para descansar, no lograban recuperarse a tiempo para mantener el paso del resto del grupo. Al anochecer, muchos de ellos estaban agachados miserablemente bajo las rocas, esperando a sus amigos. Había nieve en el suelo ahora también, lo cual empeoraba las cosas. La mayoría finalmente bajó tambaleando hasta la elevación inferior, donde encontraron las fogatas encendidas en una arboleda relativamente seca. Durante toda la noche siguieron llegando los rezagados y se secaban alrededor de las fogatas. Una vez más, habían pasado por decenas de lugares en los que una fuerza mucho menor de defensores determinados habrían podido frenar la expedición con muchas bajas o, incluso, arruinar el emprendimiento por completo.

Al día siguiente, habrían de experimentar los peligros que habían podido evitar hasta ese momento.

---

[1] Cintas de encaje que indicaban el rango.

[2] Dueño o señor de un castillo.

[3] Monedas de oro francesas, de un valor de adquisición actual equivalente a unos doscientos dólares.

[4] Alrededor de tres cuartos de kilómetro.

[5] “Con toda seguridad”.

Capítulo 4

El día muy memorable

Antes del amanecer del 3 de septiembre, largamente recordado como el día "muy memorable", con muchos de los rezagados del día anterior nuevamente entre las filas de expedicionarios, los líderes decidieron intentar el descenso del lado de Chaumont, evitando Susa, la fortaleza más fuerte de la frontera del Piamonte, donde el conde de Verrua tenía por lo menos doscientos cincuenta dragones buscándolos. Una pequeña patrulla se adelantó a la guardia de avanzada y pronto descubrió que los estaban esperando. En lo alto de un desfiladero que dominaba el camino de los *vaudois* había varios campesinos y, al parecer, soldados franceses. Estos últimos podían provenir de la guarnición del pequeño fuerte de Exilles, pues los *vaudois* ahora debían cruzar una pequeña lengua de territorio francés, que se extendía más de sesenta kilómetros en el Piamonte para conectar Francia con la ciudad fortificada de Pignerol. Esta lengua era el valle del Pragelas y el Cluson, anteriormente un bastión de los *vaudois* pero en los últimos años "convertido" al catolicismo. Y ahora, no se trataba de escabullirse entre la milicia pobremente armada de Saboya, sino de confrontar el ejército francés. Al doblar por el Jaillon y cortar camino al oeste de Exilles, habían esperado poder evitar esto.

Sus enemigos, ya fueran franceses o saboyanos, tenían innumerables rocas para tirarles encima, y el valle era muy angosto, por momentos solo con espacio suficiente para un sendero angosto, y el arroyo Jaillon corría por su lecho rocoso. El lugar podía convertirse en una trampa mortal si la expedición se permitía ser sorprendida en estos confines. Sin embargo, hasta el momento, la audacia había dado sus frutos.

La guardia de avanzada, de cien hombres, marchó firmemente hacia adelante hasta llegar a cincuenta pasos del enemigo, y entonces se detuvo. El capitán Paul Pelenc guió a un pequeño grupo para que avanzara: unos cuantos soldados y dos de sus rehenes sacerdotales. El objetivo era negociar el paso, como lo habían hecho a menudo anteriormente. Algo salió mal esta vez. Los dos sacerdotes repentinamente salieron corriendo hacia la línea del enemigo, gritando a los franceses para que apresaran a Pelenc y sus hombres. Ante la mirada impotente de la guardia de avanzada, los *vaudois* fueron tomados, arrojados al suelo y atados. Sus camaradas no podían disparar sin riesgo de herir a los prisioneros, por lo que las tornas fueron cambiadas abruptamente.

Entonces, con una fuerza increíble producto de la desesperación, uno de los prisioneros rompió sus ataduras, saltó las piedras que servían al enemigo de parapeto natural, y se lanzó corriendo cuesta abajo hacia la guardia de avanzada. El enemigo instantáneamente abrió fuego y comenzó a arrojar piedras y algunas granadas hacia los *vaudois* que estaban cuesta abajo. No había nada que pudiera hacerse salvo salir corriendo, esquivando las piedras y balas. Al borde del arroyo había unas formaciones rocosas enormes, y los *vaudois* se escondieron detrás de ellas, hasta que pudieran decidir qué hacer.

Afortunadamente, la descarga del enemigo fue más imponente en volumen que en puntería y, luego de unos minutos, Armand y los otros oficiales localizaron una arboleda de castaños más abajo, al borde del arroyo, y suficientes rocas saliendo del torrente para ofrecer por lo menos un poco de protección del enemigo más arriba, mientras cruzaban al otro lado. Por medio de señas, los oficiales indicaron a sus hombres que gatearan hasta los árboles y luego cruzaran el arroyo vadeando o saltando por las piedras. Faltaba un oficial *vaudois*. Resultó ser que uno de sus propios hombres le había disparado por error, porque llevaba una capa de un dragón enemigo. No cabía duda de que a esta altura había sido capturado, dado que sus hombres no habían podido traerlo hasta el otro lado del arroyo.

Luego de asegurarse de que no los estaban siguiendo, lo que quedaba de la guardia de avanzada regresó hasta donde se encontraba el resto de la expedición, cabizbajos y con la fuerte opinión de que este camino bordeando el arroyo no era para ellos. Por lo tanto, no quedaba otra opción que evitar la fuerza opositora escalando la ladera de la montaña, aferrándose de la superficie rocosa, gateando por las salientes y los desfiladeros que asustaban tanto a los rehenes que algunos rogaban que se los fusilara antes que tener que sortear semejantes obstáculos. Era imposible mantenerse juntos y, una vez más, compañías enteras se perdían en la bruma y la niebla. Algunos soldados individuales, hugonotes y *vaudois*, dándose cuenta de que estaban completamente perdidos, permanecieron en sus lugares, aterrorizados, esperando ser encontrados. Algunos tuvieron suerte, y finalmente fueron encontrados por amigos; otros fueron menos afortunados, y terminaron en prisiones saboyanas o francesas, o fueron matados al intentar escapar. Fue una mañana costosa para el pequeño ejército. Los dos cirujanos de la expedición se perdieron de esta manera, al igual que dos capitanes *vaudois*. No volvieron a ver a sus amigos hasta que fueron liberados de la prisión nueve meses después. Unos doscientos hombres desaparecieron, la mitad de ellos para siempre, y por supuesto, se perdió la caravana de provisiones, incluyendo los animales, como así también varios rehenes.

Al llegar a una especie de meseta en la cima, los líderes tuvieron una pequeña reunión, preocupados, y aunque la demora era peligrosa, ordenaron una espera de dos horas para permitir que la mayor cantidad posible de rezagados pudiera llegar. La visibilidad era muy pobre en la bruma arremolinada, por lo que los trompeteros sonaron sus trompetas varias veces para proporcionar dirección a sus camaradas perdidos.

Finalmente, se tuvo que dar la orden de proseguir la marcha. Fue un momento desgarrador, pues muchos esperaban, contra toda esperanza, que sus camaradas aparecerían. Uno de los *vaudois*, del pueblo de Rodoret, herido y casi inconsciente, obviamente no podía ser

transportado. Sus amigos, con lágrimas rodando por sus mejillas, le dejaron algunas provisiones y agua y tuvieron que partir para continuar con el ejército. Dos de los rehenes se soltaron y salieron corriendo en medio de la confusión, y se pensó que uno de ellos, un sacerdote, fue matado por uno de los disparos que hicieran tras ellos.

Apenas habían llegado a la cima de la montaña, que era relativamente plana, cuando escucharon el sonido de pies marchando y el redoble de un tambor. Formaron una línea de batalla apresuradamente, y en pocos momentos pudieron distinguir vagamente al enemigo entre la bruma. Era la misma fuerza que les había dado una recepción desagradable anteriormente, en el valle. El enemigo percibió su presencia o los vio, y se detuvo fuera del alcance de los mosquetes. En pocos minutos se vio a un soldado con una bandera blanca, trepando y esquivando las rocas mientras se acercaba hacia ellos.

El comandante enemigo, el gobernador del fuerte en Exilles, escribió que no tenía intención alguna de detener el paso de los *vaudois*, siempre y cuando se mantuvieran alejados de su fortaleza. Hasta les vendería provisiones. Sin embargo, si era la intención de los *vaudois* forzar el paso por el camino alto que pasaba por su puesto, solicitaba ocho horas para considerar el asunto.

Aunque nadie confiaba demasiado en la palabra de este oficial francés, parecía como si no se sintiera obligado a resistir su paso por el territorio de Luis XIV, siempre y cuando no lo confrontaran directamente y pasaran rápidamente al territorio de Saboya nuevamente. Su propuesta fue aceptada, y los *vaudois* continuaron por las montañas hasta que habían pasado Exilles por lejos, y entonces comenzaron a descender, saliendo de la bruma hacia el valle. Ahora estaba oscureciendo, y sospechaban que este mismo ejército los estaba siguiendo. ¿Se estaban asegurando de que los *vaudois* continuaban en la dirección en que habían estado yendo, o estaban esperando sorprenderlos con desventaja si se enfrentaban con alguna tropa enemiga más adelante? Se envió un mensajero para preguntar con cierta aspereza qué estaba haciendo la tropa enemiga, y el oficial se disculpó y retrocedió rápidamente. Sin mu-

cha confianza aún, los *vaudois* continuaron hacia adelante.

Ahora estaban descendiendo por las laderas de las montañas hacia el valle del Doire. Fluía rápidamente entre las praderas. La planicie era bastante angosta en algunos lugares; en otros, tenía varios kilómetros de ancho. Se dirigió la marcha hacia los valles que quedaban pasando las laderas del sur. El único lugar práctico donde cruzar el río por muchos kilómetros en ambas direcciones era un puente de madera en el pueblo de Sallebertrand. La pregunta era: ¿estaría defendido este puente? Si era así, ¿cuán bien defendido?

Pronto comenzó a oscurecer, y la columna descendió con altos frecuentes para asegurarse de que todos se mantuvieran juntos. Más o menos a una legua[1] de la aldea, se encontraron con un campesino y le preguntaron si podían comprar comida en Sallebertrand.

–Adelante –contestó con una sonrisa socarrona–. Les darán todo lo que quieran. De hecho, ¡están preparando una buena cena para ustedes!

En una aldea cercana, los vecinos sí proveyeron un poco de comida, aunque obligadamente; pero unos momentos más tarde, justo cuando la guardia de avanzada pasó por un afloramiento rocoso y vio en el valle más abajo las luces de no menos de treinta y seis fogatas, se encontraron con una emboscada. Se intercambiaron varias ráfagas de disparos, y el enemigo retrocedió cuesta abajo hacia el pueblo, que ahora estaba a media legua. Ningunos de los soldados de la guardia de avanzada fue herido con gravedad, pero al avanzar con cautela descubrieron cinco cuerpos enemigos.



En pequeños grupos, la fuerza *vaudois* se recostó o se sentó entre las rocas sobre la ladera norte del valle del Doire. Estaba oscuro. Las estrellas no proveían mucha luz, y la luna todavía no había salido. La cordillera opuesta solamente se veía como una masa negra en contraste con un cielo no tan oscuro. No podían ver el río corrien-

do por los llanos del valle ni la aldea desordenada de Sallebertrand justo debajo de ellos. Su única importancia era el puente, y los hombres cansados en la ladera tampoco podían ver el puente; lo que sí podían ver eran las fogatas del enemigo, presumiblemente del otro lado del río. Varias conjeturas de cuántos hombres habría por fogata llevaban a estimaciones del número de soldados enemigos que los esperaban: iba de mil a tres mil hombres. Los *vaudois* sabían que estaban siendo seguidos y que abriéndose paso entre las fuerzas que tenían delante era la única forma de progresar y avanzar hacia su objetivo: los valles que habían sido su hogar.

Los capitanes se reunieron alrededor de un pequeño fuego detrás de una enorme roca. Estaban estudiando los mapas y discutiendo. No había sido un buen día. Muchos hombres todavía estaban desaparecidos. Nadie sugería regresar, pero muchos sentían fuertemente que no debían intentar hacer nada más hasta que amaneciera. Todos estaban cansados, y algunos estaban de mal genio.

–Incluso las tropas entrenadas tienen dificultades en ataques nocturnos, y nuestros hombres no están entrenados –dijo el capitán Turrel–. Debe haber por lo menos dos mil hombres allí abajo, y sabemos que hay otra tropa que nos está siguiendo. Nos atacaran por delante y por la retaguardia, y nos harán pedazos en la oscuridad.

Era cierto que los *vaudois,* aunque valientes, esforzados y muy motivados, no eran tropas veteranas.

El grupo de capitanes era más pequeño que antes. Dos de los *vaudois* seguían desaparecidos y uno había sido capturado. Uno de los capitanes franceses había desertado; Gandon y Huc estaban cubriendo su puesto. En general, los capitanes *vaudois* incentivaban la osadía, y Huc y Gandon estaban de acuerdo con ellos. El pastor permitió que los soldados discutieran por un tiempo.

–Según los campesinos con los que hemos hablado, la tropa francesa está compuesta mayormente por milicia, y eso significa que no tienen más experiencia que nosotros y probablemente tengan menos coraje. Recuerden que hasta ahora son todos soldados de infantería, al igual que nosotros. Simplemente, no podemos es-

perar hasta que se les unan dragones. Y si intentamos pelear con ellos a la luz del día, verán cuán pocos somos en realidad. Yo digo que debemos intentarlo esta noche –insistió Armand.

El argumento se volvió general. Se sabía que había dragones de Saboya en las cercanías de Susa, y debían estar apresurándose a subir por el valle para ayudar a los franceses. Armand insistió:

–Los franceses saben tan bien como nosotros que, si no cruzamos el río, al llegar la luz del día las tropas que nos siguen nos obligarán a descender a las tierras bajas, y seremos despedazados. No podemos esperar, no importa que sea de noche. Las tropas de Saboya han actuado de forma peculiar desde que comenzó esta expedición. De hecho, si esperamos, sea que aparezcan los dragones de Saboya o no, los franceses tendrán algunos dragones aquí provenientes de Briançon o Pignerol en menos de veinticuatro horas.

El pastor Arnaud dijo que confiaba en que el Señor oscurecería el entendimiento tanto del general de Susa como quienquiera que comandara el campamento que estaba en el valle frente a ellos. Esto envalentonó a los espíritus más audaces, y finalmente convencieron a los más tímidos. Armand y François Huc apoyaban al grupo *vaudois* mayoritario. Esto fastidió a los otros capitanes franceses, amigos de Turrel. Armand de Gandon finalmente dijo:

–Hermanos, nunca habríamos intentado esta marcha si no hubiéramos sabido que las tropas francesas en los Alpes eran escasas y la determinación de los saboyenses era incierta. Nunca tendremos menos tropas francesas para enfrentar que esta noche, y aunque estoy de acuerdo en que las batallas nocturnas son difíciles e impredecibles, no olvidemos la causa por la que peleamos. Nuestros hombres tienen seres amados por quienes vengarse y hogares que recuperar; nuestros oponentes son milicianos que no están contentos de estar aquí y preferirían estar en sus hogares para la cosecha. Incluso si tienen buenos oficiales y algunos son soldados regulares, ¡la ventaja es nuestra, si actuamos de inmediato!

El pastor Arnaud desautorizó a Turrel en el acto y procedió como si no notara la exasperación del capitán. La victoria era

de ellos si avanzaban por fe. Habló brevemente de Gedeón y de Jonatán y su page de armas, y citó el Salmo 33:16: "El rey no se salva por la multitud del ejército". La reunión de capitanes terminó, y salieron a despertar a sus hombres.

El pequeño ejército se reunió alrededor del pastor, que ofreció una oración e hizo una pequeña exhortación. Entonces las compañías comenzaron a avanzar con cuidado por las pendientes escarpadas, manteniéndose comunicados llamándose el uno al otro en voz baja.

Al comenzar a allanarse el terreno, varias compañías confiables fueron enviadas en formación libre hacia los costados del pueblo, y el grueso del ejército avanzó en formación más apretada al centro para el ataque principal, en caso de que Sallebertrand estuviera defendida. Era demasiado oscuro para ver si realmente estaba desierta.

Las tropas de avanzada que iban por los flancos pronto encontraron los puestos de avanzada franceses, tomándolos por sorpresa y obligándolos a retroceder por la planicie a ambos lados de Sallebertrand por medio de muchos disparos y gritos en la oscuridad. La fuerza principal avanzó a paso doble hacia el pueblo. Armand, a la cabeza de su compañía, notó con satisfacción que los hombres lo estaban tomando todo con calma y, por los destellos ocasionales, pudo notar que lo estaban siguiendo en forma ordenada, considerando lo escarpado del terreno. Desenvainó su espada y, por lo menos por unos instantes, estaba guiando un ataque regular de forma ordenada. Los franceses del pueblo, sacudidos por el estrépito a ambos flancos, retrocedieron apresurada y desordenadamente. Los *vaudois*, rompiendo filas al llegar a las casas oscuras y desiertas, avanzaron rápidamente por el pueblo y se reunieron con sus compañías de avanzada, haciendo finalmente un alto al llegar a la orilla del río Doire.

Hubo un poco de confusión mientras los franceses se retiraban por el puente. Algunos fueron derribados por las balas de sus propios compañeros, que dispararon al azar en la oscuridad. El campamento francés a esta altura estaba completamente despierto, y los hombres corrían hacia la orilla de su lado del río.

Los guardias de la cabeza del puente, sin saber si todos sus compañeros habían cruzado ya, gritaban constantemente: "¿Quién va ahí?" al percibir que alguien se acercaba. Los *vaudois* inmediatamente respondían gritando: "¡Amigos!", queriendo decir que su intención era no hacer daño si no recibían oposición, y por un momento de sosiego, fue posible escuchar el sonido del agua al fluir bajo el puente, los pasos apresurados y el sonido metálico y pesado de las cargas que llevaban los soldados.

La pausa fue breve, pero los líderes *vaudois* tuvieron tiempo de tomar algunas decisiones apresuradas. Nadie en su sano juicio intentaría vadear el río en la oscuridad, pues el agua de deshielo estaba sumamente fría y, además, había líneas de tropas enemigas en la orilla opuesta. El problema era, simple y llanamente, el puente. ¿Por qué no lo habían roto los franceses? ¿Será que no esperaban que los *vaudois* fueran tan audaces? ¿O habían esperado que los saboyenses entretuvieran y retrasaran más a los intrusos? Las filas de soldados tendrían que compactarse mucho para lograr un efecto suficientemente sorpresivo y amedrentador que desplazara a los defensores, y antes de que pudieran cruzarlo, estarían bajo fuego francés. Los *vaudois,* a su vez, podrían turnarse para disparar, intentando minimizar la defensa francesa, pero todos estarían en la oscuridad, disparando al vacío. La oscuridad probablemente sería una ayuda para los *vaudois,* cuyo número magro no sería detectado y quienes tenían la ventaja de la iniciativa; pero existía el peligro de que en la oscuridad y la confusión los atacantes perdieran el control de sus hombres, y ambos lados podían ser inducidos a huir precipitadamente ante algún giro inesperado de los acontecimientos. De todas maneras, si las tropas de asalto, valientes y sacrificadas, lograban despejar el puente, ¿quedarían suficientes *vaudois* en pie si el enemigo lanzaba un contraataque?

Organizando apresuradamente la fuerza de asalto cerca del puente, el resto del ejército permaneció junto al río. Los destellos ocasionales de algunos mosquetes mostraban que los franceses también estaban junto al río, en la orilla de enfrente. Casi por reacción instintiva, los oficiales *vaudois* ordenaron a gritos a sus hom-

bres que se acostaran. La tensión era casi insoportable. Mientras los *vaudois* se echaban apresuradamente al suelo duro, pudieron oír voces del otro lado del río que gritaban: "¡Maten! ¡Maten!". Ya fuera en forma espontánea o ante alguna orden, la línea francesa inició una descarga cerrada de sus mosquetes, alrededor de dos mil hombres cargando y disparando tan rápidamente como podían en la oscuridad. Posteriormente, los soldados experimentados del lado protestante dijeron que nunca habían visto algo semejante y con tan poco efecto: hombres indisciplinados, fuera de todo control, simplemente disparando a más no poder, mientras los hombres de la orilla opuesta permanecían recostados sobre sus rostros, sin ser lastimados por la tormenta de plomo que volaba encima de sus cabezas. Luego de un cuarto de hora de desperdicio de pólvora y balas, la descarga amainó, y los oficiales comenzaron a retomar el control.

Era el momento psicológico correcto.

–¡Arriba y al ataque! –vociferaron los oficiales *vaudois*, levantándose de prisa. Aquellos que estaban cerca del puente se lanzaron al ataque. Solo entonces comenzaron a recibir bajas.

–¡Vamos! ¡El puente es nuestro! –gritó alguien antes de tiempo, y los *vaudois* cruzaron en masa la estructura, asediando furiosamente a los defensores con bayonetas y sables. El ímpetu del ataque, el sentimiento de que estaban siendo invadidos por hordas de salvajes que salían de la nada, sacudió a los defensores. El "*fureur inconceivable*" de los *vaudois* era ampliamente temido tanto por los soldados franceses como por los del Piamonte. La resistencia en la boca del puente se mantuvo firme por solo unos minutos, y luego se desmoronó. Centenares de milicianos franceses comenzaron a pensar con los pies. Corrieron en lo que los franceses llaman un "pánico de terror". Los defensores que permanecían aún en el puente también se desmoronaron. A pesar de todo lo que sus oficiales frenéticos podían hacer, las fuerzas defensoras se disolvieron en una horda asustada. En quince minutos más, los *vaudois* habían cruzado el puente, se habían esparcido y estaban disparan-

do y acuchillando todo lo que se movía. El campamento francés entero fue invadido.

Un contrataque en este momento todavía habría sido ruinoso para los *vaudois*, completamente desorganizados en victoria y persecución, pero esto nunca fue una posibilidad real. Los sobrevivientes enemigos estaban en plena huida o capturados. Algunos no se detuvieron hasta cruzar el paso del Monte Genévre y llegar a los muros de Briançon. El comandante enemigo, el Conde de Larrey, un perseguidor encarnizado de los protestantes, más tarde culpó al comandante saboyano de Susa por proveer información engañosa concerniente al número de los "herejes" y, por lo tanto, lo sometió a su humillación indecible.

Mientras sucedía todo esto, el Pastor Arnaud, el Capitán Mondon y dos voluntarios Hugonotes contuvieron a dos compañías de tropas que los seguían en la retaguardia, desanimándolos efectivamente de interferir en el pleito. Uno de sus rehenes fue muerto por una bala perdida, treinta y tres se escabulleron en la noche, y encontraron solo a seis cuando la batalla terminó.

La luna se elevó sobre los vencedores mientras revisaban los despojos del campamento francés. Se llevaron toda la comida, armas y municiones que pudieron, pero como debían cargar todo sobre sus espaldas, no fue demasiado. Apilaron lo que quedaba (equipaje, carpas, cajas de municiones) en enormes pilas y las prendieron fuego. La pólvora se encendió, y hubo una explosión espectacular, un estruendo atronador, reverberante, que se esparció por el valle, seguido por varias explosiones menores. Fue un momento de lo más gratificante.

–¡Escucharán eso hasta en Francia! –se dijeron entre sí los *vaudois*, divirtiéndose.

Sonaron las trompetas. Los soldados arrojaron sus sombreros en el aire y gritaron juntos: "¡Gloria al Señor de los ejércitos, que nos ha dado la victoria sobre nuestros enemigos!"

Enterraron a sus quince hombres que habían muerto, cuidaron de los diez o doce que estaban seriamente heridos, y se deshicieron

de los cerca de doscientos prisioneros con la indiferencia del siglo XVII, que no volvería a ser común hasta el siglo XX. Entonces comenzó el ascenso por la ladera este del valle. La luna ahora brillaba con luminosidad excepcional, y el valle entero, junto con la escena de su triunfo estupendo, era claramente visible.

Entonces comenzaron a reaccionar. Estaban desesperadamente cansados, casi trepando mientras dormían. Algunos no habían dormido durante cuarenta y ocho horas de tremendos esfuerzos y muy poca comida. Docenas de hombres exhaustos simplemente se sentaron o se recostaron para descansar, y difícilmente podían ser obligados a levantarse. Los oficiales intentaron revisar la ladera de la montaña y encontrar a los que dormían, despertándolos por medio de patadas y sacudones poco amables. A pesar de la buena iluminación de la luna, sin embargo, no todos fueron encontrados, y algunos sencillamente se volvían a recostar cuando el oficial pasaba de largo.

Al llegar a la cima de la sierra, que proveía cierta seguridad, se dejaron caer donde estaban. Algunos de los cansados y heridos que no lograron mantenerse con el grupo en el último tramo del ascenso nocturno, con el tiempo lograron reunirse con sus compañeros. Cerca de ochenta no tuvieron tanta suerte. Las patrullas enemigas que se apresuraron a llegar desde tres direcciones en los próximos dos días encontraron a algunos de estos fugitivos en las colinas, y algunos fueron capturados por aldeanos que los entregaron. Aun así, el número de víctimas fue menor que los seiscientos muertos que sufrieron los franceses en Sallebertrand.



Al amanecer en las laderas del Monte Sci, los expedicionarios se despertaron para un sermón y oración de agradecimiento, dirigidos por el pastor Arnaud. A través de la bruma de la mañana podían ahora ver la barrera montañosa final entre ellos y su hogar en los valles. Una vez más, cargaron sus mochilas sobre sus espaldas, llenas de botín nuevo, y descendieron al valle francés del Pragelas. Una

vez que cruzaran el Cluson, que fluía hacia la fortaleza enemiga de Pignerol, volverían a trepar por la ladera opuesta, entrando nuevamente en las tierras del duque de Saboya, y, seguramente al día siguiente llegarían a los primeros valles de su hogar.

Entusiasmados por estas esperanzas, se sorprendieron y se sintieron heridos por la frialdad de los aldeanos que vivían en las riberas del Cluson (aquellos que permanecieron para verlos pasar). Estos eran sus compatriotas, normalmente muy hospitalarios. Hasta hacía solo cuatro años, antes de que el ejército francés los convirtiera rápida y brutalmente, habían compartido la misma fe. No se hizo ninguna misa en el valle del Pragelas ese domingo de mañana; todos los sacerdotes habían huido por el valle hasta las ciudades con guarnición. Pero habían dejado amenazas de lo más convincentes y horribles: si los hoscos nuevos conversos proveían ayuda o comodidad alguna a los herejes, sus casas serían quemadas con ellos adentro. Y los aldeanos, luego de haber visto por sí mismos la eficacia peculiar de la combinación del altar y la espada en su experiencia reciente de conversión, no deseaban correr riesgo alguno. Cerca de una docena de hombres jóvenes se escabulleron para unirse a los *vaudois* al pasar, pero todos los demás observaban con temor o aborrecimiento aparente, mientras el pequeño ejército marchaba por aldea tras aldea. Este fue el primer indicio de que no todo necesariamente iba a ser tan feliz como habían anticipado.

Al amanecer del siguiente día, al cruzar Sestrière, se encontraron con las primeras tropas regulares de Saboya. Los *vaudois* formaron rápidamente en dos compañías y avanzaron a paso redoblado, con una tercera formación de reserva. Pero los enemigos saboyanos solamente hicieron rodar algunas rocas ineficaces hacia ellos y se escabulleron sin dar pelea, dejando atrás su equipaje y provisiones. Poco tiempo después, comenzó a llover, algo que nunca parecía detenerse por completo. El clima era crucial, pues la milicia sin duda había sido convocada a esta altura, y los *vaudois* debían apresurarse a llegar a sus valles, antes de que el enemigo pudiera establecerse en los puntos fuertes de los valles.

Esa noche cruzaron por el Col du Pis e ingresaron en el valle de Saint-Martin, a la luz de antorchas parpadeantes, por una vil excusa de sendero tan escarpado que si la milicia hubiera llegado allí antes que ellos, habría sido difícil forzar el paso. Sufrieron los problemas normales de tener que mantener seguros a los rehenes que les quedaban. El martes por la mañana ingresaron en el primero de sus valles y encontraron que la aldea de Balsille estaba abandonada Acamparon allí para descansar un poco y secarse. Mientras cenaban pan y carne, fueron interrumpidos por la llegada de 46 milicianos de la aldea católica de Cavour, quienes, confundiéndolos con los reclutas del duque, entraron en el campamento agitando pañuelos amistosos. Esto eran los que debían haber defendido el Col du Pis. Antes de que se dieran cuenta de su error, ya eran prisioneros de los *vaudois*.

Al iniciar la expedición, Arnaud había estado ansioso por evitar utilizar la violencia con alguien, no solamente para ahorrar tiempo y peligro para le expedición, sino también para evitar derramar sangre innecesariamente. La llegada de estos desafortunados forzó a los *vaudois* a tener un consejo de guerra allí mismo en la pradera, para considerar su política para el futuro. Contrarrestando la repugnancia natural de hombres cristianos ante la posibilidad de quitarles la vida a sus congéneres había algunas consideraciones reales; "políticas", como las llamó el pastor. En primer lugar, los *vaudois* eran pocos a esta altura: apenas llegaban a setecientos hombres, y era importante mantener al enemigo en la incógnita en cuanto a sus cantidades reales. En segundo lugar, no tenían suficientes hombres para custodiar a los cautivos, y el tipo de guerra y movilización que requería el tamaño de la expedición no les permitiría establecer campamentos para prisioneros. Era cierto que la milicia del Piamonte no representaba una gran amenaza militar, pero las aldeas de los alrededores eran hostiles, como así también los nuevos colonos en las tierras *vaudois*, ya fueran piamonteses o irlandeses, y sería esperar un comportamiento angelical extremo pretender que algunos de los *vaudois* no recordaran la cooperación

cruel y entusiasta de estas aldeas vecinas en la campaña horrorosa de exterminación de 1686. Luego de un largo debate, finalmente se acordó que no quedaba otra alternativa. Se invitó a los prisioneros amargados y aterrorizados a decir sus últimas plegarias, luego, fueron llevados de dos en dos hasta el puente de Balsille, donde fueron matados y sus cuerpos fueron echados al río Germanasque.

El éxodo de intrusos de las tierras que habían sido confiscadas a los *vaudois* exiliados comenzó incluso antes de que se difundiera la noticia de estos sucesos. Aquellos cuya codicia o imprudencia los llevó a demorarse hasta la llegada de los dueños que regresaban pagaron con sus vidas, sin distinción de sexo. El pastor Arnaud instó a sus hombres a que fueran cuidadosos al tratar con los habitantes del valle, de modo que no le hicieran daño involuntariamente a sus propios hermanos reincidentes o simpatizantes secretos, pero en la guerra de guerrillas rápida y violenta que se desarrolló ahora en los valles *vaudois*, no siempre fue posible tomar recaudos y, por un tiempo al menos, ya fueran intrusos o lugareños antiguos, la mayoría huyó a las ciudades o intentó mantenerse en los bosques hasta que fuera claro lo que estaba sucediendo. El miércoles los *vaudois* llegaron finalmente a su hogar en el valle de Lucerna. Quemaron una capilla católica, y en Prals quedaron encantados al encontrar una de sus propias capillas todavía en pie. Todas las imágenes romanas y decoraciones fueron quitadas, arrojadas por las ventanas y consignadas a una fogata. Entonces fue re dedicada al servicio del Señor. El pastor Arnaud se puso de pie en un banco en la puerta de la capilla y predicó sobre el Salmo 124:8: "Nuestro socorro está en el nombre de Jehová". Luego, cantaron el Salmo 129, en acción de gracias por la salvación de Israel de sus enemigos.

Arnaud estaba teniendo problemas ahora para mantener unido a su pequeño ejército. Ahora que estaban en su hogar, algunas almas simples, cuyo único propósito en la vida había sido regresar aquí, deseaban ir y tomar posesión de su tierra. Arnaud y los capitanes tuvieron que discutir enérgicamente, pues si se esparcían a sus aldeas, serían destruidos por el enjambre creciente de milicianos que

estaba en camino. Ese mismo día capturaron a un oficial de los guardias ducales que, con un poco de persuasión, les informó que doscientos hombres de su unidad estaban acampados en Col de Julien, recién llegados de Nîce. Por el momento, no había nada que pudieran hacer los *vaudois* salvo mantenerse juntos y dar pelea hasta que fuera claro que sus enemigos los dejarían en paz. La cercanía de este destacamento, que se suponía que eran las mejores tropas de Victor Amadeus, fue el argumento que le faltaba al pastor, y sus partidarios y, todavía quejándose y no del todo convencidos, el pequeño ejército avanzó a prisa para enfrentar esta nueva amenaza.

Formando sus tres divisiones usuales, los *vaudois* se apresuraron a escalar los senderos montañosos. La niebla estaba descendiendo, como tan a menudo ocurría al atardecer, y comenzó una llovizna. Al oír que se acercaban, el enemigo retrocedió, nervioso porque no podía verlos pero sabiendo que debían estar por allí, en algún lugar. Posiblemente más para animarse a sí mismos que para infundir temor en los herejes, los Saboyanos lanzaban continuos gritos y amenazas: "¡Vamos, vamos, diablos herejes! Tenemos todos los lugares fuertes, y somos tres mil!", y otras. El contingente de ataque *vaudois* avanzó hasta llegar a unos pocos metros de los puestos de avanzada del enemigo, y entonces se echaron cuerpo a tierra para evitar cualquier contacto prematuro. Algunos exploradores avanzaron sigilosamente en la penumbra cada vez más oscura hasta que localizaron a un centinela desprevenido. Entonces, luego de la señal indicada, un hombre de la avanzada mató al centinela y, sin palabra alguna, la fuerza *vaudois* disparó, se puso de pie de un salto y se abalanzó sobre el enemigo. Todo había terminado en menos de media hora. Los guardias entraron en pánico y salieron corriendo en medio del tumulto confuso, dejando atrás todo su equipamiento. En la persecución, los *vaudois* capturaron a una docena de soldados enemigos y se deshicieron de ellos. Uno de los vencedores, Josué Mandan, recibió un disparo en el estómago. Murió la mañana siguiente y fue enterrado bajo una roca.

Al día siguiente atacaron Bobi, la segunda ciudad en tamaño,

que estaba llena de fugitivos, y todo el conjunto de fugitivos, soldados y civiles huyó por el puente, abandonando la ciudad. Debido a que algunos estaban insubordinados y descontentos, no se lanzó una persecución, y muchos de los *vaudois* se divirtieron saqueando la ciudad. Obviamente, fueron necesarias algunas medidas firmes, a fin de evitar que el pequeño ejército se desintegrara antes de que su tarea fuera completada. Aquellos que deseaban perseguir al enemigo estaban irritados con los saqueadores, y los saqueadores tenían sus justificaciones y no recibieron la crítica de buena gana. En esta coyuntura, para sorpresa de la mayoría, unos veinte de los refugiados hugonotes desertaron, desanimados ante lo que parecía una expedición sin fin a la vista.

El día siguiente era domingo, 11 de septiembre, y como todo indicaba que el enemigo había recibido suficiente por el momento, pareció un momento oportuno para descansar y dejar en claro algunos asuntos. Un *vaudois* respetado y piadoso, *monsieur* Montoux, se puso de pie sobre una puerta colocada sobre dos grandes piedras en una pradera cerca de Bobi y predicó una apelación elocuente ante el ejército. Eligió Lucas 16 como su texto, enfatizando que el Reino de Dios debe ser predicado.

Entonces se puso de pie el pastor Arnaud y leyó ante toda la asamblea un juramento detallado que había preparado:

"Dios, quien en su divina gracia nos ha guiado de regreso a la herencia de nuestros padres, para restablecer la adoración pura de nuestra santa religión, al continuar y lograr el gran emprendimiento que nuestro gran Señor de los ejércitos hasta el presente ha guiado tan celestialmente a nuestro favor: nosotros, pastores, capitanes y otros oficiales, ante la presencia del Dios viviente y so pena de condenación de nuestras almas, juramos y prometemos observar entre nosotros unión y orden, y no separarnos ni desunirnos mientras Dios preserve nuestras vidas; incluso si llegáramos a sufrir el infortunio de ser reducidos a tres o cuatro, a nunca negociar con el enemigo, ya sea Francia o el Piamonte, sin la participación del Consejo de Guerra completo, y a entregar

todo el botín que hemos tomado y que tomaremos; a fin de aliviar las necesidades de nuestro pueblo y para gastos extraordinarios. Y nosotros, los soldados, prometemos y juramos hoy ante Dios ser obedientes a las órdenes de todos nuestros oficiales, y juramos ante ellos con toda la fidelidad de nuestros corazones hasta la última gota de sangre, remitir a los prisioneros y el botín a ellos, para que los administren según vean conveniente.

"Además, está prohibido bajo severas penalidades, tanto para oficiales como para soldados, revisar a cualquier enemigo muerto, herido o prisionero durante y después de combate, salvo aquellos que han sido comisionados para realizar esa tarea. Los oficiales deberán ocuparse de que todos los soldados mantengan sus armas y municiones y, por sobre todo, reprender severamente a aquellos que maldigan y blasfemen el santo nombre de Dios; y finalmente, que la unión, que es el alma de nuestro emprendimiento, permanezca siempre inquebrantable, los oficiales prometiendo fidelidad a los soldados y los soldados a los oficiales; prometiendo por sobre todo ante nuestro Señor y Salvador Jesucristo, arrancar de la cruel Babilonia, lo más posible, al resto de nuestros hermanos, establecer y mantener el Reino de Dios hasta la muerte y observar esta reglamentación en buena fe todas nuestras vidas".

Entonces, todos levantaron sus manos y juraron solemnemente guardar el juramento que acababan de oír.

Debido al tema molesto del botín y a fin de evitar conflictos no fraternales en el futuro, se hizo un listado del botín recogido el día anterior. Se designaron cuatro tesoreros y secretarios para mantener en regla todo el asunto y encargarse de una distribución justa. Se eligió a un comandante y a un asistente de comandante, y se acordó que los hombres podían, si tenían buenas razones, cambiar de compañías.

La mayoría de los hombres pareció estar de mejor talante después de este acto, aunque un poco avergonzados. El pequeño ejército descansó esa noche con determinación renovada para completar su propósito, ante lo cual un grupo fue hasta Bobi y quitó la cam-

pana del campanario, escondiéndola bajo algunas rocas. El peligro interno había pasado, y nuevamente eran un ejército.

[1] Unos cinco kilómetros.

[2] Las distancias de la marcha desde Yvoire hasta Balsille día por día fueron: el primer día, 37,6 km; el segundo día, 16 km; el tercer día, 27,2 km; el cuarto día, 19,2 km; el quinto día, 20 km; el sexto día, 22,4 km; el séptimo día, 24 km; el octavo día, 18,4 km; el noveno día, 9,6 km; el décimo y undécimo día, 11,2 km; en total, 205,6 km.

Capítulo 5

El largo y crudo invierno



El día siguiente amaneció inusualmente despejado y soleado. El pequeño ejército descendió por las laderas de las montañas hasta el Valle Lucerne bordeando el arroyo Subiasque. En Pianta, luego de orar en un prado, la fuerza se dividió en dos. El cuerpo principal marchó por el camino alto, mientras que un grupo más pequeño avanzó por una estribación hacia el arroyo Rospard, llevando a los heridos y la recua de mulas. Este grupo tropezó con unas fuerzas enemigas, y con mucha dificultad logró llegar a un lugar seguro en las sierras.

Al oír los disparos a la distancia, el cuerpo principal de varios centenares de *vaudois* apresuró la marcha y pronto encontró a los piamonteses situados en el camino frente a Villar. Una vez más, el ataque directo dio su fruto. Los *vaudois* empezaron a correr y se abalanzaron gritando sobre los baluartes de avanzada del enemigo. La oposición, una fuerza apenas mayor que la suya, abandonó el puente y salió huyendo. Algunos se dirigieron a la seguridad de las montañas de Val Guichard cruzando el río, mientras que varias veintenas regresaron a Villar, refugiándose en el convento, la estructura de piedra más fuerte. Desde sus ventanas y torre disparaban continua pero descuidadamente a los herejes que se aproximaban.

Mientras sus hombres respondían al fuego enemigo lo mejor que podían, se dio un intercambio corto pero acalorado entre Turrel y varios otros oficiales. A Turrel no le gustaba estar atado en un lugar tanto tiempo, haciendo fácil que sus enemigos los encontraran; y también sentía que tratar de tomar el convento sería demasiado costoso. El pastor Arnaud, más jefe que capellán en todo momento, aceptó el último argumento, pero no estuvo de acuerdo con el

primero. Respaldado como de costumbre por los capitanes *vaudois*, anunció que permanecerían en la aldea y asediarían a los defensores del convento. Insistió en que sería un éxito grande y ejemplar. Turrel se marchó airadamente, pero Arnaud hizo como si no lo hubiese visto y ordenó a sus hombres que procedieran con el ataque.

Parte de la fuerza *vaudois* se ubicó a las afueras del pueblo para cubrir el puente y oponer cualquier esfuerzo por liberar a los defensores. Otros prendieron fuego a algunas casas para despejar una línea de fuego. Pero, a fin de rodear a los defensores completamente, el ejército debía acercarse más al convento.

–No se atreverían a intentar escapar –dijo Arnaud– si pudiéramos meter unos pocos hombres, una media docena solamente, en esas casas al lado del convento.

Con las balas de mosquete silbando por las angostas calles, esto parecía una propuesta suicida. Al ver algunos barriles apilados fuera de una posada, se les ocurrió una solución. Fueron dadas órdenes para traer todos los barriles o barricas que pudieran encontrar en las bodegas cercanas.

–Manténganse cerca de los barriles. Nosotros los cubriremos, ¡no se detengan!

Colgándose el mosquete del hombro, Alexandre tomó un barril vacío y comenzó a rodarlo por la calle de tierra con surcos, lo más cerca de la pared que pudo. Las balas de mosquete rebotaban de las paredes de piedra, y una dio contra el barril con un ruido seco. Alexandre oró de manera más bien incoherente, pero era peor detenerse que mantenerse en movimiento. Detrás de él, dos barriles más comenzaron a moverse también, y pudo divisar a un *vaudois* canoso y a uno de los voluntarios suizos, *monsieur* Turin, que lo venían siguiendo de cerca. Luego de unos instantes, su corazón comenzó a asentarse nuevamente en su lugar, pues se dio cuenta de que el enemigo no lo podía ver bien en medio del humo de los mosqueteros y las casas ardiendo, y que disparar con puntería era muy difícil desde casi cincuenta metros de distancia.

Ahora el enemigo divisó los barriles en movimiento. Sin duda

había otros que avanzaban por la otra calle hacia el convento, pero parecía haber una gran cantidad de balas dirigidas hacia el lado donde estaba Alexandre de este callejón. Oyó un grito a sus espaldas, y una mirada rápida mostró a Turin tirado en el polvo, con la cabeza llena de sangre. No se había mantenido lo suficientemente cerca de su barril. Otro *vaudois* corrió a toda velocidad por el callejón y se arrojó detrás del barril de Turin, deslizándose en una nube de polvo, y el barril comenzó a moverse nuevamente, dejando atrás el cuerpo de Turin.

Después de lo que pareció un largo rato, pero que probablemente fue solamente un minuto, Alexandre llegó a la casa más cercana al convento, cruzando la pequeña *piazza*. Saltó hasta la puerta, que no era visible desde el lado enemigo, y permaneció de pie, allí, escuchando los fuertes latidos de su corazón. En un momento, los dos *vaudois* se unieron a él. Abrieron la puerta con una fuerte patada y entraron en la casa, revisándola con cautela. Los habitantes se habían ido, y los tres tenían la casa a su disposición. Hallando un pico y una barra de hierro, comenzaron a mellar la pared que daba al convento a fin de abrir agujeros para disparar. Luego de una hora de arduo trabajo, los tres tenían tres pequeñas e irregulares aspilleras que daban hacia la plaza y el convento. Utilizar estos era mucho mejor que intentar disparar desde la amplias ventanas. Ahora, el mayor de los dos *vaudois* tomó el liderazgo.

–Uno de nosotros debe vigilar en todo momento –dijo–. Y ningún disparo, a menos que tengamos un blanco real. No tenemos todas las municiones del mundo, saben.

Observó por uno de los boquetes.

–Ellos también están haciendo aspilleras –dijo luego de un momento–. A menos que uno de ellos se coloque justo en una ventana, no malgasten pólvora.

Durante varias horas no había nada que hacer, más que vigilar. Los disparos cesaban durante largos periodos, pero entonces algún blanco real o imaginario se presentaba y comenzaba una lluvia de disparos. El enemigo ahora estaba muy circunspecto también, y

había menos actividad en las ventanas del convento. Los *vaudois* comieron de sus provisiones frugales. Para media tarde fueron visitados por un mensajero que informó que los prisioneros decían que los asediados no tenían ni comida ni agua, y que por lo tanto se esperaba que pronto tendrían que rendirse. Dado que no estaban muy lejos del puente y los viñedos al otro lado del arroyo, era importante detener cualquier intento de huir. Hasta el momento, un intento del enemigo por traer provisiones había sido detenido a menos de un kilómetro por el camino de entrada, y las mulas con provisiones habían sido capturadas.

Al atardecer, los sitiados, evidentemente sintiendo que no podían resistir por más tiempo, abrieron súbitamente la puerta principal del convento y salieron corriendo locamente por la plaza. Disparando lo más rápido que podían, los *vaudois* acribillaron al grupo expuesto desde las casas vecinas. Quizá sus víctimas no se habían percatado de cuántos mosqueteros estaban posicionados a su alrededor y, vacilando visiblemente bajo la sorpresiva descarga, se dieron vuelta y corrieron hacia la puerta nuevamente. No todos llegaron. Su comandante estaba muerto, acribillado por la primera ráfaga de balas. Dos de sus hombres lo tomaron por los pies y arrastraron su cuerpo hasta el convento, pero su sombrero con penacho, su espada y su peluca permanecían en el suelo, junto con media docena de cuerpos. Todo el procedimiento no había durado ni dos minutos y, salvo por los gritos de algunos heridos dentro del convento, todo estaba en silencio nuevamente.

Justo antes del amanecer, el sonido de disparos desde los puestos de vigilancia arriba del camino indicó que otra columna enviada para asistir al enemigo se estaba aproximando. Como si esto fuera lo que estaban esperando, los defensores del convento salieron corriendo nuevamente, y esta vez no se detuvieron ante las balas de los *vaudois*. La luz era muy tenue, y era difícil poder dispararles a las figuras poco visibles que se esparcían en varias direcciones. Algunos corrieron directamente hacia los *vaudois* que estaban esperando en el camino, pero la mayoría logró llegar hasta los

viñedos cercanos y los bosques más allá. Los *vaudois* no tuvieron mucho tiempo para lamentarse por la huida. Una batalla reñida se libró en el puente sobre el Rospard, y luego, poco tiempo después, se hizo desagradablemente obvio que una segunda fuerza enemiga estaba entrando en el pueblo desde el sur. Los *vaudois* que estaban en el puente, habiendo salido airosos en la batalla, emprendieron la retirada por el camino hacia Bobi, la dirección en que habían llegado el día anterior. Pero en el pueblo en sí, apostados en varias casas y edificios, unos ochenta *vaudois* quedaron atrás, aislados del grupo principal por los soldados del marqués de Parelle.

Alexandre y sus dos compañeros repentinamente se percataron de que ahora eran ellos los que iban a ser sitiados. Era hora de irse. Haciendo una pausa en la puerta, pudieron divisar hombres a caballo y tropas piamontesas regulares ingresando en masa al asentamiento.

Alexandre y el *vaudois* de más edad salieron corriendo por la puerta y descendieron a toda velocidad por la calle hacia los viñedos, pero esta vez hacia el norte. El tercer hombre dudó por un momento, aterrorizado, y luego comenzó a correr. Pero fue demasiado tarde. El enemigo lo vio y fue derribado de un tiro. Los otros dos no se animaron a detenerse hasta que hubieron llegado a los árboles y barrancos, y salido del valle. Entonces se detuvieron para recuperar el aliento.

El *vaudois* jadeaba y resoplaba.

–No sé dónde puede estar el enemigo, pero deberíamos subir aun más alto para estar más seguros. Entonces podemos abrirnos camino hacia Bobi, quizás esta misma noche.

A juzgar por los gritos y por disparos, era evidente que los recién llegados estaban buscando a los rezagados de los *vaudois*. Aprovechando la luz del sol saliente, Alexandre y su amigo comenzaron a trepar rápida pero furtivamente por las laderas rocosas, intentando mantener arbustos o salientes rocosas entre ellos y cualquier persona que pudiera estar persiguiéndolos.

En pocos minutos llegaron a un sendero. Al ver que no había nadie, lo utilizaron para avanzar más rápidamente. Mientras trotaban

hacia un estrechamiento del barranco, se percataron de que había una docena de hombres caminando delante de ellos. Su equipamiento y aspecto general misceláneos sugerían que probablemente eran campesinos milicianos de las aldeas católicas, traídos aquí para apoyar a las tropas regulares. Alexandre y su compañero se dieron vuelta y comenzaron a huir por donde habían venido, pero entonces vieron a tres hombres de atuendo más marcial que salían de entre los olivos, con sus mosquetes apuntados hacia ellos. Atrapados, Alexandre y el *vaudois* permanecieron prudentemente inmóviles.

–¿Quiénes son ustedes? –exigió el sargento, secándose el rostro con la manga–. ¿De dónde son? –insistió en italiano.

–Yo soy de Torre –contestó el *vaudois* hoscamente, pero Alexandre obviamente no entendió. El sargento se percató de esto.

–Eres un hugonote –dijo en un tosco francés. La mirada de comprensión de Alexandre no pasó desapercibida–. ¡Ah! –dijo triunfalmente a sus compañeros en italiano–, ¡aquí tenemos un súbdito del rey!

–¿Qué diferencia le hace? ¡Ambos son herejes! –exclamaron varios campesinos, enojados–. Estaban intentando escapar. ¡Colguémoslos ahora mismo! –el odio parecía irradiar de sus rostros.

–Un momento. ¡Yo estoy al mando aquí! –vociferó el sargento–. Si el más joven es un desertor, los franceses podrían pagarnos por entregárselo para que ellos lo cuelguen. ¿Eres un desertor, zoquete detestable? –preguntó, dirigiéndose a Alexandre nuevamente en francés.

Alexandre no respondió, y varios de los campesinos comenzaron a patearlo y golpearlo. Otros se aglomeraron alrededor del sargento que estaba sentado y discutieron estridentemente con él.

–Daría mucho trabajo. ¡Cuélgalo *ahora*!

Solamente un granjero canoso con una horquilla y un soldado apoyándose sobre su mosquete estaban más cerca de los prisioneros. El *vaudois* susurró por el costado de la boca, sin mirar a Alexandre.

–Cuando yo diga "¡Ahora!", corre por la colina cuesta abajo y yo iré cuesta arriba. Nos encontraremos en el arroyo.

El sargento estaba ganando la discusión, hasta que uno de los campesinos preguntó furiosamente quién se quedaría con la recompensa por el prisionero francés, ¿el sargento? ¿Acaso ellos no merecían su parte? Repentinamente, el *vaudois* gritó "¡Ahora!" y le dio un manotazo al mosquete sobre el que se estaba apoyando el soldado, sacándoselo rápidamente de la mano. Cuando Alexandre, de un salto, salió corriendo, el campesino canoso intentó clavarle la horquilla al *vaudois*, pero le erró y ensartó los dientes de la horquilla en la pierna de otro campesino. Se oyeron un par de disparos. El campesino herido gritaba de dolor. Los aspirantes a captores chocaron unos con otros, gritando y maldiciendo. Mientras tanto, Alexandre saltó varias rocas y corrió como nunca antes había corrido. Supuso que su compañero estaba haciendo lo mismo, pero no intentó ver si era cierto. Finalmente, el sargento y su fuerza salieron a perseguir a los prisioneros, pero los dos fugitivos habían desaparecido entre la maleza y las rocas. Desanimados, los perseguidores pronto se dieron por vencidos y regresaron de mala gana, seguros de que iban a recibir más recriminaciones.

Luego de unos minutos, Alexandre no oyó más ruidos de persecución. Aminoró el paso y se arrojó bajo unos arbustos, a fin de recuperar el aliento. Aproximadamente una hora más tarde, yendo cuidadosamente de árbol en árbol bordeando la orilla del arroyo y evitando los claros del bosque, vio fugazmente una figura furtiva: era su amigo.

Juntos, se dirigieron cautelosamente hacia las alturas de Vendellin y cerca del mediodía se encontraron con el pastor Arnaud en persona con seis fugitivos más. Habían pasado por experiencias espeluznantes similares, y Arnaud dijo que se habían detenido tres veces para orar fervientemente. Arnaud, siempre optimista, desestimó el resultado desafortunado del suceso de Villar, tomándolo a la ligera. Al anochecer, unos setenta y cinco miembros del grupo habían llegado a las montañas. Parecía que todos menos una media docena de aquellos que habían quedado atrás en Villar habían logrado escapar. Al amparo de la noche, cansados

como estaban y con varios heridos levemente, marcharon hacia Angrogna, donde podían refugiarse con mayor seguridad hasta que pudieran determinar cómo volver a unirse al grupo principal.



Los siguientes dos meses fueron ajetreados. Si los *vaudois* no podían tomar posesión de sus tierras en paz, se aseguraron de que nadie más pudiera hacerlo, y con sus campamentos volantes y sus escuadrones de búsqueda siempre alertas por comida, le daban poco descanso al enemigo día y noche. Aunque la mayor parte de la acción era en sus propios valles, por momentos cruzaban al valle francés del Guil. Esto era una respuesta legítima a la llegada de las tropas francesas, que se lanzaron a los valles a mediados de septiembre para exterminar al grupo expedicionario de *vaudois*, también apodados "*barbets*".[1]

La desolación aumentaba a diario. Todas las aldeas fueron quemadas, incluso más de una vez, y las cosechas y los animales fueron llevados, como cortesía recíproca al principio. Los *vaudois* se mantenían en las cumbres, atacando los convoy del enemigo y sorprendiendo sus puestos de vigilancia de avanzada. Llevaban a cabo una búsqueda tan minuciosa de comida que se decía que si los campesinos horneaban pan, ese mismo día era llevado por los *barbets*. Los campesinos locales, ya fueran católicos o ex protestantes, que intentaban continuar viviendo allí, sufrían de ambos lados, pues los franceses destruían todo lo que consideraban que podía ser de utilidad para los *barbets*, y los *vaudois* eran poco amables con los campesinos, cuyo conocimiento del lugar era de ayuda al enemigo o que se metían en problemas que requerían ser saldados. Tanto la milicia piamontesa como los *vaudois* no usaban uniformes. Los *barbets* se ponían pajas en el ala de sus sombreros como insignia, pero a veces se las quitaban y los campesinos hostiles los confundían con fuerzas de su bando, generalmente el último error que cometían. Los *vaudois* le guardaban un rencor especial a los

revoltés, o apóstatas, que habían ayudado activamente al enemigo en 1686. Cuando eran capturados, su suerte era sumaria.

Las mujeres que tenían muchos hijos a veces eran perdonadas, al igual que los prisioneros cuyas destrezas eran de utilidad. Ambos cirujanos *vaudois* habían sido perdidos el día anterior a Sallebertrand, y los enfermos y los heridos necesitaban desesperadamente atención especializada. Un cirujano fue capturado en el camino cerca de Villar a principios de septiembre, y prometió servir fielmente si se le perdonaba la vida. Lo hizo lealmente hasta que murió en acción más tarde, ese invierno.

Ahora había menos compañías. Armand todavía era teniente, pero estaba en funciones de capitán de una compañía *vaudois* que había perdido a su capitán original, en aquel costoso octavo día de la marcha. Las seis compañías originales de voluntarios extranjeros habían sido diezmadas por la muerte y la deserción, y los hombres fueron distribuidos entre las compañías *vaudois*. Alexandre mismo fue transferido a la compañía del capitán Martinat, una de las más activas de las "compañías volantes". Había fricciones ocasionales entre los *vaudois* y los franceses y suizos, pero la mayor parte de los extranjeros continuó ofreciendo sus habilidades especiales generosamente. Con el tiempo, tanto Armand de Gandon como François Huc fueron recompensados con una promoción formal a teniente-capitán.

Casi todos tenían hambre continuamente. El enemigo intentó incansablemente localizar los contrabandos de comida y las manadas de ovejas que los *barbets* controlaban ocasionalmente, y la situación fluctuaba entre abundancia y escasez. De alguna manera, sin embargo, a los *vaudois* nunca se les acabaron las armas y las municiones.

Cierto atardecer, mientras la compañía Martinat salía al trote en el crepúsculo, Armand, sentado al lado de un fuego cerca de las chozas precarias de rocas apiladas y ramas de árboles, que servían de campamento base esa semana, se alegró de que la hermana de Alexandre no pudiera verlo en estos momentos. El aspecto de Alexandre estaba lejos del estilo sobrio y decoroso de vestimentas

que había tenido en la capital holandesa. Ahora, como soldado de guerrilla curtido, tenía la tez oscura y su aspecto era sumamente desaliñado, con el cabello como el de Nabucodonosor en su sexto año de bestialidad, vestido de harapos y un sombrero de ala ancha deformado, desteñido y sucio, con sandalias en los pies y, en las piernas, mallas fabricadas con tiras de tela atadas con cordones rayados. Parecía un bandido o un demonio fugado, pero así se veía la mayoría de los *vaudois*.

Alexandre llevaba un mosquete y dos sacos sobre sus hombres: uno vacío para cargar comida (si llegaban a encontrar) y uno más pequeño para sus preciosas granadas. Unos pocos oficiales, de alguna manera, guardaban un saco de uniforme en sus mochilas para una ocasión futura especial; pero muchos de ellos, al igual que Armand, eran prácticamente indistinguibles de entre sus hombres, y las tiras de oro o plata sobre los sacos raídos y descoloridos casi no se notaban. Armand todavía llevaba su espada recta, pero la mayoría de sus *confreres*[2] prefería el sable, pues era más fácil de manejar, o solamente bayonetas o puñales largos.

Esa noche la compañía Martinat llevó a cabo una de sus hazañas más notables: la toma por asalto de la empalizada del enemigo en Sibaud. Sus enemigos tenían tanto temor a causa de la habilidad casi sobrenatural de los *vaudois* de aparecer en forma repentina que muchos de ellos llevaban talismanes y amuletos contra los demonios que creían que estaban colaborando con los *barbets*, y se preocupaban mucho por fortificarse para la noche. En Sibaud, había una empalizada de madera que rodeaba un campamento para varios centenares de soldados de a pie y a caballo.

El capitán Martinat localizó y mató al centinela personalmente. Luego, a la señal indicada, sus cuarenta *vaudois*, avanzando unidos, saltaron el cerco de 1,80 m, corriendo hasta su base y balanceándose por encima con las manos, cayendo del otro lado entre los enemigos que dormían. En completa confusión, intentando localizar sus armas y encender sus antorchas en medio de los gritos de los soldados y el relincho de los caballos, el enemigo en-

tró en pánico y huyó hacia la oscuridad. Treinta y cuatro de ellos nunca lograron escapar. Los *vaudois* solo sufrieron una baja: un hombre que cayó sobre un árbol al saltar por encima del cerco en la oscuridad y quedó colgado de las ramas hasta que sus amigos pudieron ayudarlo a bajar. Lo único que sufrió fue algunos rasguños y la pérdida de su dignidad. Hubo algunos comentarios sobre Absalón, pues tanto los *vaudois* como los hugonotes estaban empapados del Antiguo Testamento.

Menos feliz para ellos, unas pocas noches más adelante, fue el tiroteo que tuvieron sobre la carretera en una neblina creciente. Tres de sus camaradas murieron. Luego de que se hiciera evidente que nada podía lograrse esa noche, el capitán ordenó la retirada, que se realizó tan silenciosamente que el enemigo continuó disparando en la oscuridad por mucho tiempo después de que los *vaudois* se habían ido. Esa noche, larga y sombría, lo único que pudieron encontrar para comer fueron repollos que arrancaron directamente del suelo y comieron crudos, pues no podían arriesgarse a encender un fuego.

Después de la primera nevada, una docena de *vaudois* se percató de que estaban siendo seguidos por 125 milicianos. Dieron media vuelta, armaron una emboscada, y mataron a trece de sus perseguidores sin perder un solo hombre. Más impresionante aún fue la ocasión en el Monte Vachére cuando los centinelas hicieron señas de que una columna de soldados piamonteses se acercaba. Apresurados, e interrumpiendo una oración que el pastor Arnaud estaba dirigiendo en ese momento, cada hombre disponible corrió desesperadamente hasta la cresta de la montaña, llegando cuando los piamonteses estaban a solamente cincuenta pasos. Seguros entre las rocas de la cima, arrasaron con el enemigo con una eficacia tal que cien cuerpos enemigos quedaron derribados en la ladera, mientras que ni un solo *vaudois* fue herido siquiera. ¡Con razón el enemigo desarrolló un respeto supersticioso por los *vaudois*!

Más peligroso que las fuerzas enemigas eran las enfermedades. La comida a menudo escaseaba. Algunos de los hombres más dé-

biles se enfermaron y, con frecuencia, no había medicamentos o siquiera alguna sopa para darles. El día de la victoria en el Monte Vachére, la ración de los vencedores fue un trozo de pan del tamaño de una nuez. Algunos destacamentos que salían en busca de alimento podían llegar a ausentarse por dos días, quizá, sin encontrar nada. Cuando tenían suerte, se hacían un festín con repollos y rábanos sin sal ni condimentos. Estaban felices de comer lo que fuera. Durante un tiempo tuvieron una manada de ovejas, pero cuando un cordero se extravió de un camino, la madre lo siguió, luego otro, y otro y, en pocos minutos la manada entera había "desertado", para sorpresa y alegría de la patrulla enemiga que los seguía de cerca. ¡Tuvieron pocas victorias más sobre los *barbets* de las cuales hacer alarde!

Hubo varios fusilamientos debido a alguna indisciplina y nervios de punta, y las muertes en batalla eran pocas, pero de vez en cuando ocurrían. En la aldea de Essart, la compañía de Martinat finalmente fue atrapada en las ruinas de una casa de granja de piedra. Se defendieron lo mejor que pudieron durante todo el día y, al anochecer, escaparon bajo la protección de la oscuridad. Sin embargo, su valiente capitán fue herido en la retirada y arrollado por sus perseguidores. Murió peleando hasta el mismo final. En un grupo tan pequeño, una pérdida como esa era una tragedia importante.

Pero también hubieron momentos sombríamente jocosos. Cierto día de mercado, una banda *vaudois* recorrió la ribera sur del Cluson hasta territorio francés, apareciendo osadamente del otro lado del río de Perouse, a la vista de centenares de comerciantes y sus clientes. Luego de atrapar a dos *revoltés* particularmente detestables, al estilo simpático de la época, los *vaudois* obligaron a uno de sus prisioneros a colgar en la horca al otro completamente a la vista de la multitud, y luego colgaron al primer hombre. La muchedumbre aplaudió con mucho gusto, pensando que los *vaudois* eran soldados del gobernador que estaban colgando *barbets*. Pero entonces se dieron cuenta de la verdad, y el pánico subsiguiente vació la comunidad en pocos minutos, para gran diversión de los *vaudois*.

Menos mortal fue el destino de algunas aldeanas piamontesas hostiles, que estaban tomando algunas copas en una reunión social cuando llegaron los *vaudois*. Fueron obligadas a tomar una serie de brindis a la salud y la prosperidad del príncipe de Orange (considerado por el mundo católico en ese momento como la figura diabólica principal, especialmente después de convertirse en rey de Inglaterra); el duque de Schomberg, el principal comandante del príncipe; Su Alteza Electoral de Brandeburgo; y los Excelsos Estados Generales de los Países Bajos. Según cabe suponer, el único sufrimiento que las damas tuvieron que soportar fue una resaca severa.



Luego de la muerte del capitán Martinat, la compañía estaba explorando un pequeño valle cerca de Saint-Germain cuando, repentinamente, llegaron a una granja con varios edificios quemados a medias. Igualmente sorprendidos quedaron dos hombres que estaban trabajando en el corral de la granja. Dejaron caer sus herramientas y huyeron a toda velocidad hacia los matorrales, con el faldón de la camisa volando a sus espaldas. El *vaudois* que iba al frente les disparó, pero le erró. Los saqueadores revisaron el edificio pero no encontraron nada de interés salvo un poco de comida, así que prosiguieron.

Más tarde ese mismo día, cuando regresaban por el mismo camino, vieron a una mujer en el sendero a cierta distancia, que caminaba lentamente como si esperara a alguien. Había habido una serie de sucesos desagradables que involucraban a los campesinos, hombres y mujeres por igual. Ya fuera que eran utilizados como señuelos para emboscar a los *vaudois* o simplemente espiando los senderos que utilizaban los *vaudois*, a fin de descubrir dónde escondían sus suministros de comida o dónde podrían estar recogiendo nueces o frutas. La mujer los vio y avanzó hacia ellos muy lentamente. El sargento *vaudois* hizo señas para que Alexandre fuera a ver qué deseaba la mujer, e indicó a sus hombres que lo cubrieran, con los mosquetes preparados.

No muy complacido por el honor que se le había concedido, Alexandre caminó lentamente hacia la mujer, apuntándola con el mosquete, y observando cuidadosamente los árboles y los arbustos, atento a cualquier señal de peligro.

Cuando estuvieron suficientemente cerca como para hablar, ambos se detuvieron.

–¿Quién eres? ¿Qué deseas? –preguntó Alexandre, lo más amenazadoramente posible.

La miró fijamente, sospechosamente. Era una mujer joven de poco más de veinte años, fornida, con un pañuelo en la parte de atrás de la cabeza y un chal sobre los hombros. Su cabello negro estaba trenzado y tenía sandalias en los pies.

–Vengo en son de paz, *monsieur* –respondió ella, levantando las manos callosas, con las palmas hacia afuera, para tranquilizarlo–. Vengo sola. ¡No se trata de una trampa!

–Entonces, ¿qué deseas, viniendo hacia aquí? –Alexandre se percató de que ella le estaba respondiendo en francés, pero muchos de los campesinos, especialmente en el Valle del Pragelas, hablaban algo de francés.

–Me gustaría hacerles una propuesta a los *messieurs les vaudois* –dijo la mujer, con tono suplicante–. Mi nombre es Guiseppina Venturi, y anteriormente yo era una de ustedes. Tuve que abjurar por los problemas de 1686, pero ayudé a nuestro pueblo. ¿Hay alguno de ustedes que provenga de Pramol? *Monsieur* Robert me recordaría como Josephine Peirot.

–Veremos –dijo Alexandre–. ¿Qué es lo que deseas?

–Escuche –dijo ella, mirando fijamente a Alexandre con sus ojos pardos–: luego de abjurar, me casé con un piamontés, pero mi corazón permanece con el pueblo de Dios. Mi esposo es un hombre bueno, y lo amo. Era uno de los que escaparon corriendo esta mañana cuando lo sorprendieron trabajando con un vecino en esta granja. Yo sé que ustedes no perdonan a los piamonteses papistas, pero deseo pedirles que por favor no le hagan daño. Yo estaría dispuesta a darles 24 panes de dos kilos y medio mañana y

todo lo que pueda cada semana de ahora en más, siempre y cuando tenga harina. ¿Podrías hablar con tu comandante?

–Camina delante de mí y lentamente –dijo Alexandre–, y veremos qué dice él al respecto.

Guiándola fuera de la vista del camino y hacia los matorrales, el sargento y los demás la rodearon. Dos de ellos recordaron que habían escuchado hablar de ella y de su utilidad en ayudar a los fugitivos a escapar durante la persecución de 1686. Aunque la propuesta no era de confiar pues provenía de alguien que no solo había abjurado sino también se había casado con un papista, los hombres consideraron que quizá valdría la pena.

–Pero –dijo el sargento– ¿acaso no sabes que el gobierno francés ha declarado la pena de muerte para todo aquel que nos dé provisiones?

–Por supuesto que sí –respondió ella mirándolo fijamente–. La semana pasada colgaron a una mujer en Saint-Germain, justamente por eso. Su hijo de nueve años, que fue arrestado junto con ella, pudo haber sido colgado también, hasta donde yo sepa. Eso no me asusta. Dios está del lado de ustedes. Hasta los papistas lo saben. Sé que no he sido tan fuerte como debiera, pero ayudaré a la buena causa en todo momento que me sea posible. Ustedes han prometido no hacerle daño a mi esposo –dijo seriamente–. Aún son hombres de palabra.

Se acordó un lugar específico donde la mujer dejaría el pan, y concluyó el trato.

Al regresar al campamento esa noche para comer otra cena exigua, el pequeño grupo no podía dejar de desear que hubiera más mujeres como esta.

–Nunca he conocido a su esposo –le comentó Alexandre a Armand mientras intentaba pescar más hojas de repollo en el líquido aguachento de la olla–. No esperó a ser presentado esta mañana, pero debe tener algo de bueno en él para que esta dama arriesgue el cuello por él de esa manera.



El capitán Turrel se volvió más y más pesimista al ver que ante ellos se prolongaba un invierno sinfín de guerra de guerrillas y sufrimientos. Los oficiales franceses a menudo discutían estas perceptivas. Los *vaudois*, por lo menos, estaban nuevamente en sus valles, aun cuando el enemigo todavía estaba allí también. Pero muchos de los voluntarios franceses y suizos, muertos de frío y hambrientos, estaban terriblemente desilusionados.

–Ya hicimos lo que prometimos –dijo el capitán Turrel, por enésima vez, mientras el grupo de refugiados franceses masticaba el tema una vez más (no había mucho más para masticar)–. Los ayudamos a regresar a sus valles. No es culpa nuestra que no hayan llegado refuerzos. ¿Qué estamos logrando ahora?

–Se está reuniendo un grupo de refuerzos para la primavera –replicó otro.

–¿Y dónde estaremos entonces? –farfulló el capitán–. Congelados o muertos de inanición, seguramente. Ya estoy harto de las nueces, y hasta estas están empezando a escasear. Nada está sucediendo en Suiza, tampoco. Debes admitir eso.

El hermano de Turrel y algunos vecinos de Dauphiné se habían unido a la expedición con él, y generalmente estaban de acuerdo con él en estas discusiones.

–Recuerden –interrumpió uno de ellos–, que nos unimos a esta expedición para abrir la puerta a Francia y restaurar la adoración a Dios en Dauphiné. ¿Cuándo fue la última vez que oyeron a alguien decir algo sobre Francia? Dejaremos nuestros huesos en este páramo. Nunca volveremos a ver Francia –dijo, elevando la voz estridentemente.

–Sigue siendo la buena causa –respondió Armand con paciencia–. Los aliados tardarán más de lo que habíamos esperado en llegar a estos valles, pero no me gustaría que llegara ese día y que la tarea sea más difícil porque yo fallé en cumplir con mi responsa-

bilidad. ¿Creen que realmente ayudarían más a la causa si pelearan en esos asedios interminables sobre el Rin? ¡Estoy seguro que no!

–Estás loco –fue la respuesta, ya común–. Todos podríamos morir aquí, y nada cambiaría en absoluto.

Diariamente, Turrel se quejaba a los otros oficiales franceses acerca de su posición anómala. Él era el comandante en jefe, o al menos así había sido anunciado la primera mañana cuando arribaron a Saboya. Sin embargo, repetidas veces el pastor lo desautorizó o revocó sus órdenes, y los *vaudois* nativos le prestaban poca atención. Se volvió cada vez más frustrado y resentido. Aunque sus quejas eran reales, ¿qué le podía decir uno al formidable pastor?

Cada tanto, uno o varios de los voluntarios extranjeros desaparecía, sin poder soportar la situación por más tiempo. Los comentarios antipáticos de algunos de los *vaudois* no mejoraron la moral de los franceses o suizos que permanecían. Para los *vaudois*, cualquier persona que se iba era simple y llanamente un desertor.



Al avanzar el otoño, se enviaron grupos de excursionistas a lugares tan lejanos como el valle Queyras en Dauphiné, haciendo colectas para las necesidades de los *vaudois*. Además de detener a las tropas francesas, el pequeño ejército logró mantener alborotada la frontera vasta, escarpada y casi indefendible. Pelear en octubre a mil seiscientos metros de altura era casi como pelear en invierno, con nieve y torbellinos en vez de lluvia. La compañía de Armando salió a mediados de octubre y no regresó por diez días.

La velocidad y la sorpresa eran esenciales. Salían repentinamente de la maleza o de detrás de algunas rocas en el borde de alguna aldea, gritando y disparando. Por lo general, los aldeanos no ofrecían resistencia. Se llevaba a cabo una conferencia con los síndicos temblorosos de la aldea. Los atacantes requisaban provisiones o dinero. Los aldeanos podían quedarse con sus animales, y sus hogares no serían quemados. Pero, ay de aquel que intentaba

hacerse el listo o resistirse. Ay también de cualquier soldado que intentaron formar una defensa. Los defensores por lo general se refugiaban en la iglesia, que solía ser el edificio más resistente. A veces dormían allí por temor a un ataque *vaudois*. En tales ocasiones los *vaudois* tenían que decidir si asediarlos o no. Esto irritaba a los *vaudois*, que no tenían tiempo que perder, pues podía haber alguna compañía enemiga en camino para liberar al pueblo. A veces emboscaban a esas compañías y asediaban, obligándola a regresar hasta su base. Aunque los comandantes franceses montaban en cólera, poco podían hacer para evitar estos ataques.

La compañía de Gandon tuvo una acción muy satisfactoria en la última aldea que atacaron. En la iglesia había una guarnición de milicianos de Dauphiné cuando estalló la batalla. Fue un pandemonio. El tableteo de los mosquetes se mezclaba con la crepitación de las llamas de las casas incendiadas, el bramido del ganado y los gritos de los aldeanos atrapados en medio del fuego cruzado cerca de la iglesia. Los *vaudois* se desplegaron, allanando los callejones y disparando por encima de los cadáveres recientes, en medio de la nieve sucia y helada.

Alexandre fue vindicado ese día, aunque casi fue su último. Corriendo hasta el costado de la iglesia, hizo una pausa y encendió y arrojó una granada hacia la ventana. Pero lo hizo demasiado apurado, y vio cómo el misil golpeaba contra la pared y rodaba por el suelo. Sin embargo, la mecha no había permanecido encendida y logró volver a levantar la pequeña bola negra, re encenderla, y lanzarla por la ventana nuevamente, esperando que aquellos los que estaban en la iglesia estuvieran demasiado sobresaltados como para poder apuntarle con tranquilidad. Vio cómo caía adentro la granada, dejando un minúsculo rastro de humo negro. Cuando estaba corriendo para escapar, una bala de sesenta gramos arremetió contra el mosquete que Alexandre tenía colgado en sus espaldas y lo arrojó despatarrado en el barro helado. Entonces, con un estruendo, la ventana de la iglesia estalló lanzando una humareda.

Entrando en pánico, y sin saber qué había explotado entre ellos, la mayoría de los defensores que estaban en la iglesia escaparon

de la confusión humeante y hacia la calle, topándose con el desastre. Mientras tanto, Alexandre se levantó con dificultad y avanzó tambaleándose, sorprendido de estar aún con vida. La culata de su mosquete estaba partida y, como *souvenir*, pronto le salió un enorme moretón en su costado. Dejó caer su arma y levantó otra de la calle, cuyo dueño original ya no la necesitaría. Mientras se le despejaba la mente, sintió una tremenda satisfacción porque ahora ya no escucharía más comentarios maliciosos sobre niños raquíticos pretendiendo ser granaderos.

Una vez que el tumulto hubo terminado, los aldeanos parecían estar agradecidos porque la destrucción no había sido por de lo que fue, y la compañía de *vaudois* marchó al campamento con mochilas llenas de sal, medicamentos simples, carne desecada, un poco de dinero y cuatro caballos para que los heridos pudieran montar.

Al llegar trotando al campamento por el sendero dos días más tarde, sintiéndose todavía muy satisfechos con sí mismos, se encontraron con rostros sombríos. El capitán Turrel, su hermano y cuatro camaradas más de Dauphiné, se habían esfumado, fingiendo que descendían al valle a buscar pan. Los capitanes ya se habían reunido y habían elegido a Pierre Odin, el escribano y secretario de Arnaud y segundo al mando, para que reemplazara a Turrel.

Los franceses apenados se reunieron a un costado, para hablar sobre la situación.

–¡Ánimo! –dijo François Huc–. Hemos hecho una promesa ante Dios, y la guardaremos. Tendremos que trabajar con mayor eficiencia aún, para suplir aquello en que nuestros hermanos desafortunados han fracasado.

Armand, con tristeza, estuvo de acuerdo.

–Sabemos que la mujer en el desierto asediada por el dragón rojo[3] es un tipo de la iglesia *vaudois*, y no todas las persecuciones de estos últimos años han sido de provecho para el diablo. La batalla es recia, pero tenemos el honor de defender a la mujer en esta situación extrema –la banda menguante de Hugonotes murmuró su consentimiento y todos regresaron a sus puestos.

Arnaud atribuyó la deserción de Turrel a deficiencias espirituales. Cuando, varias semanas después, llegó la noticia al campamento de que Turrel y sus acompañantes habían sido arrestados mientras deambulaban en las montañas y que habían muerto horriblemente sobre la rueda en Grenoble como traidores, a los simples *vaudois* les pareció que se trataba de un caso evidente de la justicia de Dios en práctica. Para los oficiales refugiados, no fue muy alentador notar cuán poca protección les brindaba la comisión que llevaban del rey de Inglaterra.



Aunque los *vaudois* eran pocos, su progreso era seguido con el mayor interés en lugares muy lejanos. Charles de la Bonde d'Iberville los tenía muy en mente mientras sellaba su última carta de la semana dirigida a Pontchartrain, el secretario de Estado en Versalles. El joven y enérgico residente sentía, con toda modestia, que había servido fielmente al rey desde su puesto crítico en Ginebra, manteniendo un ojo vigilante sobre las actividades de los herejes en todas direcciones: Suiza, los valles *vaudois* y las partes rebeldes del sur de Francia. Si todos los siervos de Luis XIV hicieran su trabajo tan eficientemente como él, habría habido muchos menos *vaudois* escondidos en sus colinas natales y prácticamente ningún predicador hugonote en los páramos salvajes para preocupar a Su Cristianísima Majestad.

D'Iberville estaba dispuesto a admitir su enorme angustia a mediados de agosto cuando se enteró de que algunos agitadores se habían escabullido de regreso a Francia para incitar la sedición entre los nuevos conversos; e, incluso más imperdonable, que más o menos al mismo tiempo, cerca de mil *vaudois* y otra gentuza habían partido desde el territorio de Berna bajo las mismas narices de las autoridades y habían invadido Saboya.

Para contrarrestar a los agitadores, d'Iberville había obtenido los nombres y las descripciones de Vivens y Brousson, ya ha-

bía enviado esa información a Bâville, el temible intendente de Languedoc, y seguramente sería cuestión de tiempo para que los agentes de ese implacable administrador obligaran a estos "perturbadores de la paz pública" a callarse y someterse. El peligro, si es que había sido real, parecía haberse evaporado en octubre con un tumulto abortivo en Florac en los Cévennes. Con su red de sacerdotes, espías y oportunistas, Bâville controlaba la situación. Ciertamente, si estos imprudentes persistían en su fanatismo, corriendo de aquí para allá en los páramos deshabitados, no podían presentar queja alguna si los servidores del rey aplicaban la ley contra las reuniones de los herejes rigurosamente. D'Iberville enviaba regularmente cartas informativas sobre las actividades de los pastores refugiados en Suiza.

Mucho más preocupante en este momento era este asunto del regreso de los *vaudois*. Ahora d'Iberville vio la conexión entre los dos asuntos. De una cosa estaba seguro: las autoridades suizas habían confabulado en el asunto. Era inconcebible, sentía d'Iberville, que en un país tan pequeño la expedición hubiera podido reunir provisiones y organizar la concentración de tropas sin que se supiera. ¿Y la compra de armas y pólvora y de mil quinientos quintales de pan de una sola vez? Berna era muy poco rigurosa, ¡y Neuchâtel más todavía! Tampoco sabía con certeza si el duque de Saboya no estaba también involucrado. ¿De qué otra manera habrían podido estos sinvergüenzas cruzar el lago en barcazas enclenques, llegando a una orilla convenientemente desierta y marchando por cincuenta leguas del territorio de Saboya sin estorbos, incluso por lugares donde diez hombres habrían podido detener a mil?

D'Iberville sabía que se estaba planificando un retorno, pero se había sorprendido por lo rápido que había sucedido. Había enviado una notificación instantáneamente al comandante del duque en Saboya, cuando Barbin y su amigo habían llegado galopando con la noticia la misma mañana que partió la expedición. ¿Y qué había hecho el duque de Saboya? ¡Había enviado un mensaje a Turin por medio de un *mensajero a pie* para ahorrar gastos! D'Iberville no se

mordió la lengua en cuanto a su opinión que la milicia de Saboya era la peor en el mundo y que los burgueses que la comandaban eran los cobardes más deplorables. No había sido una buena semana.

Tanto él como Amelot, el embajador francés a los cantones católicos que se encontraba en Soleure, habían actuado de inmediato. Protestaron las violaciones de neutralidad, amenazaron con represalias por parte de Francia y, refiriéndose a los hugonotes que acompañaban a los *vaudois*, expresaron su asombro de que los suizos permitieran que "una horda armada de súbditos de Su Majestad saliera de Suiza llevando su furia y su rebelión a las provincias del rey". Los suizos, de hecho, habían actuado en ese momento. Los espías de d'Iberville habían conseguido detalles sobre los oficiales subordinados que habían ayudado a los *vaudois*, y Berna comenzó a investigar. Los cantones católicos, luego de ser informados, arrestaron a algunos *vaudois* en el camino, que se habían atrasado en ir al punto de reunión de la expedición. Los suizos católicos fueron animados a sumarse a la protesta y, la presión ejercida sobre los cantones protestantes culpables. Un jefe de correos suizo, pagado por d'Iberville, le había permitido ver algunas cartas incriminatorias que algunos agentes de Saboya que vivían en Suiza se habían escrito unos a otros en cuanto a la expedición.

Era casi inaudito, entonces, que después de todo eso, el 20 de septiembre, la segunda expedición hubiese partido bajo el mando del capitán Jean Bourgeois, repitiendo increíblemente las mismas violaciones, ¡con los mismos oficiales locales incapaces o reacios a intervenir! D'Iberville había tomado la precaución de enviar a tres de sus jóvenes a alistarse en la expedición, para mantenerlo informado y también para esparcir rumores disgregadores entre los voluntarios. Esta segunda expedición, más grande que la primera, zarpó de Morges a plena luz del día, unas pocas horas antes de que el comisionado enviado especialmente desde Berna pudiera llegar, sabiendo muy bien que llegaría tarde. Los refugiados hugonotes habían estado tan exultantes de alegría por todo esto que su insolencia en las calles de Ginebra era casi increíble.

D'Iberville no podía adjudicarse todo el crédito por lo que había sucedido entonces, pero la expedición de Bourgeois tenía solo unos doscientos *vaudois*, y el resto eran mayormente suizos y otros extranjeros, que se unieron más por la aventura que para asestar un golpe a favor de la buena causa. Bourgeois resultó ser miserablemente indeciso y no pudo controlar a sus hombres. A diferencia de la primera expedición, algunos hombres maliciosos se robaron todo y provocaron un incendio y ultrajes. Los oficiales se pelearon con su jefe, y cuando la milicia de Saboya por fin presentó resistencia, los invasores trastabillaron de manera ineficaz y finalmente se separaron sin siquiera llegar hasta Cluse. Los hombres en retirada llegaron poco a poco a Ginebra, donde fueron desarmados y se les quitó el botín. Este fue devuelto a las iglesias de Saboya, de los cuales mayormente provenía. Entonces los prisioneros fueron llevados nuevamente al territorio de Berna.

Berna había explotado con ira. Comenzaron a llover acusaciones formales y juicios sobre los promotores de este triste emprendimiento. La mayoría huyó, y sus propiedades, lo poco que tenían, fueron confiscadas. Sagnol culpó a Convenant y Bourgeois, diciendo que solamente había ayudado ante el pedido de ellos, y que le sorprendía que Berna objetara el emprendimiento. Convenant, obligado a mudarse rápidamente a Zurich, afirmó con poco convencimiento que se había enterado al último minuto lo que Arnaud había estado haciendo y que entonces había intentado detenerlo. Además, Convenant sostuvo que el dinero que manejaba era para reasentar y ayudar a los refugiados, y que nadie estaba más sorprendido que él al enterarse que había sido utilizado para comprar armas y municiones.

El único que fue arrestado (otros fueron condenados *in absentia*) fue Bourgeois, quien negó, indignado, los cargos de cobardía y traición, y dijo que Sagnol era el culpable de todo el asunto, pues este había dirigido todo de comienzo a fin, incluyendo la decisión de cuándo partir rumbo a Saboya, desde su puesto de mando en la Posada del Oso, en Vevey. Bourgeois dijo que había sido per-

suadido originalmente por Arnaud para unirse a él y ayudar a la causa protestante. Luego de un juicio largo y tendido con varias apelaciones patéticas, Bourgeois fue culpado de haber organizado una guerra en territorio de Berna contra un estado amigo, y fue condenado a ser decapitado en Nyon. Fue el chivo expiatorio ofrecido por Berna para apaciguar la ira del rey de Francia.

D'Iberville había estado disfrutando la confusión y la vergüenza de los refugiados en Suiza desde entonces. Los hugonotes todavía intentaban reclutar voluntarios para ayudar en los valles *vaudois*, pero ahora había algo mayor para enfriar su entusiasmo que las nieves tempranas cerrando los pases alpinos.

Todo parecía estar bajo control ahora. Dado que los cantones católicos en Suiza enviaron sus prisioneros a Turín, para ese entonces ya debía haber tantos *vaudois* en las cárceles piamontesas como en las montañas. Estos eran los afortunados, pues Luis XIV había ordenado que cuando fueran capturados los voluntarios *vaudois* o los extranjeros, debían echar suertes, y un tercio debía ser ejecutado, un tercio debía ser enviado a las galeras de por vida y un tercio debía ser enlistado en el ejército francés. Además, los oficiales extranjeros, o aquellos que tenían comisiones extranjeras, debían ser ejecutados de inmediato, a fin de adelantarse a las protestas y correspondencias tediosas con los países extranjeros.

D'Iberville tenía ahora veinte saboyanos y suizos trabajando en secreto para él. Barbin había logrado obtener un empleo como secretario para el recién llegado representante británico en Zurich, Thomas Coxe, un individuo confiado que creyó en la "historia patética" de Barbin. De modo que muchas de las cosas que sucedían ahora en Suiza entre los círculos aliados pronto eran informados a d'Iberville, quien esperaba que el joven necio Barbin no se traicionara a sí mismo demasiado pronto. Sin duda los aliados jugaban el mismo juego, pero hasta el momento d'Iberville no había atrapado a ninguno de sus sirvientes como informante del enemigo.

Todo esto costaba dinero, pero d'Iberville sentía que sus gastos habían sido de utilidad incluso aunque había habido alguna queja

desde Versalles por la envergadura de sus expensas en el área de inteligencia. Sabía cuánto estaba gastando Coxe, pero no había mal alguno en dejar que Versalles pensara que el británico gastaba más que lo real. Sabía que Coxe le estaba contando a su propio gobierno la misma historia: "¡Carradas de dinero llegan para los diplomáticos franceses!".

Al leer las copias secretas de las cartas dirigidas a Londres de *monsieur* Coxe, que Barbin le proveía, d'Iberville se divertía por el asombro escandalizado del inglés ante el elevado costo de vida en Suiza: "Más del doble de cualquier otro lugar donde haya vivido". Coxe estaba enojado al descubrir que los miembros de la dieta de Suiza habían elevado el precio requerido para dar un discurso positivo. En la última dieta, Coxe había tenido que pagarle a un miembro la suma de veinte libras esterlinas a cambio de un discurso pro británico para contrarrestar la oferta francesa en *louis d'or*.[4] Además, había tenido que proveer medallas de oro para distinguir a las esposas de los concejales, y mantener una mesa bien frecuentada preparada para doce personas durante los diez días de banquete y "refrigerios" continuos para propios y extraños en la última dieta. ¡Le había costado doscientas libras esterlinas enteras! Sin embargo, los suizos parecían incapaces de adelantar cualquier asunto; dilataban indefinidamente las decisiones con respecto a una alianza británica, alargando las negociaciones y jugando a hacerse los difíciles tanto con los franceses como con los aliados, disfrutando todo el tiempo de este flujo dorado constante de "gratificaciones".

Para d'Iberville, por supuesto, era difícil de entender por qué Catinat parecía tener tantos problemas para arriar el remanente de los *vaudois* en sus montañas. Probablemente tenía algo que ver con el falso duque de Saboya. Con miles de hombres a su disposición, las fuerzas francesas y de Saboya deberían haber sido capaces de terminar prontamente con el asunto. Seguramente no quedaban más que un puñado, y en condiciones gravemente extremas. Por lo menos habría pocos en Versalles que pensarían que

él no estaba haciendo su trabajo. En realidad, era bastante escandaloso el que los soldados parecían no ser capaces de exterminar a los *vaudois*. Cuanto más duraban, más legendarios se volvían, y más inspiraban estos herejes miserables a los protestantes en todas partes a causar problemas. Hasta que fueran destruidos los *barbets*, el problema religioso en Francia nunca se resolvería.

---

[1] "Barbados". Los pastores valdenses, a diferencia de los sacerdotes católicos, se dejaban crecer la barba y, por eso, se los apodó "*barbas*" (de doble significado en italiano: "tío" y "hombre con barba"). Los seguidores de los *barbas* eran apodados despectivamente por los católicos como "*barbets*", haciendo referencia, además, a la raza de perro de agua francés que lleva ese nombre.

[2] Colegas.

[3] Símbolos tomados de la profecía de Apocalipsis 12.

[4] Una libra inglesa valía un poco menos que un *louis d'or*.

Capítulo 6

Cartas interceptadas

Seis figuras andrajosas descansaban cautelosamente en las piedras a la orilla de un arroyo. Con rostros demacrados y curtidos bajo sombreros informes y cabello revuelto, ciertamente parecían ser los bandidos que los soldados de Luis XIV consideraban que eran. Los dos franceses de entre ellos, Alexandre Cortot y Armand de Gandon, parecían indistinguibles entre los cuatro *vaudois*. Todos vestían harapos, pero sus bandoleras, mosquetes y cuchillos estaban en buen estado. En un momento volverían a subir la cuesta, pues en las alturas estaba la seguridad.

Habían descendido para beber del agua helada del Cluson, para encontrar comida y vigilar a los franceses o, como lo decía el pastor Arnaud, "los enemigos de Dios acuartelados en Pignerol". En este momento estaban en el Valle del Perouse, sobre el camino principal entre Briançon y Pignerol. La actividad los preservaba de congelarse. El clima de noviembre era frío, y había manchas de nieve en el suelo. El paisaje estaba mojado perpetuamente, por lo que parecía lluvia y nieve interminable. La mayoría de los aldeanos se había ido, y las casas de piedra estaban sin techo y abiertas al cielo deprimente. Las montañas boscosas y los picos nevados normalmente podrían parecer inspiradores, pero ahora presentaban una vista deprimente de lluvia, niebla, piedras y ruinas; todo mojado y debilitante hasta para el corazón más valeroso.

Era un consuelo pobre que los franceses también estaban sufriendo. La planicie piamontesa había sido despojada casi por completo de provisiones por las requisiciones interminables, y había enfermedad entre las guarniciones francesas. Los rumores decían que carretadas llenas de cadáveres franceses eran llevados de Pignerol cada noche

para ser enterrados. Las caravanas de provisiones que provenían de Francia, si lo hacían, llegaban significativamente disminuidas gracias a los asedios de las bandas *vaudois*. Las fortalezas como Pignerol no estaban en peligro, pues los *vaudois* no tenían armas mayores que sus mosquetes. Pero todo lo que se moviera fuera del alcance de los cañones de las murallas estaba en peligro de ser sorprendido. Era la historia antigua de un ejército disciplinado hostigado por fuerzas no regulares invisibles, que conocían íntimamente la región y que no tenían punto fuerte alguno cuya pérdida hiciera diferencia alguna. La desesperación de los franceses se dejaba entrever cuando hablaban de cortar los árboles y matorrales que bordeaban los caminos, pero la tarea era demasiado grande, y si lo hubieran hecho, aun la oscuridad y las rocas habrían protegido a los guerrilleros.

Tiempo atrás, esto habría sido perturbador para Armand. Como oficial entrenado, estaba acostumbrado a las verdaderas matanzas que se daban en las batallas clásicas entre ejércitos disciplinados liderados por caballeros. Pero, de niño, había servido con su padre en los Pirineos, y por lo tanto estaba algo familiarizado con la guerra de montaña, y ahora estaba nuevamente acostumbrado a ella. También había aprendido hacía mucho que las escaramuzas anónimas, las emboscadas, las requisiciones y la inanición solían ser la suerte del soldado, más que una victoria famosa.

Mientras la escuadra descansaba, Armand miró a Alexandre. Estaba seguro de que el muchacho tenía un poco de fiebre. Toda esta humedad y privaciones, ¿podrían llevarlo a la extenuación? Esta vida debía ser más deprimente para un recluta que para un soldado experimentado, pero Alexandre nunca expresaba palabras de desánimo. Armand deseaba poder idear algún plan plausible para enviar al muchacho de regreso a Suiza; o, mejor aún, a su hermana en Holanda. ¡Pero de nada serviría intentarlo! ¡Alexandre era demasiado perspicaz y testarudo para consentir en un plan de esa naturaleza!

Armand se dio cuenta en ese momento de que uno de los montañeros estaba escuchando con mucha atención. Armand respetaba sus habilidades y esperó pacientemente. Luego de unos

instantes, el *vaudois* les hizo señas de que se pusieran a cubierto. Corrieron sigilosamente cuesta arriba y se acomodaron tras unas rocas encima del camino. Entonces vieron a un grupo de hombres a caballo que se aproximaban a trote rápido por el camino desde Fenestrelle, dirigiéndose a Francia. Eran demasiado pocos como para ser una unidad de caballería, lo cual probablemente significaba que llevaban mensajes.

El *vaudois* hizo señas con los dedos de la mano: cinco y cinco y cuatro: catorce hombres. Demasiados como para atacar entre seis sin haber podido planificar una emboscada. Si su presa no entraba en pánico, podía llegar a ir derribando a algunos de los atacantes, cuya presencia sería anunciada por la humareda de sus disparos. E incluso si los *vaudois* lograban bajar a varios de los guardias, el mensajero podía escapar fácilmente, simplemente saliendo al galope lo suficientemente rápido como para que los *vaudois* pudieran disparar más que una ronda por arma, pues estas se cargaban por la boca.

–Alexandre, quiero que vengan en estampida por aquí –dijo Armand con urgencia, señalando.

Alexandre salió corriendo, y uno de los mosqueteros salió como un rayo por entre las piedras pisándole los talones. Dirigiéndose a los *vaudois* que quedaban, Armand añadió:

–Todos ustedes apúntenle al oficial. Si el resto se escapa, no importa. Queremos las cartas.

Entonces, él y sus tres tiradores se echaron cuerpo a tierra, con la mejilla contra sus mosquetes, y esperaron.

Con el sonido del arroyo saltando sobre las rocas, los caballeros no oyeron nada. E incluso si hubieran mirado en esa dirección no hubieran visto mucho, pues ningún mosquetero necesita exponerse demasiado para este procedimiento.

Alexandre sopló cuidadosamente el trozo de madera en brasas que solía llevar cuando salía de patrulla. Insertó una mecha en la pequeña esfera metálica que sacó de su mochila y la tocó con la punta encendida del trozo de madera. Tan pronto como estuvo seguro de que la mecha estaba encendida, arrojó la granada con

mucha fuerza y bien alto. Con un suave silbido, la granada voló haciendo un arco, dejando un pequeño rastro de humo, y explotó entre los hombres a caballo justo antes de caer al sendero rocoso.

La explosión probablemente no hizo daños graves, ¡pero fue totalmente inesperada! Los caballos se levantaron sobre sus patas traseras, relincharon, y salieron disparados en todas direcciones, haciendo difícil para los jinetes poder ver con claridad. Al oír un disparo de mosquete desde las rocas que tenían en frente, los siete u ocho jinetes que todavía podían controlar a sus caballos dieron media vuelta y huyeron juntos por el camino en que habían venido. Al pasar, los tres *vaudois* dispararon juntos. El oficial cayó de su montura, pero su pie quedó enganchado en el estribo y fue arrastrado varios metros antes de que el caballo asustado se soltara y saliera corriendo detrás de los otros. El primer mosquetero había recargado, y Alexandre, tomando su propio mosquete, se unió a él disparando a los jinetes que estaban intentando hacer dar media vuelta a sus caballos desbocados. Otro dragón se cayó de su caballo y un caballo rucio fue derribado, cayendo sobre su jinete. Los tres hombres y Armand terminaron con ellos. El resto del grupo se fue, dejando un caballo y tres hombres muertos, uno de los cuales era el oficial.

Cubiertos por dos de sus camaradas, los demás *vaudois* corrieron cuesta abajo para inspeccionar la escena. Armand, que no corría tan rápido como ellos, se les unió un poco más tarde. Estaban despojando metódicamente los cuerpos tomando todo lo que pudiera ser útil: capas, pistolas, sables, petacas de pólvora, frazadas, comida, tabaco y unas pocas monedas. Por lo general, las monturas y las botas de caballería eran premios valiosos, pero no para aquellos que en las montañas solo podían moverse de a pie.

El oficial muerto, un joven pelirrojo del Segundo Regimiento de Dragones de Languedoc, estaba siendo revisado por uno de los *vaudois*. De repente, el *vaudois* se enderezó.

–¡Aquí tienes, capitán! –dijo, y le ofreció a Armand una pequeña bolsa impermeable que estaba en el saco del oficial.

Todavía con la respiración agitada, los cinco se reunieron alre-

dedor de Armand para ver qué tenían. Lo que le había costado la vida al oficial eran cuatro hojas de papel grueso de tamaño grande dobladas varias veces, y dos pequeñas hojas más finas escritas en líneas pequeñísimas de ambos lados.

Armand observó las hojas más grandes. Eran del ministro de Guerra en Versalles, dirigidas al general Catinat; y evidentemente habían venido desde Briançon hasta Fenestrelle, cuyo comandante había enviado este grupo de jinetes hacia Pignerol llevando las cartas.

Mientras leía, Armand comenzó a sonreír. Louvois estaba criticando duramente a Catinat por una falta de energía inexplicable a la hora de destruir lo que todos decían que era un mísero puñado de *barbets* hambrientos en las montañas. Aparentemente, algún subordinado de Catinat había estado haciendo críticas constructivas detrás de la espalda del general, con el propósito, por supuesto, de servir mejor a Su Majestad.

Otra carta, tres hojas provenientes del mismo remitente, hablaban de la actitud insatisfactoria del duque de Saboya y su curiosa falta de cooperación contra los *barbets*. Pero, más aún, mencionaba los rumores persistentes de que el duque estaba conspirando con los aliados tras las espaldas del rey francés. Gran parte de esta carta particularmente confidencial estaba en código.

Armand le contó a su pequeña audiencia la esencia de ambas cartas, y sonrieron con aprobación. Era bueno saber que el enemigo tenía problemas.

–El resto está en clave –dijo Armand con tristeza–. Quizás el capitán Huc sepa mejor que yo, cómo descifrarlo pero de lo contrario, deberíamos enviar estas cartas a Suiza de inmediato. Parecen importantes.

El código constaba de grupos de tres numerales por palabra. Armand conocía el código que utilizaban los *vaudois*, que era sumamente simple. Las cartas del pastor Arnaud enviadas por medio de su contacto secreto en Pignerol a Convenant en Zurich eran explícitas, salvo por referirse a la campaña como "manufacturación", a las armas como "rollos de tela" y los oficiales como "capataces", supuestamente en

una tienda de telas. Las firmas eran los nombres al revés: "Duanra" por Arnaud y "Nido" por Odin. Parecía poco probable que los franceses tuvieran muchas dificultades en descifrar ese código.

Armand le echó un vistazo a la hoja más pequeña, con escritura más chica y amontonada, y a la carta que la acompañaba, y tuvo que reprimir una mueca de sorpresa. Los *vaudois* estaban cargando el botín que habían juntado y no se dieron cuenta, pero Alexandre vio la expresión de Armand.

–Bueno –dijo en voz baja–, esa debe ser la mejor de todas.

Alexandre esperó ansiosamente que Armand compartiera lo que había en esa carta.

–¡La curiosidad en los niños es un muy mal hábito! –murmuró Armand con una mirada de reojo a los *vaudois*, que conversaban alegremente y sin prestar atención. Alexandre puso cara larga, y se mostró molesto.

–Más tarde –dijo Armand, colocando apresuradamente los papeles nuevamente en el bolso.



Esa noche, Armand llamó a Odin, Arnaud y Huc en privado y les mostró los documentos. Era una sorpresa contundente. La hoja pequeña contenía una lista de las capturas de comida y otros suministros logradas por los *vaudois* en los muchos valles, junto con los nombres de sus simpatizantes secretos. Alguien tendría que conocer las actividades del pequeño ejército sumamente bien, para tener tantos detalles a su disposición. La nota identificaba a esta persona como Jean Gras, un *vaudois* reincidente en 1686 que se había presentado ante Arnaud poco tiempo después de la llegada de la expedición. Sobre el testimonio de antiguos amigos que habían estado contentos de ver su cambio de corazón, había sido recibido una vez más en la "paz de la iglesia".

Durante las seis semanas que había estado con sus hermanos en las montañas, no solamente había recolectado esta información para

sus jefes franceses, sino que parecía que él era el que había traicionado y entregado un molino secreto de los *vaudois* en Macel. Ese suceso había costado la vida de tres refugiados franceses, dos fueron muertos en el lugar y repugnantemente mutilados, y el tercero fue arrastrado hasta Pignerol, donde fue ahorcado públicamente, aunque había muerto con firmeza heroica. Tan solo una semana atrás, Gras había sido "capturado". Parecía ahora que había sido un arreglo, y eso costó la vida del sobrino de Gras, que no participaba del secreto de su tío. Resistiéndose, había sido herido de muerte por los amigos de su tío.

–No sabrán con seguridad si tenemos estos papeles porque arrojamos el cuerpo del oficial en el río –dijo Armand–. ¿Por qué no intentamos hacer un intercambio por este villano como si fuera un camarada muy valorado? A veces lo hacen, a veces no. Pero será mejor que no compartamos esta información, porque Gras podría llegar a enterarse.

Luego de varios días de negociación, Gras fue finalmente entregado a los *vaudois* a cambio de un joven soldado prisionero; que probablemente (y con razón) sintió que este era el día más feliz de su vida. No así para Jean Gras.

Sin sospechar nada, Gras desmontó al llegar al campamento *vaudois* y saludó emotivamente a sus camaradas que lo estaban esperando. Señalando a sus escoltas, que no sabían del secreto, gritó con su voz grave y resonante: "Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas". Era como si creyera que fuera el agasajado en una fiesta, ostentando una amplia sonrisa. Luego se emocionó mucho y lagrimeó por esta demostración de amor entre hermanos, y también por su pobre sobrino, ¡un joven tan prometedor! Sus días restantes, dijo con la más conmovedora piedad, los dedicaría al servicio del Señor, cuya providencia hacia él había sido manifestada tan claramente en este día.

Gras era un hombre de buena constitución física, de unos cuarenta años, con cabello gris y un perfil similar a los emperadores romanos, de lo cual era muy consciente. Fue abrazando a todos los que estaban más cerca de él, pero cuando llegó adonde estaba

la media docena de oficiales superiores, se sorprendió al ver sus semblantes adustos y silenciosos.

–¿Qué sucede, hermanos? –comenzó a decir.

–Átenlo –dijo Arnaud muy seriamente.

Cuatro hombres tan fornidos como Gras no le dejaron oportunidad de ofrecer resistencia mientras lo prendían y lo ataban. Su rostro empalideció, y parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas cuando Arnaud se volvió hacia la asamblea, y en palabras enfáticas y concisas les contó sobre el hallazgo en el bolso de correos del oficial francés. Los amigos de Gras, atónitos, avergonzados, fueron invitados a adelantarse para identificar la caligrafía de la lista. Arnaud les aseguró amablemente que no debían culparse a sí mismos. Todos habían sido engañados por el traidor.

El concejo de guerra se reunió brevemente, y el capitán Odín pronunció la sentencia de ahorcamiento. El prisionero, invitado a hablar, no pudo hacerlo. En menos de media hora, el solemne espectáculo había terminado.

–Tengo la impresión de que *monsieur* Lombraille, nuestro temible comandante en Pignerol, no es una muy buena persona –dijo Alexandre mientras se alejaba de la escena de la ejecución con Armand y otros amigos.

–Nadie lo consideraría tierno de corazón, teniendo en cuenta a los generales franceses –asintió Armand–. ¿Por qué dices eso?

–Lombraille no podía saber con certeza que no teníamos esas cartas. Si las teníamos, podía considerarlo muerto a Gras; si no las teníamos, Gras pronto estaría descubriendo más de nuestros secretos. De todas formas, no le servía de nada a Lombraille tenerlo en Pignerol.

–Este *es* el mundo del diablo –dijo Huc con seriedad–. Espero que muy pronto todos nosotros podamos salir de este mundo y estar con nuestro Señor en su Reino.



Aun si el enemigo perdiera treinta hombres por cada *vaudois* que mataran, no había mucho futuro para el pequeño ejército si permanecía en los "campamentos móviles". Era sumamente agotador, especialmente al empeorar el invierno. Los refuerzos esperados no habían llegado, y aunque había rumores de un ejército aliado preparándose en Milán, la invasión nunca pasaba de ser un rumor. Luego del 12 de septiembre, las tropas francesas habían estado operando en los valles piamonteses como si esas tierras pertenecieran a Luis XIV, en vez de a Victor Amadeus II. Hasta los nogales estaban fallando. Los *vaudois* necesitaban descanso, y tiempo para que llegara ayuda del exterior. En total, luego de las muertes en batalla, enfermedades y deserciones, quedaba solo alrededor de dos tercios de los miembros de la expedición original: un poco más de quinientos hombres.

Los líderes, por lo tanto, seleccionaron una base para el invierno con estas consideraciones en mente. En el valle de Saint-Martin, una fortaleza natural montañosa, el *Quatre-dents* (que lleva su nombre debido a la silueta de cuatro dientes de la cima) se elevaba por encima de la aldea de Balsille. De difícil acceso de un lado, era virtualmente imposible de escalar por los otros tres, con precipicios por detrás y sobresaliendo como un promontorio rocoso separado del monte Guinevert y el Col du Pis por profundos barrancos por los que fluían torrentes helados. El Balsille, otro nombre con el que era conocido, ascendía pronunciadamente con tres descansos relativamente planos, y era sumamente adaptable para armar bastiones y puestos de defensa. En uno de los niveles más altos estaba el castillo, que podían utilizar como su propia fortaleza. En noviembre, las bandas fueron dirigidas hacia el Balsille y llegaron sanos y salvos luego de una difícil marcha nocturna sobre los picos montañosos desde el Valle del Lucerne.

A las defensas naturales, los *vaudois* añadieron no menos de diecisiete líneas de trincheras del lado de más fácil acceso, protegidas por empalizadas y muros de piedra. Colocaron árboles inmensos en la obra de cantería, con las ramas hacia el enemigo y las raíces

hacia los *vaudois*, y enormes rocas para mantenerlos en su lugar. Las líneas de trincheras estaban interconectadas y retrocedían por la pendiente hasta las barracas y las chozas, donde planeaban descansar durante el invierno escapando del frío y con cierta comodidad. Los oficiales hugonotes franceses contribuyeron con su conocimiento de ingeniería, y todos se mantenían ocupados construyendo y mejorando este formidable sistema.

En dos semanas, ochenta chozas o cabinas habían sido construidas, aisladas con paja, heno y tablas de madera. Se cavaron zanjas de drenaje, pues caía mucha lluvia y nieve. El mayor problema desde que habían llegado a los valles había sido un suministro regular de comida, pero un par de providencias aliviaron sus cargas considerablemente y animaron mucho al pequeño ejército asediado. La nieve profunda hacía que algunos de los senderos montañosos fueran prácticamente imposibles de transitar y limitaban las incursiones que pudieran hacer; pero descubrieron en los campos cercanos que, debido a las dificultades, habían quedado cultivos sin cosechar que permanecían en el suelo, donde habían sido cubiertos por la nieve. Los deshielos irregulares exponían los granos y proveían de tiempo para recogerlos. Si hubiera sido cosechado en el momento adecuado, habría sido llevado durante los enfrentamientos o quemado en los graneros.

Para moler sus granos, tenían un molino cerca, en el arroyo Germanasque, pero le faltaba la rueda de molino. Los dueños, los hermanos Tron-Poulet, eran miembros de la banda. Durante los disturbios de 1686, habían tomado la rueda de molino y la habían colocado en el arroyo cubierta con arena. Ahora la localizaron, le colocaron un palo en el agujero del medio, hicieron palanca para sacarla del lecho del torrente y, con una docena de ayudantes, la llevaron nuevamente al molino. Además, juntaron ganado y lo pusieron en corrales en la montaña, y con una dieta mejor y más regular, los enfermos se recuperaron y todos se sintieron mejor. Los desanimados que habían desertado se hubieran sorprendido al ver cuánto mejor estaban, comparado con apenas un par de semanas

atrás. Para mantenerse en forma e informados, realizaban algunas incursiones esporádicas, juntando contribuciones en los valles o haciendo emboscadas a las caravanas de provisiones francesas.

Dos veces los domingos y una vez los jueves cesaban de trabajar y Arnaud llevaba a cabo un servicio de predicación, con salmos de alabanza. En las barracas, se oraba tres veces al día, y se leía un capítulo de las Escrituras por las mañanas en algunas chozas. Ningún destacamento salía a una excursión sin pedir la bendición de Dios sobre el emprendimiento. Todos se arrodillaban, pero algunos se inclinaban con el rostro en tierra.

Incluso en estas circunstancias idílicas, o quizá porque los hombres ya no estaban en un estado tal de emergencia, surgió un problema de codicia. Arnaud hizo de este el tema de más sermones que cualquier otro, con Acán como ejemplo, naturalmente. El reglamento de que el botín debía ir al fondo comunitario todavía estaba en rigor, salvo que algún grupo menor tuviera un permiso especial, pero cierta cantidad de hombres no estaban entregando el dinero que "encontraban". A veces esto salía a la luz, y varios prefirieron desertar antes que entregar el vil metal. Lamentablemente, estos desertores no eran ni franceses ni suizos, sino *vaudois*. Esto provocó comentarios tristes sobre la naturaleza corruptible del hombre, incluso en su Edén invernal comunitario.

Con el tiempo, el enemigo descubrió dónde había ido Arnaud con su ejército. Al principio los franceses alimentaron la ilusión de que si los *vaudois* por fin estaban permaneciendo en un solo lugar, podían ser eliminados. A pesar del clima de diciembre, Lombraille guió una columna al pequeño valle y atacó la aldea de Balsille. A expensas de sesenta bajas, el enemigo logró cruzar el arroyo en el segundo intento y quemó las casas de un extremo de la aldea. Entonces, estancados y congelados en la nieve, literalmente muriendo de hipotermia y completamente incapaces de realizar el ascenso por la formidable ladera, se rindieron ante el clima y la topografía y luego de tres días emprendieron la retirada, gritando amenazas de que volverían para la época de Pascuas.

Con el enemigo acuartelado también por el invierno, el valle tuvo un par de meses de quietud inusual. El manto de nieve, continuamente renovado por grandes copos benéficos, cubrió los restos quemados de las casas de la aldea y escondió los cadáveres de los franceses. Los únicos sonidos eran los ecos apagados de los picos y las palas en la montaña, mientras los *vaudois* mejoraban sus fortificaciones. La escena parecía tan pacífica y hermosa, como si fuera de otro momento de la historia que no fuera 1690.



Con la disminución de las tormentas invernales, y la posibilidad de salir un poco, los *vaudois* fueron sometidos a un nuevo tipo de hostigamiento: guerra por correspondencia. El espíritu instigador parecía ser el Chevalier de Vercellis, el gobernador del duque en Torre Pellice, quien promovía la idea piadosa de que, luego de haberse divertido lo suficiente y con un futuro poco prometedor, los *vaudois* quizás estarían dispuestos a aceptar un salvoconducto para salir del país nuevamente. ¿No podrían, quizá, llegar a un acuerdo con el gobierno?

Como emisarios, Vercellis utilizó algunos *vaudois* que habían cambiado de religión. En los seis meses desde que había comenzado el Glorioso Regreso, se había vuelto razonablemente público quiénes tenían parientes de ambos lados. Al principio fue una solicitud de un prisionero en Turin para que un pariente *vaudois* en el Balsille lo visitara; con salvoconducto, por supuesto. Sin embargo, a pesar de su persistencia e incluso su ofrecimiento de acompañar personalmente al visitante en su misión consoladora, Vercellis no podía derribar la desconfianza de los *vaudois* ante cualquier propuesta proveniente de los católicos. Durante siglos habían sido víctimas de confianzas rotas y malas jugadas, y, por lo tanto, sospechaban de todo. Una demostración más convincente de confianza habría sido enviar rehenes de alta estirpe para que los *vaudois* se retuvieran en el Balsille hasta que regresara su *confrere*.

Cartas corteses fueron de un lado al otro varias veces, siempre sin resultado. Y ahora algunos de los que estaban en la guarnición del Balsille se comenzaron a quejar de que a demasiados parientes apóstatas les había sido permitido tener acceso libre al refugio.

Cierta mañana a fines de febrero, un jinete solitario llevando una tela blanca colgando de un palo apareció por la ribera del arroyo y avanzó entre las ruinas de la aldea de Balsille. Era totalmente consciente de los centinelas *vaudois* que lo observaban con mucha sospecha. Los hombres que estaban moliendo granos en el molino interrumpieron su trabajo y tomaron sus armas. Al ser detenido en el puente, el jinete se identificó como Jacques Richard. No era un nuevo visitante. Dijo que tenía cartas para el pastor Arnaud en persona. Se le permitió desmontar, cruzar el puente y ascender hasta la primera línea de parapetos pero se le dijo que esperara hasta que el pastor descendiera para verlo. Se sentó imperturbablemente durante una hora o más hasta que Arnaud y una media docena de sus capitanes aparecieron.

Al aproximarse el adusto grupo, *monsieur* Richard se apresuró a levantarse e hizo una reverencia servil, rozando el suelo con su sombrero de ala ancha. Era un pequeño hombre morrudo con una barba de tres días y tan arropado contra el frío que parecía más gordo de lo que era realmente.

–Había pensado, *monsieur* –comenzó a decir el pastor Arnaud con un tono distintivamente frío en su voz–, que no serviría de nada continuar discutiendo el tema de *monsieur* Puy. Lamento informarte que *monsieur* Vercellis te ha hecho viajar hasta aquí en vano.

–¡Oh, *monsieur*! No es *monsieur* Vercellis, sino tu propio cuñado, el ilustre Jacques Gautier, recientemente nombrado magistrado de Torre Pellice. Tu propio querido sobrino, Henri, un niño delicado, debía acompañarme, pero la incomodidad del clima y la dificultad de los senderos montañosos nos llevó a considerar más sabio que él esperara en Bobi, por lo que me apena decir que he debido continuar solo.

La actitud de Richard era de tal extrema sinceridad y deseo de

complacer que parecía que en cualquier momento irrumpiera en llanto. Sus interlocutores permanecieron imperturbables. Sabían que este hombre era un actor talentoso.

Los oficiales habían mirado a Arnaud ante la mención del nombre de Gautier. Su rostro permaneció inexpresivo. Consciente del escrutinio de los oficiales, el pastor tomó una decisión.

—*Monsieur* Gautier fue muy amable en escribir, *monsieur* —dijo—. Por lo menos no ha tomado ninguna decisión apresurada. Hemos estado en los valles durante seis meses. Todo lo que tenga *monsieur* Gautier para decir puede ser dicho aquí.

Tomó la carta y comenzó a leer en voz alta:

> Monsieur y cuñado:
>
> He recibido un mensaje acerca de ti de parte de la esposa de Jacques Oger, hermana de Jean Frasche, quien me dice que te encuentras bien. Eso me alegra mucho, pero lamento no poder decir lo mismo sobre mí mismo. He estado muy enfermo y aún no me recupero. [Luego habló de los esfuerzos por lograr que Jean Puy pudiera ir a visitar a su pariente en la prisión y cuán digno de confianza era Vercellis y cuán amable había sido con él y con su esposa].
>
> Tu llegada a esta región me ha causado muchas pérdidas, pero todo puede ser remediado si me informas de tu parecer por medio de mi hijo, Henri (tu sobrino) a quien te envío especialmente, enfermizo y débil como está, sin escatimar medio alguno para descubrir si hay alguna forma en la que podemos establecer la paz. Pues la paz hace que todo florezca; pero al contrario, la guerra lo arruina todo. ¡Oh! Cuán hermosos son los pies de aquél que trae paz. Donde hay paz, Dios estará allí. Monsieur le Chevalier Vercellis procu-

> rará lograr eso e intentará ayudarte a ti también. Ten la bondad de cuidar de mi hijo y de enviarlo nuevamente a mí por medio del hombre que lo ha acompañado. Espero este favor de tu bondad, y no estoy en libertad de decir más en este momento. Estoy completamente arruinado en cuanto a salud y bienes. La familia está bien y desea ser recordada por ti. Soy Jacques Gautier.

Arnaud terminó y alzó la vista para mirar a sus oficiales, levantando las cejas.

–Usted lo conoce mejor que algunos de nosotros, pastor –dijo un oficial del valle de Saint-Martin–. ¿Estas palabras son de él o está siendo utilizado?

–Son de él, estoy seguro –interrumpió un *vaudois* de Torre, enojado–. Discúlpeme, pastor, pero Gautier es un cobarde llorón y lo ha sido durante años –concluyó secamente.

Arnaud no se mostró ofendido.

–Todos conocemos almas miserables como él –respondió, y se dirigió al mensajero–: *Monsieur*, debe estar ansioso por partir, y no tardaré en redactar una respuesta para que le lleve a *monsieur* Gautier. No nos ha resultado oportuno últimamente invitar a las visitas a ir hasta la cima de la montaña, por lo que tendrá que esperar en la aldea y se le traerá algo para comer. ¡A su servicio, señor!

Con eso, Arnaud hizo una pequeña reverencia y dio media vuelta para retirarse. Los demás balbucearon saludos de cortesía, y luego un soldado *vaudois* desconfiado acompañó al intruso hasta la aldea más abajo.

Una hora más tarde, Arnaud llamó a los oficiales nuevamente y les leyó su respuesta. Mencionó que Henri no había podido completar el viaje y luego dijo:

> Estoy muy contento de saber que todavía te encuentras con vida, aunque desearía que te

encontraras con salud suficiente como para trabajar por el bien público; esa sería la mejor ocupación para un hombre acaudalado y honorable. Señalas que la paz hace que todo florezca, pero que la guerra lo destruye todo, y deseas conocer mi opinión sobre eso. Aquí está, sin reserva, con fidelidad y sinceridad.

Sabes que nuestros padres han poseído estos valles desde tiempos inmemorables, que han servido fielmente a Su Alteza Real, pagando los impuestos y obedeciendo todo lo que se les fue ordenado. Sin embargo, han sido echados de sus hogares desde ya varios años, para deambular con sus familias en tierras extranjeras. No debe considerarse extraño, entonces, si este pueblo pobre y obediente es tan fuerte de corazón que desea regresar a su tierra natal, para vivir en la heredad de sus ancestros y poseerla.

Nuestra intención no era, ni es, hacer guerra contra Su Alteza Real, nuestro príncipe natural [...]. Debes saber que solamente deseamos darle a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del Cesar, y que no le hacemos mal a nadie a menos que nos hagan mal a nosotros. Espero que tengas la bondad de reflexionar cuidadosamente en todos estos acontecimientos, en estos tiempos viles, en los que casi todas las gentes han desenvainado sus espadas el uno contra el otro y se ven ríos de sangre inocente corriendo por mar y tierra. Que la ira de Dios hacia nosotros sea apaciguada, pues su ira está sumamente encendida contra la humanidad, y que otorgue algo de reposo a aquellos que lo desean. Te saludo a ti y a tu familia, y ruego que el Señor te bendiga y restaure la salud.

Monsieur y cuñado,
Tu muy humilde y obediente servidor,
HENRI ARNAUD, pastor.

Varios días después llegó una nueva carta de parte de Gautier que acusaba a Arnaud de "escribir aquello que no es apropiado para los tiempos en que vivimos ni el lugar en el que estás", y que debía "aprovechar esta advertencia sin perder un solo minuto del tiempo restante. Es tu hermano y tu hermana los que envían este consejo con todo su corazón. El portador comentará más al respecto".

Arnaud envió por medio del infatigable Richard sus *baisemains*[1] a sus parientes, pero dijo que no podía escribir una carta en respuesta porque había "perdido su mesa para escribir".

Otros soldados *vaudois* también recibieron advertencias urgentes de destrucción inminente a menos que solicitaran pasaportes y dejaran el país mientras hubiera tiempo. Respondieron en términos incluso más fuertes que los de Arnaud, y se refirieron a la lamentable debilidad de estos parientes que habían apostatado y ahora intentaban lograr que los *vaudois* cometieran el mismo pecado contra Dios y su verdad. La respuesta contundente del pastor a aquellos que estaban siendo utilizados por "espíritus seductores" marcó el tono de respuestas.

La última oferta en esta guerra propagandística fue supuestamente de parte de dos desertores hugonotes que habían sido "integrados" al ejército del rey. Aparecieron carteles fuera del perímetro *vaudois* dirigidos por nombre a algunos de los franceses que podrían todavía estar en el Balsille. Por ejemplo: "Nuestro querido amigo Alexandre Cortot: debes saber que el rey ha acordado una amnistía a todos sus súbditos que dejen a un lado sus armas como lo hicimos nosotros. Estamos en el regimiento du Plassis. Su Alteza Real el duque de Saboya está haciendo lo mismo. Jacques Causse, Retournat".

Este afiche de reclutamiento no atrajo a nadie en absoluto. Era fácil de verificar que Luis XIV nunca había perdonado a ningu-

no de sus súbditos protestantes insubordinados, y probablemente nunca lo haría. ¡Pero era adulador saber que lo recordaban a uno!

Monsieur Richard regresó por última vez el 2 de abril con una invitación del marqués de Parelle, el ministro principal del duque, cuyos soldados rara vez molestaban ya a los *vaudois*. El Concejo de Guerra redactó una respuesta, firmada por Arnaud y Odin, reafirmando su lealtad al duque y su dinastía, afirmando su derecho milenario sobre estas tierras, recordándole sus servicios anteriores y asegurándole que no le harían daño a nadie que no intentara hacerles daño a ellos. *Monsieur* Richard respondió que los franceses pronto regresarían para intentar otros medios a fin de resolver la cuestión, y esto concluyó con las declaraciones públicas.

Armand y Huc notaron que algunos mensajeros venían a ver a Arnaud, quien no solía tener audiencias públicas, y más interesante aún, que el pastor mismo salía a hacer recados que duraban varios días. No se ausentaba lo suficiente como para ir hasta Suiza, pero era posible que fuera a Torre Pellice o Turin. Los franceses sabían que no convenía cuestionar las idas y venidas del pastor, pues la confianza que le tenía su rebaño era absoluta, y si estaba haciendo algo en secreto, estarían seguros de que era apropiado. Cuando sus amigos comentaban estos temas, Arnaud se encogía de hombros y citaba a Convenant:

–Lo que la Buena Causa necesita, en este orden, es confidencialidad, diligencia y dinero.

–Y –Huc solía añadir–, el favor del Señor de los ejércitos.

Huc y Gandon también estaban seguros de que Arnaud no les estaba haciendo una mala jugada a sus espaldas, pero especulaban que sus actividades podrían tener más que ver con el gobierno del Piamonte que con el de Francia. Uno podría imaginarse al duque haciendo casi cualquier cambio de postura si se le convencía de que era para ventaja suya, ¡pero no así el implacable rey de Francia!



El general Catinat tomó el botón redondo chato que le extendía el hombre de apariencia cadavérica que estaba de pie frente a él. El botón era grande, y estaba recubierto por tela roja áspera, con los bordes unidos y cocidos del lado plano. El visitante había roto el hilo, por lo que el general le sacó la cubierta de tela y quedó solamente la base de madera del botón. Al hacerlo, cayó un pequeño trozo de papel endeble a la mesa. Lo tomó y lo abrió. Era una carta firmada por "Henri Arnaud, pastor", y pedía urgentemente que ciertas personas no mencionadas de Suiza se apresuraran a enviar provisiones y refuerzos, en vista del ataque francés inminente.

Catinat era parte de la generación de soldados profesionales que adornaron la primera mitad del reinado de Luis XIV. Catinat era plebeyo, de aspecto común y porte modesto, reservado y eficiente, podía ser confiado para defender una frontera amplia con fuerzas inadecuadas, guardando las vidas de sus hombres, cometiendo pocos errores y dispuesto a dejar que otros comandantes más ambiciosos buscaran gloria en frentes de batalla más conocidos.

Aunque Su Majestad y Louvois confiaban en Catinat, el círculo devoto de la corte no lo hacía. A personas tales como el *Pere* de La Chaise, el confesor real, y a Madame de Maintenon, la secreta segunda esposa del rey, les parecía que Catinat no ardía con suficiente celo en la causa de la Iglesia Católica Romana. Este punto de vista habría sorprendido a los *vaudois*, pues Catinat fue el monstruo que tan cruelmente los había arruinado en 1686. Según los estándares de la época, sin embargo, era considerado un comandante compasivo, pues hacía los trabajos sucios rápida y eficientemente, y no era ni sanguinario ni fanático.

El general terminó de leer y se quedó mirando al espécimen demacrado que tenía frente a él. Dos oficiales del personal de Catinat permanecían de pie en silencio detrás del visitante en la pequeña oficina en Fort Sainte-Brigitte, con expresión de sospecha y desagrado en el rostro.

–*Monsieur*, si usted es el cuñado de este Arnaud, tal como lo afirma, ¿por qué me trae esto a mí?

El otro no alzó la vista.

–Es mi deber, señor –dijo suavemente–. Me apena que mi propio pariente ha tomado rumbos tan perjudiciales para el servicio de Su Alteza Real, mi señor, y de Su Cristianísima Majestad, vuestro señor. Y aunque espero que *monsieur* Arnaud vea el error de sus caminos algún día, me sentí compelido a informarle a usted lo que sucede, por el bien del servicio, como dije, y de nuestra santa fe católica.

–Una fe que no siempre has abrazado, ¿verdad?

–Cierto, mi señor. Abjuré a los errores de Calvino hace unos diez años.

–Así que, ahora usted es un hijo tan leal de nuestra Santa Iglesia Madre que cuando se le pidió que llevara mensajes para los *barbets* de ida y vuelta a Suiza en esta forma un tanto extraña, ¡su conciencia lo compele a detenerse en Pignerol y venir a mí!

–Ciertamente, señor. Es tal como usted ha dicho –Gautier se mojó los labios y agachó la cabeza aún más. Catinat y se quedaron mirando fijamente al visitante.

–Su obediencia le confiere gran reconocimiento –dijo el general luego de una larga pausa–. La mayor parte de la correspondencia *barbet* es enviada por medio de un agente que tienen, quizás aquí, en Pignerol. ¿Sabe usted quién podría ser? ¿Y por qué no lo utilizaron a él en vez de a usted, un magistrado y ciertamente un sincero converso de la iglesia verdadera?

Gautier volvió a mojarse los labios y echó una mirada furtiva al rostro del general.

–Supongo que la persona a la que usted se refiere es *monsieur* Grousset. No sé por qué me pidieron a mí. Quizá ya no sienten que es seguro utilizar este otro canal y pensaron que yo no estaría bajo sospecha. Fueron muy insistentes, mi señor, y por el bien de mi familia, sentí que debía obedecer. Espero que entienda mi posición.

–Bueno, quizá la entiendo –respondió Catinat, devolviéndole el botón, la tela y la carta a Gautier, con una leve sonrisa–.

Solamente le pediré que cuando pase por Ginebra, en este viaje suyo, se detenga para ver al residente de Su Majestad allí, *monsieur* d'Iberville. Si lo hace, hablará de su buena fe, y quizá tengamos conversaciones futuras. El sargento que está en la puerta lo acompañará hasta la salida del fuerte.

–Gracias, mi señor –dijo Gautier, inclinándose con humildad.

Catinat respondió asintiendo levemente con la cabeza. El visitante retrocedió, sin dejar de inclinarse, retirándose de la presencia del general, y luego dio media vuelta para seguir al soldado.

–Bueno, ¿qué les parece eso? –preguntó Catinat, todavía sonriéndose a sí mismo.

El ordenanza llenó un vaso con vino y se lo entregó al general. Catinat le hizo señas a los otros dos oficiales, y el soldado preparó dos vasos más para ellos. El más joven de los dos asistentes, un soldado rollizo y bien vestido con una hermosa peluca y bigote cuidadosamente recortado, se limpió la boca con un pañuelo perfumado.

–¿Hay alguna cosa en esa carta, señor, que no sepamos ya en cuanto a la situación de los *vaudois*? ¿Pensarán que ya lo sabemos y por eso envían un "secreto", para preparar el camino para un mensaje posterior que tendrá como objetivo hacernos creer otra cosa?

–¿O estará esta triste criatura jugando un juego propio? –sugirió el otro oficial, un hombre de mediana edad, delgado y pálido–. ¿Estará queriendo congraciarse con nosotros al traicionar a su querido cuñado, y a la vez alivia su conciencia (si es que la tiene), porque supone que nada en esta carta les hace daño real a los *barbets*? Quizá más tarde, luego de que lo hayamos aceptado, estaría en posición de entregar algún asunto importante que le sea beneficioso –concluyó, atragantándose con el vino y tosiendo un poco.

–Ambos pueden tener razón –dijo el general pensativamente–. Puede estar queriendo evitar la venganza de los *barbets* (ustedes saben cómo tratan a los "apóstatas"), y al mismo tiempo obtener nuestro favor como un espía bien intencionado y útil. ¿Me pregunto si planea detenerse en Turín y ver a *monsieur* de Parelle, o quizás al duque mismo? Es un sujeto detestable, pero no estúpido.

El hecho de que haya sido un *barbet* y ahora sea magistrado ducal demuestra cierta astucia.

Catinat se inclinó hacia atrás en su asiento y contempló los platos del aparador sin realmente mirarlos.

–Mantengan vigilado a Grousset –dijo–. Él podría no estar enterado de todo esto; y, de todas maneras, siempre que sea posible aprender algo útil, sería una enorme satisfacción arrestarlo. Me preocupa saber si este Gautier o Arnaud están trabajando con el duque y Parelle. ¿Acaso se unirá el duque a los aliados luego de todos estos meses de dudas e intrigas, para finalmente transformarse en el vasallo del Príncipe de Orange en los Alpes? *Jamás* he visto un príncipe tan resbaladizo como este saboyano. ¿Estará sencillamente entreteniéndonos, mientras negocia con los aliados?

–Una cosa es cierta, caballeros –concluyó el general, levantándose fatigosamente de su silla–. *Debemos* terminar con estos *barbets* en el Balsille de inmediato. Si Saboya cambia de bando, nos veremos forzados a luchar contra el duque, además de los aliados; y eso sería sumamente inoportuno, especialmente con los *barbets* todavía en sus valles, reforzados y animados, y asediando nuestras líneas de suministros hacia Italia.

---

[1] Saludos formales. Literalmente, "besar las manos".

Capítulo 7

Liberación

A fines de abril, los franceses volvieron a aparecer en el valle de Saint-Martin. La primavera llegó tarde, y la nieve todavía era profunda en los lugares donde no le daba el sol directo. Acompañando a los soldados había 1.400 campesinos de los valles del Perouse, el Pragelas y el Queyras para transportar los suministros por el Col de Clapier y para construir caminos. Se les prohibió a las unidades de avanzada francesas hacer fuego, con la esperanza de tomar a su presa por sorpresa, pero el excelente sistema de puestos de vigilancia de los *vaudois* hizo que esta precaución fuera inútil. Sin embargo, las unidades de avanzada sufrieron dos días de congelamiento en la nieve, antes de que el cuerpo principal se les uniera.

Acercándose cuidadosamente, las fuerzas de asedio rodearon la montaña (primero a cierta distancia), como un nudo corredizo que se iba cerrando. Pero los barrancos empinados que rodeaban la mayor parte del Balsille hacían que fuera imposible ascender o descender salvo por uno de sus lados. A poca distancia del monte-fortaleza estaban las montañas adyacentes del Col de Pis y el Monte Guinevert. Pero, para alcanzarlos desde allí sería necesario descender por barrancos peligrosos que en algunos lugares tenía paredes de roca pelada y torrentes de agua, para luego volver a ascender por una topografía similar. Avanzar unos pocos centenares de metros en línea recta requeriría horas de descenso y ascenso peligroso.

Del lado de la aldea era un poco más fácil. El ascenso era irregular y empinado en algunos lugares, pero era alivianado por varias pequeñas mesetas o descansos. Aquí era donde los *vaudois* habían construido cuidadosamente sus líneas de defensa. El enemigo comenzó a tomar posiciones detrás de los árboles a la ribera de los arroyos, mayormente a rango de fuego de mosquete de los primeros puestos de avanzada de los *vaudois*. Los tiradores *vaudois* asediaban a las tropas que estaban en los bosques a la orilla del arroyo; sus provisiones solamente podían ser traídas bajo la protección de la oscuridad de la noche. A veces los *vaudois* emboscaban a aquellos que traían las provisiones. La única respuesta era que los franceses escalaran los barrancos que estaban frente a la fortaleza de los *vaudois*, para así poder disparar a los puestos de avanzada que estaban más abajo en la colina. Esto requirió que centenares de escaladores abatidos se expusieran a varios días de peligro, frío y neblina.

Aunque los puestos de avanzada *vaudois* tenían que replegarse cuando los franceses subían a esas posiciones, no terminaba con su actividad de noche. En cierta ocasión, un grupo se escabulló entre las líneas esparcidas del enemigo y logró llegar a una elevación que tenía muchas piedras sueltas, por encima del campamento de dragones en el bosquecillo más abajo. Localizando su objetivo por medio de sus fogatas, a la señal indicada los *vaudois* hicieron rodar las piedras por la ladera en la oscuridad, con resultados aterradores y mortales para muchos de los enemigos que estaban alrededor del fuego.

Las luchas de la infantería de Francia y Saboya con la naturaleza obstinada ofrece una fuerte evidencia de que nada incentiva a los seres humanos a esforzarse y sacrificarse más que la determinación de matar a su prójimo. Mojados y congelados, los hombres hacían ascensos agotadores hasta las cimas del Monte Guinevert de un lado del Balsille y al Col de Pis del otro. Los regimientos de Vexin y du Plessis subían a este último, y el regimiento de Cambresis y el destacamento de Saboya escalaban el primero. Los saboyanos, atrapados por una de las frecuentes neblinas, tuvieron

que atrincherarse cierta noche en la niebla arremolinada sin agua, madera ni carpas, sin poder moverse por temor a caer al vacío invisible. Esto les costó un día más. Desde estas alturas podían dispararles a algunos de los puestos de los *vaudois*, pero un ataque real requeriría horas de descenso para cruzar el arroyo y recién entonces intentar el ascenso al Balsille.

Con las fuerzas de asedio lo más cerradas posible, el General Catinat llegó para evaluar la situación. Luego de estudiar la montaña y las líneas *vaudois*, él y sus oficiales decidieron que el lado derecho de la pendiente escalable ofrecía las mejores posibilidades. Se dieron órdenes para realizar el ataque el 2 de mayo.

Al frente había unos 2.300 trescientos hombres de los regimientos de Bourbon, Artois, La Sarre y el Segundo Regimiento de Dragones de Languedoc, desmontados por supuesto. A la izquierda, cuatrocientos hombres de Cambresis y los saboyanos, que debían descender por los acantilados y cruzar el arroyo, se retrasaron al encontrarse con ventisqueros de tres metros de alto y todo tipo de obstáculos rocosos. Luego de descender de las alturas, los saboyanos tardaron tres horas en encontrar un lugar adecuado para cruzar el peligroso torrente y luego saltar de una roca cubierta de nieve a otra en medio del arroyo. No estaban en posición de ataque a las diez de la mañana, como había esperado Catinat.

Luego comenzó a nevar. Los saboyanos y sus compañeros de sufrimiento franceses debieron haber sentido que el Cielo estaba visiblemente interesado en el destino de los *vaudois*, pues el pequeño grupo de defensores parecía tener a los elementos luchando en su favor. Estas tropas no podían hacer mucho, salvo vigilar en busca de *vaudois* fugitivos si el ataque principal tenía éxito.

Los *vaudois*, en sus posiciones, reforzaron sus barricadas de piedra con los árboles enteros encajados entre las piedras, con las ramas hacia afuera y las raíces afirmadas en las defensas con el peso de las rocas. Al ver que las preparaciones del enemigo estaban terminando, el pastor Arnaud guió a los *vaudois* cantando el Salmo 68. Lo único que podían hacer entonces era esperar.



–¡Están viniendo! –gritó un centinela que estaba agazapado entre las rocas en la parte inferior de la ladera. Había estado observando desde el borde de la primera meseta, sobre la cual estaban las primeras trincheras de los *vaudois*. Los centinelas ahora corrieron hasta la seguridad de las trincheras y empalizadas. Los defensores de este lado más "accesible" del Balsille observaron cómo comenzaba el asalto del enemigo.

–¡Deben estar locos! –exclamó Armand–. ¡No son más de mil en este ataque, y están en subida contra defensas fuertes!

–No han aprendido la lección correcta desde septiembre del año pasado –dijo el capitán Odin–. Siempre los hemos enfrentado en ataques relámpago tipo guerrilla; todavía creen que somos una gentuza indisciplinada y que inevitablemente saldremos corriendo cuando veamos aproximarse una línea de bayonetas.

–Sería mejor para ellos hoy ser la "gentuza indisciplinada" –dijo Armand–. Su estabilidad y disciplina significará que muchos más de ellos morirán al intentar llegar hasta nosotros.

El capitán Odin se dio vuelta y les habló a los otros oficiales que estaban parados detrás de sus hombres en los parapetos de piedra y madera.

–Recuerden: ¡nadie dispara hasta que yo dé la orden! –conocía a su fuerza independiente y relativamente indisciplinada, y sabía que podían verse afectados por la tensión al ver acercarse más y más al enemigo. Esta orden fue retransmitida a lo largo de toda la línea de defensa.

Mientras tanto, los atacantes se habían formado en líneas tan regulares como lo permitía el desnivel del suelo y avanzaron lo mejor que pudieron por encima de las piedras, tocones de árboles y otras irregularidades. Desde arriba, parecía que se movían muy lentamente. Pronto aparecieron en la primera meseta angosta, y era una tentación disparar de inmediato. Pero todavía estaban a

unos doscientos metros, y, a esa distancia darle al blanco sería mayormente suerte. Los oficiales y los sargentos franceses se adelantaron, dando órdenes y alineando a los soldados. Al frente había un grupo compuesto por oficiales, tamborileros y portaestandartes. Sus voces se oyeron claramente desde donde estaban los *vaudois*. Un capitán *vaudois* señaló:

–¡Miren su flanco derecho! –gritó–. Les está costando cruzar el arroyo. No llegarán juntos aquí.

El destacamento del flanco derecho francés estaba rezagado. Descubrieron que el arroyo era más problemático de lo que habían esperado. Con nieve cubriendo el hielo, los soldados habían roto el hielo y vadearon con dificultad el agua helada. La ribera empinada y rocosa estaba escondida bajo la nieve. Una vez que llegaron a tierra firme, se habían apresurado a avanzar hasta llegar casi a cincuenta pasos de la pendiente más pronunciada que ascendía a la barricada de los *vaudois*. En el flanco izquierdo francés, cruzando el arroyo, el contingente saboyano permanecía inmóvil. Uno podía suponer que ellos también observaban con interés, contentos con dejar que los franceses se llevaran toda la gloria.

Al acercarse la oposición, permaneciendo bastante alineados todavía, Armand sintió que la respiración se le cortaba un poco. Vio las banderas que le resultaban familiares, bajo las cuales alguna vez había luchado, y los uniformes de los regimientos con los cuales había batallado alguna vez. Ahora se dirigían directamente hacia él. No quedaban muchos refugiados franceses ahora en el campamento *vaudois*, pero se preguntaba lo que los otros podrían estar pensando. Dirigiéndose directamente hacia Armand venía Bourbon, con La Sarre a su derecha y Artois detrás, luchando para mantenerse al paso.

Los rostros de los soldados que se acercaban se volvieron reconocibles. Aquellos que todavía no se habían quedado sin aliento comenzaron a gritar insultos y amenazas, quizá más para animarse a sí mismos. Los primeros atacantes, grupos de zapadores y granaderos, llegaron a la barricada y descubrieron que los árboles

estaban sostenidos por rocas inamovibles. No podían ser quitados del camino para poder obtener acceso a las trincheras. La línea principal estaba a unos cincuenta pasos de distancia cuando el capitán Odin dio la orden de disparar. Los otros capitanes repitieron la orden, y hubo una larga ráfaga retumbante de disparos, provenientes de las trincheras de los *vaudois*.

Los disparos continuaron sin necesidad de más órdenes. Luego de disparar, cada mosquetero le pasaba su arma a un soldado más joven, que le daba un arma cargada y recargaba la primera. Luego de cuatro o cinco de estos intercambios, Odin ordenó que cesara el fuego. Al disiparse la humareda, los *vaudois* pudieron observar los estragos que habían provocado. Muchos cuerpos vestidos de gris estaban esparcidos por el suelo, o intentando levantarse. La línea francesa ya no era visible. Bajo la lluvia de balas mortal, el ataque se había fragmentado.

Pero los franceses eran veteranos. Los oficiales sobrevivientes comenzaron a formar nuevamente la semblanza de una línea de batalla. Luego de una breve vacilación volvieron a la carga. Los hombres de la retaguardia fueron instados a avanzar para llenar el frente diezmado.

Ante una señal de Odin, una veintena de *vaudois* se levantaron de la protección de la trinchera y, haciendo palanca, aflojaron algunas rocas de sus lugares entre los troncos y las ramas. También hicieron rodar algunos troncos pelados por la ladera, los cuales tomaban gran velocidad y ocasionalmente rebotaban de punta. No había forma en que los franceses pudieran esquivar el torrente de piedras y de troncos. Rompieron filas y comenzaron a correr.

El fuego disperso desde arriba no fue necesario para completar la derrota. En unos pocos minutos, la pendiente estaba libre de soldados de a pie, y casi todos los enemigos que quedaban estaban o muertos o seriamente heridos. Las bajas francesas eran más de cuatrocientas, pero ni un solo *vaudois* había sido herido siquiera: otro milagro para el pequeño ejército.

Algunos grupos de *vaudois* se aventuraron a descender por la

ladera para examinar el daño y para sustraer el botín de los derrotados. Capturaron a unos pocos prisioneros heridos. El más notable era el teniente coronel que había liderado el destacamento del regimiento de Artois. Fue hallado tirado en el suelo cerca de la línea de defensa *vaudois*, con la cadera destrozada. Sus dos sargentos fueron tomados prisioneros junto con él, pues se habían rehusado a dejar a su jefe herido.

–"Los conejos son un pueblo nada esforzado, ¡pero hacen sus casas en las rocas!" –citó triunfante el capitán *vaudois* Fraische a los sargentos cautivos mientras acarreaban a su coronel inconsciente a la primera línea *vaudois*. Aunque el capitán les había hablado en francés, los sargentos permanecieron inexpresivos.

–Dudo que haya habido mucho estudio de las Escrituras en el campamento francés –dijo Armand de Gandon–. Tendrás que disculparlos. ¡Por lo menos, este pobre oficial ahora sabrá que los conejos del Balsille tienen dientes!

Detrás de ellos venía Alexandre Cortot, arrastrando varios mosquetes tomados por el cañón.

–No me gustaría ser el que tenga que escribir el informe de la tarea de este día para el rey –observó Armand, sacudiendo la cabeza tristemente al unirse a su joven amigo.

–No hay necesidad de sentir pena por nadie –respondió Alexandre–. La mejor parte de ser el general a cargo es que él es a quien le toca escribir los informes. Puede echarle la culpa a otro.

–Eres un joven muy prometedor –respondió Armand cariñosamente–. Ya tienes una de las cualidades necesarias para ser un gran general.



Los *vaudois* celebraron su contundente victoria con un servicio de acción de gracias. El sermón del pastor Arnaud emocionó de tal manera a la audiencia que la mayoría de los soldados, y el mismo pastor, derramaron lágrimas. Su victoria fue para ellos una eviden-

cia renovada del interés divino en sus asuntos. Estaban tan animados como sabían que el enemigo estaría desanimado y humillado cuando el mundo expectante se enterara de los detalles. Se informó que los franceses tuvieron que traer de regreso a Pignerol las sogas con las que habían planificado colgar al ejército *vaudois* entero. Los despojos de guerra, tales como ropa, tela y dinero, los defensores se los dividieron entre ellos. Aunque sabían que sus pruebas estaban lejos de terminar, su coraje fue elevado y se gozaron en espíritu.

Luego de la oración de la mañana siguiente, y con el fin de demostrarle a su enemigo un gesto desafiante y su determinación, cortaron las cabezas a los franceses caídos y las colocaron sobre postes frente a sus líneas de defensa. Este gesto, más bien barbárico no era poco común en esa época, y tampoco fue originado por los *vaudois*. Era una indicación, quizá, de las consecuencias embrutecedoras de su larga persecución. En la desesperada batalla de supervivencia, con el tiempo e inconscientemente los *vaudois* habían sufrido una distorsión de sus propios estándares de humanidad. En una época de penalidades horrorosas para crímenes habituales, cuando se hallaban patíbulos cargados en las intersecciones de los caminos y en las plazas de las ciudades, probablemente nadie se haya sentido sorprendido por este acto. Por lo menos, era un lenguaje que el enemigo entendía.

En los días subsiguientes, Armand de Gandon y François Huc llegaron a conocer al prisionero más distinguido que hubieran tomado los *vaudois*: el teniente coronel Parat. El prisionero solicitó la presencia del cirujano de su regimiento y, bajo una bandera blanca, su pedido fue enviado. Sin duda con cierto temor, el cirujano y su ayudante se presentaron ante la línea de defensa. Los *vaudois* les vendaron los ojos y los guiaron hasta la choza en el supuesto *château*, en lo alto de la montaña. El cirujano se sorprendió al ser recibido por oficiales corteses de habla francesa, algunos de los cuales, debido a la ocasión, estaban vestidos con uniformes holandeses o brandeburgueses, con insignias de oro y plata.

La cadera destrozada del teniente coronel fue acomodada lo

mejor posible, y el cirujano le aplicó algunos fármacos para aliviar el dolor. Los asediadores le habían permitido al cirujano ir, con la condición que *no* debía ayudar a los *vaudois* heridos o enfermos. Pero estas estipulaciones fueron ignoradas despreocupadamente, y el cirujano fue retenido en el campamento como prisionero. Sus servicios fueron efectivos y muy apreciados, pues los cirujanos cautivos anteriores habían muerto unos pocos días antes. Pronto se volvió evidente que el coronel sobreviviría, pero que tardaría mucho en volver a caminar, si es que lo lograba.

Al bajarle la fiebre y poder conversar con aquellos que los visitaban, expresó su sorpresa al encontrar oficiales como Huc y Gandon en una compañía como esta.

–Puedo entender a los *barbets*, pero encontrarme con caballeros como ustedes aquí...

Armand rió en voz alta y dijo:

–¡Tu cirujano estaba sorprendido al descubrir que los *vaudois* no tenían dos cabezas ni colas ahorquilladas! Recuerda, *monsieur*, que nosotros, los hugonotes, también tomamos muy seriamente nuestras creencias, y cuando uno hace eso, puede llegar a encontrarse en lugares extraños y desagradables. Dios es nuestro refugio, pero él no promete que aquellos que confiesan su nombre disfrutarán de una vida de placeres aquí, en la Tierra.

Parat permaneció en silencio por unos momentos.

–Bueno –dijo finalmente–, mi deber me ha colocado en un lugar extraño, también; aunque me alegra descubrir que incluye compañía tan agradable.

Dado que la costumbre era que los oficiales capturados financiaran su propia liberación, se hacían esfuerzos especiales para mantener vivos a tales prisioneros. Parat dejó en claro que su familia era acaudalada y que se podía esperar una buena recompensa por su liberación. El Concejo de Guerra *vaudois* consideró el asunto, y luego se reunió con el coronel para discutir el tema. El dinero, le aseguraron, no era lo que ellos más necesitaban, en realidad. Pero sí tenían algunos hermanos, cuatro en particular, que estaban

languideciendo en prisión en Turín, y estarían muy agradecidos y dispuestos a intercambiar al coronel por estos camaradas.

Para sorpresa de los *vaudois* y consternación de su prisioneros, Feuquières, el nuevo comandante de las fuerzas de asedio que rodeaban el Balsille, se rehusó rotundamente a considerar intercambio alguno. Parat había estado contento al enterarse de que este hombre, un amigo de la familia Parat, había sido puesto al mando. Pero el ambicioso e implacable Feuquières no deseaba manchar la reputación que esperaba construir como enemigo de herejes y destructor de *barbets*, al ceder ante las demandas de ellos; incluso si eso significaba salvarle la vida a un amigo de la familia. Feuquières dejó en claro su intención de triunfar donde Catinat había fallado, y se hizo cada vez más evidente que esperaba saltar por encima de su rival a puestos más altos y más gloriosos en otros lugares, utilizando como trampolín la destrucción de los fastidiosos *barbets*. Feuquières rechazó maleducadamente todos los intentos de los oficiales compañeros de Parat por sugerir un intercambio.

Cierta tarde a mediados de mayo, los visitantes *vaudois* de Parat parecían extrañamente tristes. El coronel preguntó por qué.

–Me temo, amigo mío –dijo Armand, titubeando– que las cosas van mal para ti. Ya han llegado los cañones allí abajo, y cuando sean emplazados comenzará el bombardeo de nuestras trincheras. Probablemente estarás seguro contra las balas de cañón aquí arriba, pero con el tiempo los cañones pueden abrir el camino para un nuevo ataque. Si tiene éxito, dudo que tus amigos te encuentren vivo, más allá de lo que nos suceda a nosotros. Seguramente, Feuquières también entiende esto perfectamente.

Parat consideró su situación con calma.

–Ya he pensado en cómo puede terminar esto. No soy responsable por esta situación, y tampoco ustedes. Quiero que sepan que les perdono mi muerte. Lo que ha de ser, será.



A la luz de una única vela sobre la mesa de su escasamente amoblado cuartel en el fuerte de Sainte-Brigitte, la defensa principal de Pignerol, el general Catinat caminaba de un lado al otro con las manos detrás de la espalda, deteniéndose cada tanto mientras le dictaba a su secretario. Un oficial del Estado Mayor estaba sentado a horcajadas en una silla, con el mentón apoyado sobre sus brazos entrelazados. Catinat no era un hombre que hablaba mucho sobre sus sentimientos privados. Pero debió haber pensado sin mucha pena en su subordinado desleal y ambicioso, Feuquières, en su frío puesto de mando en el Balsille, con el viento arreciando por las laderas montañosas cubiertas de nieve. Era un asunto suficientemente hosco estar persiguiendo a los *barbets*, más allá de la época del año.

Catinat sabía muy bien que no había certeza alguna de que alguien pudiera conquistar este pueblo montañés. Nadie había estado tan cerca de lograrlo como lo había estado él hacía cuatro años, cuando quizá solamente habían quedado 20 ó 25 en las colinas, de un total de 2.500. Sin embargo, aquí estaban, representando un problema y una frustración, que aparentemente podría seguir para siempre. Con estos pensamientos en mente, el general estaba dictando cuidadosamente una carta dirigida a Louvois, el enojadizo ministro de guerra, quien seguramente se la mostraría al rey mismo, pues Luis XIV era un apasionado de los detalles. Alguien tenía que decirlo, pero al conocer la obsesión del rey en cuanto a temas de religión y a su tremenda estima propia, Catinat tenía que dictar las cartas como si fueran dirigidas al ministro de guerra, sin sugerir que la política del rey era un fracaso. Dijo:

> Es probable que estemos cerca del fin de este maldito asunto de los *barbets*. Los tenemos a casi todos acorralados en esta montaña, pero debido a que conocen estas colinas tan bien, uno no debe sorprenderse si alguno se nos escapa. La nieve, anormalmente intensa para esta época del año, ha

> disminuido de tal modo la habilidad de estas personas de poder sobrevivir del campo que pareciera que tenemos la oportunidad de obligarlos a enfrentarnos y pelear. Pero estas mismas nieves, por supuesto, también añaden muchas dificultades a nuestro ataque, y fueron la razón principal del resultado poco feliz del ataque realizado a principios de este mes.

El secretario, al ser leal y competente, no hizo objeción alguna a esta considerable manipulación de la verdad.

> En vistas del comportamiento cada vez más dudoso de los piamonteses, del cual usted ya está familiarizado desde hace tiempo, no estaré dependiendo de ellos para ninguna parte importante de este ataque final. Por supuesto, lo mantendremos completamente informado mientras el *comte* de Feuquières continúa con sus preparaciones para el ataque.
>
> Como usted sabrá, *monseigneur*, la correcta ejecución de las intenciones de Su Majestad han sido estorbadas no solamente por el fuerte reclutamiento de nuestras fuerzas para servir en Flanders y las artimañas deliberadas que Su Alteza Real el duque de Saboya ha mantenido ya durante varios meses, sino también por la naturaleza de la campaña contra los *barbets*. Estaría sorprendido si en algún momento de esta campaña los verdaderos *vaudois* (como se dicen llamar los *barbets*) hayan superado el número de cuatrocientos o quinientos. Tenemos motivos para creer que están cansados de la guerra y que solamente desean ser dejados en

paz en las tierras de sus antepasados. Mientras no sean destruidos o dejados en paz, proveen un refugio para aventureros extranjeros, desertores y malhechores, algunos de los cuales pertenecen a la religión supuestamente reformada, súbditos de Su Majestad.

Por lo tanto, estamos ocupados en una guerra de emboscadas y de reyertas repentinas. Mis cálculos aproximados indicarían que en los últimos seis meses hemos recibido dos mil bajas por muertos o heridos, y estaría feliz si pudiera decir que hemos matado o colgado a tantos como doscientos *barbets*. De todas maneras, menos de mil de ellos, repartidos en más de un grupo, mantienen ocupados inútilmente a diez mil de mis hombres e impiden una buena preparación para los problemas con Su Alteza Real, el duque, que seguramente comenzarán en cualquier momento.

¿Cómo puede uno lidiar con personas tan poco preocupadas por comodidades que cuando uno captura uno de sus campamentos lo único que puede ser hallado es medio kilo de ruibarbo y citas manuscritas de los macabeos? He utilizado un poco de crueldad en un esfuerzo por desanimar a los habitantes de los valles de darles provisiones, pero no podemos vigilar todas las granjas o las aldeas de esta provincia, y los *barbets* toman a la fuerza lo que no les es dado gratuitamente.

Si a Su Majestad le parece acertado, yo estaría dispuesto, sin utilizar vuestro nombre ni el nombre de Su Majestad, a dialogar con los líderes de los verdaderos *vaudois* a través de ciertos contactos que tengo, a fin de considerar la posibilidad de algún acuerdo por el cual puedan abandonar su

> lealtad al duque de Saboya, cuya protección probablemente ya se han dado cuenta de que es inútil, y aceptar la protección de Su Majestad para sus valles. Sería preferible, monseigneur, tener una pequeña república *barbet* neutral a nuestro cuidado, liberando así a miles de mis hombres para servir a Su Majestad en otros lugares, que perpetuar la situación presente, si es que un número considerable de *barbets* se salva de nuestro próximo ataque.

El oficial del Estado Mayor había estado escuchando con cada vez más nerviosismo.

–Disculpe, mi general –dijo por fin–. Su propuesta es sólida, y sería de utilidad inconcebible terminar con esta horrible campaña. Pero, seguramente, señor, deberá entender el efecto calamitoso que tendrían sus palabras sobre su propia reputación. ¿Acaso no puede imaginar lo que dirán los fanáticos de Versalles sobre esta propuesta? Pues seguramente usted sabrá que esto se filtrará del Concejo, incluso si Su Majestad nunca responde a su propuesta. ¡Dirán que el General Catinat desea establecer un nido de herejes dentro de los dominios de Su Majestad! Los devotos lo destrozarán parte por parte; y si alguien llegara a responder, sería para ordenarle que se retire a su finca. La única alegría en todo esto sería para *monsieur* Feuquières y el duque de Saboya; y, por supuesto, los más fanáticos de entre los *barbets*.

–Bien dicho, coronel –respondió Catinat, con una leve sonrisa–. Aprecio su preocupación. Pero si los servidores de Su Majestad temen ofrecer sugerencias, ¿acaso no sufrirá su causa? De todos modos, llevaré a cabo mis órdenes lo mejor que pueda y como siempre lo he hecho. Por lo menos, no tendré que lamentarme por haber temido presentarle verdades desagradables. He pensado en esperar hasta ver el resultado de este próximo ataque; pero si es parcialmente exitoso, tendremos pequeñas bandas para perseguir durante un periodo interminable, esparciéndonos entre

estas montañas. Si hay posibilidad alguna de llegar a un acuerdo con sus líderes ahora, terminaría siendo ventajoso a la larga.

El oficial bajó la cabeza y se encogió de hombros.

–Ya sea que tengamos éxito o no en dispersar esta chusma –continuó el general–, tendremos que obligar al duque a decidir de qué lado está, y que nos dé la ciudadela de Turín como una formalización de su lealtad. Algo de actividad por parte de sus fuerzas ahora, antes del Balsille, sería una evidencia de buena fe. ¡Cómo me gustaría saber con certeza quiénes son mis enemigos! ¡Al menos, los *barbets* nunca han dejado duda alguna sobre eso!



El puesto que durante tanto tiempo había anhelado por fin era suyo. El *comte* de Feuquières decidió que ningún esfuerzo prematuro pondría en peligro sus ambiciones. Tardó cerca de tres semanas en traer dos cañones de ocho libras desde Pignerol, arrastrados por yuntas de bueyes, con cientos de campesinos para ampliar y aplanar los caminos espantosos. El bloqueo continuó durante ese tiempo, pero mientras la línea enemiga permaneciera en la base de la montaña, los *vaudois* todavía podían escabullirse.

Los franceses retomaron las preparaciones serias el 10 de mayo. La aproximación a la línea de defensa llevó diez días de presión continua. Del lado "accesible", la infantería enemiga, a pesar del frío y las balas, avanzaron centímetro a centímetro por las laderas. Una vez establecidos, avanzaron lenta pero inexorablemente por la pendiente, utilizando bolsas de lana o fajinas hechas de atados de palos como escudos. Si un *vaudois* sacaba la cabeza, los mosqueteros enemigos más abajo y en los barrancos opuestos enviaban una lluvia de balas tan fuerte que simplemente no había mucho que los *vaudois* pudieran hacer para detener el avance.

Las fuerzas asediadas observaron con aprensión cuando llegaron los cañones y, con un esfuerzo increíble, fueron arrastradas y subidas lentamente hasta las posiciones preparadas en las pen-

dientes opuestas al Balsille y casi al nivel del *château*. Las bocas de los cañones parecían estar cerca a pesar del profundo abismo que los separaba de ellas; inevitablemente, las empalizadas de piedra y madera de los *vaudois* no durarían mucho tiempo más. Los defensores podían seguir retrocediendo hacia la cima de la montaña pero, sin sus líneas de defensa, el enemigo podía abrirse paso y perseguirlos hasta atraparlos en la cima.

Cada tanto los franceses se dirigían a los *vaudois* con bocinas (megáfonos), exigiendo que se rindieran y prometiendo increíbles pagos (hasta novecientos *louis d'or* por cabeza más un pasaporte) si capitulaban y dejaban el país. Nadie les creyó, y no hubo quien aceptara la oferta. Disparando y haciendo rodar piedras cuando podían, los defensores se fueron replegando, con algunos heridos pero ningún muerto. La advertencia final que se pregonó por el campo de batalla fue que no se otorgarían indultos una vez que se diera la orden para que los cañones comiencen a disparar. Esta era terminantemente la última oportunidad para salvarse.

Tal como lo habían hecho anteriormente, los *vaudois* respondieron firmemente que no eran súbditos del rey de Francia y que tampoco tenían obligación alguna de prestarle atención. Le aseguraron a Feuquières que no le temían a sus cañones, pues los truenos de sus tormentas montañeses eran más fuertes. Mientras quedaran al menos diez hombres en pie, no habría capitulación, pues contaban con la ayuda del Señor de los ejércitos.

En la mañana del 23 de mayo, los franceses levantaron una bandera blanca, seguida por una roja. Luego se oyó el sonido del primer cañonazo, haciendo eco en las laderas de los acantilados. Las balas de cañón de ocho libras comenzaron a caer sobre las barricadas de piedra sin argamasa y sobre las empalizadas de madera, y las astillas de madera y piedra volaron en todas direcciones. Aunque no hubo ninguna víctima humana, la cadencia rítmica de las descargas de los dos cañones continuó. Uno de los *vaudois*, sin nada mejor que hacer mientras esperaba en la cima a que terminara la destrucción, contó 114 disparos hasta el mediodía.

Los defensores tuvieron que replegarse tanto para alejarse de los disparos de los cañones que la infantería francesa quedó fuera del alcance de sus mosquetes y logró avanzar y superar la primera línea de defensas destrozadas y derribadas sin mucha dificultad. El pequeño grupo asediado se retiró cuesta arriba hasta el último reducto, el Cheval la Bauxe. Anteriormente, su gran ventaja había radicado en forzar al enemigo a trepar por una pendiente pronunciada bajo fuego y contra atrincheramientos fuertes. Ahora, atrapados en el espacio angosto cerca de la cima, ya no podían detener los ataques con efectividad. Comenzó a caer la noche, y con los últimos rayos de luz del sol pudieron ver que varios miles de soldados franceses habían acampado en las trincheras inferiores. Las fogatas que habían prendido iluminaban todos los lugares transitables, bloqueando cualquier esperanza de escapar. Los acantilados del otro lado de la montaña eran precipicios empinados y no podían ser considerados como ruta de escape.

Más o menos a las seis de la tarde, Feuquières envió un mensaje de triunfo petulante a Catinat: "Casi no hemos perdido soldados, pues las piedras de los *vaudois* ya no tienen efecto. Así como están las cosas ahora, a menos que un hipogrifo[1] se los lleve volando, no veo manera en que puedan escapar. Están completamente rodeados al alcance de nuestras pistolas y estamos bien atrincherados". Fue un informe obediente para el general, sin duda, pero también representó un poco de sal en sus heridas por el desastre del 2 de mayo.

Unos sesenta *vaudois* habían salido a buscar provisiones. En el Balsille quedaban unos trescientos treinta. También tenían algunos prisioneros, principalmente el teniente coronel Parat, que aún estaba postrado en cama. Esa noche el grupo durmió poco y oró mucho. Si cada hombre se preocupaba solo por sí mismo, algunos quizás podrían escapar entre las líneas enemigas, pero la mayoría no lo lograría. El enemigo estaba demasiado cerca ahora, y la luz de los fuegos era demasiado fuerte. Aquellos que lograran escapar ni siquiera podrían formar un pequeño ejército. Semejante acto extinguiría la última resistencia organizada. Y si no había un ejér-

cito *vaudois*, sus familias serían trasladadas para siempre en refugios esparcidos por toda Europa, y el Glorioso Regreso terminaría en una completa catástrofe para el pueblo de Dios.

Al avanzar la noche, hablaron cada vez menos. Cada defensor prefería estar solo para pensar. Desde abajo, podían escuchar la hilaridad de los franceses que festejaban su victoria prematuramente.

Siempre estaba frío y húmedo, pero a la medianoche, al comienzo apenas perceptible, un pequeño cambio comenzó a ocurrir. La niebla se estaba volviendo a asentar. Los centinelas notaron luego de un tiempo que las fogatas francesas solo eran resplandores rojos borrosos o habían desaparecido por completo. Como solía suceder, un manto denso de niebla fría y húmeda estaba cubriendo la cumbre de la montaña. Quizás sintieron un pequeño consuelo al no ser visibles para el enemigo, pero al estar rodeados y sin posibilidad de escapar, esto no cambiaba nada. Todavía estaban completamente aislados en un vacío blanco impenetrable.

Un hombre, sin embargo, estaba mirando el cambio del clima con entusiasmo creciente. A medianoche, una convicción se apoderó del capitán Tron-Poulenc. Se levantó y buscó al pequeño grupo de oficiales que estaba recostado o sentado alrededor de un fuego. La conversación fue breve y al punto.

—¡Dios nos ha oído! —exclamó Tron-Poulenc—. Todavía tenemos posibilidades. Si podemos pasar entre las líneas francesas en esta niebla, creo que podemos escapar. Hay un sendero de cabras que asciende por la ladera del Monte Guinevert. Lo conozco; solía treparlo cuando era un muchacho. Tendríamos que avanzar gateando buena parte del camino, pero para cuando se levante la niebla, podríamos tener una buena ventaja hacia la cima si partimos de inmediato.

Hubo pocas objeciones, pues la situación era tan evidentemente desesperada, que nadie podía sugerir otra alternativa. Nadie podía recordar forma alguna para escalar el acantilado rocoso. Sin embargo, podría ser mejor intentarlo en la oscuridad que quedar paralizados por el miedo a la luz del día. Pero primero debían des-

cender el Balsille atravesando las líneas enemigas.

Los oficiales despertaron a sus hombres silenciosa y rápidamente. Se dieron las instrucciones: debían dejar atrás cualquier equipamiento que pudiera hacer ruido. Desafortunadamente, aquellos que estaban seriamente heridos debían ser dejados atrás también. Oraron breve pero fervientemente, construyeron fogatas para aparentar que todo seguía normal, formaron pequeñas compañías y se tomó lista por última vez.

Ante una orden en voz baja del capitán Odin, varios hombres se dirigieron a las chozas donde estaban el capitán Parat y los otros prisioneros franceses. Debido a que no podían perder un solo segundo, los *vaudois* no deseaban arriesgarse a que los prisioneros apresuraran la persecución si brindaban alguna información a los franceses cuando llegaran al campamento al amanecer. El cirujano de Parat, sin embargo, fue obligado a acompañar la expedición.

Silenciosamente, el pequeño ejército se deslizó por encima de los parapetos improvisados y, en fila india, avanzó sigilosamente cuesta abajo hacia las líneas francesas. Luego, con miedo hasta de respirar, la línea de *vaudois* pasó lenta y sigilosamente entre los centinelas. Para los franceses, obviamente no había lugar alguno por el que pudieran escapar los *vaudois*, y tampoco podían hacer otra cosa que no fuera algún ataque suicida. Tan seguros estaban, que sus guardias, aunque numerosos, estaban bastante relajados. Pero la pregunta era cuánto tiempo tardaría hasta que algún centinela, aunque confiado y hasta levemente ebrio, escuchara y reconociera los crujidos y pasos en la oscuridad repetidos trescientas veces. Un solo estornudo, un tropiezo, una piedra floja que comience a rodar, y todo podía terminar para los *vaudois* en una breve y violenta lucha en la oscuridad y la niebla. Hubo solo una piedrecilla que rodó hasta donde estaba uno de los centinelas, pero como nadie respondió cuando gritó: "¿Quién va ahí?", debió haber supuesto que se lo había imaginado.

Los *vaudois* avanzaron sigilosamente, cada hombre agarrándose del borde del abrigo del que estaba enfrente. Si alguno se

soltaba, la línea entera debía detenerse para restablecer el contacto. El capitán se había quitado el calzado para hacer menos ruido todavía, a pesar del hielo y la nieve, y algunos otros hicieron lo mismo. Luego de lo que pareció una eternidad, el último hombre dejó atrás al último centinela francés. Avanzando lentamente, resbalándose por momentos, aferrándose a los arbustos para no perder el equilibrio, llegaron al pie del Balsille. Pronto se estaban aproximando a la base del Monte Guinevert. La única explicación por la que Tron-Poulenc podía saber por dónde iba era que estaba siendo guiado por su ángel guardián. De todos modos, la mayoría de los *vaudois* estaban tan concentrados en no quedarse atrás ni caerse que no especularon sobre esas cosas.

Tron-Poulenc buscó y encontró el sendero del que había hablado, aunque por momentos parecía desaparecer. Estaba por amanecer y, mientras la luz comenzaba a iluminar el manto de niebla, los hombres comenzaron a ascender. Con frecuencia, se veían obligados a cavar escalones en la nieve compactada. Afortunadamente, debido a la niebla, no podían ver hasta dónde caerían si se resbalaban. La procesión serpenteaba por la ladera del acantilado, apiñándose por momentos pero sin detenerse por mucho tiempo, cada hombre alentando al que tenía enfrente. Avanzaban lentamente, pues nadie podía ir más rápido que el más temeroso o débil y, sin embargo, todos gozaban de una maravillosa concentración de sus facultades, desde el pastor Arnaud hasta el soldado raso más torpe.

Al aclarar el día, las líneas francesas bullían de actividad. Sonaron las cornetas. Tocaron los tambores para reunir a las tropas. Enarbolaron las banderas. A pesar del frío y la humedad, los hombres se movían rápida y elegantemente, convencidos de que el fin de sus días en este infierno congelado esta a la vista.

Mientras se terminaban de formar las líneas, algunas unidades de avanzada ascendieron por la pendiente para investigar cuán bien defendidos estaban los *vaudois*. Avanzaron cautelosamente en la niebla que ya se estaba disipando, esperando en cualquier momento oír

el estallido de mosquetes detrás de las rocas, algo que tan a menudo era lo último que escuchaban muchos de los soldados franceses.

Pero no sucedió nada.

Envalentonados, los pioneros treparon por encima de las rocas y troncos destrozados de la línea de defensa abandonada.

No se veía ningún defensor.

Los franceses avanzaron más rápidamente ahora, y en pocos minutos invadieron el campamento, solo para descubrir que los *vaudois* se habían ido.

¿Pero cómo? Aunque eran unos diablillos, ¿podían volar? Algunos habían pensado siempre que el famoso Arnaud era un mago.

El resto de la fuerza de asalto ahora se estaba apresurando a alcanzar al grupo de avanzada, desconcertados por los gritos. Apresurándose a entrar en las chozas, los franceses encontraron a los *vaudois* heridos (alrededor de una docena) a quienes, por supuesto, mataron. También descubrieron, escondido detrás de una roca, a un *vaudois* que no estaba herido; lo derribaron rápidamente cuando intentó huir. Luego encontraron al coronel Parat y los otros prisioneros, muertos en sus chozas. Era obvio que no habían estado muertos por mucho tiempo, por lo que se preguntaban *dónde* se habían ido los *vaudois*. ¿Acaso eran brujos de verdad? Feuquières, burlado en medio de su momento de gloria, subió la cuesta despotricando como un demente. Reinaban las discusiones, las imprecaciones y la confusión general.

Silenciosamente, la niebla se fue levantando y, repentinamente, alguien gritó y señaló. Viéndolo, aunque sin poder escuchar lo que decía en medio del revuelo, los que estaban a su alrededor se volvieron para miraron donde estaba apuntando. Allí, a menos de un kilómetro de distancia pero increíblemente alto, pudieron divisar una línea de puntos como hormigas en fila india que serpenteaban por la ladera rocosa del Monte Guinevert, perdiéndose entre la niebla que tapaba la cima. Una vez más, ¡su presa se les había escapado de las manos!

Feuquières ordenó a los gritos que sus soldados persiguieran a los *vaudois*. Parecía por un momento que podría tener un motín

en sus manos, pues sus subordinados no pensaban que podían escalar el monte. Para los franceses, los *vaudois* podían llevar a cabo hazañas tan difíciles solamente por la ayuda de su padre, el diablo. De muy mala gana, y profetizando su propia fatalidad, comenzaron la persecución. Pero no podían trepar tan rápido como los perseguidos. Con frecuencia, el pie de algún francés se resbalaba en la roca mojada y cubierta por hielo y caía gritando al abismo. Pero los ejércitos se movilizan por que los hombres le temen más a sus propios sargentos que a cualquier otro peligro, así que continuaron con el ascenso. Sin embargo, la brecha entre las dos fuerzas se volvía más y más grande.

Finalmente, los *vaudois* llegaron a un lugar relativamente plano entre los peñascos en camino a Rodoret, y se detuvieron para descansar. Estaban exhaustos por sus esfuerzos y famélicos. Comieron un poco de la frugal provisión de comida que traían en sus bolsas. Uno se podría preguntar cuánto más de esta depravación puede un ser humano soportar, pero seguían siendo un ejército *vaudois* y, una vez más, habían sido salvados milagrosamente. Los heridos estaban especialmente agradecidos de haber podido de alguna manera realizar el ascenso. Y, sin duda, el cirujano francés, a quien habían obligado a acompañarlos, estaba aturdido pero agradecido por estar aún con vida. Todos se arrodillaron en la aguanieve y ofrecieron una oración de acción de gracias.

Al levantarse para retomar la marcha, Armand contó a su compañía dos veces. Faltaba un hombre.

–¿Dónde está Perrin? –preguntó de repente a su pequeño grupo desaliñado–. ¿Qué le sucedió?

–Perdón, capitán –dijo su sargento, estremeciéndose ante la ira de Armand–. Cuando fueron a matar al coronel Parat, me dijo que el coronel tenía unas camisas de lino damasco tan maravillosas que se iba a escabullir más tarde para llevarse algunas. Me dijo que no le dijera nada a usted porque pensaba que lograría salir solo y alcanzarnos después.

Armand se quedó sin habla y solamente sacudió la cabeza.

¡Perder la vida por una camisa de lino damasco! Alexandre sonrió sombríamente mientras masticaba su última nuez.

—¡Tiene que haber uno de esos en cada ejército!



Cansados, hambrientos y muertos de frío, el pequeño ejército se las arregló para descender hasta una pequeña depresión entre las colinas, más allá de Angrogna, el 29 de mayo. Sus perseguidores ya no representaban gran peligro, pues habían quedado atrás. Aunque estaban cansados, los *vaudois* sentían gran expectativa. Continuamente les llegaban rumores de que en Turín estaban sucediendo cambios. El día anterior, algunos prisioneros piamonteses que habían capturado en un ataque a Pramol les dijeron que los franceses le habían dado un ultimátum al duque: que les entregara la ciudadela de Turín como garantía de su lealtad antes del 30 de mayo o sería considerado un enemigo de Francia.

Encontraron a un pequeño grupo de hombres esperándolos en el valle. En notable contraste con los harapos de los fatigados *vaudois*, los recién llegados estaban elegantemente uniformados. El líder del grupo resultó ser *monsieur* de Vercellis, y traía un mensaje urgente de parte de Su Alteza Real el duque para sus súbditos *vaudois* leales.

¡Los rumores eran ciertos! ¡El duque por fin había roto su alianza con Luis XIV! Finalmente había rechazado la conexión que había traído calamidad indescriptible sobre los habitantes de las montañas durante estos últimos cuatro años. No solamente eso, sino que se había unido formalmente a la Gran Alianza en contra de Francia. Como dijo más tarde el pastor Arnaud: "La mano todopoderosa del Señor de los ejércitos ha detenido el progreso de esa terrible corona".

Vercellis traía una carta para el pastor que fue leída en voz alta ante el pequeño ejército. El duque invitaba a sus súbditos de la fe reformada a regresar a sus valles nuevamente, confiando en su

protección, y les imploraba que continuaran con su lucha contra el enemigo que ahora tenían en común. En agradecimiento, el duque les prometía dinero, provisiones y la liberación de todos los prisioneros *vaudois* que tenía en sus calabozos. También afirmaba que se realizarían búsquedas para encontrar a los niños *vaudois* perdidos. Si los doscientos o trescientos *vaudois* que serían liberados de la prisión deseaban, les proveerían de armas y uniformes, y se les permitiría unirse a sus hermanos de inmediato.

Cuando el pastor Arnaud terminó de leer las promesas del duque, añadió algunas palabras propias:

–Enviaré cartas a Suiza de inmediato e invitaré a todos los que deseen restablecer la Santa Sión de Dios a unirse a nosotros en las montañas. Ya tenemos seis meses de maravillas para contar. ¡A Dios sea la gloria! ¡Esto es obra del Señor, y es maravillosa ante nuestra vista!

Armand, Alexandre y los demás hugonotes permanecieron de pie a un costado y observaron con cierto asombro la rapidez con la que los gozosos *vaudois* aceptaban estas promesas mediocres de un soberano cuya debilidad y falta de fe les había costado tan caro. Su gratitud era conmovedora. Lloraban de alegría y le besaban la mano al mensajero oficial del duque.

Alexandre, a esta altura hecho una sinfonía de harapos y jirones, con su sombrero deforme y desteñido tapándole medio rostro, se apoyó sobre su mosquete:

–¿Cómo pueden creer todo esto con tanta facilidad? –susurró desconsoladamente.

–Necesitan hacerlo –respondió Armand con un suspiro. Su abrigo, que alguna vez había sido de un color azul hermoso, estaba ahora tan desteñido y descolorido que era difícil saber cuál podría haber sido el color original. Sus piernas estaban envueltas en tiras de tela al igual que los demás, y también llevaba un mosquete, una mochila y bandoleras. Salvo por su espada, que había conservado testarudamente a pesar de todas las dificultades recientes, era imposible distinguirlo de sus hombres.

Armand continuó:

–Esto representa un final feliz para su larga odisea. Son personas simples, y Dios ha obrado maravillosamente en su favor, desautorizando a reyes para que pudieran regresar a su tierra natal. Es por eso que no consideran increíble que su duque cambie de opinión, y no están preocupados de que pueda volver a cambiar de opinión de aquí a un año.

Los protestantes franceses, doblegados de cansancio, permanecieron en silencio y tristeza, viendo celebrar a los *vaudois*. Sus ojos se dirigieron a los picos montañosos al oeste. Cruzando las montañas estaba Francia y sus propios hermanos hugonotes oprimidos: quinientas veces más numerosos que los *vaudois*. ¿No vendría la liberación también para ellos? ¿No estaba llena ya la copa de su persecución? ¿Qué sucedía con el gran plan? ¿Estaban los aliados interesados siquiera en aprovechar la puerta alpina que el duque de Saboya estaba abriendo? ¿O era este un frente olvidado en medio de una gran guerra? ¿Estaban los líderes aliados luchando en este frente a través de un plan barato, utilizando a estos puñados de exiliados *vaudois* y hugonotes andrajosos para mantener ocupados a los franceses mientras proseguían con sus ocupaciones reales en otros lugares?

–Ya no nos necesitan –dijo Alexandre, desanimado, luego de observar durante unos minutos–. ¿Recuerdas ese texto de Jeremías capítulo 22? Se me viene a la mente vez tras vez: "No lloréis al muerto, ni de él os condoláis; llorad amargamente por el que se va, porque no volverá jamás, ni verá la tierra donde nació". Yo sé que esto fue dicho a los infieles de Israel, pero quizás también se refiera a nosotros, después de todo.

–Aún no ha terminado, Alexandre, y con Saboya de nuestro lado, la ayuda podría llegar más pronto todavía. Hemos estado peleando una escaramuza pequeña dentro de una guerra muy larga. Si es la voluntad de Dios, podría continuar más allá de nuestros tiempos. Nos hemos perjudicado a nosotros mismos al crear expectativas demasiado altas para 1689, pero en los tiempos de Dios, no el de los hombres, la redención de Israel llegará.

–Esto tampoco es el fin para los *vaudois* –añadió Armand con

seriedad–. Más bien se trata del inicio de un nuevo capítulo.

Armand se enderezó y le dio una palmada a Alexandre en los hombros caídos.

–Sabes una cosa, Alexandre –le dijo–, no importa el lugar físico en el que estemos en este mundo, siempre y cuando estemos del lado del Señor. Piensa en el Salmo 18, donde David dice que Dios salvará a su pueblo afligido: "Contigo desbarataré ejércitos, y con mi Dios asaltaré muros. En cuanto a Dios, perfecto es su camino [...]; escudo es a todos los que en él esperan". Regocijémonos con nuestros camaradas *vaudois*, pero no debemos perder la esperanza.

Un explorador llegó inadvertido y, al ver que los oficiales *vaudois* estaban ocupados, vino hasta donde estaban los hugonotes y se presentó para dar informe ante Armand. Este, a su vez, habló con Huc, y ambos fueron a buscar al capitán Odin. Luego de recibir la información, el capitán se dirigió al oficial de Saboya:

–Señor –dijo, haciendo una reverencia–. ¿Cuán difundida está esta nueva alianza de Su Alteza Real el duque? ¿Ya lo saben los franceses?

–No todos, por supuesto –respondió el piamontés–. Solo se supo en la corte anoche y se está anunciando hoy en Turín. Por supuesto, hay muchos espías franceses en la ciudad, y es posible que Catinat ya se haya enterado, en Pignerol.

El capitán Odin dijo:

–Nuestro explorador nos informa que los franceses han suspendido la persecución, y el ejército principal está regresando a Pignerol. Pero dice que trescientos hombres bajo el mando de Clairambault están cruzando la montaña hacia Torre Pellice. Ha estado marchando durante varias horas, por lo que es muy posible que no haya tenido oportunidad de enterarse de que Saboya está en guerra con Francia. ¿Podríamos contar con algunos de sus soldados uniformados? Cortaremos camino por las colinas utilizando nuestros propios senderos y llegaremos a tiempo para darle la bienvenida a Clairambault. Seguramente supondrá que tus soldados piamonteses son aliados, ¡y será fácil para nosotros darle la noticia de una manera que los sorprenderá!

El oficial ducal estuvo de acuerdo en seguida y dio órdenes para que una docena de soldados de su escolta marcharan con sus antiguos enemigos.

–Esto debería ser un comienzo prometedor para nuestra mutua colaboración –dijo grandiosamente.

Los colaboradores piamonteses observaron con cierta incertidumbre a sus nuevos aliados descuidados. Alexandre Cortot había estado mirando con interés al más alto de ellos, que vestía un largo abrigo azul con una docena de botones diminutos colocados en el frente en línea recta. Sin embargo, era la mochila abultada lo que llamaba la atención de Alexandre.

–Camarada –dijo el joven francés con una especie de saludo–, tuve que dejar atrás mis granadas debido a las circunstancias. ¿Serías tan amable de prestarme media docena de las tuyas?

El piamontés se mostró sorprendido.

–Todavía tengo mis mechas y mi fósforo –añadió Alexandre sugestivamente.

–¿*Tú* eres un granadero? –dijo sorprendido el soldado alto. Miró al oficial de Saboya, como si estuviera diciéndole: "Sabíamos que esta gente era extraña, ¿pero esto...?

Alexandre se puso tieso, pero antes de que pudiera hacer comentario alguno, el oficial hizo un gesto imperioso y el soldado, de mala gana, abrió su pesada mochila y le dio seis bolas metálicas negras a Alexandre, una por una. El pequeño granadero las guardó con cuidado en su mochila.

–Gracias, camarada –le dijo–. ¡Estoy seguro de que habrá más para ambos una vez que terminemos en Torre Pellice!

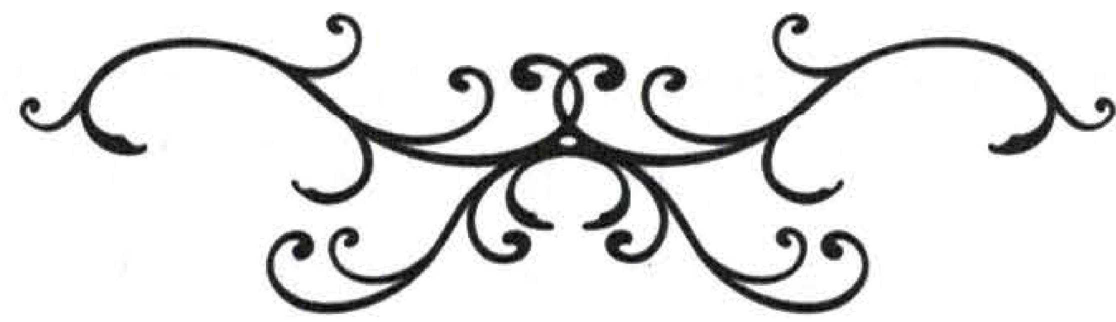
En pocos minutos la pequeña fuerza de nuevos e inquietos aliados (montañeros y soldados piamonteses) comenzó a ascender nuevamente por las laderas rocosas y entre los árboles, hacia los picos neblinosos del sur, para darle las noticias a Clairambault.

---

[1] Un monstruo mitológico con alas.



Parte II
1691



Capítulo 8

Otro entierro



Estamos seguros de que si hubiera sido la voluntad de Dios quitar su candelero de este reino, habría abierto la puerta y facilitado la salida de un número infinito de almas que han permanecido aquí. No crean, por lo tanto, queridos padres, que haremos caso al consejo que nos han dado de seguirlos en vuestra huida. Nuestras iglesias han sido derribadas, nuestros pastores nos han abandonado, y nuestra propiedad nos ha sido quitada, por lo que las grutas y las cavernas nos sirven de iglesias".

El pastor Merson estaba leyendo un panfleto anónimo. Se encontraba sentado en un salón de la Casa para Mujeres Nobles Hugonotes en Rotterdam, y Madeleine Cortot lo estaba escuchando. El pastor era un hombre pequeño y de piel tostada, con voz grave y agradable. El sol entraba por las ventanas e iluminaba el piso impecable de tablas anchas, y le daba a la vajilla en los aparadores una iluminación iridiscente. Madeleine, seria, sentada con las manos dobladas en su falda, seguía la lectura atentamente, pero con el ceño levemente fruncido. El pastor era el tío de quien alguna vez había sido su prometido, Mathieu Bertrand pero además de eso, había sido un amigo de la familia por muchos años. Su visita, Madeleine lo sentía, tenía algo que ver con Mathieu, de quién hacía mucho no tenía noticias. Ella ahora era la encargada de las empleadas en la casa para mujeres nobles. En esta primavera de 1691 estaba un poco más agobiada, pero también más tranquila de lo que había estado durante las dolorosas crisis de 1688; y más hermosa, también, pensó el pastor con orgullo casi paternal.

–Yo sé –continuó el pastor– que algunos sospechan que este panfleto es una provocación por parte de nuestros enemigos, y no

el clamor de nuestro propio pueblo, pero sea lo que fuere, no puedo menos que sentir que habla a nuestros ministros aquí, en la seguridad de nuestro exilio. ¿*Dónde* están los pastores? Los lobos atacan el rebaño de Israel, y los pastores escriben desde su refugio cartas pastorales de buenos consejos. ¿Acaso esto nos libera de nuestra responsabilidad?

–¿Por qué se culpa a sí mismo? –preguntó Madeleine, con sus ojos color azul oscuro brillando–. Yo sé que *madame*, su esposa, y muchos otros pastores debieron haber debatido esto contigo muchas veces, pero fueron obligados a irse de Francia si no aceptaban el romanismo; y regresar significaría la muerte. ¿Acaso el Señor no creó un arca de refugio para nosotros aquí, en Holanda? Y tanta generosidad a aquellos de nosotros que habíamos perdido nuestro medio de sustento (ciudadanías gratis, exentos de impuestos, recolecciones especiales en las iglesias). Todo esto da mucho que pensar.

Hizo una pausa, como si ella misma estuviera en el púlpito, esperando que el público se convenciera de la verdad de su argumento. Luego, continuó:

–Me pregunto si fueron ustedes, los pastores, los que abandonaron los rebaños. Un escritor afirma que los rebaños abandonaron al pastor y, de hecho, yo recuerdo cómo nuestros vecinos de Saint-Martin estaban muy nerviosos al tenerlo cerca a usted, pues atraía atención no deseada. Usted no tuvo otra opción que irse.

El rostro de Madeleine estaba ruborizado, lo cual se notaba aún más debido a la cofia blanca que cubría su cabello oscuro. El pastor Merson no había esperado una respuesta tan acalorada a su propuesta de visitar el sur de Francia.

–Si eso ocurrió en el pasado, *mademoiselle* –dijo el pastor–, (y no niego que haya algo de verdad en ese argumento, pues lo he escuchado varias veces en estos últimos seis años), no significa que siempre fue así, pues los pocos pastores que se han animado a regresar han sido bienvenidos con los brazos abiertos. La avidez por el esparcimiento de la Palabra es tan grande que decenas de *prédicants* sin estudios han sido llamados por el Espíritu para nutrir

a sus hermanos famélicos, que ahora se arrepienten con tristeza y lágrimas. Que las ovejas hayan sido desagradecidas de ninguna manera exime al pastor, pero ¿cuánto menos lo exime cuando le piden con ruegos que los ayude? Los informes que nos llegan de las montañas muestran que nada es imposible para Dios, y que él puede proteger a aquellos que hacen su voluntad.

El pastor Merson respiró profunda y lentamente, pero no le dio tiempo de hablar a la joven.

–Sé que algunos de mis compañeros son ancianos y enfermizos –dijo–, pero seguramente, de los centenares de pastores que fueron expulsados en octubre de 1685, ¡por lo menos algunos se habrán animado a regresar bajo la cruz! ¡Yo debería haberme animado! Quizás algunos se han sentido irritados por el criticismo de Claude Brousson, pero aun cuando él se haya expresado sin rodeos, lo que dijo es verdad. Aunque las críticas provenientes de un laico fueron medicina amarga para algunos pastores, uno puede ver que Brousson mismo ha regresado, y ahora ha sido ordenado y está cumpliendo con su propio desafío. ¡Cuánto más deberíamos hacer lo mismo aquellos que hemos sido pastores desde antes!

El rostro de Madeleine se veía muy inquieto.

–No fue mi intención regañarlo nuevamente sobre este asunto –dijo con un gesto de desesperación–. Estoy segura de que *madame* Merson ya ha dicho todas estas cosas, y sin duda le has citado las Escrituras para convencerla.

Merson sonrió.

–Sí –dijo suavemente–. Ya está todo dicho. Pero aun así queda un remanente de la casa de Israel, y Ezequiel todavía nos amonesta: "¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños? [...] Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado".

Madeleine se miró los dedos de la mano.

–Si está decidido a regresar –dijo, luego de titubear un poco–, me pregunto si irás a visitar nuestro antiguo hogar en Saint-

Martin, o si llegarás a saber algo de mi padre, o si verás a Armand de Gandon y mi hermano Alexandre.

Madeleine hizo una pausa, avergonzada de que el nombre del soldado se hubiera escapado sin querer de sus labios.

–Sí, *mademoiselle,* espero por la gracia de Dios visitar a mis amigos en Saint-Martin. Y por supuesto, puedo buscar a estos caballeros, pues yo también he oído que su propósito es ir a Francia. ¿Hay algún mensaje, un mensaje especial, que deba entregarles si llego a encontrarlos?

Madeleine vaciló. *Tenía* un mensaje de esas características, pero no podía decirlo ahora.

El pastor leyó su corazón, pues la había conocido desde la niñez, y tanto él como su esposa habían sido como padres para ella. Madeleine puso tiesa la espalda y levantó el mentón, tal como lo hacía su madre, con una solemnidad sumamente formal.

–Ciertamente –dijo–, en algún momento tuve la esperanza de que ocurrirían eventos notables en 1689, tal como parecían indicarlo las predicciones del pastor Jurieu. Quizás él, y nosotros, malinterpretamos la forma en la que el Señor obra con su iglesia y la forma en la que los eventos de los últimos días se ajustarán a las profecías concernientes al anticristo.

El rostro serio del pastor Merson dejó ver una mueca de diversión, a pesar del dolor que sabía que Madeleine sentía.

–Sin embargo, incluso si el fin no estuviese tan cerca como esperábamos que estuviera anteriormente –continuó el pastor–, el cuidado de las ovejas todavía sigue siendo responsabilidad del pastor. Las ovejas se alimentan mal o pasan hambre, ¿y acaso no es por culpa del pastor? Debo regresar, ya sea que el fin del reinado del anticristo llegue el año que viene o el siglo que viene. Dios está probando a su pueblo, para ver si sostendrán en alto su verdad y honrarán su santo nombre. Es una vergüenza que mis compañeros en el ministerio y yo permanezcamos aquí, en tranquilidad.

Madeleine asintió como si estuviera aceptando ese argumento.

–He tenido mucho tiempo para pensar desde que Alexandre y

monsieur de Gandon partieron rumbo a Suiza y el Piamonte. Mi hermano no suele escribir muchas cartas, pero Armand, quiero decir, *monsieur* de Gandon, ha escrito dos veces para decirme que Alexandre está bien y que el Señor los había protegido en el asunto del regreso de los *vaudois* a sus valles, y que estarían yendo a Francia esta primavera. No sé cómo comunicarme con ellos, pero quizás allí, donde los creyentes se transmiten las últimas noticias unos a otros, se podría saber cómo rastrearlos.

–*Certainment* –dijo Merson, asintiendo con una leve sonrisa.

–Antes de que se fueran, el duque, quien tanto había querido a *monsieur* de Gandon, le escribió para suplicarle que regresara a Francia y que hiciera las paces con el rey y con la iglesia (fingiendo, por supuesto), y que retomara su vida allí y disfrutara de la protección del duque. De alguna manera secreta el duque tenía noticias de Armand y de sus amigos; hasta de mí, pues supone que *monsieur* de Gandon habría vuelto a Francia antes de esto si no hubiera sido por mí, y ahora desea que yo apoye sus propuestas y que también siga los preceptos de la iglesia, en apariencia y regrese con Armand (para ser una dama noble, supongo). Armand debió haber rechazado esa oferta anteriormente, pero el duque está viejo y enfermo, y me temo que ha caído en cierta desgracia, pues está en su propiedad en Dauphiné. El duque puede, sin embargo, arreglar las cosas para que Armand sea perdonado si finge que abjura, y estaríamos bajo su protección.

El pastor se mostró sorprendido, hasta un poco alarmado. Madeleine sacudió la cabeza vigorosamente.

–No se preocupe, *monsieur*. No me atrae esa propuesta. ¡No abandonamos nuestra *patrie* solamente para ser sobornados a fin de regresar! Pero no puedo ser la conciencia de nadie. Estoy segura de que a lo largo de los años Armand ha sido demasiado orgulloso para pedir mi mano cuando no tenía buenas perspectivas de futuro, y ahora cree que es su deber servir a la Buena Causa. Pero es correctamente honesto hacerle saber de la situación y permitirle que decida por sí mismo. Oh, es cierto que me he preguntado si

de alguna forma podríamos ayudar a mi pobre padre en las galeras si tuviéramos el favor de un duque; pero mi padre desdeñaría una ayuda que tuviera ese precio. Solamente fue un momento de debilidad, y realmente no puedo imaginarme a Armand doblando la rodilla ante Baal después de todo lo que ha soportado en nuestro favor y para el Señor. Pero ¿sería usted tan amable de informarle a Armand del ofrecimiento del duque?

Madeleine había dado su discurso y su determinación se vino abajo. A Merson ya no le causaba gracia.

–Si he de llevar el mensaje del duque, ¿no habrá también un mensaje tuyo? Puede ser pertinente, ¿sabes?

A Madeleine se le formaron pequeñas lágrimas en las pestañas.

–Como dije anteriormente, he pensado mucho en él. Fui orgullosa y necia, incluso cuando lo culpé a él. No deseo que él esté preocupado por nosotros, ni deseo que obligación alguna que él pueda sentir se interponga entre él y el ascenso que el duque le ofrece. Deseo decirle ahora lo que debí haberle dicho tiempo atrás, y expresarle cuánto lamento haber sido demasiado joven y necia para entender cómo se sentía él. Supongo que me consideró fría y desagradecida; o que quizá todavía sentía algún afecto por Mathieu, cuando en realidad era a él a quien estimaba. Sin embargo, después de todo este tiempo, ¿estaría él aún dispuesto a perdonarme? Hubo un tiempo en el que pensé que él...

La voz de Madeleine se apagó a la mitad de la frase. El pastor no podía pensar en nada para decir.

–Cierta vez, usted sabe, pensé que iríamos a Norteamérica; papá, los mellizos, Alexandre y yo, y...

–Ah, sí, aquella experiencia amarga en la que *monsieur* de Tillieres se escapó con el dinero y luego traicionó a tu padre entregándolo en las manos de sus enemigos. ¡Todos quedamos descorazonados!

–He podido juntar nuevamente el dinero que perdí con mi necedad al confiar en ese desgraciado de Tillieres y todavía podríamos irnos. Sin embargo, aunque Louis solamente tiene diez años, está contento de ser un aprendiz de imprenta aquí, Alexandre es un

gran soldado, y yo también tengo trabajo. Podría vivir tranquila y devolver el dinero a mi amable y paciente primo en Norteamérica, cuyo préstamo perdí.

–Creo que entiendo –dijo el pastor–. Yo también pienso que debería decirle a *monsieur* de Gandon que su deber requiere que regrese, a la mayor brevedad posible, a Holanda y que ustedes dos deben redimir el tiempo perdido. Creo que si ambos dejan de lado su orgullo, ¡el aliciente del duque no importará mucho!

Madeleine sollozó un poco y se sonó la nariz.

–Lo que temo es que se haya sentido rechazado y que sea demasiado tarde. Sé que mi hermano intentó hacer de cupido, pero no se lo permitimos. Creo que ahora lo veo todo bajo una nueva luz –los ojos de Madeleine estaban llenos de ansiedad–. ¿Cree usted que espero demasiado? Si realmente ya no le importo a Armand, ¿sentiría él todavía la obligación de venir, cuando en su corazón puede estar deseando regresar a Francia luego de todas sus decepciones?

Merson se sintió atrapado en una red de confidencias, recordando vívidamente las conversaciones que había tenido tanto con Madeleine como con Armand durante los últimos dos años.

–Debes confiar más en él, *mademoiselle*. No creo que Armand sea tan fácilmente sobornable. Creo que él seguirá su corazón, y pienso que este lo guiará en la misma dirección que su deber. De todos modos, deberíamos averiguarlo. El brazo del Señor no se ha acortado: él puede hablar al corazón tan fácilmente en Francia como aquí, en Rotterdam. Tú has esperado, y posiblemente ambos han sido demasiado orgullosos y se han malentendido mutuamente, pero puede ser que Armand haya sido necesitado en los lugares donde ha estado y todo ha obrado mejor para la Causa; y, espero, para ti, también. Nuestro amigo ha servido ampliamente en la Buena Causa: en Inglaterra, en el Piamonte y ahora, estoy seguro, en Francia. El profeta nunca habría dicho de él: "Maldecid a Meroz [...] maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes".

El pastor se puso de pie y besó la mano de Madeleine. Ella también se puso de pie, y el pastor se sorprendió al notar que ella era más alta que él. No, Madeleine Cortot ya no era una niña. Era una mujer de integridad y, propósito, sumamente dividida, al igual que su propia esposa, entre su disposición a sacrificar lo que fuera por la causa de Dios y su deseo de estar con el hombre a quien le había entregado el corazón.



–Agradezco mucho tus competentes servicios –dijo Charles, el duque de Schomberg, al oficial de elevada estatura y tez bronceada que tenía frente a él.

Estaban en un cuarto vacío de un desvencijado *château*, en el extremo occidental del Piamonte. El edificio había sido quemado y bombardeado varias veces, y las reparaciones habían sido inadecuadas. Sin embargo, a principios de la primavera de 1691 servía de sede para el ejército desamparado, que era el brazo armado en Italia de Su Majestad Británica Guillermo III. Habría sido muy difícil encontrar a algún inglés en ese ejército; ciertamente, ninguno de estos dos hombres que conversaban era inglés. El duque, un callado hombre cincuentón, estaba vestido con buen gusto y costosamente con un saco azul, pañuelo y puños de encaje, y una peluca completa. El manto desaliñado y sumamente descolorido del hombre más joven alguna vez había formado parte del uniforme de un soldado de Guillermo III, aunque el portador actual era un exiliado hugonote francés. El ejército estaba compuesto por exiliados como él, además de soldados *vaudois* y mercenarios de Alemania y de Suiza. El duque de Schomberg había obtenido su título recientemente, en el mes de julio, cuando su padre, a la edad setenta y cinco años, había muerto peleando contra los partidarios católicos de Jacobo en Irlanda. Esa batalla, en el Boyne, había sido decisiva. Desafortunadamente, ninguno de los enfrentamientos aquí, en el Piamonte, había sido muy favorables.

En el mes de junio, el escurridizo duque Victor Amadeus II de Saboya había cambiado de bando y puesto su reino, de ubicación estratégica, a disposición de los aliados que luchaban contre Luis XIV, el preeminente perseguidor de los protestantes. Los ingleses y los holandeses ahora pagaban al gobernante de Saboya un subsidio mensual de treinta mil coronas por utilizar el Piamonte como la base de una invasión a Francia, con la esperanza de que los nuevos conversos descontentos del sur del país se rebelaran. Schomberg era un soldado profesional, al igual que su padre. El viejo duque había servido a Luis XIV durante muchos años hasta que fue obligado a dejar el país en el momento de la Revocación. El duque de Schomberg actual y su ejército políglota esperaban, con frustración creciente, que la engorrosa coalición contra Francia comenzara a movilizarse.

El joven oficial estaba orgulloso de su desempeño, y casi tan orgulloso de su propio aspecto desaliñado en la presencia de su líder, este hijo distinguido del Gran Mariscal Schomberg, que había sido el comandante en jefe de su padre treinta años atrás.

–Entiendo –continuó Schomberg– que es desagradable que nuestros oficiales vean el odio de los lugareños católicos hacia nuestros soldados refugiados y la negativa del comisionado holandés para desembolsar fondos con los cuales pagarles (eso, sin mencionar las riñas de ciertos oficiales suizos y franceses en nuestro medio). Estoy sumamente agradecido por tu confiabilidad en mantener las cosas en orden. Es un lugar lamentable, y soy reacio a enviarte en esta misión.

–Es usted muy amable, Su Excelencia –respondió Armand de Gandon–. Mi aparente imperturbabilidad se debe a que tengo más experiencia en este lugar que la mayoría de mis colegas, pues he estado aquí en el Piamonte, con los *vaudois* desde que comenzó su "Glorioso Regreso" hace un año y medio, y uno se acostumbra a cómo se hacen (o no) las cosas. Sin embargo, quisiera decir una palabra de parte de nuestros propios pobres y desanimados hermanos hugonotes que se apresuraron a venir aquí, en junio, cuando el duque de Saboya se

unió a los aliados. Ellos supusieron que las notables providencias que preservaron a los *vaudois* continuarían, y que la liberación de nuestro pueblo oprimido en Francia pronto llegaría. No solamente ha sucedido poco, sino que estos refugiados a menudo pasan hambre y no tienen un centavo, y nadie sabe decir qué hace el duque de Saboya con el subsidio que el rey Guillermo le paga, ni puede alguien decir si la fuerza de Habsburgo entrará alguna vez a Italia. Solamente los *vaudois*, con su devoción simple e incansable, siguen acosando a los franceses. No me sorprende que nuestros refugiados estén desanimados, señor; me sorprende que no han desertado.

–Dices la verdad –dijo Schomberg con un suspiro–. He escrito vez tras vez a La Haya y a Whitehall,[1] pero nada sucede. Los ingleses están intentando ser ingleses, incluso luego de haberle dado la bienvenida a Guillermo de Orange como su nuevo rey. Los holandeses están contentos por que su príncipe ha sido entronizado ahora en Inglaterra, pero se preguntan si Holanda todavía está en su corazón. Pareciera que la campaña en Italia no es en absoluto nuestro asunto de mayor interés. Es por eso que deseo enviarte para tantear la situación en las Cévennes y Languedoc, y para ver qué podríamos lograr si algún día (espero que pronto) nos encontramos en condición de movilizarnos. No he tenido noticias del capitán Huc durante los últimos dos meses, lo cual no es sorprendente, considerando las dificultades que tenemos en lograr que los mensajes lleguen a destino. Pero, aun así, valoraré tu juicio en cuanto a las realidades del caso.

Schomberg volteó hacia una mesa que tenía a la altura del codo y señaló al mapa de la región alpina de Francia.

–Me gustaría aprovechar cualquier oportunidad que pueda surgir, pero soy consciente de que los *prédicants* en la Iglesia del Desierto no siempre están al tanto de la realidad militar, y que sus esperanzas tiñen su estimación de la situación. Desde el esfuerzo que Vivens desplegó en Florac, hace dos años, he visto poca o ninguna indicación de coherencia y de liderazgo entre estos hermanos. Son devotos y sinceros, pero ¿en cuanto a cantidad de hombres y

equipamiento...? –Schomberg levantó las manos con desesperación, y luego golpeó la mesa con las palmas de ambas manos.

Armand echó un vistazo a la pila de documentos, la carta inconclusa y la botella de tinta al lado del mapa. Se aclaró la garganta y dijo:

–Me siento honrado por su confianza en mí, *milord*, y haré lo mejor que pueda. ¿Puedo solicitar autorización para llevar conmigo en este viaje a un solo acompañante, en vez de media docena de soldados? Se trata de un joven que también ha servido en estas montañas desde la reciente expedición *vaudois*. Es un granadero en la compañía del capitán Julien, pero le tengo afecto y, de hecho, me gustaría mantenerlo conmigo para cuidarlo, si es que pueden prescindir de él.

La sonrisa de Schomberg era casi condescendiente.

–Por supuesto, capitán. Le escribiré al capitán Julien. ¿Cuál es el nombre del muchacho?

–Alexandre Cortot. Es un soldado joven, fornido, confiable y curtido. Si viajamos solo nosotros dos, a pie, no atraeremos mucha atención.

–Desde luego. Ojalá todas las peticiones que llegan aquí fueran tan fáciles de conceder.

Schomberg garabateó unas palabras sobre un trozo de papel y se lo pasó a Armand de Gandon.

–Ahora eres un oficial británico comisionado, capitán, y ya no estás en el servicio holandés.

–En ese caso, milord –dijo Armand, inclinándose y girando para irse–, si usted pudiera persuadir a *monsieur* Vandermeer para que libere suficiente del subsidio a fin de que se nos pueda pagar los sueldos atrasados, me compraré una casaca roja.

–Entiendo perfectamente el mensaje que estás trasmitiendo, capitán –dijo el duque con una sonrisa lánguida–. Pero, espero que puedas hacer que tu atuendo actual dure todavía un tiempo más.

Mientras Armand se dirigía hacia la puerta, el mariscal pensó, para sus adentros: *Con un tratado de alianza con los suizos que pa-*

rece menos probable cada día, un aliado escurridizo en Saboya que probablemente ya está negociando para cambiar nuevamente de lado, un comisionado holandés tozudo que no les pagará a las tropas hasta no recibir más órdenes, y tropas amotinadas de cuatro nacionalidades, creo que sería más placentero ir a donde se dirige el capitán de Gandon que quedarse aquí sentado, mirando cómo se disipan las oportunidades y los cielos se oscurecen.

Aunque Armand estaba contento con su nueva comisión y ansioso por partir, también necesitaba recibir instrucciones más específicas, estudiar los mapas y memorizar nombres y conexiones. Y, por supuesto, tendría que esperar algunos días hasta que llegara Alexandre.

En el comedor de los oficiales, Armand se sentó en una mesa con un teniente malhumorado, que acababa de regresar de una derrota menor en la frontera de Saboya.

—¿Sabías que tu antiguo comandante en el regimiento de Maine —preguntó el oficial—, el *Duc* de Lauzières, está tan enfermo que se ha ido de *Versailles*? Algunos, al principio especularon que podía haber sido echado de la corte, lo cual casi significaría una orden secreta de arresto real para un hombre de su estatus.

Armand colocó su navaja de campaña sobre la mesa y se quedó mirando fijamente a su compañero.

—¿Ha habido alguna acusación pública?

—¡*Mais non*! Para alguien como tú o como yo ese hubiera sido el caso, si de hecho hubiera ofendido al rey (aunque, al parecer, el duque no lo ha hecho). Pero para un hombre de linaje noble como el duque, sería solamente un golpecito en la muñeca; un recordatorio de que todo lo que disfruta en la corte se debe a la gracia del rey. Sin embargo, el duque en realidad está seriamente enfermo, aunque ha mejorado un poco últimamente. El rey pide por la salud del Duc de Lauzières casi a diario, para asegurarse de que los demás cortesanos no se equivoquen con respecto a su estatus actual. El duque es un anciano encantador. Él sabe cómo aceitar la maquinaria en Versalles. Y el rey lo necesita allí.

Armand tomó nuevamente su navaja como si fuera una espada

y cortó el pedazo de carne dura que tenía en el plato. Masticó lentamente, mientras su mente se debatía entre sentimientos encontrados y fragmentos de información que habían sido puestos a un lado durante los últimos dos años.

El Duc de Lauzières estaba realmente enfermo. Lo que más lo afectaba era la gota, pero este no era un mal reciente. Sin embargo, el duque tenía, por lo menos setenta y cinco años de edad, un hombre para quien cada día era una incertidumbre. El primer instinto de Armand fue solicitar permiso a Schomberg para apresurarse a ir al lecho de su antiguo mecenas. Pero no podía hacer eso. Una visita de parte de un soldado comisionado en el ejército británico, ya fuera que tuviera puesta una casaca roja o no, habría sido un incumplimiento de las normas, que sin duda hubiera sido informado en la corte y dañado la reputación del anciano. *Le escribiré una carta expresando mis pésames* –pensó Armand–; *una disculpa, pues ciertamente el favor del rey es endeble, y ese cambio de alguna forma está relacionado con el gran afecto que el duque siempre me tuvo.*

Cuando tuvo un momento de quietud, Armand tomó el tintero y la pluma:

> Cuando Su Excelencia me dejó libre de mis responsabilidades en su regimiento, todavía en mi mente permanecía la posibilidad, como usted seguramente sabía, de regresar a esa tarea y a la protección ofrecida por Su Excelencia luego de resolver ciertas responsabilidades personales, las cuales yo creía que no estaban en consonancia con mi comisión en el servicio de Su Majestad. He sido honrado más de lo que puedo decir por la confianza y el interés que Su Excelencia ha desplegado de tantas maneras, y siempre ha sido mi deseo no parecer desagradecido por los numerosos favores que han dilatado mi decisión durante este último año. El

gran favor que usted ha tenido en mente para conmigo habría sido muy superior a cualquier sueño de gloria, y yo hubiera aceptado con mucha gratitud sus beneficios, si no fuera que eso implicaba tener que intentar servir a dos señores. Yo no había sido fiel a esa herencia de fe que me dejaron mis padres; pero he decidido que no puedo negar al Señor. He visto ahora cuán poco valor puede tener la gloria terrenal y que mis ambiciones anteriores me llevaban por el camino equivocado.

Me tomo la libertad de ofrecerle a Su Excelencia las palabras de Juan Calvino, que están mejor expresadas que las mías: "El tiempo nada es, la eternidad lo es todo; deberíamos aspirar alcanzar la libertad gloriosa y eterna de los hijos de Dios. Seremos suficientemente libres, en medio de nuestra esclavitud, cuando seamos liberados de las ataduras del pecado que tan fácilmente nos asedia, y sabremos cómo gobernarnos a nosotros mismos y a nuestras propias pasiones".

Le suplico que no le eche la culpa a la joven cuya influencia usted ha sospechado. Es decisión enteramente mía. Una vez más, milord, mis más sinceros agradecimientos por sus muchas bondades. Confío que encontrará a otro que podrá satisfacer todas sus expectativas, y que no perjudicará su reputación al asociarse con personas o creencias aborrecibles para aquellos que rodean a Su Majestad.

Armand selló la carta con cera y la colocó en el bolsillo superior de su chaleco. Sería una diversión menor, una vez que llegara Alexandre, que ambos pasaran suficientemente cerca del castillo

de su antiguo comandante para enviar al joven en un rápido desvío, a fin de entregar el mensaje.

También había llegado una carta de parte de Madeleine, una misiva que dejó confundido a Armand. Ella no mencionaba nombres, pero se refería a individuos conocidos por ambos (aunque no había prácticamente referencias a Mathieu). Mencionaba que había estado con el pastor Merson, y que le había pedido consejo sobre varios asuntos importantes. Decía, también, que a su hermano, Louis, que ahora tenía diez años de edad, le estaba yendo bien como aprendiz de imprenta y que deseaba aprender esa profesión y algún día convertirse en impresor él también. Además, Madeleine expresaba su deseo de que Armand y Alexandre se encontraran a salvo y tuvieran éxito. Decía también que *madame* Merson se había resignado a dejar que su esposo regresara a los campos de su labor vitalicia. Con la bendición de su esposa, el pastor haría todo lo que pudiera para animar a los descorazonados, levantar a los caídos y cuidar de los heridos.

No había mención de planificación alguna de viajar a los Norteamérica. Ninguna súplica para que Armand convenciera a Alexandre a unirse a ella en un emprendimiento como ese. De hecho, parecía estar tomando una posición paralela a la que *madame* Merson se había resignado a tomar. Y la única conclusión lógica que Armand podía extraer de la resignación de Madeleine era que ella le tenía cariño.

¿Lo tenía? Si así era, ¿cómo podía Armand cargar sobre Madeleine el peso que oprimía el corazón de la querida esposa del pastor?



Todo estaba listo para partir cuando llegó Alexandre a los cuarteles de los aliados, y así fue que Armand de Gandon y Alexandre Cortot, una vez más, partieron: esta vez para regresar a su tierra natal; para viajar por los senderos curtidos en las colinas del oeste

del Piamonte; por los pasos cubiertos de nieve de los Alpes Cocios que desembocaban en los desfiladeros y los arroyos correntosos de Provenza y Dauphiné, pasando por el castillo del Duc de Lauzières.

Cuando acamparon cerca del castillo del duque, Armand envió a Alexandre con su mensaje dirigido al hombre que deseaba convertirlo en su heredero. Menos de una hora después, Alexandre regresó con dos tenientes. Armand no podía pasar de largo sin comparecer en persona ante el anciano duque.

Luego de un breve saludo, el duque se lanzó en una súplica apasionada en favor de su causa.

–*Mon fils*, es más que solamente un deseo tenerte cerca durante mis últimos años, y tú entiendes cuánto me agradaría verte establecido en la carrera para la cual tu genio militar te califica –la voz áspera del duque se convirtió en un susurro, como si temiera que sus sirvientes del otro lado del cuarto pudieran escuchar y repetir lo que estaba a punto de decir. Las palabras crepitaban en sus gruesos labios:

–Cómo me gustaría ganarle por estrategia a Madame de Maintenon, aunque sea una vez. Quizás no te percates de ello, pero el hecho es que es ella, más que cualquier otro, más que *Pere* de La Chaise con su astuta piedad, más que Louvois con sus visiones de grandeza militar, es *ella*, Maintenon, quien tiene en sus manos el corazón del rey, quien inspira su necesidad apasionada de controlar las conciencias de todos sus súbditos.

El rostro del anciano estaba lleno de arrugas y sus mejillas colgaban por el peso de los años, pero sus ojos brillaban.

–Sabes, Armand, en el mejor de los casos, yo mismo soy un escéptico. No estoy seguro si Dios debe ser temido o puesto a un lado como un chiste, pero no puedo encontrarle sentido al derroche de los recursos humanos y materiales de la nación con el único fin de unificar a todos los franceses bajo el catolicismo. ¡*Ce n'est pas possible*![2]

Con ambas manos, el duque bajó el pie izquierdo hinchado desde su taburete al piso y se inclinó hacia adelante como si quisiera ponerse de pie.

–El ejército del rey es lo único que ama más que a Maintenon. Y el ejército sufre mucho porque no puede encontrar líderes ni soldados comunes de la calidad que anteriormente le aportaban las comunidades hugonotas. Tu hoja de servicios, *mon fils*. Tu *historial*. Ese día, en el campo de batalla en el Palatinado, sostendrá la imaginación de la nación para siempre. No eras más que un muchacho de menos de veinte años, pero en todos los sentidos eras el hijo de tu padre. Salvaste a tu regimiento completo gracias a tu rápida acción. Desgraciadamente, perdí a mi único hijo ese día, pero me prometí a mí mismo que desde allí en adelante tú ocuparías su lugar.

Armand estaba a punto de hablar, pero el duque retomó su ruego.

–Consiente los deseos de un anciano, Armand. Lo que importa es Francia. Uno debe ser patriota en primer lugar y cuando, como yo, ya no pueda defender a Francia en el campo de batalla... –la suspicacia acostumbrada del duque se había ido, y sus ojos se humedecieron–. Solamente puedo atender al rey en la corte. Es mi única esperanza de ayudar a mi patria. ¿Que el rey es mi amigo? ¿Quién tiene amigos? Al fin y al cabo, lo único que uno tiene es su familia.

El duque estiró la mano, con la palma hacia arriba, como si estuviera pidiendo un pequeño regalo tangible que pudiera asir.

Armand intentó hablar dos veces antes, de que las palabras finalmente salieran.

–Amo a mi país. Amo a Francia, *milord*. Amo a mi rey y lo amo a usted.

–Entonces, Armand, conviértete. Al menos finge tu conversión. La supervivencia, he descubierto, requiere de cierta flexibilidad de conciencia. Nadie esperaría que coquetees en la corte. Siempre serías el hombre de acción en el campo de batalla, siempre perdonado hasta de los entrometimientos de los capellanes, pues ya sabes cómo revolotean como mariposas sobre un estercolero. Todo sería pasado por alto. Más que probablemente, todo sería perdonado.

–No puedo –dijo Armand, estirando su mano temblorosa para tomar la mano arrugada del duque.

No lograba juntar las fuerzas para explicar una vez más lo que pensaba que había dejado en claro en la carta que todavía estaba abierta sobre la falda del anciano duque–. Estoy viajando rumbo a Languedoc.

–¡*Mais oui*! En mi entusiasmo, me olvido de que tú, también, tienes asuntos que requieren de tu atención. *Eh bien*. Hay tiempo. Estaré aquí por seis meses más, por lo menos, "para recuperarme" lo suficiente como para aguantar las demandas de la vida en Versalles. Regresa por este mismo camino, Armand.

El tono de sarcasmo usual había desaparecido de la voz del duque, reemplazado ahora por acentos tan esperanzados que Armand sentía que su corazón se rompería. El duque sonrió.

–Al menos tenemos el consuelo de buena comida. Mejor aquí que en Versalles, ¿verdad? –dijo el duque–. Ven, Armand. Tenemos tiempo para comer antes de que te vayas.



Madeleine todavía no se había acostumbrado a despertar sola en su catre. Aunque había sido difícil tener con ella a su frágil hermana menor, Louise, había hallado consuelo en tenerla cerca durante las noches, besándole la fría mejilla mientras dormía, tomándole la pequeña mano cuando la extendía buscando tranquilidad en sus sueños agitados. Y ahora Louise estaba muerta. Madeleine lloraba en silencio. Cada una de sus compañeras, en este cuarto en el ático, sufría sus propias aflicciones. Todos habían perdido lo que más querían: padres, hermanos, hermanas, amigos... y el hogar.

Ya casi llegó el verano –pensó Madeleine–, *y en casa en Saintonge el sol brillará hoy sobre las relucientes praderas de pasto reverdecido, los nogales florecientes y los techos brillantes, blancos y rojos de Saint-Martin.*

A través de las ventanas, aquí, el cielo gris se aclaraba cada vez más. Pero hoy, al igual que ayer, comenzaría y terminaría con niebla, y sus propios pulmones le dolían por causa de la humedad y el frío, que había arrebatado a Louise de su lado.

Bueno –pensó resuelta, poniendo a un lado su dolor–. *Louise está muerta, y la salvación de su alma está sellada. De eso estoy muy segura. Pero yo no estoy muerta, y Louis está vivo. Ruego a Dios que Alexandre y Armand también lo estén. Una debe cobrar ánimo y seguir adelante.*

–Si la ayuda hubiera llegado antes... Si pudieran haberse ido todos a los Norteamérica hace dos años, la pobre Louise quizás... –había sugerido una de las empleadas del lavadero la noche anterior, cuando se encontraban recostadas en dos camas contiguas en el ático que les servía de habitación.

Madeleine había reprimido el llanto que había querido surgir.

–*Mais oui*, Elaine. Fue una afección de los pulmones contraída por el frío y la penumbra de estas costas húmedas del Mar del Norte. Louise se había criado en el clima templado del sur.

---

[1] Nombre de la calle de Londres donde se encontraba (y aún se encuentra) la administración central británica.

[2] ¡No es posible!

Capítulo 9

Escape de la prisión

Luego de disfrutar de la suntuosa hospitalidad del duque, Armand y Alexandre partieron una vez más, cruzando el Ródano y dirigiéndose hacia las Cévennes. Armand, por supuesto, visitó su propia heredad, una finca de piedra en el *garrigue*, la segunda meseta luego de las planicies. Aquí, un bosque de pequeños arbustos y árboles competían con el pasto floreciente. Entre encinos enanos, olivos silvestres y pinos piñoneros, todavía se sembraban algunos campos de trigo y de cebada. Algunos parrales luchaban por dar fruto en la tierra rocosa y poco fértil, y un huerto añejo de manzanos y ciruelos se inclinaba sobre las paredes y los edificios de piedra que estaban cada vez más desmoronados. Eso era todo lo que quedaba de la gran finca que alguna vez había sido administrada, y hasta expandida, por el bisabuelo de Armand cuando los protestantes dominaban esta región.

Armand se disculpó con Alexandre Cortot, al acercarse al antiguo *château*.

–Se comenzó a venir abajo en la época de mi padre, pues a él siempre le importó más proveer de refugio para los hermanos sin hogar que obtener ganancias. Como verás, se ha arruinado más aún bajo mi administración.

–Eso suele ocurrir cuando el dueño está ausente –comentó Alexandre–. No puedo imaginarme en qué se han convertido las tierras de mi padre; aunque hace cinco años las granjas eran productivas y las casas estaban bien arregladas y seguras.

–Me temo que nos hemos vuelto como los suizos –dijo Armand–. Cuando la tierra no puede sustentar a algún caballero,

se ofrece como soldado al duque o al rey que ofrezca el mejor pago. Papá no aguantaba la vida en Versalles, y cuando enfrentó la decisión de tener que elegir entre el ejército y la corte, eligió la espada. Yo era tan joven como lo eres tú ahora, Alexandre, cuando murió mi madre y me fui con mi padre.

Luego de una comida simple de pan, queso y fruta seca, Armand dedicó una hora a resolver algunos asuntos con su administrador, un hombre sencillo con un hombro ladeado, pues se le había fracturado hacía mucho al caerse de una parva de trigo.

–Has hecho bien, siendo que eres económicamente independiente –dijo Armand, elogiando a este mayordomo de segunda generación.

–Casi somos como dueños libres –dijo el hombre, con su rostro curtido ensanchado por una sonrisa–. Usted ha solicitado poco, y nos las hemos arreglado. Es mejor no prosperar demasiado como para llamar la atención. Estamos en un lugar remoto. Los dragones del rey no están muy interesados en el aire fresco que sopla sobre la lavanda y el tomillo silvestres.

–Y el romero –añadió Armand, aplastando un brote entre el pulgar y el dedo índice.

–El zapatero les puede facilitar un par de botas nuevas a cada uno; pero lamento que no tengamos nada que ofrecer para reemplazar su uniforme.

Armand se encogió de hombros.

–Es mejor para ustedes que no me vean mucho por aquí. Y es mejor para mí que me parezca lo menos posible a un caballero.

–Entiendo –respondió el administrador–. Yo sé quién soy y quién es usted, pero cuando llegan los cobradores de impuestos yo soy el propietario: un pobre hombre luchando bajo la adversidad con más campesinos que lo que la tierra puede sustentar. Así es mejor.

–*Vraiment* –dijo Armand–. Si yo no regreso, esa será tu condición verdadera. *Continuez, mon ami*.

Armand y Alexandre llenaron sus mochilas y continuaron el viaje al día siguiente. Rodeando los pueblos y las aldeas, ascendieron las laderas de piedra caliza cada vez más pronunciadas de las Cévennes.

Desde las crestas de las colinas podían ver las hileras de picos color granito azul, que se perdían en el horizonte. En los valles entre esas cumbres, se encontraban las inhóspitas tierras altas, el refugio de los hugonotes desde el comienzo de la Reforma 150 años antes. Era una tierra de pequeñas aldeas y de rediles de ovejas, una tierra de niebla, bruma, vientos fuertes y muchas piedras.

En estas laderas, los matorrales espinosos y las hierbas ocasionalmente eran interrumpidos por arboledas de nogales o árboles aislados. Era más fácil caminar por los antiguos senderos, por más precarios que fueran. Pero Armand y Alexandre no deseaban encontrarse con la milicia católica que merodeaba las estribaciones; y era mejor que pocas personas los vieran, incluso los que fueran amistosos. Ese día, una brisa primaveral cálida barría el terreno agreste, y Armand intentaba, siempre que fuera posible, seguir los senderos de los animales entre los árboles, pues a la sombra hacía un poco menos de calor para trepar que por las superficies rocosas brillosas.

Alexandre, caminando por delante, repentinamente levantó la mano, con la palma hacia atrás. Había visto a una persona más adelante, sentada sobre una roca bajo un árbol grande, mirando hacia el lado contrario al que venían ellos. Armand avanzó en silencio, con una mano metida en el saco sobre su pistola. Pero entonces, sonriéndole a su compañero, Armand se dio cuenta de que se trataba de una niña que, tomada completamente por sorpresa, se les quedó mirando boquiabierta, con grandes ojos pardos. Si había pensado escapar, estaba en gran desventaja, porque tenía uno de sus zapatos en la mano. El calzado estaba en muy malas condiciones, y la niña estaba intentando repararlo.

Armand supuso que la niña era apenas una adolescente. Era rubia, y su rostro delgado estaba cubierto de sudor y mugre. Su ropa, que no era el atuendo tosco de un campesino sino el atavío oscuro de las clases respetables, estaba cubierta de polvo.

La niña dejó caer el zapato que tenía en la mano y se sentó bien

erguida, con las manos aferrándose de la roca como si estuviera lista para saltar. Su mirada reflejaba desconfianza.

Estas realmente son épocas extrañas –pensó sorprendido Armand. Por lo que podía ver del cuello raquítico y el pecho de la niña, no tenía ni cruz ni amuleto alguno puesto. Evidentemente no era una campesina; pero entonces, ¿qué hacía en este lugar inhóspito vestida tan formalmente? Casi con certeza se trataba de una fugitiva protestante.

Armand hizo una pequeña reverencia y se quitó el sombrero.

–Mis disculpas, *mademoiselle*, por haberla asustado. No esperábamos encontrar a una jovencita aquí.

Aunque el tono de Armand era amable, la niña siguió mirándolo fijamente con los labios fruncidos.

–Somos soldados, *mademoiselle*, y estamos visitando nuestra tierra natal aprovechando el descanso entre campañas militares. ¿Serías tan amable de decirnos quién eres y qué te trae a este lugar desolado? ¿Podemos ayudarte en algo?

Finalmente, mirando hacia una montaña distante, la niña susurró:

–Voy camino a visitar a unos amigos.

Alexandre esbozó una pequeña risa burlona. La niña giró para examinarlo fríamente de pies a cabeza.

–¿Este niño también es un soldado, *monsieur*? –le preguntó a Armand.

Divertido por el espíritu de la niña, Armand habló en seguida antes de que Alexandre tuviera tiempo para digerir el insulto.

–Sí, *mademoiselle*. Ambos hemos estado en las campañas de Irlanda y de Saboya. Créeme, no te haremos daño. Por lo que veo, sin embargo, tú no estás vestida con ropa de campo; y sospecho, *mademoiselle*, que tú eres de la Reforma y te has ido de alguna ciudad apresuradamente. Nosotros también somos reformistas, y no te delataremos.

La niña asintió con la cabeza, aunque sus labios seguían fruncidos.

–¿De dónde eres? –preguntó amablemente Armand.

Ella abrió y cerró la boca dos veces, antes de contestar.

–Nîmes. Me he escapado de la Casa para Católicas Nuevas.

–¡Nîmes! –exclamó Armand–. ¡Eso queda bastante lejos, para llegar caminando hasta aquí! ¿Cuándo te fuiste de allí?

–Ayer por la mañana.

–Debes haberte apresurado para llegar tan lejos.

–Bueno, me fui durante la Misa matutina.

–¿Qué has podido comer desde entonces? –preguntó Armand.

–Encontré algunas moras... y alguna que otra cosita más –concluyó la niña vagamente.

–¿Te gustaría comer algo ahora? –preguntó Armand, bajando su mochila.

Aunque seguía con una actitud desconfiada, la jovencita no podía esconder el hambre que tenía. Armand le ofreció una tira de carne desecada, y se conmovió al ver la manera en que esta niña orgullosa y hostil no pudo evitar engullir el trozo de carne. Le dio una segunda tira y luego un trozo de pan negro, que ya estaba seco y poco apetitoso. Desapareció enseguida. Solamente cuando hubo terminado todo la niña miró hacia arriba y le dijo recelosamente a Armand:

–Gracias, *monsieur*.

–Debemos continuar nuestro viaje –dijo el oficial, sintiéndose un poco incómodo–. Si tu viaje te lleva en la misma dirección que vamos nosotros, estaríamos felices de que nos acompañaras.

La joven no se movió. Armand sentía que las cortesías eran todavía incompletas.

–Lamento, *mademoiselle*, que el motivo de nuestro viaje nos impida decir nuestros nombres, pero espero que sepas disculparnos –Armand extendió la mano y la ayudó a ponerse de pie.

Cuando lo hizo, la joven era un poco más baja de estatura que Alexandre, pero no demasiado.

–Me da lo mismo –dijo ella secamente, poniéndose el zapato raído. Comenzaron a caminar.

La joven ocasionalmente miraba de reojo con desconfianza a sus escoltas. Armand miró a Alexandre y levantó una ceja. Alexandre hizo una serie de caras y se encogió de hombros a espaldas de la

niña, como si dijera: "¿En qué nos hemos metido?"

Luego de caminar unos minutos, Armand volvió a intentar.

–¿Sabes, *mademoiselle*?, si deseas puedes hablarnos y decirnos en qué podemos ayudarte. Mi amigo también escapó de una Casa para Católicos Nuevos cuando era más joven, y yo mismo ayudé a rescatar a una joven de un convento. Somos tus hermanos en la fe.

–Eso suena todo muy lindo, *monsieur*. ¡Habrá que ver! –el tono de la joven era amargo. Siguieron caminando fatigosamente.

Luego de un tiempo, ella rompió el silencio.

–Disculpe, *monsieur*. No debí haber sido maleducada, pero esta es la tercera vez que me he escapado de esa casa de adoración idólatra, y no regresaré jamás. ¡Sin importar lo que me puedan decir! –añadió enfáticamente.

Una vez que superó su reticencia a hablar, no hubo forma de pararla. El padre de la joven, un comerciante adinerado, había ido al exterior antes de la Revocación y la había dejado con una tía en Nîmes. Ella no sabía nada del paradero de su padre. Su tía la había llevado a las reuniones nocturnas cuando *monsieur* Rey había comenzado a predicar, contrariando la orden del rey. Habían sido delatados, por lo que la joven fue llevada a un convento, una Casa para Católicas Nuevas, con unas trescientas niñas más, para enseñarles el catecismo, además de las materias escolares normales. La primera vez que se había escapado regresó junto a su tía, y habían intentado escapar del país. Pero el guía era un ladrón. Se escapó con el dinero y tuvieron suerte de no haber sido arrestadas antes de regresar a Nîmes. Allí, la niña fue castigada y la tía debió pagar una multa severa.

–¿Así que esta Casa para Católicas Nuevas no está en Nîmes? –dijo Armand, comenzando a entender la situación.

Ella no había *salido* de Nîmes sino que esperaba *regresar* a dicha ciudad.

La joven arqueó una ceja al oír la pregunta, pero continuó hablando sin contestar.

–La segunda vez llegué hasta una aldea cerca de Nîmes, a la

casa de uno de los ancianos de la iglesia, que también era un amigo de la familia. ¡Qué Judas resultó ser! Me entregó a las autoridades. "¡Debes entender", me dijo –repitió la joven, imitando al hombre con un tono fingidamente delicado y piadoso– "que no puedo tener problemas con las autoridades!" Así que, ¿en quién puedo confiar? –exclamó con desesperación–. ¿Hay *alguien* en quien pueda confiar? El anciano ese repetía una y otra vez: "Tú entiendes, querida, que estos días uno no puede hacer lo que desee, ¿verdad?" Por lo que fui llevada nuevamente a ese lugar, y le dijeron a mi tía que si volvía a suceder la podían llevar presa a ella también. Mi tía les dijo que hicieran lo que quisieran con ella ¡con tal de que yo pudiera escapar antes de que destruyeran mi alma! Esta vez no me acercaré a ningún conocido. No quisiera que puedan acusar a mi tía. Cuando llegue al Refugio le escribiré, y quizás ella pueda irse más adelante también.

El sendero se volvió más empinado, pero la joven mantuvo su perorata ininterrumpida. Armand no sabía a qué refugio se refería, pero decidió no preguntar.

Nuevamente comenzó a ordenar sus pensamientos. El hogar de esta niña quedaba en Nîmes. La Casa de la cual había escapado estaba en algún pueblo cuyo nombre no había mencionado hasta el momento. Y buscaba refugio en un tercer lugar, que obviamente no deseaba identificar. Y, sin embargo, manteniendo el secreto y omitiendo la mayor parte de la información específica, la joven continuaba con su historia.

–Esta vez con otra niña nos fuimos demorando cuando nos llevaron a la iglesia. Nos hicimos las distraídas entre las columnas, y cuando ninguna de las hermanas nos podía ver salimos corriendo por la puerta, calle abajo. Nos separamos en el mercado, y no sé qué le sucedió a ella. Quizá no hayan notado nuestra ausencia de inmediato; quizá no hasta que regresaron al convento. ¡No confiaban en mí ni un poquito! Espero que la vieja "Narizroja" sea culpada por perderme de vista. La hermana Marie-Joseph, esa vieja buitre –añadió con afán de venganza–. Tiene todos los dientes negros.

—¿Te das cuenta, *mademoiselle* —dijo Alexandre cuando la joven hizo una pausa para respirar—, que has estado caminando hacia el oeste? ¿O pensabas buscar refugio en la España católica?

Armand se percató de que la niña no sabía en realidad adónde quería ir. Aunque se quedó en silencio, la joven luchó por mantener su dignidad mientras caminaba trabajosa pero tercamente.

Alexandre no estaba dispuesto a dejar de lado el asunto.

—¿Sabes? —dijo Alexandre, un poco demasiado compasivamente como para sonar sincero—, la primera persona que te vea va a sospechar de ti. Es imposible que no llames la atención si estás vagando por allí vestida como una persona de calidad.

—¡Yo *soy* una persona de calidad! —dijo ella bruscamente.

Alexandre soltó una carcajada. La única respuesta de ella fue una mirada furiosa.

El calor estaba empeorando y las superficies rocosas resplandecían como brasas encendidas, pero aun así la niña llevaba su triste calzado en la mano. Armand se dio cuenta de que le debía doler más caminar con los zapatos puestos que lo que le dolía caminar descalza en este sendero rocoso. Sintió compasión, pues recordó sus propios viajes largos con calzado similarmente inapropiado.

Llegaron a lo alto de una colina donde un fuerte viento refrescaba el aire. Allí se apoyaron sobre la hierba áspera de la ladera, mientras los grillos cantaban. Armand estudió a sus dos compañeros disimuladamente. Alexandre y él podían pasar por vagabundos, reclutas, desertores o *colporteur* con sus mochilas. Con prudencia, podían circular casi en cualquier aldea sin levantar muchas sospechas. Pero era muy diferente estar acompañados por una niña. Tenían un propósito definido en este viaje, y no podían darse el lujo de perder tiempo o provocar sospechas. ¿Qué dirían los *prédicants* o el capitán Huc si se aparecían con una niña a cuestas? Pero tampoco podían dejarla a la deriva. Alexandre la miraba de reojo. La joven, mirando fríamente al frente y todavía enojada con Alexandre, quizás estaba más cansada de lo que quería reconocer.

—¿Sabes, *mademoiselle*? —comenzó a decir el oficial—, estamos

en una misión que requiere prisa, y me temo que no podremos viajar mucho contigo.

Con palabras fuertes y apropiadas, ella contestó que eso la tenía sin cuidado. Alexandre fingió estar sorprendido:

–¿Dónde aprendiste eso? ¿En el convento o de tu tía?

Ella lo ignoró, apoyándose en la ladera y pasando el peso de su cuerpo de un pie dolorido al otro. Sin duda, no tenía idea alguna de dónde estaba ni a dónde iba el sendero.

La traspiración le caía en pequeños hilos por el rostro y el cuello llenos de polvo. Evitaba mirar a Armand y a Alexandre a los ojos. Armand no estaba seguro de si la joven intentaba parecer despreocupada o si tenía temor de perder el control si su mirada se encontraba con ojos compasivos. ¿Tendremos lágrimas? –se preguntó Armand, consternado.

–Es triste que no pueda venir con nosotros –insistió el insensible Alexandre–. Podría habernos cocinado y lavado la ropa, y añadido a nuestro stock de expresiones informales.

La niña le lanzó una mirada fulminante al joven.

–Suficiente, Alexandre –dijo Armand ásperamente, aunque se preguntaba si al fin y al cabo el hostigamiento tendría un final feliz. Ahora ella probablemente se caería muerta antes de exhibir cualquier señal de debilidad frente a su atormentador. Intentando ser pragmático, hasta un poco engatusador, Armand dijo:

–No, *mademoiselle*, no me malinterpretes. No podríamos dejarte abandonada aquí; pero cuando lleguemos a una de nuestras aldeas tendremos que pensar en algo para ti. Nos queda un viaje largo y difícil, y no estarás segura por ti misma aquí afuera.

–Yo lo estaba haciendo todo bien hasta que llegaron ustedes dos –dijo encogiéndose de hombros la niña, con indiferencia–. Pero, mientras viajemos juntos no los haré retrasarse.

Armand le lanzó una mirada de advertencia al muchacho antes de que respondiera a tan ridícula falsedad. Luego se puso de pie.

–Tenemos mucho por recorrer antes del anochecer –dijo calladamente–, así que, prosigamos.

Caminaron sin hablar, y varias veces Armand tuvo que aminorar la marcha. Alexandre lo miró seriamente, pero por lo menos no hizo ningún comentario en voz alta.

Ya era oscuro cuando llegaron a la finca de un pastor de ovejas, cuyos edificios de piedra, que se estaban viniendo abajo, apenas podían distinguirse de los escombros de una avalancha reciente. Susurrando una contraseña, fueron llevados a prisa a una buhardilla sobre el cobertizo que utilizaban para albergar a las ovejas mientras parían sus crías. Allí recibieron platos de potaje frío de carne de oveja y cebada, y un jarra de agua suficientemente fría como para hacer que, al comerlo, el sebo de la carne se convirtiera en sebo para vela.

–Tenemos un problema con la ropa de la niña –sugirió Alexandre cuando la esposa del anfitrión vino para recoger los platos.

La muchacha estaba demasiado dormida como para decir algo mientras Armand persuadía a la mujer para que le diera algo de su propia ropa (una blusa y una falda), a cambio de las vestimentas mejores que la viajera tenía puestas.

Quizá la codicia ayudó a que se llevara a cabo el intercambio, pero el matrimonio de campesinos fue inflexible cuando los soldados intentaron convencerlos de que cuidaran de la niña hasta que se pudiera hacer algún arreglo para sacarla de esa región.

–Sería la vida de ella por la nuestra, y todos seríamos ahorcados –dijo el hombre, un poco enojado.

Recordó entonces que tenía un mensaje dejado por un mensajero hacía un tiempo, y lo sacó de debajo de un comedero de ovejas.

–Será mejor que estén fuera de mis tierras antes de que haya luz suficiente para reconocerse en la bruma matutina –insistió al entregar el mensaje. Armand no estaba seguro de si el comentario había sido un consejo o una amenaza.

Con los últimos parpadeos de la vela, Armand leyó el mensaje. Los predicadores hugonotes Vivens y Brousson habían avanzado tierra adentro antes que ellos. El soldado se percató de que ahora su camino sería más peligroso que antes, pues las autoridades ha-

bían sido alertadas con posible resistencia por parte de los pobladores de las montañas.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, Armand se puso de pie a la puerta del cobertizo en el que habían dormido y susurró:

–¿Y ahora qué hacemos, Alexandre? –pronto amanecería y tenían que partir–. ¿Qué hacemos con la muchacha? –repitió Armand–. No la podemos dejar con esta gente miserable.

Alexandre permaneció mudo. Se encogió de hombros. Habían dormido sobre parvas de heno y de cebada para que, si su hogar era allanado, el propietario pudiera afirmar que no sabía que había extraños en su cobertizo. El objeto de su preocupación todavía dormía, exhausta; un bulto sin forma sobre la parva de heno. En estos tiempos de sacerdotes sospechosos, falsos hermanos y allanamientos de la milicia sin previo aviso, los pastores de ovejas no podían arriesgarse a tener a una extraña en su hogar, incluso si la fugitiva estuviera dispuesta a quedarse.

La muchacha, que hasta el momento había rehusado decir su nombre, se había quedado dormida profundamente la noche anterior y Armand la había llevado en brazos como un gatito perdido hasta su nido en el granero. No tenía el coraje para abandonarla; aunque, al igual que un gatito, evidentemente también sabía escupir.

–Tendremos que intentar ubicar a los *prédicants* lo antes posible. Seguramente conocerán a personas de confianza con los que podamos dejarla. Pero por ahora, nos veremos obligados a llamar la atención al llevar a una niña con nosotros, y tendremos que caminar a la velocidad de ella. Entonces, ¿qué hacemos? –Armand se estaba hablando en parte a sí mismo y en parte le hablaba a Alexandre. Se sorprendió cuando Alexandre dijo resueltamente:

–Estoy seguro de que ella puede hacerlo.

Armand miró con curiosidad a Alexandre y entró en el cobertizo para ver si podía despertar a la *mademoiselle*.



El siguiente contacto que tuvieron al descender de las montañas fue con un antiguo amigo y compañero de armas de Armand en el regimiento de Maine, que había mantenido su viñedo próspero al fingir su conversión. Era aquí donde Armand esperaba encontrarse con los *prédicants* (líderes locales de "la Iglesia en el Desierto"). En una bodega de vino sin ventana, se sentaron sobre barriles vacíos, mirándose el uno al otro a la luz tenue de una vela.

El Chevalier de Paynole y su esposa no eran personas felices. Su posición era extremadamente delicada, pues él era responsable por la paz de la parroquia. Explicó que si los intransigentes se aprovechaban de su tolerancia como un antiguo hermano en la fe y celebraban reuniones en sus tierras, él se veía obligado a actuar o, de lo contrario, corría el riesgo de perder su posición, su propiedad y, quizá, su libertad. Sin embargo, *madame* de Paynole, con una expresión compasiva, aceptó tomar a Judith, que finalmente había dicho su nombre, como una sirvienta de cocina.

Más tarde, cuando los hombres se habían ido de la casa solariega y se dirigían a una dependencia de la finca, uno de los *prédicants* comentó:

–Nuestros "nobles" anfitriones desean mantener lo que tienen en el mundo, pero también desean su salvación. Por lo tanto, esperan poder obtener la salvación sirviendo al pueblo de Dios, ¡siempre y cuando no sea demasiado peligroso!

Cuando los viajantes se preparaban para partir la tercer mañana, Armand se dirigió a la cocina para despedirse de Judith. La niña valerosa, acostumbrada a las comodidades burguesas, no estaba tan feliz como Armand y Alexandre de permanecer en la cocina y no poder continuar el viaje por las colinas. Aunque entendía que el viaje de ellos era difícil y peligroso y que ella era demasiado joven como para servir de mensajera, las lágrimas le brotaban de los ojos. Manchada con hollín, con las piernas al aire y calzado de madera, era imposible distinguirla de los demás sirvientes en la inmensa cocina de la mansión, donde ahora pasaría largos días desplumando aves de corral y fregando ollas.

–He hablado con todos los hermanos que conocimos aquí –le dijo Armand–. Esperaba que los *prédicants* y los mensajeros supiesen cómo enviarte a algún lugar seguro de inmediato. Pero con los famosos predicadores en esta región, la situación está mucho más peligrosa para todos nosotros. Te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para encontrar una forma de ayudarte a salir de Francia; pero mi mayor preocupación en este momento es sondear la verdadera situación de las Cévennes y sus inquietos habitantes, y enviar esa información a los líderes en el exterior.

Judith se frotó la mano, de piel seca y agrietada, en la falda, mirando sus zuecos de madera.

–Supongo que tendré que conformarme con esto –balbuceó, secándose las lágrimas primero de un ojo y luego del otro.

Armand notó la forma en que Alexandre y Judith evitaban mirarse a los ojos pero se observaban casi constantemente, como si les costara despedirse. Un romance naciente, probablemente. La sonrisa que se le dibujó en el rostro a Armand reflejaba sus propios recuerdos agridulces. ¿Qué posibilidad había de que el amor de ellos madurara en medio de esta conmoción?

–Si logro llevarte hasta mi propia propiedad te tratarán bien –prometió Armand–. Mi administrador nunca ha abrazado la fe reformada, aunque siempre simpatizó con nosotros mientras vivía mi padre y durante los años que siguieron a su muerte. Alexandre y yo regresaremos tan pronto encontremos una forma segura de sacarte de Francia. Pero, hasta entonces, la cocina de *madame* Paynole es lo mejor que podemos conseguir para ti.

Armand envió una carta a su administrador a través de un mensajero que iba camino a Toulouse. Luego, se abocó a la tarea de terminar su gira de reconocimiento para la corona británica.



Armand y Alexandre se movilizaron rápidamente por toda la región de Languedoc durante las siguientes semanas, conscientes

de que era peligroso demorarse en cualquier lugar fijo. La Iglesia del Desierto, en coma desde hacía casi cuatro años, estaba siendo reavivada por la presencia del abogado que se había transformado en un predicador, Claude Brousson, y quien por momentos lo acompañaba, el apasionado François Vivens. Como un médico con los dedos sobre la muñeca del movimiento para tomarle el pulso, Armand intentó identificar en cuáles de los miembros de la nobleza, de los comerciantes y de las aldeas llenas de campesinos sin estudios podían confiar, para que apoyaran un liderazgo organizado en una posible rebelión contra Luis XIV.

El duque de Schomberg, Armand lo sabía, dudaba de que hubiera cincuenta mil hombres capaces de portar armas y seguir a líderes verdaderos, tal como lo afirmaban Brousson y Vivens. Según los cálculos de Armand, una cifra más realista era unos diez mil hombres.

Dos veces Armand envió informes a través de mensajeros a Schomberg, en sus cuarteles en el Piamonte italiano. El tercer mensajero regresó poco tiempo después de su partida del escondite secreto temporario de Armand, en una cueva que se encontraba en la parte superior del desfiladero del río Tarn. La respuesta más reciente de Schomberg había sido interceptada, informó el mensajero. Schomberg había tenido que abandonar su centro de operaciones en el castillo. Los británicos estaban retirando sus fuerzas de Italia, y Armand no debía intentar contactarlos nuevamente.

–Eso significa, por supuesto, que nuevamente estamos desempleados y no recibiremos pago alguno por esta expedición tampoco –comentó Armand, acurrucado con Alexandre frente a un pequeño fuego en la boca de la cueva.

–Salvo por la falta de calzado, no estoy sufriendo –dijo Alexandre, con su acostumbrada aceptación de cualquier revés que se presentara–. Cuanto más harapientos nos veamos, más fácil será desaparecer entre los aldeanos.

–Cada día suenas más como un soldado veterano y experimentado, *mon ami*. Creo que ya estás comenzando a tener barba –comentó Armand con mejor humor que el que sentía realmente–. Si

tuvieras un bigote, serías casi tan apuesto como si tuvieras todos los dientes.

Alexandre fingió estar enojado.

–¿Cómo podría cubrir la evidencia de mi valentía? –y luego rió con ganas–. Te equivocas, capitán. Esta es una marca de honor, pues los perdí cuando llevé a cabo mi primer escape de la cueva del dragón.

Armand arrojó otra raíz seca de olivo al fuego y se sentó con el último trozo de pan duro que le quedaba.

–Entonces, vayamos a Gandon. Allí podemos alimentarnos bien y conseguir calzado nuevamente, mientras decidimos adónde viajaremos después.

–¿Qué hay de *mademoiselle* Judith?

La voz del muchacho se quebró con esa pregunta. Se alejó de la luz del fuego por unos instantes y luego regresó, con la espalda recta.

–No podemos dejarla en Paynole.



Cualquier suposición que Armand de Gandon pudo haber tenido de la seguridad de Judith o de su habilidad de mantener el anonimato resultó equivocada. Los espías del *Intendant* Lamoignon de Bâville habían estado ocupados y las autoridades estaban al tanto de que había oficiales extranjeros circulando por el interior. Informes como esos eran mucho más alarmantes para Bâville que el mal comportamiento de los lugareños. Acoplados a los informes de que las asambleas se estaban volviendo más numerosas, la presencia de agentes extranjeros sugería que algo grande estaba en marcha. Por lo tanto, el *intendant* decidió hacer una de sus barridas periódicas por el distrito, animando a los sacerdotes y a la milicia y dando aviso a los subversivos de que las autoridades estaban vigilando de cerca. Su comitiva incluía clérigos, soldados y un verdugo. El juez local los acompañaba, un oficial "más católico que el papa" y ansioso

por causarle una buena impresión al *intendant* por su severidad con cualquier hereje desafortunado que pudiera caer en sus manos.

Cuando el grupo llegó a Paynole, se instalaron en el *château*, y el dueño de casa y su esposa no tuvieron otra opción que proveer hospedaje y hacerse a un lado, nerviosamente, mientras el *intendant* y el juez arrojaban sus redes interrogando, arrestando y enviando a juicio en Arles o Montpellier a un grupo de sospechosos mezclado. La milicia católica local, galvanizada por la presencia de tales luminarias en su medio, salían casi todas las noches para rastrear los lugares de reunión informados por los clérigos locales y sus espías.

La cuarta noche, un *prédicant* joven llamado Romans fue sorprendido en una buhardilla en una aldea cercana, fue identificado como hereje y llevado al *château* triunfalmente. La captura no fue tan buena como si fuera un oficial extranjero, pero suficientemente buena como para tener un juicio y una interrogación que pudiera llevar a más arrestos, y luego una ejecución pública gratificante cuando el prisionero fuera sentenciado. Dado que se esperaba que pudieran convencerlo de proveer pistas valiosas que los llevaran a sus colegas, el prisionero no fue colgado de inmediato, sino que fue encerrado en una celda improvisada en una bodega vacía en el piso superior del *château*. La pieza era considerada segura porque se ubicaba al lado de la que estaba utilizando el *intendant*. Las dos ventanas pequeñas de la bodega, que daban hacia el patio interior central, tenían barrotes de hierro para evitar que ingresaran ladrones, la puerta pesada estaba asegurada por un enorme cerrojo, y colocaron un guardia a la puerta. Por la mañana, un escolta llevaría al prisionero a su fatídico destino en Montpellier.

Aunque no se habían dado instrucciones específicas, *madame* de Paynol pensó en el prisionero al caer la noche y envió a Judith para que le llevara pan. Había un espacio considerable entre el borde inferior de la puerta y el piso desparejo de piedra. Al oír la voz de la niña, Romans preguntó quién era su benefactora y si se encontraba sola. Cuando Judith respondió que sí, Romans preguntó:

–¿Podrías hacerme un gran favor?

–Si puedo; pero no creo que consiga la llave.

–Sin duda, pero ¿podrías pasarme un cuchillo de buen tamaño y fuerte?

Judith comenzó a poner objeciones, pues malinterpretó las intenciones de Romans

–No voy a hacerme daño a mí mismo ni a ninguna otra persona –dijo él en seguida–. La argamasa alrededor de estas ventanas es vieja y está en malas condiciones, y creo que puedo arrancar uno de los barrotes. Asegúrate de que el cuchillo sea de hoja fuerte.

–Tú sabes que el *intendant* duerme en la pieza contigua y se supone que debería haber un guardia; aunque no sé dónde se encuentra en este momento.

–Ese viejo carnero está sordo, sabes –dijo Romans irrespetuosamente–. Por eso quisiera trabajar ahora, mientras hay mucho ruido en el patio y en los establos; cuando todos estén durmiendo haría demasiado ruido. Mira, sé que te estoy pidiendo que hagas algo que puede meterte en problemas, pero recuerda: a mí me torturarán para obligarme a traicionar a los demás; no se atreverían a ir tan lejos contigo. ¿Por favor?

A Judith no le costó decidirse. Tuvo que inventar una historia para llevarse el cuchillo de la cocina. El guardia todavía no estaba en su puesto cuando Judith regresó veinte minutos más tarde y pasó el cuchillo por debajo de la puerta. Entonces decidió que sería prudente irse a dormir temprano.

Romans comenzó a quitar la argamasa con el cuchillo. Para cuando el patio ruidoso se aquietó, alrededor de la medianoche, pudo mover uno de los barrotes hacia adentro lo suficiente como para pasar apretadamente por la ventana. Romans cayó, desapercibido a las sombras del patio, caminó tranquilamente entre los soldados, los mozos de cuadra y los sirvientes que todavía estaban yendo y viniendo, y se escabulló por la puerta principal.

A la mañana siguiente, se reunió una veintena de jinetes para escoltar al prisionero. Mientras esperaban sobre sus monturas en el patio, con los caballos pisoteando el suelo y relinchando, con su aliento formando vapor en el aire fresco de la mañana, mandaron

a buscar al prisionero. La celda estaba vacía. En el suelo de piedra había un cuchillo con la hoja partida, y uno de los barrotes de hierro colgaba flojo de la argamasa desmenuzada. Fue como si todos los demonios del infierno hubieran sido soltados en el *château*. Todos fueron culpados. El guardia, que no había escuchado nada luego de retomar su puesto, fue amenazado con ser colgado de la horca y echado en la celda él mismo. El *intendant* ordenó que una unidad de soldados saliera a perseguir al fugitivo. Entonces, sumamente furioso, le informó a *monsieur* de Paynole que merecía ser enviado a las galeras y que su *château* fuera totalmente arrasado. Luego de humillar y amenazar a su desdichado anfitrión, observó en silencio mientras sus subordinados intentaban atar los cabos.

La historia del cuchillo roto se esparció rápidamente y, pronto, una ayudante de la cocina sugirió que había sido Judith quien le había llevado el pan al prisionero y quien, más tarde, se había llevado un cuchillo de la cocina. Entonces, los acontecimientos se precipitaron: Judith fue ubicada en la cocina y arrastrada por sus consiervos, la mayoría nuevos conversos, hasta el patio, donde se estaba desarrollando una ruidosa discusión. Empujada hacia adelante, Judith se encontró confrontada por un juez sumamente enojado: un pequeño hombre pelado y de rostro colorado que se había olvidado de colocarse la peluca, en el apuro. Los demás se callaron al volverse Judith el centro de atención, pero el juez continuó gritando. Parecía sentir que esta desgracia dañaría su imagen ante los ojos del *intendant*, que su servicio eficiente al rey y a Dios había sido menoscabado y que alguien debía pagar por ello.

El mayordomo del *château* le arrebató el brazo de Judith al despreciable ayudante de la cocina que la tenía. Luego, tomándola de ambos brazos, la empujó hasta colocarla frente al juez e intentó inclinarse.

—La encontramos, Su Señoría —exclamó con entusiasmo—. ¡Ella es la que le dio el cuchillo al predicador!

Muda de terror, a Judith no se le permitió enfrentar a sus jueces con dignidad, pues el mayordomo tenía sus brazos doblados hacia atrás con tanta fuerza que no podía pararse derecha. El pequeño

juez se abalanzó sobre ella con furia. Le gritó "pequeña harapienta sucia", y le sacudió los puños en la cara.

–¡Tú lo hiciste! ¡*Tú lo hiciste*! –rugió el juez. Y luego añadió, como si ella hubiera podido ser más considerada–: ¿Por qué lo hiciste?

A medida que el juez perdía su serenidad, Judith recuperaba la suya.

–Él era un ministro de Dios. Tenía que hacerlo –respondió débilmente mientras el juez hacía una pausa para tomar aire.

El juez lanzó un chillido ahogado y le asestó un golpe con los puños. Judith lo vio venir e intentó correrse del camino, pero el mayordomo la sostenía con demasiada fuerza. El golpe la alcanzó el costado de la cabeza en vez de la boca y, aunque no podía caer al suelo, fue dejada inconsciente.

–¡Debería ser colgada de la horca! –dijo el juez, luego de calmarse levemente al ver que la niña había quedado inconsciente–. Hay que enseñarles su deber a estos rebeldes. Llévense a esta marrana mugrienta.

Judith fue arrastrada hasta la pared de un establo y cayó sentada, lánguidamente. Tres dragones resplandecientes, vestidos formidablemente con pesadas botas, mosquetes y sables, permanecieron de pie a su alrededor. Alguien le echó un balde de agua encima, y pronto comenzó a volver en sí, estornudando suavemente.

Dentro de la improvisada sala de juicios, el juez regresó a su asiento. El *intendant*, con un leve tono de sarcasmo en la voz, sugirió que el resto de los procedimientos podían avanzar con más rapidez. Luego de una breve discusión, se decidió que la sirvienta culpable debía recibir cincuenta latigazos.

–¡Pero solamente es una niña! –exclamó *madame* de Paynole.

–*Madame* –replicó el juez–, si no lo fuera, ¡sería ahorcada!

Monsieur de Paynol tomó el brazo de su esposa, alarmado por las posibles consecuencias de su exabrupto. La llevó bruscamente hasta su sala de estar privada, donde se agotó recordándole su situación peligrosa: que él bien podía ser enviado a las galeras por el resto de su vida y que ella misma podría llegar a convertirse en la

criada de cocina de un convento. Luego, Paynole salió a corretear por el *château*, intentando averiguar cómo estaba la situación.

Llevó más o menos una hora formalizar la sentencia de Judith y ubicar al verdugo. Cuando estuvo listo, todos se volvieron a reunir y la prisionera fue traída y obligada a ponerse de pie en el patio, abrazada a un poste, con las muñecas atadas. El corpulento verdugo, con un semblante apropiadamente brutal, caminó tranquilamente hasta la prisionera, sacudiendo el látigo con indiferencia para hacer el calentamiento. La comunidad entera se reunió alrededor del poste, no solamente porque se trataba de entretenimiento público sino porque los oficiales de la ley esperaban que todos, sin excepción de edad ni género, estuvieran presentes y aprendieran de este escarmiento.

Aproximándose a su raquítica víctima, el verdugo acercó su rostro lleno de cicatrices a los ojos aterrorizados de la niña y susurró:

–Mira, *enfant*, y escúchame bien. *Madame* me ha pagado cincuenta *livres* para que no te haga daño, así que tú grita y finge como si te estuviera pegando fuerte, para que se lo crean o, de lo contrario, tendré que darte una verdadera paliza. Tiene que haber algo de sangre, así que tendré que golpearte algunas veces, pero tú grita siempre. ¿Queda claro?

Luego de lo que pareció una inspección profesional del blanco, el verdugo retrocedió y comenzó la doble actuación. La destreza del verdugo con los latigazos de apariencia malévola fascinaba al público, y a los gritos de Judith no les faltó sinceridad. El juez se quejó ante el *intendant* de que el verdugo no le había quitado la blusa a la niña, pero el sadismo del *intendant* quizás estaba menos desarrollado y no hizo comentario alguno. Probablemente muchos se dieron cuenta de que la flagelación no fue todo lo que debía ser, pues Judith debió haber muerto, prácticamente. Pero el verdugo se posicionó cuidadosamente entre los oficiales y la niña, y el juez, por lo menos, fue engañado. De todas formas, cuando los soldados la levantaron y la lanzaron por las escaleras hasta la bodega, haciendo que se golpeara en cada escalón al descender, Judith quedó suficientemente herida como para llorar con sinceridad absoluta.

A la mañana siguiente la volvieron a llevar afuera. El *intendant* estaba de un humor cruel. La búsqueda de Romans hasta el momento no había dado resultados. El juez miró furiosamente a Judith cuando apareció.

–Envía a la pequeña granuja hasta Arles de inmediato. Habrá lugar para ella en Sommieres.

Sommieres tenía la reputación de ser la peor prisión para mujeres protestantes.

–Nos falta personal, señor, por esto de la búsqueda y todo.

–¿Qué les sucede, zopencos? –vociferó el juez–. ¿Cuántos de ustedes se requeriría para evitar que la pequeña diablilla se les escape?

Poniéndose colorado y sintiéndose humillado ante todos, el sargento ordenó, enojado, a dos hombres para que cabalgaran por el camino hasta la ciudad, llevando a Judith detrás de uno de ellos, con las muñecas atadas y el jinete llevando la punta de la soga.

Luego de una media hora de andar por el sendero escabroso con sus escoltas malhumorados, Judith se comenzó a preocupar cada vez más por un peligro presente, más que por el fatídico destino en Sommieres. Temía que si el caballo tropezaba no sería capaz de salvarse con las manos atadas.

Caminando tranquilamente por la orilla de un arroyo correntoso, el pequeño grupo acababa de ingresar en una arboleda de nogales cuando, repentinamente, una docena de hombres enmascarados y armados apareció y los rodearon. Los dos soldados, prudentemente, obedecieron las instrucciones y, para su alivio, solamente fueron atados a unos árboles y se llevaron sus caballos, armas, y a la cautiva. Una vez fuera de la vista de los soldados, los hombres se quitaron las máscaras, y Judith vio que había sido rescatada por los "Hijos de los Profetas": jóvenes que servían de guardaespaldas para algunos de los *prédicants*. Pero el rostro que más alegría le trajo a Judith fue el de Alexandre, quien llevaba la brida de su caballo mientras ascendían hacia el campamento de los *prédicants*.

Alexandre la miró con un toque de su antigua malicia, pero no pudo reprimir su preocupación.

–Nos tomamos el trabajo de colocarte en un lugar seguro, ¡y mira lo que haces! Pero, de todas maneras, hiciste lo correcto –admitió Alexandre, y luego preguntó–: ¿Cómo te sientes?

–Oh, solo un poco dolorida en algún que otro lugar –respondió Judith con un trémulo desenfado.

–Tu rostro ciertamente está magullado.

–Supongo que de todas maneras no se veía muy bonito antes, tampoco.

–Tú lo dijiste, no yo –dijo rápidamente Alexandre.

Por más que le dolía el rostro amoratado, Judith lo retorció y le sacó la lengua a Alexandre. Él se mostró visiblemente aliviado.

–Me alegra ver que estás bien –dijo con una sonrisa.

Los hijos de los profetas los escoltaron un tramo. Luego, después de recomendarle a Alexandre el camino que debían tomar junto a Judith, se retiraron. Siguiendo las indicaciones, la joven pareja cruzó un arroyo y encontró un sendero tan bajo y enredado que se vieron obligados a gatear para poder seguirlo, mientras ascendía por un angosto y pronunciado desfiladero. Saliendo del sendero cerca de la cima de la sierra, Alexandre divisó un punto de referencia que reconocía. Sin embargo, el sol ya se había escondido detrás de las nubes del horizonte occidental.

Con rasguños y moretones, las piernas heridas y la falda rasgada, el brazo casi dislocado, Judith cayó al suelo cuando Alexandre decidió que debían detenerse para descansar. Entonces, en la creciente oscuridad, comenzaron a caminar nuevamente, descendiendo al siguiente valle, todavía a varios kilómetros de la cueva en la que Alexandre y Armand habían armado su centro de operaciones hasta que pudieran regresar a la finca de Armand.

Cuando Alexandre y Judith hubieron caminado otra media hora, escucharon gritos a la distancia y algún disparo ocasional. Pero, en la oscuridad cada vez más densa, no podían ver la tropa de soldados que oían.

–Espero que no te moleste que nos detengamos –dijo Alexandre luego de hacer un alto para escuchar mejor, con la cabeza ladeada

y los labios apretados contra la ranura entre sus dientes.

Judith todavía podía sentir las manos de los guardias cuando la arrojaron por las escaleras de la bodega y el ardor de la transpiración sobre sus heridas en carne viva. Tembló de terror al pensar en lo que sucedería si la volvían a capturar, pero estaba demasiado cansada como para objetar. Agachándose lentamente en el sendero rocoso, Judith se sentó con los codos sobre las rodillas. Luego, la tropa ruidosa en las laderas más abajo comenzó a alejarse, y Judith se animó a respirar nuevamente.

–¿Me están buscando a mí? –preguntó.

–¿A quién más? –dijo Alexandre, con un tono entretenido–. Ahora pondrán una recompensa sobre tu cabeza, ¡viva o muerta!

Judith tembló y se arropó los tobillos con su falda.

–Estás demasiado cansada como para continuar –dijo Alexandre–. Si siguiéramos, solamente nos perderíamos en la oscuridad y tropezaríamos con los soldados.

Judith lo observó mientras Alexandre buscaba un lugar donde pasar la noche. Encontró un árbol con las ramas crecidas y caídas, juntó algunas hojas que habían quedado del otoño pasado y las apiló para suavizar el suelo, y dijo que esa sería la cama de Judith. Luego, juntando algunas hojas para él mismo, Alexandre también se recostó, y allí durmieron.

Con los primeros rayos del alba, Alexandre se levantó.

–Será mejor que salgamos de aquí –dijo, mirando a su alrededor–. Durante los próximos días estarán buscando bajo cada árbol y arbusto de esta montaña. Debemos regresar al monte Lozere.

Se dirigieron al este, hacia la luz del amanecer, pasando con cautela de un arbusto o árbol a otro. Al pasar por cierto lugar descampado, vieron un sombrero y un zapato de hombre en el pasto pisoteado. Evidentemente, allí había ocurrido algún tipo de pelea. Judith vio un objeto en el pasto.

–¡Mira! –dijo–. Es una pistola; ¡una pistola muy grande!

Efectivamente, era una pistola de cañón largo, como las que llevaban los dragones. Judith comenzó a caminar hacia la pistola.

–¡No! –ordenó Alexandre, empujándola a un costado y acercándose a la pistola–. Está cargada. Podrías hacerte daño. En la oscuridad, alguien...

Pero Alexandre no terminó la frase pues, demasiado tarde, vio que un jinete salía de entre unos árboles cercanos y galopaba hacia él, obviamente con la intención de atropellarlo. Alexandre cayó despatarrado al suelo, cuando el caballo pasó a toda velocidad a su lado. El dragón quiso asestarle un golpe con su sable, pero le erró porque, en ese mismo instante, tuvo que agachar la cabeza para esquivar una rama baja.

El dragón detuvo su caballo y dio media vuelta para volver a intentarlo. Alexandre, sobre sus rodillas y manos, parecía paralizado en el suelo. Judith tomó la enorme pistola del suelo con ambas manos, la levantó temblando y apuntó al dragón, que ya estaba casi encima de Alexandre. Entonces, entrecerrando los ojos, Judith apretó el gatillo.

Ante la explosión, el caballo relinchó, levantó las patas delanteras, y cayó de espaldas, aplastando al dragón contra el suelo rocoso. Alexandre se puso de pie de un salto, tomó la pistola que todavía humeaba y corrió hacia el hombre derribado. Pero era obvio que ya no sería una amenaza para ellos, ni para ninguna otra persona. A salvo por el momento, los dos jóvenes corrieron de ese lugar con las piernas temblando y se escondieron bajo unos arbustos hasta que pudieran recuperarse.

Más tarde ese día, encontraron al pastor, a Armand y a la mayor parte de los ayudantes del pastor cerca de un corral de ovejas abandonado, que hacía de base para sus tareas en esta parte de la región. Todos estaban serios y cansados, pero agradecidos por haber podido escapar. Armand abrazó a Alexandre y Judith, y Alexandre le contó de su aventura. Le dio crédito a Judith cuando debía hacerlo.

–Una vez que se dio cuenta por qué lado salía la bala, era difícil que le errara al caballo –explicó Alexandre.

–Esto no puede seguir así –dijo Armand con firmeza–. ¡Sería una lástima que por alguna desgracia como esta ustedes dos no tuvieran cincuenta o sesenta años más para intercambiar estos cumplidos!

Alexandre miró de reojo a Judith con una sonrisa avergonzada, y ella sintió que se le ruborizaba el rostro.



–Entiendes, por supuesto, que Madeleine, la hermana de Alexandre, no puede mantenerte con el mísero sueldo que recibe en la Casa para Mujeres Nobles Hugonotes. Al igual que ella, tendrás que trabajar para ganarte la vida –dijo Armand mientras examinaba la soga que sujetaba varios cajones de vajilla en un carro atado a un solo caballo viejo. Estaban en el patio de su *château*, vestidos con atuendos ásperos de campesinos, y finalmente recuperados del hambre perpetuo de las últimas dos semanas.

Judith se encogió de hombros.

–No puede ser tan malo como ser una sirvienta de cocina en Paynole. Solamente espero que este guía sea más digno de confianza que algunos.

–Me alegro de que hayas descubierto que en verdad hay algunas pocas personas en las que puedes confiar –dijo Armand.

Luego le dio a la niña un paquete delgado de cartas, indicándole que se las entregara personalmente a Madeleine

– No he dado nombres, pero ella entenderá. Y cualquier oficial francés que las pudiera confiscar entendería lo suficiente como para acusarte de actividad subversiva.

Judith sonrió.

–Puedo hacer lo que tenga que hacer. Pero esta es una cantidad más bien grande de papel como para masticarlo y tragarlo si me descubren –dándose vuelta para mirar a Alexandre, repentinamente, Judith arrojó los brazos alrededor del cuello de él y enterró el rostro en su chaqueta raída.

–Por si acaso, si algo sucede y no te vuelvo a ver –le dijo–, tienes que saberlo.

Al principio Alexandre permaneció tieso. Pero luego rodeó la cintura de Judith con sus brazos.

–Lo sé –le susurró en el oído.

Judith respiró livianamente.

–Lo siento. Has sido tan bueno conmigo. Yo...

–Volveremos a vernos. Tenemos que estar juntos. Todo ha sido providencial.

El ceceo peculiar de Alexandre de repente se hizo más encantador que algo para ridiculizar. Judith dejó de abrazarlo y le dio un profundo beso.

–Eso es una promesa –le dijo.

Alexandre sonrió.

–La tomo como tal.

Judith se subió al carro del alfarero y se acomodó entre la mercadería. Y, así, partió rumbo a la costa Atlántica en Bordeaux.

–Así es como se hace, capitán –le dijo Alexandre a Armand.

Se quedaron mirando cómo el viento levantaba polvo dorado detrás del carro, hasta que desapareció detrás de una formación rocosa.

Armand pudo haber regañado a su joven compañero por haber dejado que la niña tomara la iniciativa, pero se le hizo un nudo en la garganta al pensar en otra muchacha que recibiría su carta quizás en un mes, si todo iba bien. A diferencia de Alexandre, ya estaba en la edad en la que debía saber algo sobre cortejar a una dama. Desafortunadamente, se reconvino a sí mismo cortejar no había sido parte de su educación, a pesar de ser francés.

En Bordeaux, Judith cambió de identidad, convirtiéndose en la sirvienta personal de un banquero inglés que se dirigía a Cardiff. En Cardiff, pasó a ser la niñera de tres pequeños galeses que se dirigían al hogar de sus abuelos maternales en Amsterdam, luego de la muerte de sus padres en una epidemia. En gratitud, los abuelos holandeses le dieron dinero suficiente a Judith como para comprar dos mudas de ropa, incluyendo ropa interior y zapatos. Cuando la dejaron en la Casa para Mujeres Nobles Hugonotes en Rotterdam, se veía y sentía respetable, como la hija de un comerciante que alguna vez había sido.

Madeleine Cortot reconoció la dirección postal escrita por Armand de Gandon en el sobre que la niña le entregó, e incluso antes de abrir la carta aceptó a Judith en plena fe. Luego de leer

el pedido de Armand y su explicación de que aquí estaba la joven que algún día sería su hermana, el corazón de Madeleine estuvo listo para darle a Judith el afecto de hermana que le había conferido anteriormente a la frágil Louise.

–Cierta vez, sabes, pensé que iría a Norteamérica –dijo Madeleine, sacudiendo la cabeza al pensar en la amarga experiencia, recordando sus grandes esperanzas, cuán segura había estado de que sería solamente cuestión de semanas antes de que su padre pudiera salir a salvo de Francia.

Sus propios escrúpulos la llevaron ahora a compartir su historia, desde la llegada de Armand de Gandon en su antiguo hogar en Saint-Martin hacía seis años, colocándose, con total honestidad, constantemente en un segundo plano a lo largo del relato.

Le contó a Judith de su corta y desesperante estadía en la Casa para Católicas Nuevas, mientras Judith secundaba las reacciones de Madeleine, interrumpiéndola brevemente para contarle de sus propias experiencias de escape. Madeleine describió el heroico rescate de Armand, y Judith habló de cómo Alexandre, con los Hijos de los Profetas, la habían arrebatado de los soldados del *Intendant* de Bâville. Finalmente, Judith la tomó de la mano y escuchó el resto de la historia.

Madeleine le había pagado a Tillieres la mayor parte del dinero que el primo Daniel le había enviado para cubrir el costo de sus pasajes hasta Norteamérica. En ese momento le había parecido posible que entre ella y Alexandre podrían trabajar y ahorrar lo suficiente como para que todos cruzaran el Atlántico y comenzaran su nueva vida. Sentía que podrían lograr cualquier cosa que se propusieran una vez que su padre estuviera a salvo. Pero Tillieres los había traicionado, y el padre había sido enviado a las galeras como esclavo por el resto de su vida. Probablemente, a esta altura ya estaría muerto, considerando los terribles sufrimientos y las enfermedades incontroladas que abundaban en los puertos del Mediterráneo.

–Casi me he dado por vencida en cuanto a papá –dijo Madeleine–, pero tu llegada me ha renovado las esperanzas.

Observó cómo Judith se colocaba una media blanca suave en su pierna musculosa, y luego cómo se estiraba para tomar un zapato marrón cómodo.

–Vine a ti como una extraña –le dijo Judith con una sonrisa–. Estoy verdaderamente agradecida por la ropa y por un lugar en el que pueda ganarme la vida.

Madeleine observó mientras la niña de Nîmes se colocaba la otra media y el otro zapato, y luego se ponía de pie y se alisaba la falda nueva.

–Te ves muy bien, *mon chere* –le dijo.

–¿Has leído todas las cartas?

Madeleine pensó que entendía la ansiedad de la muchacha. Ciertamente entendió las intenciones de Alexandre. Judith acababa de cumplir 16 años, exactamente la edad que ella misma había tenido durante su fuga decisiva de Saint-Martin cuatro años antes. Era difícil aceptar que Alexandre mismo ahora tenía 17 años y que decía estar enamorado de esta refugiada, sencilla pero segura de sí misma. Y, sin embargo, en la carta que le envió bien a su propio estilo, Alexandre no había dejado duda alguna.

Muy bien, pensó Madeleine, *haré mi parte. Ella puede quedarse conmigo, trabajar conmigo y, mientras tanto, obtener un poco de educación. Y luego, si mi atrevido hermano sobrevive y regresa, ella será mi hermana.*

–¿Leíste las cartas? –insistió Judith. Su rostro mostraba una mezcla de vergüenza e incertidumbre. Madeleine asintió.

–Entiendo. En algún momento pensé en ir a los Norteamérica, pero creo que ahora un plan como ese sería un error. Nuestro hermano menor Louis está feliz aquí, en Rotterdam, como aprendiz de impresor, y Alexandre será un soldado, a pesar de todo lo que yo pueda hacer para cambiar su vocación. He ahorrado suficiente dinero ahora como para hacer el viaje; pero no deseo hacerlo sola.

–No es agradable estar solo –dijo Judith.

–Bueno, no estoy sola ahora que te tengo a ti como compañera –dijo Madeleine, poniéndose de pie y abrazando a la joven.

Judith mantenía derecha la espalda y su discurso era firme,

pero en este momento era obvio que tenía temor por su futuro. Madeleine la tomó de los hombros con los brazos extendidos y la miró a los ojos, sonriendo.

–Nos las arreglaremos lo mejor que podamos, pues tenemos trabajo para hacer que es de beneficio para los demás; y podemos estar bastante seguras de que Alexandre regresará entero. Tiene un historial de salir airoso de las dificultades, e incluso con su testarudez, es un hombre de Dios, y Dios cuidará de él.

La mirada en los ojos de Judith le decía que esa afirmación presumía algo que Dios nunca había prometido. Los hombres de Dios morían en las galeras, escapando sobre montañas cubiertas de neblina, y en batallas. Las mujeres de Dios eran violadas, torturadas y enviadas a conventos; los hijos arrancados de sus padres.

Madeleine le dio un beso a Judith en la mejilla tostada por el sol, y la sostuvo cerca.

–Somos hijos e hijas de Dios, todos muy queridos –afirmó Madeleine–. Sea lo que fuere que nos depare el futuro, somos amados y nuestras almas serán salvas.

El cuerpo fornido de la joven se relajó en los brazos de Madeleine, y entonces la muchacha comenzó a llorar. Y parecía tan avergonzada por esto que Madeleine se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que Judith se había permitido el lujo de llorar.



Alexandre Cortot, de casi 18 años (cuando tenía que calcular su propia edad), no estaba en absoluto avergonzado por las dificultades que tendría que confrontar antes de regresar a Rotterdam. Dos semanas con Armand de Gandon en la finca del "capitán" en Languedoc habían sido una panzada. El mayordomo era anciano, y la mayoría de los campesinos realizaban sus tareas como si sus cerebros fueran tan rígidos como sus rodillas envejecidas. Probablemente no había habido una innovación en sus métodos

de cultivo desde que sus ancestros llegaron a este lugar en 1209. Había oído al mayordomo recordarle esto a Armand cuando le sugirió algunas renovaciones, que podrían hacer que el edificio antiquísimo fuera más habitable para las cincuenta y algo de personas de los campos aledaños que se habían asentado allí cuando sus propias propiedades fueron confiscadas.

–No creo que se haya esparcido la noticia, a las autoridades regionales, de que Henri Armand, le *Sieur* de Gandon, mayor del regimiento de Maine, es el mismo capitán de Gandon del ejército británico –reflexionó su amigo–. O, de lo contrario, todo esto aquí es tan lastimoso que no desean tomare la molestia de venir hasta aquí.

–O tan silencioso que nadie lo nota –se burló Alexandre–. Si hay un calvinista entre ellos, ninguno dice nada en absoluto.

–Sus ancestros llegaron aquí trescientos años antes que Calvino –explicó Armand–. Aunque mi padre se hizo hugonote, esta gente le restó importancia a algo tan "nuevo y desconocido".

Armand había invitado a Alexandre para que se quedara a disfrutar un poco de la exuberancia rural, para que descansara un poco.

–Me quedaré lo suficiente como para que tu zapatero me haga otro par de botas –afirmó Alexandre.

Y bien, ya tenía sus botas. Sencillas. No, rústicas. Pero le entraban bien, y tenían suela gruesa. Eran botas para inspirar al que las llevaba a caminar, y partió menos de una semana después de que se fuera Judith, repentinamente preocupado por el bienestar de su hermana. Dos veces se ofreció para trabajar como marinero en los botes de río, primero en el río Allier y luego en el Loira. Había ido por tierra hasta el Sena, a pie, empleado para realizar la tarea más penosa sobre una barcaza de carbón, y luego caminó hasta el Rin y subió a otra barcaza. Cada vez, aceptaba trabajar por un pequeño pago, además de la comida sencilla pero abundante que le ofrecían; y no sentía cargos de conciencia al abandonar el barco cuando había dado más en mano de obra que lo que les había costado a los dueños de la embarcación.

–Nunca necesité un guía –se jactó Alexandre al responder a la

preocupación tardía de su hermana de que pudo haberse perdido o ser atrapado–. Nadie anda buscando a un muchacho desaliñado que necesita cortarse el pelo; uno al que le falten los dientes de adelante y que huela como si se hubiera escapado del hogar para no bañarse.

–Por lo menos estás a salvo –admitió Madeleine.

Pero Alexandre podía notar, por la mirada de Madeleine, que lo haría quedarse una hora en el lavadero antes de permitirle entrar en la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas.

–A Judith no le importará –dijo Alexandre, encogiéndose de hombros–. Dile que estoy aquí.

–¡Ajá! –exclamó Madeleine.

Al instante en que se abrió la puerta, Judith voló hasta donde estaba el desaliñado Alexandre tan naturalmente como un ave hacia su pareja. No mostraban ninguna falsa limitación, solo alegría exultante por verse nuevamente, mezclada con excitación infantil, quejas y expresiones abiertas de devoción.

Impaciente por ganar dinero para reemplazar sus ropas de fabricación casera con algo que se asemejara a un uniforme militar, Alexandre encontró trabajo descargando los cargamentos en el muelle. Todas las noches, durante la cena, Alexandre hablaba de la llegada de su amigo, el capitán de Gandon.

–Pero, yo pensé que querías estar con Judith –objetó Madeleine cuando Alexandre habló de otra incursión militar–. Yo había pensado que, ahora que habías vuelto sano y salvo, podíamos planificar el viaje a Norteamérica.

Era más una pregunta que una afirmación.

–Podrías convencer a Louis de que en Nueva York habrá imprentas donde podrá trabajar –prosiguió Madeleine–. Y Judith está dispuesta a viajar también. Así, quizás ambos tengan posibilidades de llegar a los veinte con un poco más de distancia entre ustedes y los hombres del rey.

Alexandre sonrió.

–Judith está dispuesta a lo que sea –dijo, y luego mostró sus botas, que no tenían ni dos meses de antigüedad y ya estaban gastadas

en la punta y en el talón–. Si le das unas botas resistentes como estas, ella puede mantener el paso con un ejército en marcha.

Madeleine lanzó las manos en el aire, espantada.

–¿No la llevarías a una vida como esa, verdad?

–Estaba pensando en tu propuesta de ir a Norteamérica –dijo Alexandre–. Lo que me interesa son las tierras vírgenes que hay allí. Yo podría...

Alexandre observó el rostro de su hermana.

–¿*Non*?

–Si supiera con toda seguridad que no hay esperanza alguna de liberar a papá –reflexionó Alexandre.

–¿Estarías dispuesto a comprar los pasajes? –Madeleine sonrió lánguidamente, y se volvió para mirar a través de las cortinas de encaje a la calle bulliciosa de la ciudad–. Todavía no me acostumbro a la humedad, la estrechez, la cercanía de las intrigas políticas. Creo que estoy preparada para comenzar una nueva vida.

–¿Qué hay del mayor de Gandon? –preguntó Alexandre.

Madeleine dejó caer los hombros, y el pañuelo blanco que le cubría el pelo cayó hacia delante, dejando ver su cuello, también blanco. Luego, con lo que Alexandre percibió ser un falsa convicción, ella dijo:

–Estoy preparada para una nueva vida en Norteamérica. El mayor de Gandon siempre ha sido nuestro amigo y le debo tu vida y la mía, y la de Louis también. Pero él es un soldado. Es un caballero con título de nobleza. Su vida siempre estará en Francia, y yo no puedo regresar nunca más.

–Pero lo amas.

–Querido hermano, los matrimonios rara vez se basan en el afecto. Los hermosos cuentos de romance entretienen a las jovencitas, pero desde que Abraham arregló el matrimonio de su hijo, Isaac, los hombres y las mujeres han establecido hogares y fundado familias sobre el fundamente más sólido de las ventajas financieras y sociales, y compatibilidad religiosa, por supuesto.

–¿Como tu contrato con Mathieu? –interrumpió Alexandre–.

Supongo que puedes darle más valor a las promesas de un hombre que piensa que, al casarse, obtendrá un suegro rico cuya influencia lo ayudará a llegar a ser un gran teólogo. Fíjate lo que hizo el santo Mathieu cuando papá perdió todo su dinero y su posición social. Fíjate cuánto le importó lo que te podría suceder a ti. Te pregunto, *mon chère sœur,*[1] ¿quién estuvo dispuesto a arriesgar su vida para salvarte?

–¡Basta! –gritó Madeleine–. No puedo argumentar en favor de la integridad de Mathieu. Pero eso fue hace cinco años. Un acto heroico por parte de un valiente caballero no constituye un compromiso de por vida con la niña que salvó –Madeleine se volvió para ver el rostro de Alexandre, con ojos llenos de lágrimas y, de repente, salió corriendo por la puerta y subió las escaleras.

–¡Así que ella lo ama! –musitó Alexandre. Y sonrió–. *Mademoiselle* Madeleine es casi tan testaruda como Armand.



Armand de Gandon llegó a la ciudad en pleno verano. Aunque Madeleine tenía deseos de correr hasta él con el mismo afecto sincero con el que Judith había recibido a Alexandre, permaneció fría y cohibida. Durante su breve conversación, él fue tan formal como ella y, cuando Armand se fue, Madeleine pensó que se atragantaría por el nudo que sentía en la garganta. Armand dijo estar decidido a contactar al pastor Merson, quien, según había escuchado, planeaba realizar un viaje pastoral al territorio hugonote en el sur de Francia.

–¿Quién es más calificado que yo para guiar y proteger al pastor? –dijo Armand, incluyendo a Alexandre con su mirada inquisidora–. Si esas son las intenciones del anciano clérigo, me ofrezco libremente para acompañarlo.

–Entonces, ¿has decidido unir tu suerte completamente a la del pueblo de Dios?

En ese momento, Judith salió del lavadero y cruzó el enlosado. Cuando vio a Armand, dejó su canasto en el suelo y corrió a su encuentro. Era claro que le había transferido a él el cariño que pudo haber tenido por su padre ausente.

–Sí, *mademoiselle* Cortot –dijo Armand formalmente, luego de que Judith le soltó el cuello–. Me he comprometido irrevocablemente con el servicio de Dios. Soy francés, y Francia es mi *patrie*, la cual estimo grandemente. Pero no puedo servir a Dios y a la vez servir al rey de Francia. Y tampoco puedo vender mis servicios a los enemigos de Luis XIV.

Madeleine apretó ambas manos bajo su delicado delantal blanco.

–Entonces, ¿dedicarás tu cuerpo y tu alma a esta misión peligrosa?

–Pareciera que Dios me ha llamado, *¿n'est-ce pas?* Por lo menos, en esta coyuntura.

–Parecería que sí –estuvo de acuerdo Madeleine, despidiéndose de Armand y deseándole lo mejor mientras él se retiraba. Cuando el soldado se hubo ido, Alexandre le dijo a su hermana:

–Esa parece ser mi línea de trabajo.

–¿Y el pasaje a los Norteamérica?

–Tú y Judith pueden navegar primero, acomodarse en el hogar del primo Daniel, y...

–¿Piensas que Judith pondrá el océano Atlántico entre ustedes dos?

El brazo derecho de Alexandre rodeó los hombros de su hermana y le levantó la pera con la mano izquierda.

–¿Y tú quieres el Atlántico entre ti y el capitán de Gandon? *¡Je pense que non!*

Madeleine se dejó caer en el banco que estaba al lado de la puerta de la cocina. Entonces Judith se paró entre ambos hermanos, extendiéndole una mano a cada uno.

–El capitán de Gandon. Yo creo que es un hombre maravilloso; muy agradable, muy amable... pero probablemente un poco tonto.

Madeleine permaneció en silencio por un momento.

–¿Sabes qué, *ma chere?* Tienes toda la razón. Pero él no es el

único –añadió, tirando de Judith para que se sentara a su lado, riendo y llorando, y secándose los ojos con el borde de su delantal inmaculado.

Capítulo 10

Traición en Saint-Martin



-Bien, entonces -dijo Armand de Gandon, estrechando la mano de Alexandre Cortot y mirando al joven a los ojos casi con fiereza-. Tú deberás ser el protector de ellos. Cuento contigo para eso.

El muchacho mostró su mejor sonrisa desdentada.

-Estoy aprendiendo a cumplir órdenes.

Aunque no lo convenció del todo, Armand se despidió de la familia Cortot, que era quizás la única familia que tendría alguna vez: Madeleine, en un vestido gris y enaguas rosadas; alta pero, de alguna manera, casi pequeña en el frío húmedo del puerto. Alexandre, solo un poco más alto que su hermana, pero de espalda ancha y mostrando los comienzos levemente oscuros de una barba en su mandíbula inferior. Judith, resuelta y ansiosa, en un vestido verde oscuro de lana, en vez de estar calzada con sandalias, llevaba puesto un par de botas que hacían juego con las de Alexandre. Y Louis, todavía joven, pero ahora mostrando la confianza que había obtenido de su trabajo en la imprenta.

Armand, dolido por la rigidez del trato de Madeleine, tomó la mano de cada uno, mientras los que se iban subían al bote que los llevaría hasta el barco. Cuando ella finalmente le sonrió, una especie de sonrisa temblorosa, justo en el momento en que el bote se alejaba del espigón, Armand estuvo a punto de tirarse al agua sucia y nadar hasta ella. En vez de eso, observó con tristeza mientras los marineros, en sus pantalones a rayas y gorros de lana largos, remaban el bote hacia el barco.

Era posible permitirse algunos sueños que quizás no eran enteramente razonables. Pero todo había terminado ahora: ya

no estaría la familia Cortot. Les deseaba éxito y felicidad. Se lo merecían, pero él debía continuar ahora sin ellos. ¿Era eso posible? ¿Qué planes podía hacer ahora? Debía transferir todas sus energías al avance de la obra del querido pastor de Madeleine y a la obra de Dios en Francia todo el tiempo que pudiera. Miró receloso al cielo, esperando que mañana tuvieran buen tiempo para comenzar el viaje.

Pero los buenos deseos de Armand no resultaron. De hecho, tan feo estaba el clima que, día tras día, sus amigos permanecieron en el *West Indiaman*, en la bahía de Amsterdam. Esperaron por tanto tiempo que Madeleine, siempre previsora, envió a Alexandre a tierra firme con el bote de la nave para buscar comida adicional, pues no sabía si las provisiones del barco serían suficientes luego de esta demora.

Al regresar del mandado, Alexandre Cortot subió por la escalera de cuerda hasta la cubierta del barco y habló con Madeleine, que estaba sentada sobre una pila de cordaje, envuelta en su capa azul.

–¿No está un poco frío y húmedo aquí? Si piensas quedarte aquí sentada hasta que la niebla se disipe y podamos zarpar, puede ser que tengas una larga espera por delante. Ya ha pasado una semana, y todavía no puedo ver ni quince metros hacia el frente.

–Lo sé –suspiró Madeleine con tristeza–. Pero prefiero estar sentada aquí afuera, en el frío, donde puedo respirar. Abajo se va a poner difícil si el clima no nos permite subir a cubierta.

Alexandre se puso en cuclillas al lado de su hermana.

–Aquí está el queso y las otras cosas que me enviaste a comprar. Debería durarnos un buen tiempo. Me parece que nos pondremos todos verdes y dejaremos de comer tan pronto como se leven las anclas.

Madeleine tiritó de frío y se apretó la capa más cerca del pecho.

–Armand y el pastor Merson se han ido –dijo Alexandre–. ¡Que Dios los acompañe!

Madeleine susurró algo en voz demasiado baja como para entender. Entonces levantó la cabeza.

–La generosidad de nuestros amigos ha hecho posible nuestro viaje, y estoy agradecida. Pero todavía no me resigno a abandonar a papá

a su destino. Después de todo, fui yo la que... ¿Cómo puedo olvidarlo?

–¡*Mais non, mon chère sœur!*[1] –dijo Alexandre, poniendo la mano sobre la rodilla de Madeleine–. La mitad de los refugiados en Holanda fue engañada por esa víbora de Tillieres. No te culpes a ti misma. Si lo deseas, volveré y encontraré a papá.

Madeleine inmediatamente adoptó su postura de mando.

–¡No lo harás! ¡*Non*!

–Entonces, seamos positivos –respondió Alexandre–. El cielo no puede permanecer neblinoso para siempre; e incluso el océano Atlántico puede ser cruzado en cuestión de semanas.



Armand de Gandon estaba sentado frente a su anfitrión, el pastor Merson, en el estudio lleno de libros del pastor en Rotterdam. Como siempre, el pastor estaba vestido de negro con cuello blanco impecable.

–Estoy decidido, Armand –dijo con su habitual tranquilidad–. *Debo* regresar. Los lobos fueron astutos en expulsar a los pastores para que pudieran destrozar los rebaños según su antojo; ¡estos lobos que se visten con túnicas marrones y negras! Fue tan repentino. La Revocación nos daba solamente una quincena para irnos o para convertirnos al catolicismo. Es comprensible, ¡pero todos estos rebaños sin líderes! Me temo que los pastores no fueron ni valientes ni inteligentes.

–Sueño con estas pobres ovejas por las noches; y me persiguen en mis horas diurnas, también. ¿Por cuáles sendas se estarán extraviando, sin sus pastores? Pero esto no te incluye a ti y, aunque yo sentiría un placer egoísta... sí, un placer culpable, en tu compañía, no deseo verte arriesgar tu vida de esta manera. Esta es una responsabilidad que los pastores deben asumir.

–Yo también estoy resuelto –dijo Armand–. No soy de utilidad aquí y si puedo ayudarlo en su viaje, su buena obra, de alguna manera, entonces creo que veo claramente mi deber.

–Yo creo que puede haber otros lugares fuera de Francia en los que podrías ser de utilidad.

La frente de Armand se ensombreció, y sacudió la cabeza con abatimiento.

–Supongo que te refieres a que podría acompañar a los Cortot a Norteamérica. Créame, pastor, he examinado esa opción desde todo punto de vista y, aunque me apena que *mademoiselle* se haya sentido tan herida por mi actitud que apenas pudo avenirse a despedirse de mí, no veo cómo, honradamente, podría haber actuado de otro modo.

Armand titubeó, esperando que el pastor estuviera de acuerdo. Pero el hombre mayor no mostró señal alguna de que iba a hablar. Armand intentó clarificar mejor sus pensamientos.

–Yo sé que no puedo regresar a Francia con el duque, transigiendo con Babilonia. Ni tampoco sería correcto presumir del sustento de una joven que, a su vez, tiene otras personas que dependen de ella, pues no tendría nada seguro esperándome del otro lado del océano. ¿Y su sobrino, pastor? ¿Qué haría yo si el ausente Mathieu apareciera más tarde, para reclamar sus derechos? ¿Invitarlo afuera y atravesarlo con mi espada? No; siento que si me permite acompañarlo a usted, será con un propósito: impulsar la obra o protegerlo.

El pastor comenzó a decir algo, pero luego suspiró con impotencia. Entonces preguntó, resignado:

–¿Necesitamos terminar hablando de Mathieu siempre?

–Yo creo en las promesas y estoy convencido de que, cualesquiera que sean sus sentimientos, *mademoiselle* Madeleine es tan firme en ese punto como yo. Quizá la dificultad sea totalmente por mi orgullo, pero me gustaría pensar que es por mi integridad.

Con eso, Armand se cruzó de brazos, esperando que el pastor viera que el tema estaba resuelto. El rostro delgado de Merson se iluminó.

–He recibido la notificación de los Estados Generales que ellos proveerán para el sustento de mi familia mientras estemos de viaje. Esta es la política normal que están tomando los Estados Generales

ahora, y los pasaportes con nuestros supuestos nombres deberían estar listos en cualquier momento. He estado compilando listas de hermanos confiables a lo largo y a lo ancho de Francia, consultando con muchos de los hermanos exiliados aquí. Sin embargo –dijo con vacilación el pastor–, si yo fuera capturado teniendo en mi poder listas de nuevos conversos, nos caerían duro a nosotros, pero más duro a aquellos a quienes pretendemos ir a ayudar.

–No llevemos listas –dijo Armand–, sino memoricemos uno o dos nombres por ciudad y confiemos en que las personas que visitaremos nos proveerán de nombres e itinerarios sugerentes mientras viajamos.

–Por supuesto. Tienes razón, *mon ami*, habiendo estado tú mismo allí tan recientemente. Me gustaría comenzar en Saint-Martin, pues ese fue mi distrito de trabajo, y los creyentes de ese lugar fueron mi rebaño durante mucho tiempo.

–Entonces, vistámonos para evitar sospechas. Intentemos parecernos a caballeros de recursos modestos que emprendieron un viaje con fines comerciales –Armand se armó de valor, al ver por fin claramente lo que restaba hacer–. Consigamos pasajes para ir hasta Bordeaux. Y desde allí proseguiremos a pie hasta Saintonge.



–Nunca me habría imaginado que había tantas buhardillas, bodegas y parvas de heno en Francia –comentó Armand de Gandon mientras salía con el pastor Merson de la bodega de la casa del ex anciano Henri Dufour en Saint-Martin.

–Pero todavía estamos con vida y libertad, luego de casi seis semanas –contestó el pastor, con su acostumbrado buen humor. En la penumbra buscó a tientas la parte superior de la angosta escalera–. Hemos evitado todas las trampas que nos han armado, y alabo al Señor por eso. Nuestras vidas han estado en las manos de jóvenes sirvientas, niños y gente pobre que podrían haber hecho buen uso de la recompensa si deseaban traicionarnos. ¿Recuerdas ese caballero católico en Normandía? Él sí que descubrió nuestro

disfraz, pero se mantuvo al margen. El Señor aún debe tener trabajo para nosotros.

Pudieron ver con dificultad la silueta de *monsieur* Dufour, el único anciano sobreviviente de lo que alguna vez había sido una próspera iglesia de varios centenares de miembros, en Saint-Martin.

–Por aquí, por favor, hermanos –dijo en voz baja.

Entraron a una pequeña sala de estar, iluminada por una sola vela colocada sobre una mesa. En la mesa había, también, una Biblia grande.

–Pastor, por favor, siéntese cerca de la vela.

Apiñados entre las sombras, llenando todo espacio disponible, había unos veinticinco creyentes. Cada uno se adelantó para estrechar la mano y abrazar al pastor, y expresar su agradecimiento al hombre que no los había olvidado, que había corrido tantos riesgos para visitarlos. Todos habían sido convertidos nominalmente de la RPR,[2] pero su presencia en la habitación demostraba cuán poco habían cambiado sus creencias.

El pastor se sentó y comenzó su discurso. Su voz no era más que un susurro. El público se aferró ávidamente de cada palabra que pronunciaba el pastor, ansiosos por oír promesas y palabras de ánimo para aquellos que debían soportar un poco más por causa del Señor, y buscar consuelo para sus debilidades, al llevar una vida doble.

No hubo cantos ni recitaciones. De vez en cuando se oía algún "amén" ferviente pero grave, cuando el orador afirmaba algún punto contundente. Aquellos que estaban cerca de la ventana escuchaban con una oreja y estaban atentos a cualquier ruido en la calle sin pavimentar, y dos hombres jóvenes estaban apostados en callejones cercanos, para advertir si algún vecino entrometido mostraba señales de vida o si se aproximaba algún guardia. La luna parecía un pequeño disco de plata en el cielo, y Saint-Martin dormía, completamente tranquila, inconsciente de la herejía que sobrevivía en su seno.

Armand estaba sentado contra la pared. A esta altura ya estaba

acostumbrado a estas reuniones, llevadas a cabo en lugares poco ortodoxos y atestados de gente. Con el pastor, habían viajado hacia el sur, yendo de una congregación secreta a otra vestidos de caballeros. Permanecían dos o tres días en cada lugar para exhortar y consolar, siempre recibidos cálidamente y ocultados cuidadosamente. Luego, proseguían su viaje por los amarillentos caminos polvorientos, esperando que la actividad inusual entre los nuevos conversos no hubiera levantado sospecha alguna.

A fin de mejorar su disfraz, ambos debían llevar espadas y pistolas, pero el pastor jamás cargaba la pistola ni desenvainaba la espada. Discutían de esto por el camino pues, como tristemente descubría el pastor, aunque Armand estuviera de acuerdo en que solamente el Señor podía preservarlos de sus enemigos, el soldado tenía mucho de Pedro en su carácter y era propenso a sentir que sería una experiencia educacional que cualquier Malco que pudieran encontrar por el camino perdiera por lo menos una oreja. Sin embargo, aunque era una doctrina difícil de ser aceptada por un ex mayor del Ejército, tuvo que reconocer que no concordaba con el ejemplo de Cristo el disparar a los perseguidores. Por lo tanto, forzosamente, él también comenzó a viajar con sus pistolas descargadas.

El amanecer implicaba peligro para los adoradores ilegales. Así que, a las cuatro de la mañana, el anciano Dufour hizo señas de que la reunión debía terminar. Las despedidas debían ser cortas, aunque todos sabían que las posibilidades de volver a ver al pastor eran muy escasas. Entonces, de a uno o de a dos, se escabulleron a la calle oscura. Cuando la última persona se había ido y la puerta se cerró, el anfitrión le pasó la vela a Armand, y las visitas subieron la escalera hasta la pequeña habitación del fondo, en la que podrían descansar. El anciano permaneció en la oscuridad por unos momentos, espiando entre las cortinas, tratando de ver si había ojos curiosos del otro lado de la calle.

Armand y el pastor no hablaron. Solía ser así después de estas reuniones. La alegría de esta gente sencilla, el evidente consuelo que la visita del pastor les traía, el amor que brillaba en sus ojos al

adorar juntos o participar de la Santa Cena, todo hacía que el viaje angustioso valiera la pena. Armand colocó la vela sobre la mesa de luz y comenzó a desvestirse. El pastor se sentó, ensimismado, en el borde de la cama, jugando con el pañuelo que llevaba al cuello. Luego se oyó un suave rasgueo en la puerta. Armand, en mangas de camisa, se acercó hasta la puerta y la abrió. El gorro y el camisón de Dufour brillaban pálidamente en el pasillo oscuro.

–Hermano de Gandon –susurró con voz trémula–, Mathieu Bertrand está aquí e insiste en que sabe que el pastor está aquí. Hay algo que no está bien con él, y temo por ti y por el pastor; pero no me animé a discutir con él en la puerta de calle.

–¿Es Mathieu? –inquirió Merson.

Armand asintió con tristeza.

–Lo he estado esperando. Por favor, hágalo pasar, hermano.

–Le ruego que tenga cuidado –instó Dufour–. Esto podría arruinarnos a todos.

Al regresar, Dufour traía una luz y Armand, de pie en la parte superior de la escalera, vio la cabeza rubia y los rasgos apuestos de Mathieu Bertrand por primera vez desde aquella noche lluviosa hacía casi seis años, cuando habían rescatado a Madeleine de la Casa para Católicas Nuevas cerca de esta misma ciudad. Pudo haber sido la luz imperfecta de la vela parpadeante o quizá su propia imaginación hiperactiva, pero le pareció a Armand que el rostro de Mathieu estaba demacrado, sus ojos hundidos.

Cuando el ex maestro levantó la cabeza y vio a Armand mirándolo desde arriba, tuvo un visible sobresalto e hizo una pausa. Al llegar arriba, sin embargo, ambos se saludaron con una reverencia formal y Armand le ofreció la mano a Mathieu, quien la tomó luego de una breve vacilación. Mientras el tío y el sobrino se abrazaban, Armand cerró la puerta de la habitación.

–¿Sabes con certeza que algo no está bien con todo esto? –le susurró a Dufour.

–Quisiera decir que sí –respondió el otro–. Pero no te quedes ahí, tiritando. Ven a la cocina, y te contaré lo que pueda.

Mientras se sentaban juntos y los primeros rayos del alba aparecían entre las ventanas del este, el hermano Dufour intentó explicar sus aprensiones.

–Debes saber, hermano de Gandon, que muchos hermanos por estos lugares negaron a su Señor para salvar a sus familias y sus posesiones, y uno suele ver en ellos una especie de enfermedad; una culpa que cargan. Son personas preocupadas e infelices.

–El sobrino del pastor tiene un aspecto enfermizo. Se mantiene distante de nosotros y actúa como si nos tuviera temor. Logró recuperar la propiedad de su tío y trabaja en el ayuntamiento. Te pregunto, ¿cuán a menudo se ve suceder algo así? Se dice que se transformó en un informante. Si es un informante, nos podemos dar por muertos. Les encargué encarecidamente a los hermanos que no le dijeran a Mathieu que su tío se dirigía hacia aquí; pensé que sería más seguro de esa manera. Y, sin embargo, aquí está –concluyó Dufour, estremeciéndose.

Armand sintió un sabor nauseoso y salado en la boca.

–Pero, hermano, ¿vendría aquí si tuviera algo malo planificado? Los rumores se esparcen, tú lo sabes.

El anciano no respondió, pero en la tenue luz no se veía muy convencido.

Ya estaba amaneciendo cuando apareció Mathieu. Con una leve reverencia hacia los dos observadores, salió calladamente por la puerta y desapareció. Armand regresó a su cama. Decidió no decir nada de lo que le acababa de decir el anciano.

El pastor también se acostó en la cama y cerró las cortinas, pero no se dispuso a dormir.

–Sin duda –comenzó a decir fríamente– te has enterado de que los hermanos aquí no confían en Mathieu. A fin de que tus pensamientos no te perturben mientras viajamos, permíteme transmitirte cierta seguridad. Mathieu sabía dónde encontrarnos porque yo le escribí antes de que saliéramos de Amsterdam. Me había enterado de que había regresado a Saint-Martin.

–¡Usted le *envió una carta*! –dijo Armand con desesperación–.

¿Acaso no sabe que el correo desde el extranjero está censurado?

—Envié la carta en manos de un tercero, para que se la remitiera a Mathieu —dijo enseguida el pastor.

Armand se tranquilizó un poco.

—No estoy en libertad de contarte todo en este momento, pero lo que puedo decir es que hace cinco años Mathieu fue atrapado mientras intentaba irse del país y fue interrogado. Bajo esta tortura, le hizo daño a un... a ella... a algunos amigos. Está sumamente afligido por esa debilidad y, por supuesto, cuando las autoridades insistieron en que regresara aquí, los hermanos también desconfiaron de él. Mathieu sabe lo que los hermanos sospechan; pero no es verdad. Me dijo que desea enmendar sus actos y servir al Señor uniéndose a nosotros. Así que lo he invitado a reunirse con nosotros en un tiempo apropiado.

—¡¿Unirse a nosotros?! —la exclamación de Armand fue más fuerte de lo que deseaba. Se sentó a medias en la cama—. No le dijiste a dónde iremos, ¿verdad?

—"No apaguéis el pábilo que humea" —citó el pastor, colocando una mano tranquilizadora sobre el hombro de Armand—. Seamos amables. Mathieu le dará el esquinazo a sus atormentadores y se reunirá con nosotros en el hogar del hermano Dulac, en Montpellier, el mes que viene.

—Pero, pero... —balbuceó Armand, desesperado.

—¿Acaso no hemos de perdonar si deseamos ser perdonados? ¿No se le dio a Juan Marcos otra oportunidad?

—Siempre tienes razón —estuvo de acuerdo Armand, cabizbajo—. Me siento halagado de ser puesto a la altura del apóstol Pablo, pero desde un punto de vista contumaz, puramente humano, ¡me atrevo a decir que es probable que nos retuerzan el pescuezo como palomas, cuando lleguemos a Montpellier!

—"El que piensa estar firme, mire que no caiga" —dijo el pastor, acomodándose la colcha bajo el mentón.

—Por supuesto —musitó Armand—, pero si cayó una vez, pueden ayudarlo a volver a caer.

–No creo que Mathieu fallará dos veces –el pastor habló como si estuviera razonando con un niño caprichoso–. Lo he mirado a los ojos, y he visto la angustia de su alma. Si entendieras todo lo que él ha perdido, serías más misericordioso. Hagamos *nosotros* lo correcto, ¡y que sea la voluntad de Dios!

El pastor se acomodó y quedó dormido casi de inmediato. Armand permaneció despierto por un tiempo, a pesar de su fatiga. Envidiaba la certeza simple del razonamiento del pastor. ¡Si solo pudiera dormir tranquilamente, como el pastor, con semejante interrogante en la mente! La luz del día que entraba por la cortina también lo molestaba, y daba vueltas en la cama, inquieto.

Armand intentó razonar cuál sería su deber, considerando las circunstancias. *Como dice el pastor: debo ser amable. ¿Cómo sé de qué manera reaccionaría yo si fuera torturado? Debo admitir que lo he considerado un inútil, y en realidad hasta le tuve envidia. Por cierto que ya no puedo imaginar que Madeleine le tenga algo de afecto. Pero, de hecho, si él no hubiera estado en el trasfondo, las cosas habrían sido diferentes en Holanda. La conciencia de Madeleine probablemente sea más tierna que la mía, de todos modos. Bueno, como un aprendiz de cristiano, supongo que mi deber es ayudarlo a salir sano y salvo del país para que pueda ir hasta Norteamérica con Madeleine.*

Armand suspiró. El pastor roncaba suavemente.

Me pregunto qué habría pasado si yo hubiera ido a América. No, estuve bien en no ir. Mathieu probablemente todavía la considera su prometida. Solamente habría complicado más las cosas para ella, si él hubiera llegado más tarde.

Entonces, otro pensamiento se le vino a la mente:

Me pregunto si pudo haber sido él quien informó a las autoridades que nosotros estábamos escapando de Francia por Sedan, en ese invierno tan lejano. No, en ese momento Mathieu Bertrand estaba aquí, en el sur, y no veo cómo pudo haber sabido lo que ocurría tan lejos, en el norte. A menos que el padre de Madeleine haya sabido algo. A menos que él la haya seguido. O que ella lo haya desdeñado...



Al mediodía, apareció Alexandre Cortot en el hogar de los Dufour. Dijo que había cambiado de idea con respecto a ir a Norteamérica. Intentaría encontrar a su padre, antes de cruzar el Atlántico. Se estaba refugiando en las ruinas de un *mas*[3] que había pertenecido a su padre. *Madame* Dufour le dio un pan alargado que, le aseguró Alexandre, sería suficiente. Agregó algunas manzanas y uvas.

La segunda mañana luego de la reunión nocturna, el pastor Merson salió temprano para visitar a una hermana anciana que vivía del otro lado del pueblo. Armand desayunó con tranquilidad y se sentó en la cocina en mangas de camisa, esperando que regresara el pastor para que pudieran retomar el viaje. Los Dufours estaban sentados con él, y comentaban los cambios que la Revocación había traído a los hugonotes de Saint-Martin, cuando Alexandre abrió la puerta y se quedó parado sin aliento sobre el umbral.

–Por la calle –dijo jadeando–, y acercándose rápidamente, una docena de dragones. Puede ser que estén de maniobras, pero tú sabes que no es normal que estos diablos de capa amarilla estén en la calle tan temprano solo para hacer sociales.

–No quisiera parecer presuntuoso –dijo Armand, asintiendo y poniéndose de pie –pero supongo que nos buscan a nosotros. Alguien nos debe haber delatado.

–No cabe duda –dijo Dufour, levantándose de un salto–. No deben encontrarte aquí. Alexandre, si puedes, ve por la calle en la dirección opuesta y dile al pastor que no venga hacia aquí, si es que regresa. Él es a quien buscan realmente. Y hermano de Gandon, por favor pásate a la casa de al lado en este mismo instante; los vecinos son de los nuestros. La calle es demasiado peligrosa, y podrías ser reconocido como un extraño. Creo que Alexandre no correrá peligro, pues los muchachos de su edad se parecen mucho. Revisarán este lugar y lo pondrán patas para arriba.

Terminó hablando solo. Armand y Alexandre habían salido

corriendo por la puerta de atrás tal como él lo había indicado, y *madame* Dufour había corrido al piso superior para disimular cualquier evidencia de que hubiera visitas y colgar la ropa de ellos entre sus propias ropas.

En unos pocos minutos, los pasos y los golpes vigorosos en la puerta de los Dufour mostraron que sus temores eran acertados. Armand, sentado incómodamente en la cocina de los vecinos con una señora joven de rostro pálido que tenía dos niños pequeños, podía escuchar el tumulto en el hogar de los Dufour mientras los soldados lo revolvían todo. Luego de unos minutos, se esparcieron con pocas ganas por las casas aledañas, rebuscando y preguntando, sabiendo que obtendrían poca ayuda porque el vecindario estaba compuesto mayormente por nuevos conversos.

Pronto se oyó que alguien llamaba a la puerta del refugio de Armand. La señora de la casa la abrió apenas. Se encontró con un sargento de Dragones en capa amarilla y sombrero con borla, de pie con dos soldados.

–Debo registrar su casa, *madame* –dijo el sargento con la mayor cortesía que se podía esperar de un dragón. La empujó a un lado y los tres hombres revisaron cada habitación, cada baúl y cada armario, y bajo todas las camas. Parecían un poco someros en su inspección, como si no esperaran encontrar algo.

Entonces el sargento se dirigió al cuarteto silencioso en la cocina. Mientras los soldados lo esperaban en la puerta, uno de ellos balbuceó algo sobre los malditos informantes que hacían perder el tiempo a la gente con suposiciones erróneas.

–Siempre esperando recibir una recompensa.

–¿Quién vive aquí? –exigió el sargento.

La mujer le respondió con la verdad, y si el soldado pensó que Armand era el esposo que en realidad estaba ausente, trabajando en los viñedos, ¿era acaso el deber de ella explicarle?

El sargento suspiró, analizando la escena doméstica: Armand en mangas de camisa, sentado a la mesa con un plato vacío, y los dos pequeños niños aferrados de las manos de su madre mientras ella

permanecía de pie junto al fuego. El rostro del sargento se iluminó. Los niños a veces hablaban con más facilidad que sus mayores.

–Qué lindo niño –dijo, intentando parecer zalamero.

Se inclinó para estar al mismo nivel del rostro del niño más grande–. Mi nombre es Dupin. ¿Y el tuyo?

No hubo respuesta.

–¿Te gustaría tener esta moneda? –preguntó, sosteniendo una moneda de cobre entre el pulgar y el dedo índice–. ¿Has visto a alguna persona extraña por aquí; personas que no vivan aquí?

El mentón sin afeitar del sargento, la cicatriz blanca que tenía sobre el ojo derecho, la borla que se movía de un lado al otro y el aliento a vino y ajo del sargento fueron demasiado para el niño. Retrocedió con ojos agrandados y se puso detrás de su madre sin decir palabra. El soldado que observaba desde la puerta dijo algo en voz baja que ningún niño debió haber escuchado, y el sargento se enderezó, miró de reojo a la madre impasible y se dirigió hacia la puerta.

El niño más pequeño se había mantenido en silencio, pero parecía muy chico como para hablar. De repente comenzó a balbucear y señaló a Armand. Aunque el corazón de Armand dio un vuelco, se forzó a permanecer sentado y sonrió, lo que esperó ser una sonrisa indulgente. El sargento se dio media vuelta, escuchó por un momento con el ceño fruncido y desconcertado, se encogió de hombros, le dio una palmadita al niño en la cabeza y le dio el *denier*. Un momento más tarde los soldados se habían ido, y la señora se dejó caer en una silla, con el rostro blanco como la leche desnatada.

Cuando estuvo seguro de que el vecindario ya estaba libre de visitas no deseadas, Armand le agradeció a la mujer por correr un riesgo tan grande por él, y elevó una oración agradeciendo porque la enunciación del niño más pequeño era tan pobre como su juicio. Luego, Armand se pasó sigilosamente al hogar de la familia Dufour para retomar las preparaciones para el viaje.

---

[1] Mi querida hermana.

[2] Religión Pretendidamente Reformada.

[3] Casa o granja tradicional en la región de Provenza.

Capítulo 11

Masacre en las montañas

El pastor Merson y Armand de Gandon descansaban, junto a un fuego humeante, sobre un banco de madera en una choza de campesinos ubicada entre los pinos al oeste de Nîmes, en las altas Cévennes. Alexandre permanecía de cuclillas en una esquina de la chimenea elevada de piedra, observando atentamente. Se podía oír jugar a cuatro niños pequeños afuera. La mujer que revolvía la olla de hierro era tan menuda y quemada por el sol como la pobre tierra en la que vivía. Alexandre tenía hambre, pero sintió un poco de culpa cuando se percató de que su anfitriona no tenía más que nueces y hierbas para servirles. Pero, les había dado la bienvenida cálida y genuinamente, y parecía estar contenta de compartir lo poco que tenía.

La mujer no parecía estar muy convencida ante la admonición del pastor Merson de que tuviera paciencia. Revolvió la olla tiznada y la volvió a colocar sobre las llamas.

–¿Por cuánto tiempo debemos mostrar la otra mejilla? –preguntó–. Está muy lindo lo que usted dice, pero no ha vivido aquí, como nosotros. El próximo Día de Todos los Santos se cumplen dos años desde aquel incidente. Un dragón de Saint Ruth vino sobre mí y mi esposo en el camino que sube de Anduze, y le dio un sablazo a mi esposo, sin previo aviso. Cuando grité y corrí hasta mi marido, que estaba sangrando en el piso, el compañero del dragón le preguntó por qué lo había hecho. Este se rió y dijo: "Se les nota en la cara que son calvinistas". Así nomás. Así que, se fueron al galope. Algunas personas que venían detrás de mí me ayudaron a traer a mi pobre esposo hasta aquí, pero murió antes de que llegáramos.

Alexandre observó el rostro de sus compañeros.

–Anoche –continuó la mujer–, algún Judas recibió dinero para cometer un asesinato. Suena muy lindo lo que ustedes dicen: "Dejemos la venganza en manos del Señor". Pero ha habido demasiada sangre inocente derramada en estas montañas. Si *monsieur* Vivens siente que el Espíritu Santo le dice que mate a un apóstata, ¿quién puede decir que no es la venganza del Señor por mano de su siervo?

El pastor se mostró dolido pero no dijo nada.

Alexandre pensó en la misión del verano en la que Armand y él habían contado centenares de hugonotes motivados por la predicación de Vivens y preparados para empuñar las armas para recuperar su libertad. De hecho, luego de la campaña a los valles *vaudois* de los dos años anteriores, Armand de Gandon se había dado por vencido con las resistencias armadas. Incluso cuando la milicia católica había atacado la reunión de la noche anterior, de Gandon no había desenfundado su pistola. A Alexandre le costaba seguir semejante cambio en su héroe.

Finalmente, Alexandre rompió el silencio.

–Supongo, *madame*, que es sencillamente lo que se merecen los apóstatas; pero lo cierto es que trae más violencia sobre las pobres personas cuando se toman ese tipo de medidas. Sin embargo, aunque los malvados tendrán su castigo en el juicio, me gustaría pagar un poco a crédito mientras esperamos. Supongo que esa es la razón por la que estoy (estamos) peleando en el Piamonte y en Irlanda por la Buena Causa. Estoy de acuerdo en que la espada no concuerda mucho con la predicación de la Palabra, pero decir que sufrir dócilmente algún día llevará al arrepentimiento a los malvados... No veo que estén muy impresionados con eso, hasta el momento –dijo Alexandre, callándose abruptamente y mirando al pastor a los ojos.

–El joven, en parte, tiene razón –dijo el pastor con suavidad–. Si nos resistimos, entonces ellos quedan justificados en su violencia, porque pueden decir que somos rebeldes. Pero hasta un apóstata se puede arrepentir, y ellos también tienen almas que salvar por las cuales Cristo murió. No culpo a usted, *madame*, ni a ti,

Alexandre, considerando también que tu noble padre está en las galeras. Puede ser según el propósito de Dios que tanta sangre deba ser derramada en estas grandes conmociones de nuestros días; pero al leer las Escrituras, veo a nuestro Señor mismo, que "no les respondió palabra" y fue como oveja al matadero. "Guarda tu espada", le dijo a Pedro en el jardín del Getsemaní.

Alexandre se puso en una rodilla y arrojó un palo a medio quemar en el fuego.

–Quizá no haya escuchado, *madame* –dijo Alexandre–, que nuestros hugonotes en Irlanda recientemente han derrotado a este mismo Saint Ruth en Aghrim; y él y gran parte de su ejército ahora están en el infierno, donde llegaron con mucha demora.

El pastor nuevamente se mostró dolido, y sacudió la cabeza en silencio.

–Alexandre, incluso ahora no lo entiendes. La firme determinación del pueblo del Señor para testificar públicamente por medio de la adoración a Dios tal como él manda debería ser el mejor testimonio de la pureza de nuestras doctrinas. Deberíamos evitar con la mayor cautela posible el uso de armas o incitar rebelión contra las autoridades puestas por Dios. Solamente al reunirnos obedecemos a Dios antes que a los hombres.

Alexandre se encogió de hombros. La autoridad del pastor Merson estaba más que un poco empañada a los ojos del joven, porque compartía una relación de sangre con el detestable Mathieu Bertrand, y mucho más desde su encuentro en Saint-Martin.

Alexandre había estado viajando con Armand de Gandon y el pastor Merson durante tres semanas luego de irse de Saint-Martin, pasando por la escarpada *Massif Central* del sur de Francia. Cuando tenían suerte, disfrutaban de la hospitalidad de las pequeñas casas de campo. En otros momentos, dormían bajo los árboles, detrás de las piedras o en cuevas. Habían viajado mayormente hacia el sur y el este, evitando los pueblos más grandes y los caminos principales.

Luego de dejar Saint-Martin, se habían dirigido al este para

evitar regiones que eran mayormente católicas, y eventualmente, habían llegado al curso alto del río Tarn. Pasaron varios días subiendo y bajando por las márgenes rocosas del río, vadeando laguitos de agua verde traslúcida, caminando cansinamente por playas de arena blanca y, al estrecharse los desfiladeros, subiendo por las grandes rocas salpicadas por pequeñas cascadas. Había unas pocas aldeas de piedra agrupadas, a lo largo de las márgenes pronunciadas donde los desfiladeros se ensanchaban un poco; y había torres de feudales vigilancia, a menudo construidas sobre las altas formaciones rocosas que bordeaban el río. Algunas de estas torres estaban en ruinas desde hacía mucho tiempo.

Los viajeros intentaron evitar lugares habitados, pues los transeúntes en esta región remota eran pocos y llamaban la atención. Escalando más alto para evitar las pequeñas aldeas, caminaban por momentos cerca del borde del precipicio y podían apreciar vistas panorámicas impresionantes, con el río verde serpenteando por el fondo del barranco. En general, se encontraban con más ovejas y cabras que personas.

Dejaron el Tarn en Le Rozier y, acompañados por un guía, treparon por el desfiladero hasta las tierras altas cubiertas por matorrales y pinos. Estas zonas montañosas estaban casi desiertas, razón por la cual el guía elegía caminos tan difíciles. Fueron llevados por una región de formaciones rocosas y cavernas extrañas, que los campesinos evitaban pues decían que los demonios paganos originales todavía vivían allí, entre los matorrales densos y las salientes rocosas enormes. Con un poco de imaginación, Alexandre pudo ver en algunas de estas rocas las formas de edificios arruinados y castillos sumamente apropiados para estar "llenos de criaturas tristes". Le recordaban la descripción de las Escrituras del desierto de Judea: "Allí habitarán hijas del búho, y allí saltarán peludos".

Pero el pastor Merson y Armand de Gandon tenían sus contactos incluso allí: esta viuda desesperada, y aquellos que se habían reunido la noche anterior a una hora de camino hacia el suroeste. El joven estaba aprendiendo a morderse la lengua y mantener la

paz, pero el cambio interior del corazón estaba tardando más.

Alexandre se sorprendió cuando, solamente dos días después, llegaron a una pequeña aldea de fervientes hugonotes; pero apenas menos sorprendido de que los hombres del *Intendant* de Bâville habían estado allí repetidas veces. Se quedó mirando boquiabierto las formas desfiguradas que se reunieron alrededor del pastor Merson.

—Esta cicatriz me la dejó un dragón durante la crisis de 1683 —dijo una campesina demacrada, subiéndose la manga para mostrar un brazo del cual la mayor parte de la carne había sido desgarrada antes de ser cocida—. No me salí del camino lo suficientemente rápido para su gusto, y había levantado el brazo para protegerme la cara. Dos días más tarde, un grupo de ellos mató a dos hombres de esta aldea casi en el mismo lugar del camino. Uno de ellos era mi esposo. Nadie nunca supo por qué sucedió; teníamos miedo de preguntar. El conde de Tesse (¡que Dios lo castigue!) y sus hombres hacían este tipo de cosas por toda la región. No había mucho que pudieran robar, pero utilizaban todo tipo de violencia.

Otros, hicieron eco de sus afirmaciones y contaron sin ahorrar detalles truculentos cómo habían recibido sus heridas y agravios. El pastor Merson estuvo varios días tranquilizándolos, amonestándolos a que fueran pacientes y predicándoles la Palabra.

Esta región ominosa terminaba abruptamente en un despeñadero alto, del cual descendieron casi en línea recta hasta las afueras de Millau. El guía contactó a los hugonotes secretos de esa ciudad, y el pastor celebró reuniones para ellos en un cobertizo abandonado al sur del pueblo, en la ribera del Tarn, que ahora era ancho y hermoso. Al día siguiente, despidiéndose del guía, el trío viajó por el espectacular cañón del río Dourbie hasta una región más densamente poblada por protestantes.

Había llegado el otoño a las tierras altas. Alexandre se confesó a sí mismo, aunque no a Armand y al pastor, que no le gustaba pensar en las semanas que probablemente estarían en estas montañas. Recordaba demasiado bien el invierno durante el regreso de los *vaudois* a los Alpes.

Saliendo del cañón al noreste, se encontraron con una tierra protestante tan pobre como Alexandre jamás había visto en otros lugares de Francia: una tierra de colinas escarpadas con terrazas fabricadas con innumerables muros de piedra que servían de contención para la tierra, que era cultivada con mucho trabajo y sacrificio. Las aldeas eran pequeñas y pocas, algunas compuestas solamente por una media docena de chozas. Desde las elevaciones más altas, Alexandre trató de adivinar a qué distancia se encontraban las cadenas de montañas azules que se repetían a la distancia. Durante dos días, abatidos por vendavales helados que siempre parecían soplar de frente, recorrieron la planicie alta y pelada con salientes rocosas grotescas.

–¿Y esto es el sur de Francia? –murmuró Alexandre a Armand, mientras descansaban al abrigo de una roca gigante–. Es tan frío como en las costas más norteñas de Irlanda en las que estuve.

–La incomodidad presente siempre parece ser la peor –respondió Armand sin piedad–. Alégrate. Aquí solamente marchas; no tienes oficiales que te reprendan para infundirte un coraje audaz y sangriento.

–El ejército viajaba por los caminos principales en Irlanda –recordó Alexandre–. Aquí tenemos que viajar o escalando los acantilados o cruzando los lechos de los arroyos en el fondo del cañón, acorralados por matorrales impenetrables.

Alexandre no necesitaba que de Gandon le recordara que los milicianos merodeaban por los caminos principales, armados por el gobierno para vigilar a los inquietos hugonotes, y para descubrir la presencia de cualquier extraño que presumiblemente estuviese realizando tareas que perturbaran el orden público. ¿Qué mantiene vivos a los hermanos?, se preguntó repetidamente Alexandre. Prácticamente la única posesión que tenía esta gente era una lealtad ardiente hacia la Religión, y una terrible determinación de mantenerla.

–Esta provincia es un barril de pólvora –le dijo Armand al pastor Merson–. Seguramente eso no es ningún secreto para el *Intendant* de Bâville allá, en Montpellier. Probablemente supondrá que cualquier

pastor que visita esta región viene con un único propósito: predicar rebelión contra el rey y resistencia contra la "iglesia legítima". Por su lado, estas personas han sido acosadas, tratadas con brutalidad, espiadas por los lacayos de la Iglesia y el Estado, matados a balazos en los servicios de adoración y enviados a las galeras y los conventos desde mucho tiempo antes que tú y los otros pastores se fueran.

–*Mais oui* –dijo el pastor con un suspiro–. Y así los habitantes de las Cévennes están verdaderamente en un estado altamente sugestionable, especialmente aquellos que han sucumbido momentáneamente a la fuerza, y ahora anhelan recibir perdón y una oportunidad para redimirse.

Durante los siguientes días, Alexandre fue testigo de una especie de entereza que no había visto durante sus viajes de verano con de Gandon. Los lugareños tenían en poco hacer frente a los elementos o a los espías, para recorrer varios kilómetros a fin de escuchar a cualquier predicador de la Palabra que los visitaba. Hasta arriesgaban la vida para escuchar a alguno de sus propios vecinos, si podía repetir de memoria o leer algo de las Escrituras, o elevar oraciones "hermosas".

–La falla está en nuestros líderes protestantes –se lamentó el pastor Merson–. Hemos abandonado a esta pobre provincia durante muchas generaciones (mucho antes de la Revocación), y las ovejas están famélicas por falta de un predicador bien preparado.

–Afortunadamente, también han sido abandonados por las autoridades durante esas generaciones –señaló de Gandon–. Pero desde la Revocación, los espías y los chismosos han sido espoleados para informar las reuniones secretas. Entonces las tropas regulares y la milicia vienen, y los sospechosos son llevados de a centenares a la vez a las prisiones o las galeras. Las actividades de los hugonotes de las Cévennes han atraído mucha atención en años recientes. Esto lo hemos visto Alexandre y yo con nuestros propios ojos a principios del verano.

–Todavía tienen algunos sacerdotes romanos –agregó Alexandre–. Estos probablemente sepan que sus feligreses los

aborrecen. Seguramente sabrán que las personas hoscas de sus iglesias no han sido realmente "convertidas". Tienen miedo. ¿Por qué otro motivo serían tan violentos?

–Ah, estás comenzando a entender –dijo el pastor Merson mientras se le iluminaba el rostro–. Pero, Alexandre, no debemos recurrir a ser como ellos en ese aspecto.

Los Hijos de los Profetas le habían contado a Alexandre todo lo que había sucedido durante las incursiones militares de 1683 y 1685. Los nuevos conversos se habían regresado al protestantismo poco tiempo después de que las tropas se retiraron, y no solamente boicoteaban los servicios católicos sino también mataban, a veces disparaban, a los sacerdotes que merodeaban por el campo con demasiada libertad y eran sospechosos de traicionar a los vecinos para enviarlos a las prisiones del *Intendant* de Bâville.

Alexandre sabía que ahora la red de mensajeros había divulgado la invitación. Se preguntaba si la multitud que esperaba el pastor podría enfrentar los peligros que se aproximaban.

–Espero con ansias nuestra reunión esta noche –dijo el pastor Merson mientras retomaban la marcha.

Antes del anochecer llegaron al lugar indicado, una *mas* que se parecía más a un hongo gigante que a una casa. Luego de una cena frutal, los tres visitantes estaban esperando con un anciano robusto de baja estatura con una abundante cabellera blanca, encías sin dientes y una enorme nariz. Su *patois* era tan fuerte y sus dientes tan pocos que Alexandre no lograba entender lo que decía. Mientras caminaba por delante en un sendero angosto a la luz de la luna, solo llegaban fragmentos de sus palabras al resto del grupo: que él mismo había escuchado voces entonando música celestial sobre el lugar del templo hugonote; que el *Intendant* de Bâville era un siervo del demonio y otras frases que el muchacho no logró entender. Aunque el guía era un hombre anciano, Alexandre tenía que correr para no rezagarse. En el atardecer cada vez más oscuro, el cabello blanco del anciano se movía ante ellos como si fuera una aparición.

Luego de diez minutos de caminar por un sendero invadido por

zarzas, salieron a un pequeño claro donde había cuatro casas de piedra muy parecidas al rancho que acababan de dejar atrás. El guía los escoltó hasta una de ellas, una cabaña de dos habitaciones. Lo único que había adentro era una cama, un baúl, algunos bancos, una mesa rústica y una chimenea. Apiñados en el interior había, por lo menos, treinta personas. Un fuego humeante ardía en la chimenea y Alexandre pensó que se asfixiaría por falta de aire fresco.

El público escuchaba atentamente a un muchacho unos dos años menor que Alexandre, que estaba recitando salmos de memoria. Alexandre identificó dos errores menores en la recitación y se preguntaba si el que hablaba se había sentado en algún aula de las montañas bajo un catequista tan vigilante como Mathieu Bertrand. Cuando el muchacho terminó, una pequeña niña de unos ocho o nueve años gritó con fuerzas y, mirando hacia arriba, comenzó a hablar con gestos vigorosos. El público se apiñó más, para darle lugar. La mayoría de las cosas que decía eran porciones y frases del Antiguo Testamento recitados en una especie de salmodia, acompañada por gemidos, llantos y sollozos del público.

–"Jehová rugirá desde lo alto, y desde su morada santa dará su voz; rugirá fuertemente contra su morada; [...] contra todos los moradores de la tierra. [...] Porque este pueblo es rebelde [...] hijos que no quisieron oír la ley de Jehová".

–¡Que Dios tenga compasión de nosotros! –exclamaron varios del público.

–"Conviértase ahora cada uno de su mal camino [...] y no me provoquéis a ira con la obra de vuestras manos [...]. Pero no me habéis oído, dice Jehová".

–¡Ten piedad, Señor!

–"¿Qué haré a ti, Efraín? ¿Qué haré a ti, oh Judá? La piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece. Por esta causa los corté por medio de los profetas, con las palabras de mi boca los maté [...]. En la casa de Israel he visto inmundicia [...]. Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra;

pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel".

–Amén.

–"Egipto será destruido [...] por la injuria hecha a los hijos de Judá; porque derramaron en su tierra sangre inocente. [...] Escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. [...] Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona".

–¡Amén! ¡Amén!

–"De cierto, oh Dios, harás morir al impío [...]. ¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos".

–¡Amén!

–"Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago;

–¡Amén!

–"Dios mismo vendrá, y os salvará". ¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos de las abominaciones que han cometido sobre la tierra! "Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada".

–¡Ten piedad, Señor! ¡Amén!

Al igual que Alexandre, Armand había estado escuchando a la pequeña niña, sorprendido. Había una peculiaridad que lo sorprendió grandemente en el discurso de la niña: Hablaba en idioma francés muy claro y con un acento distintivamente educado, a pesar de que la mayoría de las personas en estas montañas tenían un dialecto local tan acentuado que era difícil que alguien de afuera pudiera entender lo que decían.

Cuando la niña terminó de hablar, el pastor y Armand conversaron con ella. Parecía más bien retraída y tímida, pero más inteligente que el exhortador que con tanta efectividad había suscitado las emociones de la pequeña congregación. Aunque la niña dijo su nombre de buen grado y habló con los visitantes acerca de su familia; sus explicaciones sobre cómo o por qué ha-

bía hecho la apelación y la advertencia pública eran imprecisos.

El grupo le rogó al pastor Merson que les dirigiera unas palabras él también, y así lo hizo durante las siguientes tres horas, ampliando con mucha habilidad algunos de los pasajes que había citado la niña, pero explicándolos en términos de soportar pacientemente y dejar la venganza en las manos de Dios antes que incursionar ellos mismos para dar muerte a los filisteos.

Esa noche, cuando regresaron a la choza donde habrían de pasar la noche, el pastor expresó su preocupación por los discursos de ambos jóvenes. Habían llegado rumores de estos sucesos extraños hasta Holanda, al igual que historias de voces celestiales que salmodeaban o cantaban. Los ministros en el exilio no se ponían de acuerdo en cuanto al origen de tales manifestaciones. Algunos, dijo el pastor Merson, los veían como señales celestiales para fortalecer a los fieles. Otros estaban igualmente seguros de que provenían de los ángeles malvados, para descarriar a los ignorantes. Luego de escuchar los dos tipos de discurso utilizados por la niña, Armand no podía menos que preguntarse si ella había absorbido tan completamente la predicación de quien había sido su pastor, a quien difícilmente habría podido escuchar más recientemente que hacía tres años, que en un estado de exaltación pudo reproducir el francés de clase alta que el ministro probablemente utilizó.

A la luz titubeante de la lámpara de pábilo y sebo, Armand podía notar cuán preocupado estaba el pastor Merson ante ambos discursos. El pastor dijo:

–Temo por el futuro de la iglesia en lugares tan remotos como estos. No es que haya menos demanda de los servicios de un ministro ordenado. La gente está hambrienta de la Palabra. Lo que temo es que los niños predicadores sin experiencia puedan aumentar los peligros que estos creyentes ya enfrentan de por sí. Están dando exhortaciones fanáticas, suicidas, que incitan a la rebelión contra la bestia, y citan versículos de las Escrituras sin entender su significado adecuado ni el efecto que pueden tener

sobre la imaginación agitada de esta pobre gente que sufre.

–Podría llevar a un baño de sangre –dijo Armand.

Merson se acercó más al pequeño fuego en la chimenea, con las manos cerca de las llamas.

–Además –añadió–, al estar aislados de sus pastores regulares, ¿qué doctrinas extrañas podrían surgir aquí, en el desierto? –entonces, el pastor recordó con inquietud que algunos de entre el público habían venido armados.

De repente, Alexandre se dirigió al hombre mayor:

–Ciertamente no puedes culpar a la gente por tratar de protegerse a sí misma. Cualquier reunión podría ser sorprendida por las autoridades, y las tropas siegan la vida de hombres, mujeres y niños indiscriminadamente, "para que sirva de escarmiento".

–Y, sin embargo, los hombres del rey afirman que las asambleas armadas constituyen prueba suficiente de que estas reuniones son sediciosas y rebeldes, y que no son las asambleas puramente religiosas que la gente afirma que son –refutó Merson.

Cuando Armand y Alexandre lo presionaron, Merson confesó que no estaba preparado para decir que los coros celestiales y los niños predicadores provenían del maligno, pero obviamente tenía temor de que más mal que bien pudiera salir de ello. La única respuesta que podía encontrar era que los ministros regulares dejaran de lado su comodidad en el exilio y arriesgaran sus vidas por estos rebaños inquietos que dejaron atrás, en Francia. Y, sin embargo, de los ochocientos o novecientos pastores en el exilio en ese momento, ¿cuántos estaban preparados para regresar a la viña? La mayoría prefería confiar en los príncipes protestantes, como Guillermo de Orange, para restaurar la libertad religiosa al vencer a Francia; o, de lo contrario, esperarían a que Luis XIV fuera "iluminado" y, lleno de remordimientos, los invitara a regresar.

Aunque habían visto y oído muchas cosas terribles en este viaje, Armand no había visto al pastor tan disgustado como parecía estar ahora como resultado de los eventos de esa noche. Sin embargo, antes de que apagaran la lámpara, Merson leyó un texto de

Jeremías 23 que lo animó:

–"Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová".

–Siento que la segunda promesa debe ser cumplida antes que la primera –concluyó el pastor–; y que si los ministros cumplen con su responsabilidad, entonces podemos esperar con toda confianza y buena conciencia que el Señor haga regresar al remanente, sin importar cuánto tiempo demore en hacerlo.



Alrededor de la medianoche de un día cálido de septiembre, Armand de Gandon se encontraba recostado de espaldas sobre el pasto de una colina escarpada en las Cévennes, mirando al cielo violáceo, y Alexandre Cortot se encontraba recostado boca abajo, al lado del soldado. Unos pocos metros más abajo, en un anfiteatro natural y con una enorme roca como púlpito, el pastor Merson estaba alimentando a aquellos que estaban "hambrientos por el pan de la Palabra". Una única fogata quemaba a su lado, proveyéndole algo de luz si necesitaba consultar el bosquejo de su sermón. Mayormente invisibles sobre las laderas circundantes, había más de mil hermanos devotos, algunos de los cuales habían caminado más de veinte leguas para tener la difícil oportunidad de escuchar a un ministro nuevamente. El pastor acababa de comenzar su discurso. La congregación estaba en completo silencio y muy atenta.

Aquí, en las colinas del sur, donde las aldeas por lo general eran pequeñas pero las congregaciones grandes, la mayoría de las reuniones eran celebradas al aire libre, en un claro del bosque o en una caverna. Era obvio que las autoridades percibían la pre-

sencia de los *prédicants,* al ir estos de un lugar a otro. Los *curés* habían sido alertados, y los nuevos conversos eran interrogados severamente. Pero, hasta el momento, la lealtad de los perseguidos probaba ser fiel contra cualquier soborno o amenaza, y el paradero de los ministros itinerantes de la Religión Pretendidamente Reformada nunca parecía ser informado ante la iglesia o ante los oficiales del rey hasta que habían viajado suficientemente lejos como para escapar.

En esta noche, la multitud era la más grande que alguna vez habían reunido. Se había desparramado a varios centinelas a una distancia de hasta una legua en todas las direcciones, y parecía todo tan seguro que hasta habían cantado varios salmos. Los pinos se hacían eco del canto triunfal: "Te exaltaré, mi Dios, mi Rey, y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre".

El servicio de comunión había requerido mucho tiempo. Habían ayudado los ancianos de varias iglesias, y los participantes se aproximaron de dos en dos. Había habido confesiones de apostasía, proclamaciones solemnes de arrepentimiento y ruegos de perdón, y la unción del Espíritu Santo. Ahora había comenzado el sermón.

Armand había ayudado a armar el fuego y luego se había recostado para descansar, mientras hablaba el pastor Merson. Habían viajado mucho ese día. Era bueno descansar seguros y disfrutar de la fragancia de la cálida noche. Las constelaciones del cielo parecían estar muy cerca.

La mente de Armand divagó con facilidad hasta centrarse en su tema preferido, y se preguntó si Madeleine ya había llegado a Nueva York o qué constelaciones podría ver desde el barco, si es que también estaba mirando al cielo. No era un pensamiento muy original, quizás, y era bueno que el irrespetuoso hermano menor de Madeleine no pudiera leer los pensamientos ajenos. La respiración de Alexandre sugería que de todos modos ya estaba durmiendo.

En ese momento varios de los oyentes exclamaron: "¡Amén!", y la atención de Armand regresó de mala gana desde el Atlántico. Estos habitantes de las Cévennes eran simples y entusiastas; fanáti-

cos sin estudios que ofrecían testimonios de improviso, encendidos a menudo por el Espíritu. Como era costumbre, el pastor Merson predicó brindando ánimo para soportar las persecuciones; pero en esta provincia la puja entre los hugonotes y la autoridad real había sido más sombría y sangrienta que en ningún otro lugar del reino. Armand había llegado a ver que, al agotarse la paciencia, el entusiasmo fácilmente se podía transformar en fanatismo.

Los sermones aquí debían enfocarse en los principios básicos, afirmaba una y otra vez el pastor Merson. Aquí no había lugar para las trivialidades de las iglesias engreídas y sofisticadas; las minucias de la observancia del domingo, de si los estudiantes de Teología podían utilizar cintas, espadas o guantes con flecos. No había saltos de un libro a otro como en la moda moderna, buscando textos desparramados aquí y allá. Fiel al antiguo estilo, Merson desarrollaba su sermón a partir de un solo libro de la Biblia. En esta ocasión, se trataba del libro de Isaías.

–"El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos. [...] He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder [...]; he aquí que su recompensa viene con él [...]. Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti".

De repente, se escuchó un disparo desde la colina que se encontraba detrás del pastor, y luego un grito de alguien en agonía mortal. Al instante, se desató un caos total. Todos saltaron en medio de gritos de: "¡Los dragones!" y "¡Hemos sido traicionados!". En un momento la asamblea se disolvió: hombres, mujeres y niños corriendo desordenadamente sobre arbustos y rocas, chocándose unos con otros en la oscuridad.

Armand examinó con la vista las colinas oscuras, fijándose en la dirección de la que había venido el disparo y la dirección en la que el público huía. ¿Habían sido traicionados, se preguntaba, o quizás algún oficial observador había notado un movimiento poco usual en los caminos ese día y había adivinado por casualidad el lugar de la reunión?

Poniéndose de pie de un salto, Armand corrió hacia la fogata, donde el pastor había estado predicando. Chocó con Alexandre, que también había saltado y se había cruzado frente a Armand, dirigiéndose a un grupo de mujeres y niñas que habían estado sentadas en el pasto justo detrás del predicador.

Casi de inmediato una línea despareja de luces parpadeantes apareció sobre la colina inferior y comenzó a ascender. Era una trampa. Armand se percató de que el enemigo se aproximaba tanto desde abajo como desde arriba. Pateó los troncos del fuego para desarmarlo. Los palos encendidos rodaron y humearon, dejando solamente una base de brasas encendidas.

En la oscuridad instantánea, Armand llamó en voz baja:

–¿Pastor?

Los primeros adoradores casi habían llegado a la línea de antorchas ,pero retrocedieron. Gritos, maldiciones y más disparos de mosquete se sumaron al estrépito. El pequeño rebaño ahora corría en estampida en la dirección contraria, e intentaba escapar antes de que el cordón pudiera cerrarse a su alrededor. La única salida era ascender oblicuamente por la pendiente y rodear la punta de la línea de infantería que ascendía la colina entre los matorrales rocosos. Armand deseó haber conocido esta colina tan bien como los lugareños.

–¿Pastor?

Luego de llamarlo por segunda vez en voz baja, Merson respondió y comenzaron a ascender rápidamente la cuesta, esperando pasar al costado de sus agresores. Continuaron escuchando disparos y gritos cuesta abajo y cuesta arriba. Armand deseó haber tenido cargadas sus pistolas. ¡Cuánto daría por tener una compañía de sus buenos mosqueteros del regimiento de Maine! Lindo sería probar el coraje de los valientes cazadores del *Intendant*, que estaban atacando a civiles desarmados.

Llegando abruptamente al hombro de la colina, casi chocaron con un grupo de dragones de a pie, que venían subiendo para cerrar esa vía de escape. Uno de los soldados llevaba una antorcha parpadeante y, a la luz de la misma, Armand pudo ver un cuadro

terrible. Un niño que había estado corriendo frente a ellos había chocado de lleno con los hombres armados. Ahora estaba tirado en el suelo retorciéndose a los pies de los dragones, mientras se le drenaba la vida, y uno de los dragones permanecía de pie sobre él con la espada teñida de carmesí. Mientras tomaba una roca del tamaño de un puño que tenía a sus pies, Armand vio con alivio que el *garçon*[1] agonizante no era Alexandre.

El dragón se quedó mirando fijamente a Armand por un instante. Armand arrojó la piedra con todas sus fuerzas y le dio de lleno en la cara al hombre que tenía la antorcha, quien cayó con un alarido. La luz se apagó con un torbellino de chispas. Se oyó un disparo de mosquete con un destello amarillento, luego un gemido y el sonido de un cuerpo pesado y armado que caía al suelo.

¡Bien!, pensó Armand, al estornudar en la nube de humo. *Le ha disparado a uno de los suyos*. Entonces, Armand tomó del brazo a Merson y se lanzaron en medio de la línea enemiga, tropezando ciegamente entre las piedras y rasgando sus ropas con los arbustos espinosos.

Más abajo, pudieron ver que algunos creyentes desafortunados habían chocado con los soldados o habían sido vistos bajo la luz de las antorchas de los perseguidores, que rompieron filas para perseguirlos. Los afortunados que conocían los caminos y lograron mantener la calma escaparon a sus aldeas o permanecieron recostados en silencio, esperando que comenzara a amanecer para ver hacia dónde dirigirse. Armand sabía con certeza que había algunos soldados en los senderos y que muchos hugonotes serían arrestados, principalmente mujeres y niñas. Los que permanecían escondidos pudieron escuchar un estallido de gritos y luego silencio, mientras dos o tres soldados guiaban la lastimosa procesión de media docena de prisioneros.

Armand no podía quitarse esas imágenes de la mente mientras corría delante del pastor Merson. Había sido testigo de suficientes escenas de batalla como para enfrentarlas sin consternación. Pero un ataque como este sobre personas desarmadas en medio de un servicio de culto hacía que le temblaran los huesos. Supuso que,

dado que la inmensa mayoría de la audiencia había logrado escapar de un modo u otro, y como ningún prisionero "importante" había sido capturado, las autoridades probablemente harían una demostración de venganza en aquellos que habían podido prender. Armand se estremeció.

Corrieron hasta que no daban más, y luego se arrojaron al pasto, tomando bocanadas de aire con los pulmones doloridos, ya lo suficientemente lejos como para no oír más gritos ni ver más luces de antorchas. Permanecieron allí, recostados, por unos minutos, pero nadie se acercó. Finalmente, se pusieron de pie y comenzaron a ascender otra cuesta, pero el pastor tambaleaba de agotamiento.

–¡*Les pauvre gens*! ¡Pobre gente! –murmuraba una y otra vez–. Debo regresar. Debo animar a los allegados de los difuntos y ayudar a los heridos.

Armand tomó una bocanada rápida de aire.

–¡En absoluto! Tu misión terminaría aquí. Hasta los muertos murieron bien alimentados espiritualmente esta vez, y bendecidos.

A la tarde del siguiente día, los fugitivos se encontraban recostados sobre la maleza de una pendiente pronunciada por encima de un arroyo correntoso, mientras una tropa de dragones examinaba las pendientes inferiores bajo el sol brillante de otoño. Alexandre se había unido a sus amigos al mediodía, y el pastor y él ahora dormitaban. Armand masticaba una brizna de pasto y espantaba los insectos que se le aproximaban cada tanto. Observaba los esfuerzos ineficaces de los oficiales que se encontraban a lo lejos, más abajo, con cierto grado de menosprecio entretenido. Dejaron a sus caballos en la boca del acantilado, y cada tanto se podían ver destellos del sol al reflejarse en las partes doradas o de bronce mientras los caballos se movían bajo el calor del día. Era una tarea fatigosa y desagradable, y las tropas lo seguían haciendo solamente bajo las maldiciones de los suboficiales. Armand recordó las tardes en las que él también había estado tan cansado y disgustado como estos oficiales, y tan incierto de que la tarea que realizaban era tan importante como lo aseveraba algún coronel lejano.

Armand mismo dormitó un poco al avanzar la tarde, mientras los grillos chirriaban y los otros insectos mantenían un estribillo constante. Gradualmente, el sol se escondió tras la cadena montañosa al oeste, y las sombras se volvieron cada vez más violáceas y la brisa más fría. Armand se despertó con las notas claras y finas de una trompeta que llamaba a la retirada. En poco tiempo, los dragones montaron sobre los caballos y, dejando un soldado en la boca del pequeño valle, salieron galopando para ocupar alguna desafortunada aldea de montaña, a fin de pasar la noche.

El pastor Merson y Alexandre se sentaron y estiraron los brazos, desperezándose.

–Esperaremos hasta que oscurezca para rodear sigilosamente al soldado que han dejado de guardia –dijo Armand.

–Me pregunto, ¿cuántas pobres almas habrán sido atrapadas anoche? –dijo, apesadumbrado, el pastor.

–Nadie sabe el número exacto todavía –dijo Alexandre, soñoliento.

–La mayoría de nuestra gente conocía el terreno mejor que los soldados y se escapó entre las líneas; pero algunos dicen que quizás hasta cien personas fueron tomadas prisioneras.

–Estábamos muy preocupados por ti, jovencito –dijo el pastor con una sonrisa. Le dio una palmadita a Alexandre sobre sus rulos despeinados y llenos de tierra.

–No le des una opinión de sí mismo más exagerada de la que ya tiene –dijo Armand por lo bajo–. Alguien que nació para ser ahorcado nunca morirá disparado. Yo sabía que aparecería.

Alexandre pareció sentirse halagado.

–Bueno, ahora que ha llegado –dijo el pastor–, estoy muy agradecido por el trozo de carne que ha traído. Habría sido un día largo y hambriento sin él.

–Estoy de acuerdo, supongo –dijo Armand, poniéndose de pie–. Aunque, a decir verdad, estoy un poco cansado de las exquisiteces de esta región; de las ovejas y las nueces, también. Pero me imagino que es mejor comer que estar en las cárceles de *monsieur l'Intendant.*

Armand sacó dos pedazos de carne seca de su bolso y se los pasó a sus dos compañeros. Alexandre preguntó:

–Ahora, después de lo de anoche, ¿no estará de acuerdo conmigo, pastor, que la docilidad es inútil? Es como deshacerse del arma propia y confiar en la bondad de un bandido en el bosque. De todos modos, el rey y la iglesia siempre desconfiarán de aquellos que desean adorar de un modo diferente al suyo; y no importa cuán miserable o pacientemente suframos estos ultrajes, continuarán desconfiando de nosotros. Después de todo, nosotros *somos* herejes.

El pastor sacudió la cabeza pero esperó hasta terminar de masticar el bocado de carne que tenía en la boca antes de responder. Entonces, dijo:

–No estoy de acuerdo, *mon ami*. La sangre hierve ante el sufrimiento de estos inocentes, pero levantar la espada, incluso contra un opresor, es el pecado de la rebelión. ¿Cómo podríamos entonces pedir la bendición de Dios sobre nuestra causa? Calvino observó con mucha razón que "a menudo sucederá que una buena causa se eche a perder porque uno añade a aquello que es digno de alabanza demasiada confianza en los consejos propios". ¿Acaso no fue esto así anteriormente, cuando la nobleza acostumbraba a mezclar la política con su religión?

La conversación cesó mientras descendían hasta la base del barranco angosto. Se arrodillaron y tomaron agua, y luego siguieron caminando. El pastor retomó su argumento donde lo había dejado quince minutos antes.

–Durante cincuenta años, y hasta ahora, hemos intentado demostrarle a nuestro monarca nuestra lealtad absoluta y nuestro amor...

–Ah, sí –interrumpió Alexandre, arrojando una piedra plana al arroyo–. ¿Y en qué nos ha ayudado eso?

El pastor Merson ignoró la interrupción.

–Los reyes han sido puestos por Dios. Pedro nos amonestó a que honremos al rey. Pablo declaró que debemos estar sujetos, no solamente por temor sino, también, por causa de la conciencia. Calvino,

incluso, dijo que aquél que resiste al magistrado resiste a Dios mismo. Los gobernantes injustos son levantados para castigar la iniquidad del pueblo; y aún si un gobernante no cumple con sus responsabilidades, no podemos rebelarnos, sino solamente implorar la intervención misericordiosa del Señor. Debemos obedecer y sufrir salvo en los casos en que el gobernante nos ordene desobedecer directamente la ley de Dios. Entonces, debemos estar preparados para renunciar a la vida misma, si fuera necesario, antes que volver a crucificar a Cristo.

–Esto está todo muy bien –dijo Armand–, y siempre podrás citar más pasajes que yo, pero me gusta más la postura del panfleto titulado *Vindiciae contra tyrannos*, pues el autor dice que tenemos la *responsabilidad* de resistir a los gobernantes malvados; no como individuos caprichosos, por supuesto, sino de manera legítima o legal, a través de los magistrados o estamentos, tal como lo hacen en Inglaterra. El gobernante está bajo contrato con el pueblo y, al igual que ellos, está obligado a respetar sus derechos y libertades. Me parece que estábamos en lo correcto en cuanto a gobernarnos a nosotros mismos a través de sínodos, consistorios y asambleas, y que nos equivocamos al permitir que el rey los disolviera. Algunos de entre nuestro pueblo en Holanda hablan de esta idea de contrato, y a mí me parece razonable.

–Hasta los jesuitas no tienen escrúpulos en abstenerse de obedecer a un gobernante que consideran malvado –comentó Alexandre.

Armand insistió.

–La paciencia de estos habitantes de las Cévennes no es inagotable, y llegará el día en el que se requerirá más que una teoría de Calvino para retenerlos.

–Esto lo sé muy bien –admitió el ministro, con tristeza–. Si este hostigamiento de los hermanos simples continúa, con el tiempo los impulsivos responderán a la violencia con violencia y al homicidio con homicidio; y entonces, ¿qué será de la verdad del evangelio? No, no puedo aceptar estas ideas inglesas. La resistencia no logra nada. La rebelión solamente convencerá al rey de que lo que se le ha esta-

do diciendo durante todo este tiempo es cierto: que somos un pueblo obstinado y rebelde. La rebelión será ahogada en sangre.

–Quizá –dijo Armand, encogiéndose de hombros–. Supongo que si el rey preferiría gobernar sobre un desierto antes que sobre los herejes, entonces podrá tener un desierto. Pero... –continuó Armand, formando un círculo amplio con los brazos–, ¡no será fácil! ¡Esta región es especial para las emboscadas y las sorpresas! Abismos, desfiladeros, cavernas, bosques oscuros y collados sombríos. Con buenos líderes, unos pocos podrían detener indefinidamente a un ejército. Si uno *debe* morir, ¡este sería el escenario apropiado!

–Puede llegar a eso –dijo el pastor, poniéndose de pie junto a su compañero–, pero, como dije anteriormente, ¿en qué beneficiaría eso a la iglesia de Dios? Si solamente se pudiera hacer ver al rey que cuando aísla al pueblo de sus pastores alimenta la resistencia violenta. Que con los ministros exterminados, el pueblo prestará oídos a sus propios profetas y videntes. Y la desesperación fomenta el fanatismo. El pueblo no puede ser culpado, pero la verdad será pervertida por los entusiastas ignorantes si la predicación y las doctrinas sólidas escasearan. Algunos sueñan sueños y ven visiones.

Armand meditó sobre las afirmaciones del pastor durante unos minutos. Finalmente, habló.

–Pareciera que debería haber muchos hombres de moderación y sentido común en Francia que puedan ver que la persecución no es el modo que seguiría Cristo para buscar ovejas perdidas.

–Yo creo que los hay, Armand, pero tienen temor de hablar. A los hombres de sensibilidad les repugna la brutalidad y la hipocresía de la persecución, y estoy de acuerdo con ellos en que la próxima generación de franceses pueden llegar a estar tan disgustados con lo que se hace pasar por religión en esta infeliz *patrie* que Francia se convertirá en una nación de escépticos. Si lo que el rey desea son las formas de la religión, puede lograr imponerlas, pero no puede evitar que la duda surja cuando se revelen los frutos de la persecución.

–De todos modos, desearía poder luchar contra ellos igual –dijo Alexandre.

Sin verse afectado por la impaciencia del joven, el pastor respondió con una sonrisa a medias.

–La recompensa y el castigo le pertenecen a Dios. Tú mismo, Armand, cuando te conocí por primera vez, hace mucho, en la sala de estar de la familia Cortot, nos dijiste que la resistencia sería inútil. Estas experiencias son para nuestro bien, si nos llevan a poner nuestra confianza en el Señor. Si es la voluntad de Dios que nos toque el martirio, entonces Dios es bueno para permitirnos seguir los pasos de nuestro Salvador. Por otro lado, puede ser que nos toque vivir una vida fiel en tiempos difíciles, y deberíamos agradecerle por ser considerados dignos de testificar por su verdad. De cualquier manera, ¡es nuestro llamado a la gloria!

–Parecería que anoche no habría sido difícil para el Señor protegernos de esa sorpresa –dijo Alexandre, meciendo el palo que tenía en la mano–. Esta mañana escuché que un perro oportunista recibió quinientos *livres* por traicionarnos.

–¿Sientes, hijo mío, que Dios no ha cuidado bien de los suyos? Deberías recordar que no podemos medir nuestra cercanía con Dios ni su cuidado por nosotros sobre la base de las intervenciones milagrosas en nuestro favor. ¿Crees que el apóstol Pablo, al sufrir juicios injustos y prisiones, naufragios y, finalmente, el martirio, fue abandonado por Dios? No; cuanto más cerca caminamos del Señor menos necesitamos depender de los milagros para convencernos a nosotros mismos de su cuidado por nosotros. Los sucesos milagrosos son para animar a los bebés en la fe.

Caminando a gatas, se asomaron sobre una saliente. Armand examinó la pendiente descendente hasta que ubicó al jinete que había quedado para vigilar el sendero. Estaba manteniendo una posición junto al arroyo, en el lugar en que este salía del desfiladero, mezclándose con el paisaje, salvo por el brillo del sol poniente sobre el cañón pulido de su pistola y una mancha ocasional de su gorra roja.

–Será mejor que avancemos –dijo Armand–. Tenemos que encontrar a ese pastor de ovejas del otro lado del monte. Él nos puede guiar hasta el siguiente valle sin utilizar el camino. Tendremos

que permanecer en silencio ahora. Si ese guardia oye nuestras voces, continuaremos nuestra conversación en un calabozo.

Con infinita cautela, se abrieron paso sigilosamente por el costado del centinela. La luna todavía no había salido, y el vigilante solitario parecía estar distraído, y no los escuchó pasar a su lado sobre las rocas cubiertas de musgo cerca del arroyo, con miedo a respirar siquiera. El caballo del guardia también estaba inquieto, y Armand bendijo al animal por sus pisoteos.

Subieron la cuesta del otro lado de la entrada al desfiladero. Esto no fue una tarea fácil, pero era el camino más directo al lugar que buscaban. Ascendieron trabajosamente en fila india, Armand al frente. No hablaron una sola palabra.

La pendiente se niveló un poco luego de un tiempo, y se le ocurrió a Armand que debían estar cerca del lugar de la reunión aciaga de la noche anterior. Todavía estaba demasiado oscuro como para ver algo más que sombras. Supuso que estarían a mitad de camino hacia la cima, pues estaban pasando por el huerto de frutales que recordaba haber visto el día anterior. La brisa era más fuerte ahora, y un poco más fría.

Al pasar por debajo de un árbol, la mejilla de Armand rozó algo de tela. Instintivamente, estiró la mano y, para su asombro, tocó un pie humano helado que estaba a la altura de su rostro. Demasiado conmocionado para gritar, se detuvo en seco. El pastor le chocó la espalda.

En ese momento, la luna emergió entre las nubes bajas, iluminando el valle con un resplandor pálido y difuso. Efectivamente, estaban en el huerto de frutales. A su alrededor había árboles antiguos con ramas arqueadas y torcidas. Colgados de muchas de las ramas, hamacándose suavemente con la brisa nocturna, había más de una veintena de cuerpos de hombres y mujeres, colgados por los soldados la noche anterior.

—No servirá arrancar la fruta de estos árboles hasta el día de la resurrección —dijo Armand con tristeza.

El pastor se arrodilló y oró en silencio, cabizbajo. Alexandre, enmudecido, solamente atinó a observar con ojos grandes la esce-

na horripilante. Continuaron el ascenso, caminando un poco más rápido, ansiosos por dejar atrás aquel maldito lugar.



Al amanecer, rodeados por una densa niebla, se encontraron con una encrucijada en el camino. Allí había un patíbulo, como era costumbre, con su carga de cuerpos en descomposición. Con cautela, hicieron una pequeña tarea de reconocimiento, asegurándose de que no hubiera nadie cerca antes de salir al camino, para leer los carteles que había allí clavados. Uno indicaba que el camino hacia Nîmes quedaba hacia la izquierda, y otro señalaba hacia Sommières.

Los postes también tenían varias proclamaciones clavadas. A la luz del amanecer, Alexandre se acercó a un aviso y leyó una descripción del pastor Merson.

–¡Darán cinco mil quinientos *livres* en recompensa por usted ahora, pastor! –exclamó con alegría–. ¡Se está haciendo famoso!

Armand leyó su propia descripción, colocada debajo de la del pastor, pero a él solamente lo valoraban en cincuenta *louis d'or*, muerto o vivo.

–Bueno, al menos saben a quién buscan –dijo Armand.

–¿Debería ofenderme porque no me mencionen? –preguntó Alexandre.

Armand volvió a leer su propia descripción.

–No me halaga mucho esto. Son un tanto injuriosos, ¿no creen? "Asesino homicida" y "perturbador del orden público", parece un poco fuerte.

Sin embargo, se le ocurrió de repente que las palabras sonaban bastante parecidas a la retórica de Mathieu Bertrand.

Como si estuviera leyéndole la mente y deseara apaciguar tales sospechas, el pastor dijo con suavidad:

–Veo que nuestras descripciones mencionan la ropa que llevábamos cuando salimos de los Países Bajos.

–Sí –concordó Armand, avergonzado–. Debe haber traición

por esos rumbos. No se perdieron ningún detalle.

No lo dijo, pero los tres todavía llevaban puesta la misma ropa no tan distintiva. Alexandre se aclaró la garganta y escupió.

–No sé ustedes, pero yo me siento más bien visible aquí, a plena luz del día; y todavía hay lugar en ese patíbulo, también. Si yo tuviera el precio que tienen ustedes sobre mi cabeza, me mantendría más en las sombras.

Luego de varios minutos de caminata rápida hacia el sur, el pastor habló.

–La recompensa que ofrecen por mí suma diez veces más que mi salario del último año antes de mi exilio. ¡Semejante suma de dinero tentará a la gente pobre!

–Quizá sería mejor dejar el país por un tiempo –dijo Armand–, al menos hasta que la persecución mengüe un poco.

–Aún si permanecieren solamente los siete mil que no han doblado su rodilla ante Baal, debo permanecer y socorrerlos –respondió Merson.

¿Acaso el pastor ha decidido morir martirizado? Se preguntó Armand. Podía ser simplemente una cuestión de tiempo hasta que los hombres del *Intendant* los atraparan. Entonces, habló en voz alta:

–Eso probablemente resultaría ser fatal.

–Será como Dios lo desee –dijo Merson, sin conmoverse–. Él decidirá por cuánto tiempo le seré de utilidad. Mientras tanto, debo mantenerme ocupado en su viña.

–Seremos incluso más fáciles de rastrear cuando Mathieu se nos una –observó Armand luego de unos minutos.

–Esto puede ser verdad, Armand; pero no hay razón por la cual tú y Alexandre deban arriesgarse. Han servido bien, más allá de los elogios humanos. Sería enteramente honorable que se fueran ahora a Suiza o a Holanda. De hecho, podría ser ventajoso para mí cambiar de acompañantes por un tiempo. Quizás hasta confundirá a los informantes y los perseguidores. He llegado a quererlos a ambos, pero no me gustaría llevarlos a la muerte solo por causa de un deseo egoísta de mantener su compañía.

Armand sintió una afloración de celos. *Se pregunta si le irá mejor con Mathieu,* pensó. *Desea darle a Mathieu una oportunidad para redimirse.* Entonces se regañó a sí mismo severamente. Pensamientos como esos no eran dignos de él. ¡Un caballero no podía tener celos de un maestro de escuela!

–Recuerda, Armand –estaba diciendo el pastor con un atisbo de su humor poco consentido–. Aquellos que esperan por ti me han suplicado que te mantuviera con vida.

Armand se encogió de hombros.

–Pero ¿qué hay de ti?

–Mi llamado ante el Señor es diferente. Mi esposa y yo hemos disfrutado una buena vida juntos, y si debido a mi obligación para con el rebaño aquí no nos volvemos a encontrar sobre esta tierra, entonces no podremos quejarnos. Pero este no es tu caso. Tú no debes permitir que ni tus nobles instintos ni tu orgullo aristocrático superen tu buen juicio. ¿Desea tu corazón regresar a Versalles, o busca a su amada cruzando el océano?

–Donde sea que pueda estar mi corazón –respondió Armand–, tendrá que esperar hasta que pueda conducirte a salvo fuera de este país.

La mente de Armand comenzó a analizar rápidamente las últimas semanas. ¿Qué quería decir el pastor Merson? El hombre mayor nunca había dicho nada ni a favor ni en contra de Mathieu antes, pero estos comentarios solamente podían significar que deseaba que su sobrino fuera reemplazado.

Armand se volvió ensimismado, caminando y avanzando sin pensarlo, totalmente absorto en sus propios pensamientos. ¿Acaso era la Madeleine Cortot que tenía en su mente una mujer de verdad que podría llegar a amarlo, o era un sueño fabricado a partir de unos pocos dulces recuerdos? Por más que lo intentaba, no podía enfocarse en una sola Madeleine, ni la hermosura bien arreglada en la sala de estar de la casa de su padre en Saint-Martin, ni la desaliñada pero deseable fugitiva de los bosques del norte, y ni siquiera el rostro infeliz, casi enojado, de la exiliada

en Holanda. El pastor tenía razón: su problema era el orgullo, el falso orgullo. *Eh bien*, probablemente ya era demasiado tarde ahora. La red se estaba cerrando alrededor de ellos aquí, pero uno no podía desertar al enfrentar el peligro.

Durante horas caminaron por la carretera principal, sin encontrarse con nadie, en medio de la densa niebla. El paisaje ahora consistía mayormente en huertos de frutales y viñedos, y se podía ver vagamente sobre las colinas que los rodeaban las aldeas con techos rojos y torres de iglesias. Cerca del atardecer dejaron el camino, y se acomodaron entre las piedras de un barranco.

–Pastor –dijo Armand, mientras buscaba una piedra más lisa para usar de almohada–. Me quedaré contigo hasta que te ayude a salir de esto. Estoy casi contento de que los oficiales del rey sepan que estoy aquí. Durante demasiado tiempo me han visto fluctuar entre dos opiniones. Quiero que sepan que he tomado una firme decisión: que no podría contentarme con vivir una vida vacía de cortesano. Creo que la mano del Señor está detrás de esto, y le agradezco por ello.

Merson sonrió, evidentemente encantado y orgulloso.

–No tendrán tu alma como presa, ni tampoco es necesario que tengan tu cuerpo. Debes ir, Armand, y llevarte a Alexandre contigo. Pronto, después de retomar nuestro viaje esta noche, llegaremos a una bifurcación en el camino. Ustedes dos deben ir hacia Lunel, al este. Deberían averiguar del paradero del hermano Cortot y, si viajan hacia Marsella y Toulon, podría despistar a nuestros perseguidores. Yo estaré en Montpellier mañana, y, con Mathieu, todavía tendré un compañero para mis viajes. Tú debes irte, ¡pues hay otras personas, aparte de mí, que requieren de tus servicios!

Exasperado, Armand se sentó abruptamente.

–Respeto tu santidad y erudición, pastor, pero no tu opinión. Pesas demasiado sobre mi corazón. Alexandre debe irse, sí. Pero incluso si Mathieu se nos une, mi lugar es contigo hasta que te encuentres definitivamente fuera de peligro. En cuanto a estos otros asuntos, veo ahora que ya tuve mi oportunidad, pero la perdí. Ahora es demasiado tarde.

Más tarde, Alexandre tomó a Armand del brazo y le susurró:

—Entonces, ¿lo que estás queriendo decir es que esta misión es una causa perdida?

—Lo siento. Sí. Es inútil —respondió Armand, colocando su mano sobre el hombro del muchacho, tal como lo habría hecho un hermano mayor.

Los labios de Alexandre se hundieron donde le faltaban los dientes de adelante, pero puso tensos los hombros.

—De cualquier manera —continuó Armand—, no hay razón por la que debas ir con el pastor Merson y con Mathieu. Si las cosas salen mal, no podrías cambiarlas y habría una víctima más.

—*Bien*. ¿Y qué hay de ti? El pastor está decidido a ir a Montpellier para encontrarse con Mathieu a pesar de todas las advertencias, ¿cómo podría cambiar las cosas el hecho de que tú estés allí?

—Mi muerte no afectaría a nadie en forma directa... ¡*Je sais*! ¡Lo sé! —añadió en seguida, levantando la mano para silenciar la objeción que sabía que vendría de parte del muchacho—. Está Madeleine. Pero yo no tengo ningún derecho sobre ella; y ella tampoco lo tiene sobre mí, sin importar lo que haya sucedido en el pasado. Por favor, entiéndelo. Nuestras probabilidades pueden ser pocas, pero no estoy desperdiciando mi vida en algún gesto suicida. Algo debe hacerse: me ha tocado a mí en suerte, tal como lo veo yo, salvarle la vida al pastor. Y a ti te ha tocado ir con tu hermana y con Judith en Norteamérica.

Alexandre le lanzó una mirada llena de enojo.

—Entiendo lo que estás queriendo decir. De verdad, lo entiendo. Pero no me gusta en absoluto. Piensas que quizá puedes hacerlo cambiar de opinión en cuanto a este encuentro en Montpellier, y de algún modo ayudarlo a escapar si se trata de una trampa —continuó Alexandre, encogiéndose de hombros—. Supongo que discutiría más contigo si no fuera por Judith. Y me gustaría tener noticias de mi padre.

Armand esperó mientras Alexandre titubeaba. El muchacho enderezó los hombros. Se miraron a los ojos, y Armand pudo ver

en Alexandre la firmeza de propósito que uno podría esperar de un hombre diez años mayor.

–Haré lo que tú dices.

[1] Muchacho.

Capítulo 12

La ejecución

Alexandre Cortot, aunque adepto a vivir del campo, se volvió cada vez más cauteloso al aproximarse a su objetivo. Incluso con lo numerosos que eran los jóvenes vagabundos en Francia, era peligroso hacer muchas preguntas sobre convictos. Él era lo que se solía llamar un "vagabundo fornido". Podría ser considerado un desertor, y ser arrestado y enlistado para servir en uno de los regimientos de Su Majestad.

Poco tiempo después de dejar a Armand con el pastor, Alexandre se libró por muy poco de ser arrestado en la aldea palúdica de Marsillargues, donde, mientras intentaba convencer a una ama de casa para que le diera algo para desayunar, fue visto por el jefe de policía local. Alexandre no esperó a descubrir si el hombre sospechaba de él o simplemente quería intimidar a alguien más pequeño que él mismo.

Durante una semana calurosa y difícil, Alexandre recorrió fatigosamente las tierras del delta del Ródano, por las orillas de los canales y a través de zonas de pantano, dirigiéndose por un camino alternativo hacia el gran puerto de Marsella donde, según los rumores que circulaban en Saint-Martin, su padre había sido visto sobre una galera. En esta época, muchas de las galeras del rey estarían encalladas de costado en las playas, pues era necesario reparar los cascos de las naves durante el invierno. Estas embarcaciones desvencijadas no navegaban bien en climas tempestuosos, y la mayoría estaría en la playa durante varios meses, le había dicho un compañero vagabundo, mientras las tripulaciones vivían en empalizadas carcelarias en tierra firme.

En la travesía por la región pantanosa, las poblaciones eran dis-

persas y pobres. Era una zona de cañas y agua ligeramente salobre, donde la tierra seca parecía estar lista para hundirse. Alexandre llegó a Marsella mojado y hambriento. Evitó pasar cerca del imponente Fuerte Saint-Jean, que probablemente alojaba a muchos de sus compañeros protestantes. No sería saludable mostrar curiosidad cerca de ese lugar.

No había galeras en los muelles, por lo que Alexandre salió de la ciudad, deambulando por las playas. Sus conversaciones con los marineros hasta el momento no le habían provisto más que de los nombres de las galeras que estaban varadas allí durante el invierno, que poco lo ayudaba en su búsqueda de información sobre su padre. Pero ahora encontró una docena de barcos de unos seis metros de ancho por cincuenta de largo sobre la arena, pasando la línea de marea alta, con solamente unos pocos esclavos de galera a bordo.

Alexandre entabló conversación con un hombre entrado en años que estaba sentado sobre un tablón entre dos barriles de alquitrán, descansando al sol de la tarde. El hombre lo miró de arriba a abajo dos veces, y luego se encogió de hombros.

–Tú no eres de la costa.

–No hay mucho futuro para alguien como yo –dijo Alexandre–. Mi hermana piensa que debo aprender un oficio, pero yo preferiría ser soldado o unirme a la armada del rey –añadió mientras señalaba con la cabeza hacia los navíos que estaban cerca–. Pero no en una galera.

El viejo se inclinó para adelante y escupió en la arena.

–Tu hermana es una mujer sabia. Tiene razón. Mientras haya reyes y banqueros, habrá guerras. Pero la guerra es un asunto sangriento, por si no habías pensado en eso.

–Yo estoy en busca de aventura –dijo Alexandre.

–Ahora, estas galeras –prosiguió el hombre, como si no lo hubiera escuchado– son un infierno para los muy jóvenes y los ancianos. En un sentido estricto, son proyectiles utilizados para embestir las naves enemigas, especialmente útiles en aguas poco profundas y cuando no hay viento, para que los grandes barcos a

vela puedan maniobrar. Por supuesto, también son destrozados fácilmente y se hunden enseguida, si reciben embestidas o cañonazos. Los remeros, encadenados a los bancos, están condenados a hundirse con el barco.

Alexandre levantó un pedazo de soga deshilachada. El hombre volvió a escupir.

–De todos modos, el animal humano puede acostumbrarse casi a cualquier cosa, y *débrouiller*, "arreglárselas", es la consigna a bordo de las galeras, como así también todas las demás ramas del servicio de guerra de Su Majestad.

–Ah, pero si me uniera a la armada, sería un oficial –aventuró Alexandre, esperando que la brusquedad prolongara la conversación.

El viejo lanzó una carcajada.

–¿Un muchacho como tú? Ya debes tener casi veinte años. Se llega a ser oficial con recomendaciones de alguien de la nobleza y empezando a entrenar a la mitad de tu edad. Es demasiado tarde para ti, si deseas ser un oficial.

El rostro del hombre reflejó una firmeza benigna.

–Pero ni siquiera los oficiales disfrutan de una vida cómoda en una galera. No hay mucho lugar donde dormir. Los oficiales y uno o dos de sus favoritos podrían tener lugar para colgar una hamaca en algún camarote de la popa. Pero las galeras, con su calado superficial, sienten cada movimiento del mar.

Alexandre no había visto a su padre desde que tenía doce años; desde que había sido llevado por la fuerza a la Casa para Católicos Nuevos. No deseaba siquiera adivinar en qué condición podría estar su padre ahora, luego de estos años de confinamiento.

Más adelante por la playa, siendo cauteloso para no parecer demasiado curioso con respecto a los esclavos hugonotes de las galeras, Alexandre juntó algunas porciones más de información. Descubrió que la disciplina de los marineros, en esta época otoñal, era relajada; los oficiales se entretenían en tabernas cerca de la playa. Descubrió que algunos casos "difíciles" entre los esclavos de las galeras podían ser confinados a los calabozos durante el otoño y el

invierno; incluso ahora, un gran número de esclavos languidecían en hospitales carcelarios en tierra firme.

Una tarde, Alexandre se alegró al encontrar a un grupo de hombres con grilletes livianos en los pies, sentados alrededor de un fuego, cocinando alguna legumbre en una olla. Vestían gorros rojos blandos y camisas ásperas y sueltas con cuellos pronunciados. Era un grupo de vil aspecto, pero un poco de agua y una afeitada podrían haber hecho mucho para mejorarlo. Un guardia armado que dormitaba a cierta distancia no pareció inquietarse cuando el muchacho hambriento se acercó al grupo.

Los esclavos le dieron la bienvenida a Alexandre, que devoró más que la porción que le tocaba de legumbres con aceite. Con el estómago lleno, Alexandre comenzó a hacer preguntas.

Los convictos afables estaban ansiosos por impresionar a un joven admirador. Resultó ser el tipo habitual, u original de esclavos de galera, enviados allí por todo tipo de crimen y falta de decoro concebibles. Los prisioneros "por causas religiosas" también estaban en tierra firme, pero bajo custodia más cuidadosa.

–Ellos son diferentes de nosotros –dijo un convicto, cuya nariz le había sido cortada por mal comportamiento–. Están todos medio locos, pues cuando los sacerdotes misioneros suben a bordo los domingos que estamos en el puerto, los herejes no se descubren la cabeza cuando la hostia es elevada. Hay suficientes causas normales para que un *galérien* sea azotado; ¿por qué sudar sangre cuando uno puede quitarse la gorra con tanta facilidad? Sí, son buenos hombres esos herejes.

Otros criminales también hablaron bien de sus compañeros hugonotes, expresando compasión por ellos. Era cierto, añadieron, que los hugonotes eran extraños.

El gobierno francés también traía una gran cantidad de turcos musulmanes como remeros.

–Nunca se quejan, estos extranjeros desafortunados –dijo el hombre sin nariz con una voz jadeante–. Si estos turcos no estuvieran aquí, estarían remando en las galeras de algún potentado Berberisco, en sus propios mares.

–Los criminales y, especialmente, los esclavos turcos insistían en que habían intentado ayudar a los hugonotes. Cuando las habitaciones de los hugonotes eran revisadas, los turcos escondían sus Biblias y otros libros prohibidos pues, al ser musulmanes, nadie sospechaba que ellos tuvieran libros cristianos.

A cualquier convicto que tuviera profesión se le permitía practicarla durante la parada de invierno; aunque a los hugonotes no se les permitía entrar en la ciudad, los criminales comunes y los turcos sí podían hacerlo, y vendían las artesanías de los hugonotes de puerta en puerta. Con el dinero obtenido, uno podía arreglar que le trajeran más y mejor comida a bordo.

Los prisioneros que tuvieran habilidades especiales podían ser liberados de los remos y llegar a ser sirvientes de los oficiales. En estas épocas, parecía que la mayoría de estos sirvientes eran hugonotes. Era cierto que los recién llegados a menudo morían enseguida si no podían hacerse fuertes ante las penurias, pero una vez que un *galérien* era endurecido, se las arreglaba bastante bien en la mayoría de las galeras. No todos los *comites*, o suboficiales de marina, eran crueles solo por diversión.

Los hugonotes eran sentenciados a las galeras de por vida. Pocos de los criminales comunes esperaban ser dejados en libertad tampoco, decían; especialmente en época de guerra y ¿cuándo no estaba Francia en guerra? Era difícil mantener llenos los bancos y los oficiales podían utilizar cualquier mal comportamiento para prolongar la sentencia de los prisioneros.

Luego de hacerse amigo de varios de los convictos, Alexandre preguntó por su padre. Los hombres venían de estar a bordo del *Indomptable* y estaban seguros de que nadie de apellido Cortot había estado a bordo de esa galera. Sin embargo, los prisioneros a veces eran transferidos de una galera a otra, y algunos de los convictos habían servido en tres o cuatro navíos. Se ofrecieron para preguntar entre los hugonotes de su propia tripulación, a quienes Alexandre no se podía acercar sin arriesgar su seguridad, y averiguar si sabían algo.

Basado en la información que le dieron estos hombres y otros es-

clavos con los que habló a lo largo de las playas, Alexandre se convenció de que su padre no estaba en Marsella. Sus informantes sugirieron que quizá la galera en la que estaba su padre podía estar invernando en Toulon, a un par de días de camino hacia el este por la costa.

En Toulon, Alexandre se hizo amigo de los convictos que estaban en la orilla. Luego de una semana de averiguaciones, descubrió que su padre estaba sobre el *Fière*, que suponían que estaba invernando en Mónaco, hacia el este, pasando la frontera de Francia.

Como los caminos del correo terminaban en Aix, Alexandre tuvo que tomar los senderos escarpados de las cabras para cruzar los Alpes Marítimos hasta el pequeño principado aliado de Francia. Algunos de los senderos pasaban cerca del mar increíblemente azul, pero el camino inhóspito y rocoso, aunque era pintoresco, le dejó los pies lastimados para cuando llegó a su destino una semana más tarde.

Mónaco constaba, sencillamente, de un antiguo castillo y una minúscula aldea posada sobre un promontorio rocoso deslumbrante, con un pequeño pero funcional puerto más abajo. La "región interior" contenía unas pocas hectáreas de olivos y viñedos, que mayormente estaban inclinados sobre la pendiente que se elevaba por detrás del pueblo.

El puerto albergaba varias galeras, y allí encontró el *Hardi*, el *Gloire* y el *Audacioux*. Sin embargo, a diferencia de Marsella y de Toulon, Alexandre notó inmediatamente que su presencia era llamativa en los callejones angostos de este pequeño y remoto lugar. Los gendarmes del príncipe, dándose cuenta de que era un extraño y un vagabundo, le dieron una golpiza rutinaria y, con palabras duras, le dijeron que se fuera de allí.

Desanimado, Alexandre regresó a las playas de Toulon. Allí se encontró con algunos de sus informantes anteriores. Tenían noticias.

—Mientras estuviste ausente estas últimas tres semanas, armaron un escuadrón, para servir en el invierno cerca del reino de Nápoles. Una de las galeras era el *Fière*, que pasó por aquí desde algunas de las playas. Este Isaac Cortot al que buscas está a bordo. Es el tendero y el ayudante de cámara del comandante. Así que,

como verás, le está yendo bien. Envió una carta por medio de uno de los turcos, por si volvías a pasar por aquí. Uno de nuestros hugonotes la tiene escondida en la empalizada, pero te la traeremos. Qué lástima que no estabas aquí, pero de todos modos nunca habrías podido acercarte a una galera en servicio activo.

Alexandre tenía sentimientos encontrados de chasco y de alivio a la vez. Le agradeció al prisionero por las noticias, y prometió regresar al día siguiente para buscar la carta. Por lo menos, su búsqueda no había sido completamente infructuosa: habría algo para informarle a Madeleine si tenía la oportunidad.

Esa noche escribiría un mensaje corto para pasarle de contrabando a su padre y mañana iniciaría el largo camino de regreso a Languedoc. Esperaba poder encontrar nuevamente al pastor Merson y a Armand. Tendría tiempo de sobra al caminar hacia Montpellier, para preguntarse si habían sobrevivido los casi dos meses que había estado ausente.



Gracias a la bondad de un nuevo católico reticente, Armand y el pastor se aproximaron a Montpellier a caballo. Había caído algo como una limitación sobre ellos. Armand sentía que el pastor estaba un poco molesto con él; no enojado pero sí apenado, quizá porque Armand no podía ocultar su pesimismo en cuanto a los planes para encontrarse con Mathieu. El soldado no había ventilado sus aprensiones por un tiempo, pero cada uno sabía lo que el otro estaba pensando.

Subieron la cuesta e ingresaron en la ciudad interior sin dificultades, pues se trataba de un centro comercial transitado, con muchas visitas. Armand notó que la ciudadela lo dominaba todo, con sus numerosas guarniciones y la sede del terrible *Intendant* de Bâville, el representante del rey en la provincia.

–Será mejor que no vayamos directamente al hogar del hermano Dulac –advirtió Armand, considerando el riesgo de llamar la aten-

ción a esa casa, lo cual probablemente sucedería con tantas visitas.

La mayoría de los ciudadanos alguna vez había sido hugonote y, al ser conversos nuevos un tanto retraídos, los hombres del rey no confiaban en ellos. Sin embargo, los viajeros estaban desilusionados con la actitud de los nuevos conversos que les habían sido recomendados como individuos dignos de confianza, con quienes uno podría encontrar refugio. Algunos se sentían apesadumbrados, pero todos se mantuvieron firmes: proteger a un pastor era un riesgo demasiado peligroso. Como lo expresó un comerciante al cerrarles la puerta en la cara:

–Ya he perdido mi alma para salvar mi negocio y mi propiedad. No pueden esperar que también pierda eso solo por ayudarlos a ustedes; es lo único que me queda.

Armand dijo:

–Alexandre se hubiera reído ante la "tonta reticencia de estos hermanos a ser colgados del cuello y que les tiren abajo sus casas" si le daban albergue a alguna visita protestante. Los creyentes rurales allá, en las Cévennes, son o valientes o más imprudentes. Quizás estos comerciantes urbanos sienten que tienen más para perder.

Luego de una media docena de rechazos, el pastor sintió que no les quedaba otra opción que ir al hogar del hermano Dulac. Armand no estuvo de acuerdo, pensando en el rey David que huía vez tras vez de Saúl.

–Hospedémonos con uno de los filisteos –propuso Armand.

El pastor puso objeciones. De algún modo no parecía apropiado. Armand insistió.

Continuaron su discusión en voz baja mientras pasaban cerca de algunos jardines formales hermosos: el Peyrou, donde los aduladores locales paseaban por el gran Arco del Triunfo, que conmemoraba las grandes victorias de *le Grande Monarque* en los Países Bajos y, más específicamente, su Revocación del Edicto de Nantes. Bajando la cuesta, pronto ingresaron en el suburbio maloliente de Devillier, en el lado oeste de la ciudad.

–Bueno, algo tenemos que hacer –dijo Armand–. Mathieu no

llegará hasta pasado mañana, y se está poniendo oscuro. Si no posamos en algún lado, nos llevará la guardia nocturna.

Al ver un cartel recién pintado que pregonaba "Posada de Flandes" sobre un hospedaje destartalado, Armand entró y el pastor lo siguió, un poco impotentemente. El posadero se puso de pie respetuosamente para saludar a los dos hombres. Tenía los ojos muy juntos, dientes desaliñados y una mata de pelo enmarañado sobre la frente; no era un rostro que inspirara confianza. Y aunque la ropa del anfitrión estaba sucia y su delantal grasiento, los miró con desconfianza cuando vio la vestimenta desteñida y andrajosa de los viajeros. Sin embargo, tan pronto como le aseguraron que le pagarían bien, pareció perder todo interés en el aspecto físico de sus huéspedes. Esto tranquilizó a Armand, aunque no al pastor, y arreglaron para hospedarse en una habitación húmeda con un colchón de paja lleno de bultos. El techo se hundía al medio y se podía escuchar cómo los ratones correteaban de aquí para allá bajo los aleros; pero al menos era un lugar apartado.

Al día siguiente, Armand arregló para conseguir lugar donde sus caballos pudieran pastar, saliendo apenas de la ciudad, e hizo algunos contactos discretos en distintos puntos de la ciudad, confirmando que los Dulac seguían sin ser detectados. Luego, dijo que debían comprar ropa nueva de un estilo marcadamente diferente al que llevaban puesto; algo más apropiado para dos caballeros que viajaban de ciudad en ciudad con caballos bien educados.

Mientras compraban, Armand discutía con el pastor para que se demoraran algunos días más en contactar a Dulac. Pero el pastor no quería saber nada al respecto. ¿Qué pensaría Mathieu si no estaban allí en el momento indicado para encontrarse?

–¿Y si es una trampa? –preguntó Armand.

El pastor no respondió. Cargados con los paquetes de ropa que habían comprado, los dos hombres caminaron lentamente por las calles angostas, entre los edificios de cuatro o cinco pisos, dirigiéndose hacia la posada.

–Es bastante comprensible que te sientas así con respecto a

mi sobrino –dijo Merson–. He intentado arbitrar entre ustedes. Debes entender que se trata de un oficio pastoral, un hábito de toda la vida, tan natural como predicar y orar. Tú sabes, hijo mío, que el mayor deseo de mi corazón es que en tu vida tengas gozo.

Armand se sorprendió ante la última palabra.

–¿*Joie*?[1] Podrías desear que sea salvo o que sobreviva, pero ¿gozo?

–Hablo de tu relación con *mademoiselle* Madeleine Cortot, por supuesto.

–Sí, en ese caso el gozo sería un tema para...

–Ella ha sentido un gran afecto por ti durante los últimos cuatro años, Armand. De eso estoy muy seguro.

–Y, sin embargo, yo no podía...

–Y, por supuesto, *ella* no podía.

–Debí haber insistido sobre eso cuando estaba todavía en Holanda –admitió Armand–. Pero, no deseaba aprovecharme injustamente de los sentimientos de gratitud que ella pudo haber tenido en ese momento. Esto, naturalmente supongo, lo entendió como una falta de interés. También me preocupaba que no teníamos siquiera un *sou* entre los dos, y un soldado sin un centavo es una opción muy pobre para una dama, que debería poder conseguir algo mucho mejor. Además, no sabía que había roto su compromiso con Mathieu. Como podrás apreciar –concluyó el soldado con ironía–, he encontrado varias excusas, algunas mejores que otras.

–¡Pero, insisto! –dijo Merson–. ¿Acaso no la amas? ¿Acaso no deseas casarte con ella?

Confrontado con una pregunta tan directa, Armand se vio forzado a admitir lo que había reprimido durante tanto tiempo.

–Sí, así es. Con todo mi corazón.

–Es una lástima que nunca se lo hayas dicho. Deberías haberte dado cuenta de que ella tampoco deseaba aprovecharse de los sentimientos que compartieron cuando escaparon de Francia y, al ser una dama, no tomaba la iniciativa de confesarte sus sentimientos hacia ti; o siquiera que sus sentimientos por Mathieu habían

cambiado hacía mucho. Ella estaba esperando que tú revelaras tus sentimientos, antes de atreverse a revelar los de ella.

–Parece que Alexandre (más allá de haber sido un casamentero molesto) tenía razón en que yo debería habérmela llevado, y todo se hubiera acomodado solo. El tacto y los buenos modales parecen haber sido una desventaja.

Al llegar a la habitación oscura de la posada, Armand cerró la puerta y permaneció en silencio. Ya no sabía qué decir. El pastor Merson finalmente rompió el silencio.

–He dicho lo que pienso, y creo que he representado correctamente lo que piensa Madeleine. Tú has sido sincero conmigo. ¿Puedo preguntarte, entonces, qué harás al respecto?

–No lo sé –dijo Armand–. Quizás cuando nuestra misión aquí sea completada, debería presentarme ante ella en Norteamérica y confesarle lo que debí haberle dicho hace mucho; y esperar que todavía esté dispuesta a aceptarme.

–Dudo que no lo haga –dijo el pastor, sonriendo–. *Mademoiselle* Cortot seguramente ya está cómodamente acomodada en Nueva York, con trabajo fijo y ahorrando tan frugalmente como si fuera holandesa, para armar su propio hogar –el pastor hizo una pausa, y Armand se lo quedó mirando, pensativo, como si estuviera asimilando ese pensamiento.

–Pero, por otro lado –continuó el pastor Merson–, mi misión aquí no tiene una conclusión fija. Estoy aquí para consolar al pueblo mientras el Señor me dé oportunidad. Aunque ciertamente disfruto de tu compañía, me parece que cuando estemos seguros de que Mathieu se reunirá con nosotros tú podrías regresar a Rotterdam, para averiguar si la joven ha enviado noticias de su llegada a Norteamérica. Tu deber claramente es que te dediques por completo a *mademoiselle* Madeleine. *Vraiment*, me gustaría tenerlos a ambos, a ti y a Mathieu, para que me hagan compañía; pero mi seguridad no depende de la fuerza de ustedes, sino de la voluntad del Señor, *¿n'est-ce pas?* Mathieu me puede ayudar en ciertos aspectos, por más que no tenga la experiencia militar que tienes tú.

–Desearía no ser tan sospechoso, pastor, y poder despedirme con el corazón lo suficientemente tranquilo como para dejarlo solo con Mathieu. Pero, no lo sé... –dijo Armand, y se mordió el labio–. Quizás cuando regrese Alexandre.

El pastor retuvo la paciencia.

–Sé cuáles son tus sentimientos respecto a este asunto, Armand, pero espero ver un nuevo Mathieu que ha recuperado su coraje. En su cobardía, durante la huida, renunció a cualquier derecho de poder afirmar que verdaderamente quería a *mademoiselle* Madeleine. Y él sabe que la decisión de ella es justa. Pronto verás, Armand, que te has angustiado en vano.

Armand se mordió la lengua.



La mañana del 19 de octubre, el pastor Merson debía encontrarse con su sobrino, Mathieu Bertrand, en la fuente de la *rue*[2] de Saint-Jacques.

–Necesitaremos los caballos, pues será mejor que viajemos los tres hoy mismo –dijo Armand, dos horas antes del horario en que debían encontrarse–. Los traeré del campo, donde están pastando, antes de que vayamos a la fuente. De ese modo, podemos irnos en el momento en que lo deseemos. Tardaré media hora, aproximadamente.

Armand salió de la posada, tomando un camino angosto que lo llevaría hasta una pradera rodeada por un muro de piedra, contento de haber encontrado un tercer caballo el día anterior. Si los tres tenían cabalgadura, podían partir rumbo a Cette con mayor celeridad. Si habían de viajar con Mathieu, debían hacerlo a caballo.

Cuando Armand regresó a la posada, ató los tres caballos en el establo, y fue hasta la habitación. Estaba vacía.

En el salón principal, había varios viajeros borrachos, demasiado pobres para pagar una habitación, despatarrados entre una mesa y la pared, todavía medio dormidos. En un susurro, Armand le preguntó al posadero si había visto a su compañero.

–Sí, por supuesto –respondió este–. Salió hace unos minutos, y me pidió que te dijera que no te preocupes por él, porque se encargará del asunto por sí solo. Dijo que no tardaría mucho.

El corazón de Armand casi se detuvo.

–¿Mencionó a dónde se dirigía?

–No, pero preguntó cómo llegar a la *rue* de Saint-Jacques –dijo el posadero. Luego, se lo quedo mirando.

–¿Se siente bien, *monsieur*?

–No –dijo Armand–; pero si no te volvemos a ver, haz de cuenta que nunca nos conociste. Espero no llegar demasiado tarde.

Con eso, Armand giró bruscamente sobre sus talones y salió corriendo por la puerta a toda velocidad.



Mathieu Bertrand, vestido en su traje marrón con un pañuelo blanco al cuello, salió del ayuntamiento en Montpellier con un solo acompañante, un hombre rubicundo de sesenta años, con barba color negro azabache y cabello encanecido alrededor de la pelada. Caminaron quizás hasta unos cien metros de la fuente y se quedaron entre las sombras, bajo el balcón de una tienda, para esperar.

–Ese hombre que está del otro lado de la calle, caminando hacia la esquina en la que debían encontrarse, ¿es *monsieur* Merson? –preguntó el hombre mayor en un susurro. Bertrand asintió con rigidez.

Repentinamente, desde un callejón a la derecha un grupo de soldados disparó una ráfaga irregular de balas. Confundido, el asustado pastor se detuvo y dio media vuelta.

Un oficial salió al galope a la calle sacudiendo la espada.

–¡Alto el fuego, *fous*! ¡Ya lo tenemos! –les gritó a sus hombres. Entonces los soldados salieron en masa y tomaron al pastor por los brazos.

Mathieu Bertrand salió disparado, huyendo. Habría gritado, pero de su boca abierta no salió sonido alguno. En ese momento, un segundo oficial, que venía de la dirección hacia la cual Mathieu

acababa de girar, le hizo un tajo en el cuello con la punta de la espada, y el pañuelo blanco que llevaba en el cuello se tiñó de rojo.

Entonces estalló otra descarga de mosquetes, y las balas rebotaron por la calle. Un soldado que estaba de pie en una puerta de calle recibió un disparo en la pantorrilla y cayó al suelo con un grito de sorpresa. Otros soldados se tiraron al suelo mientras las balas de mosquete hacían añicos las ventanas y se enterraban en las pesadas puertas de madera.

El soldado que iba a caballo notó el cabello rubio de Mathieu y, luego de percatarse de su error, se encogió de hombros.

–Se suponía que había dos –le gritó a sus hombres mientras sacudía la espada manchada de sangre–. ¡Despliéguense! ¡Revisen el barrio!

Entonces se dirigió al sargento avergonzado que salía de otra casa:

–¿Acaso ustedes los dragones no tienen mejor control de sus hombres que eso? Deben haber sido tus astutos *feu de joie* los que asustaron al otro.

Las calles se llenaron de personas, algunas curiosas, pero mayormente antipáticas. Los soldados sintieron esto y, luego de buscar un poco con pocas ganas, pronto regresaron a donde estaba el capitán y los soldados que tenían preso al pastor Merson.

–Quizás no había otro –sugirió, esperanzado, uno de los que volvían de la búsqueda.

El jinete ahora ya tenía un poco más de autocontrol.

–No esperaba que encontraran algo, de todos modos –dijo enojado, mientras limpiaba la sangre de su espada en una viga de madera y la ponía devuelta en su vaina. La multitud dio un paso hacia atrás mientras el jinete se dirigía a donde estaba el pastor Merson.

–Bien, *monsieur*, supongo que tú eres el predicador. Por lo menos te tenemos a *ti*; eso es lo importante. El *Intendant* de Bâville estará encantado de conocerte. ¡Ha estado esperando este momento por algún tiempo, ya!

El oficial analizó el tamaño y el grado de agitación de la mu-

chedumbre que bloqueaba la calle en ambas direcciones. Luego, se dirigió a sus hombres:

–Si no logramos abrirnos paso de regreso a la ciudadela, bien puede ser que nos encontremos todos juntos en el infierno esta noche. ¡*Fous*! ¡Espero que estén satisfechos!



Armand, corriendo lo más rápido que podía, escuchó el sonido de los disparos reverberando por la calle angosta frente a él. Las calles se llenaron de gente curiosa y agitada, impidiéndole el paso. Sabía que ahora ya era demasiado tarde, que el pastor ya estaba o muerto o capturado, pero aminoró el paso y siguió caminando, abriéndose paso a la fuerza entre la muchedumbre cada vez más apiñada, que se lo retribuyó con miradas enojadas y empujones. Cuando llegó al lugar donde había ocurrido la emboscada, descubrió que estaba abarrotada de gente con ánimos de causar disturbios.

–¡Han capturado a un pastor! –confirmaban varias voces.

La noticia se esparció entre los centenares de ciudadanos que se agolpaban en derredor, mayormente ex hugonotes.

Jadeando y frenético, Armand miró a su alrededor, sin saber qué hacer. La multitud que estaba frente a él comenzó a retroceder, y en pocos momentos, pudo ver por qué. Una escolta de soldados, algunos a caballo, otros a pie, se estaba abriendo paso por el callejón. El pastor estaba atado a la montura de uno de los caballos, y Armand pudo ver por un instante su rostro pálido, pero sereno. Apretado contra una pared, Armand se quedó allí mientras la multitud, gruñendo, retrocedía a la fuerza, empujándolo y apretándolo cada vez más. Repentinamente Armand se percató de que los soldados, que se estaban abriendo paso entre la muchedumbre, asestando golpes con la parte plana de sus espadas o empujando con la culata de sus mosquetes, estaba llegando a donde él estaba. Las personas que estaban frente a él se retiraron, y ahora Armand quedó en primera fila.

Un soldado pateó el cuerpo de un hombre que estaba desparrama-

do en el medio de la calle, vestido de traje marrón satinado. Armand se estremeció. En unos pocos minutos él también quizás estaría muerto, tirado en la calle, con la ropa empapada en sangre. El cuerpo rodó, y Armand reconoció al sobrino del pastor. Pero no había tiempo para preguntarse por qué ni cómo había muerto Mathieu.

Armand sabía que los soldados estaban nerviosos y que tenían motivo para estarlo. Esa realidad le dio algo de esperanza. Quizás el pastor podía ser liberado aún. Un disturbio podía estallar en cualquier momento, y en estos callejones tan angostos le iría muy mal a los soldados. Sin embargo, aunque se leía el odio en cada rostro, los ciudadanos dudaban, pues los primeros en actuar casi inevitablemente morirían ante los disparos de los soldados, más allá de lo que sucediera después.

Aún sin una idea coherente en cuanto a qué podía hacer para ayudar al pastor, Armand se encontró a sí mismo mirándose a los ojos con un sargento montado a caballo, con el rostro transpirado. Al instante, se notó una expresión de reconocimiento en los ojos negros brillantes del sargento.

–¡*Sacre bleu*! ¡He visto a ese hombre antes! ¡Él es el otro!

En lo que fue un acto casi reflejo, le clavó las espuelas al caballo e intentó atraparlo contra la pared de piedra de una tienda. Pero Armand fue más rápido. Agachándose, saltó hacia la esquina cercana de un callejón, empujando a algunos ciudadanos y pasando por encima de otros que estaban en su camino. En medio del griterío y el tumulto que se produjo, el dragón sacó su pesada pistola y disparó hacia el fugitivo sin tomarse el tiempo de apuntar bien. Armand giró y comenzó a caer pero fue arrastrado detrás de la equina del callejón por aquellos que estaban cerca. Desapareció de la vista del soldado en un instante. Furioso, este le clavó las espuelas al caballo para que atropellara a la muchedumbre que estaba en la intersección, pero el animal, fastidioso o asustado por el alboroto, se levantó sobre las patas traseras, en vez de avanzar.

–¡No más disparos! –gritó el capitán–. ¿Acaso quieres que nos masacren a todos?

Sin embargo, el disparo resultó ser útil, pues aquellos que estaban al frente de la turba se escabulleron para atrás para abrirles paso, y los que estaban atrás, que se habían agachado para tomar adoquines sueltos, fueron forzados a retroceder también.

Se requirieron otros quince minutos de avance lento en un ambiente explosivo, antes de que el grupo pudiera acercarse lo suficiente al portón de la ciudadela como para que el capitán estuviera más tranquilo.

–¿Piensas que le acertaste el disparo? –le preguntó al sargento en voz baja.

–Quizás –gruñó el sargento, con los ojos examinando nerviosamente los rostros de la multitud que los rodeaba–; pero ¿cómo podría saberlo?



El *Intendant* de Bâville se inclinó hacia atrás en su enorme sillón, y miró fijamente al prisionero que estaba del otro lado de la mesa. La peluca marrón que tenía puesta caía en cascada sobre sus anchos hombros y hacía un lindo contraste con su traje celeste y el detalle plateado de su chaleco. Juntó las manos llenas de anillos sobre su extensa barriga, y estudió al pastor con un interés manifiesto.

El pastor Merson se encontraba de pie frente a él bajo un rayo de luz amarilla que entraba por una ventana alta y angosta, cerca del techo de la sala judicial, en la ciudadela. De pie junto al oficial y con menos iluminación, se encontraban el obispo, el subdelegado y varios monjes misioneros.

El pequeño ministro reformado, pálido pero sereno, estaba vestido en el traje marrón que acababa de adquirir el día anterior. Su camisa estaba levemente rasgada y su cabello estaba un poco desordenado luego de la golpiza que había sufrido durante el arresto y al dirigirse a la ciudadela. Tenía la muñeca derecha encadenada a la muñeca izquierda de un soldado, y dos mosqueteros a sus espaldas. El oficial que lo había arrestado y un suboficial con una lanza

corta estaban de pie, tiesos, detrás de ellos. La figura menuda del pastor hacía que este despliegue militar pareciera ridículo.

–¡Así que este es el lobo que se ha estado llevando las ovejas! –dijo el *Intendant* de Bâville, casi como hablándose a sí mismo–. Aunque, por lo que veo, no te pareces a un villano; pero no debemos juzgar por las apariencias.

Los modales del *Intendant* eran corteses, y no estaba utilizando su tono normalmente intimidante.

–*Monsieur,* nos has causado muchos problemas a fin de organizar esta reunión.

–Lamento haberles causado molestias, *monsieur,* pero usted comprenderá mi reticencia.

–Sin duda estarás al tanto de las penalidades publicadas para alguien como tú que sea atrapado en Francia.

–Sí, lo estoy, *monsieur*.

–¿Esto no te perturba?

–No, *monsieur*. Si es la voluntad del Señor que mi obra termine de esta manera, no me preocupa.

Bâville miró de reojo a los sacerdotes.

–Un final como este no es del todo necesario.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de Merson, pero no dijo nada.

–Estoy seguro de que Su Majestad lamentaría perder a un súbdito tan corajudo e ingenioso. Es posible llegar a algún tipo de arreglo.

–Agradezco el magnánimo interés de Su Majestad, pero debo declinar cualquier arreglo que implique dar información acerca de mis hermanos.

–Tenemos maneras de obtener esa información, hasta de los más testarudos.

El prisionero no se inmutó.

–Lo sé –dijo con tranquilidad–. Solo espero que el Señor, en su misericordia, permita que mi alma deje esta débil morada antes que pruebe ser indigno. El *Intendant* se quedó mirando fijamente el rostro tranquilo del pastor por un momento.

–Quizás eso no será necesario. Hay otras maneras en las que podrías subsanar los problemas que has causado a los siervos de Su Majestad.

–Le agradezco por esta consideración, pero no estoy en libertad de abandonar mi confianza.

El obispo interrumpió la conversación.

–Seguramente has oído hablar del caso reciente de Fulcran Rey. Un asunto de lo más deplorable. Muy desagradable para nosotros, también. Puedes creer que no nos gozamos en castigar a nadie.

El obispo esbozó una leve sonrisa de piedad y de condescendencia, que sabía que quedaba muy bien en su rostro ascético pero atractivo, que estaba enmarcado por cejas oscuras y cabello plateado. Vestido con una sotana y solideo, se sentía como si acabara de salir de un cuadro de devoción.

–He escuchado hablar de Fulcran Rey –respondió el pastor Merson–. Espero poder encontrarme con Dios tan dignamente como lo hizo él, si llegara a ser necesario.

–Fue un asunto de lo más desagradable –dijo el *Intendant*–; pero espero que haya servido de ejemplo, de modo que nunca tengamos que llegar a semejante desenlace.

El hugonote no dijo nada, pero levantó las cejas a modo de pregunta.

–Creo estar en consonancia con el pensamiento de Su Majestad en este asunto, y puedo prometer la mayor de las consideraciones para ti si ayudaras a apaciguar el fanatismo de esta pobre gente engañada entre la que has estado trabajando –dijo el *Intendant* con mucha labia–. Alguna palabra de tu parte animándolos a aceptar las cosas tal como son, a abandonar las conspiraciones y las convocaciones rebeldes, ayudaría mucho a restaurar la paz en esta provincia.

El pastor sacudió la cabeza.

–*Certainment* los sufrimientos de esta querida gente haría que hasta el corazón más duro se conmoviera –interrumpió el obispo–. Las leyes deben ser cumplidas, a fin de preservar el reino mismo. ¡Piensa en el derramamiento de sangre que podrías evitar, las vidas que po-

drías salvar, las almas ganadas para vida eterna si estos campesinos ignorantes e inquietos pudieran ser persuadidos a abandonar su resistencia hacia su soberano y hacia la verdadera iglesia!

–Su preocupación por el bienestar de esta gente es de lo más gratificante, *messieurs* –respondió Merson con voz suave–. Están siendo injustos con ellos, sin embargo, si piensan que una palabra de mi parte puede hacerlos abandonar la fe de sus padres. Y, aunque mi vida dependiera de ello, no intentaría socavar la fe de ellos aun si pudiera. No los cambiaría, pero me costaría el alma.

–Podrías salvar mejor tu alma si salvaras las vidas y previnieras las miserias innecesarias de muchos hombres, mujeres y niños –insistió el obispo, hablando todavía con mucha cortesía.

–No serías despedido con las manos vacías de aquí –añadió el *Intendant*–. Se te permitiría irte del país si lo desearas, y la expresión de aprecio de Su Majestad sería suficientemente grande como para permitirte comenzar una nueva vida donde lo desearas –hizo una pausa, y luego añadió–: Tienes una familia, *¿n'est-ce pas?*

–Así es, *monsieur*, y de buen grado quisiera volver a verlos. Pero no podría mirarlos a la cara si hubiera negado a mi Señor –dijo Merson, sacudiendo la cabeza–. Les agradezco a ambos, pero esto me hace acordar demasiado a las treinta piezas de plata de Judas.

Los monjes se movieron con impaciencia y miraron al obispo. Este mantuvo la compostura.

–Habíamos esperado esta firmeza de tu parte, y habla bien de ti. Pero *¿c'est posible* que no hayas pensado lo suficiente en cuánto bien podrías hacer si aceptas nuestra sugerencia? Los apóstoles aconsejan obedecer a las autoridades ordenadas por Dios. La responsabilidad de decidir dónde está el error no pertenece a esta pobre gente sino que descansa sobre la iglesia y el rey, quienes representan a Dios en la tierra. El pueblo no puede erigirse a sí mismo como juez, para decidir qué obedecerá y qué no. Esto llevaría a la anarquía, tanto en la Iglesia como en el Estado.

–Veo que desea reabrir el debate entre el obispo Bossuet y el pastor Claude –dijo Merson con una sonrisa fugaz–. Debo es-

tar de acuerdo con el pastor Claude en que, en última instancia, cada ser humano es responsable de sus propias decisiones y, si es iluminado por la santa Palabra de Dios a través de su Espíritu, aunque disienta con los reyes y los prelados debe mantenerse firme. El apóstol Pedro dice que debemos obedecer a Dios antes que a los hombres. Y yo pregunto: ¿qué habría pasado si nuestro Señor Jesucristo hubiera aceptado la autoridad de la sinagoga? *Non*, señores, ninguno de nosotros se rehúsa livianamente a obedecer al rey. De hecho, hemos sido de los súbditos más leales durante todo su reinado. Pero no podemos ceder nuestras conciencias ante sus demandas.

El obispo y el *Intendant* se miraron el uno al otro, y el rostro cuidadosamente sereno del obispo decayó.

–No tenemos temor de la muerte –continuó Merson–, porque tenemos pase seguro a una vida mejor; y sabemos que nuestra sangre servirá de semilla para propagar la verdad divina que algunos hombres ahora desprecian. Cuando Dios permite que los pastores sean sentenciados a muerte, predican con más fuerza y más efectivamente que cuando lo hacían en vida; y, mientras tanto, Dios levanta más obreros para su mies.

–*Eh bien, monsieur* –dijo el *Intendant* de Bâville–, creo que Su Excelencia el obispo puede estar en lo cierto y que tú necesitas tiempo para pensar más cuidadosamente sobre estas cuestiones, especialmente a la luz de tu deber hacia la gente de esta provincia, cuyo futuro tienes en tus manos. No nos apresuremos. El rey y la iglesia prevalecerán. Nosotros somos numerosos y ustedes pocos. Con el tiempo, esta herejía será extinguida, más allá de lo que hagas; pero está en tus manos el poder traer mayor paz al reino. Te ruego, piensa en estos asuntos por algunos días, y pronto volveremos a hablar al respecto. Mientras tanto, nos ocuparemos de que tengas las comodidades necesarias.

Bâville le hizo señas al subdelegado. Merson hizo una reverencia cortés, y el *Intendant* y el obispo inclinaron las cabezas. El subdelegado tomó al hugonote del brazo y lo llevó hacia la puerta.

Cuando el prisionero y su séquito hubo salido de la habitación, el obispo se dirigió a Bâville.

–Le apuesto cien *louis d'or* a que no podrá hacerlo ceder. Y será mejor que no extienda demasiado este asunto, ¡o se producirá un serio disturbio en toda la región! Enséñeles la lección y hágalo rápido. Solo Dios sabe qué planes estarán pronto en ciernes, si es que no lo están ahora mismo. Recuerde, no logró capturar al compañero del pastor.

El *Intendant* se puso de pie con un gruñido, desparramando papeles sobre la mesa.

–Es un asunto desagradable. Yo pospondría la ejecución lo más posible, si supiera que podríamos ganarle a uno como este. Y no se preocupe por la gente. He logrado lidiar con ellos lo suficientemente bien durante los últimos quince años. No habrá ningún rescate, si es eso lo que lo preocupa.

–Como usted diga –dijo el obispo, encogiéndose de hombros–. Pero por tratarse de una herejía que ha estado extinta por ley durante más de cinco años, ¡parece haber una cantidad asombrosa de reuniones secretas desarrollándose en esta provincia!

El rostro del *Intendant* se puso rojo como un tomate.

–Cuando usted le ofrece consejos a los siervos de Su Majestad, ¡no se olvide de que los problemas del presente se deben a que nos vemos obligados a limpiar lo que el clero ha ensuciado! El pueblo era suficientemente dócil antes de que yo tuviera que limpiar la ropa sucia de ustedes.

El obispo sonrió con aires de superioridad y salió de la sala seguido por los monjes vestidos de togas marrones, que le lanzaban miradas escandalizadas e indignadas al *Intendant* mientras se dirigían a la puerta. Bâville los ignoró, y estaba mirando por una ventana con el ceño fruncido cuando el subdelegado volvió a entrar en la habitación.

–¿Ya lo dejaste en su celda?

–Sí, Su Excelencia. Este no se irá a ninguna parte.

–Estoy de un humor terrible, Charles. Su Excelencia el obispo a menudo tiene ese efecto sobre mí.

–Sí, *monsieur* –dijo el subdelegado, permaneciendo de pie con compasión mientras el hombre mayor se volvía a sentar y comenzaba a jugar malhumoradamente con los rulos de su peluca.

–Tú sabes que no me preocupa mayormente la religión. Mi responsabilidad es gobernar esta provincia para Su Majestad. Es realmente difícil tener a estos religiosos inservibles sumando problemas, al enardecer todos los fanatismos que se fueron sumando a lo largo de los años. Yo era parte del personal del embajador en Roma cuando obligamos a Su Santidad a pedir el perdón de Su Majestad y a que disolviera la guardia papal. Los tiempos han cambiado –añadió el *Intendant* con nostalgia.

–Sí, *monsieur*. La Revocación ha complicado bastante las cosas.

–Siempre he condenado esa maldita Revocación. Fue un craso error, y el único que no sabe que tenemos una crisis en nuestras manos es Su Majestad. ¡Ese arco del triunfo! ¿Puedes imaginar una manera más grosera de establecer un nuevo orden entre los súbditos cuya ciudad ha sido arrasada, cuya vida ha sido destruida y cuya religión ha sido erradicada? Al rey le pareció que conmemorar la subyugación del pueblo sería una evidencia duradera de su majestad designada divinamente. Para el pueblo, es un recordatorio constante de lo que ha sufrido bajo la mano del rey.

–Supongo que el rey está bien protegido de palabras preocupantes de esa naturaleza, *monsieur*. Y no deberíamos desengañarlo.

–No podemos volver sobre nuestros pasos. Eso sería meternos más hondo en el abismo. Ahora ya no nos queda otra opción: debemos terminar las conversiones aun si eso nos obliga a quebrar a cada hombre, mujer y niño de la provincia sobre la rueda. No puede haber piedad cuando se trata de salvar al Estado –la expresión en el rostro del *Intendant* contradecía las palabras que acababa de pronunciar.

Bâville dio vuelta las manos y examinó los anillos llenos de joyas que adornaban sus dedos. Luego, continuó:

–Yo siempre dije que era un error presionar a los herejes con los sacramentos. Un asunto tal era innecesario.

—Ah, sí —concordó el subdelegado—. Ellos necesitan predicadores, no misas y ceremonias. El culto al que estaban acostumbrados constaba de sermones, himnos y oraciones. Haríamos mejor en apuntar a sus corazones, pues allí es donde se aloja la religión. No hay ninguna otra manera de llegar a ellos. Y lo que estamos haciendo profana infinitamente nuestra propia fe.

—Antes que utilizar más soldados y libros, deberíamos usar más jesuitas —dijo Bâville—. El pueblo odia a estos jesuitas, y la verdad es que no puedo culparlos por eso. Pero hasta los jesuitas hablan demasiado de multas, prisiones y del diablo. Y los *curés* son simplemente inservibles.

—Dudo que estemos persuadiendo a muchos, *monsieur* —añadió el subdelegado, perdiendo algo de su anterior confianza—. Si los reunimos, escuchan a nuestros predicadores como lo harían a un hechicero, y todo lo que hacen es deshecho de noche en sus asambleas secretas —hizo una pausa, mientras se miraba los dedos delgados y blancos—. ¿Cuán pronto deseas ver a este pastor hereje nuevamente?

—¿Qué diferencia le hace? Él está muy convencido de sí mismo. Tendremos que ejecutarlo en la horca, sin duda alguna. El otro que se nos escapó, el mayor: ese sí que es peligroso. Si esperamos demasiado, quién sabe la agitación que puede provocar.

—He oído que este mayor estaba en un tiempo bien posicionado en la corte.

El *Intendant* de Bâville se enfureció.

—No tan bien como Madame de Maintenon y Louvois, ¡de eso puedes estar seguro! Permíteme desengañarte, mi querido amigo. Mientras yo gobierne sobre esta provincia, no le hace diferencia alguna a quién pueda conocer en la corte algún rebelde. ¡Tenemos una soga preparada para ese, también!



Para un entendido en el tema de las ejecuciones, aquel día ventoso de octubre era perfecto para un ahorcamiento público. Y so-

lamente la víctima más crítica podría haber esperado un escenario más deslumbrante para su despedida. Desde el terreno elevado de la explanada de Montpellier uno podía ver los picos distantes de los Pirineos al oeste y los Cévennes al norte, y la línea azul delgada del Mediterráneo a unos pocos kilómetros al este.

Cada vez que alguien era ahorcado, azotado o quemado en la hoguera, una buena cantidad de curiosos acudía a lo que se suponía que eran espectáculos edificantes. Pero esta vez era diferente, y el *Intendant* de Bâville lo sabía muy bien. Ejecutar a un ministro reformado en una ciudad que todavía era secretamente más reformada que católica era buscar problemas, y las autoridades no deseaban correr riesgos. En vez del rejunte desordenado de los alabarderos y la milicia local que normalmente se utilizaba, habían traído tropas regulares desde otras guarniciones, y la ciudad había estado plagada de estos visitantes durante varios días. También habían concurrido varios campesinos que simpatizaban con la Reforma. Los espías de Bâville circulaban entre las muchedumbres, pero él no necesitaba que ellos le dijeran cómo estaba el humor de la gente, pues era evidente con solo mirar los rostros de los ciudadanos. La mezcla de gente en la ciudad se acercaba a lo explosivo. Pero el ahorcamiento rápido de los Dulac había sido una lección objetiva, y al proceder rápidamente a deshacerse del pastor Merson las autoridades esperaban apagar cualquier disturbio antes de que se iniciara.

Mientras amanecía esa mañana, el *Intendant* sentía con cierta certeza que nadie intentaría salvar al pastor. El mayor todavía estaba desaparecido pero, aparentemente, no había logrado nada hasta el momento, y los informantes traían rumores de que podría estar herido o muerto. Era la intención determinante de Bâville que el acto público de aquel día sirviera como lección saludable para los rebeldes secretos en Montpellier, y haría que cualquier otro pastor hugonote que pudiera estar pensando en regresar a Francia lo pensara dos veces.

En el centro del espacio abierto, se había armado una plata-

forma coronada por una horca. Estaba rodeada por un cuadrado hueco de soldados de infantería. A ambos flancos de los soldados de infantería había dos escuadrones de caballería, con los caballos pateando el suelo y sacudiendo las colas, y los jinetes sentados impasiblemente y mirando fijamente a la multitud. El frío de la mañana se estaba levantando, y la respiración de los caballos y los hombres ya no salía en forma de vapor.

Una doble línea de infantería mantenía un camino abierto en el medio de la muchedumbre hostil, a lo largo de la avenida hasta la ciudadela. Este parecía ser el punto peligroso para los oficiales que estaban sentados sobre sus caballos allí cerca y, cada tanto, ordenaban a los espectadores que retrocedieran hasta una distancia más segura. Los oficiales miraban por detrás de sus hombros con frecuencia, buscando tranquilidad de parte de la vista de las líneas de reserva que estaban bajo las murallas de la ciudadela, como si consideraran que las miradas de enojo de los ciudadanos fueran granadas con mechas prendidas.

A eso de las nueve de la mañana, una pequeña comitiva salió del portón de la ciudadela para recorrer la corta distancia hasta el patíbulo. Una veintena de mosqueteros marchó con ellos por la avenida marcada por la línea doble de soldados de a pie. Al medio, marchaba la figura diminuta del pastor Merson. El del pastor era quizás el único semblante sereno esa mañana en el pueblo. Caminó sin titubear ni tambalear, pues no lo habían torturado mucho. El *Intendant* estaba convencido de que, en vista de la firmeza del prisionero, torturarlo no serviría a ningún propósito útil y solamente inspiraría más compasión entre el público. También había ordenado que la ruptura prescripta de los huesos del prisionero con el pesado martillo sobre la rueda debía venir después, más bien que antes, de la ejecución. Estos procedimientos debían ser lo más breves posible.

Dos hombres caminaban con el prisionero. Uno de ellos era un sacerdote sumamente nervioso, que estaba transpirando aunque el día no era cálido aún. El otro era el subdelegado, también ner-

vioso, pero por otra razón. En algún momento había servido en el regimiento de Maine. Si Armand de Gandon había escapado, el pueblo tenía un líder formidable. Sus ojos saltaban de un lado a otro, intentando evaluar el tamaño y los ánimos de la muchedumbre. El verdugo, vestido de negro, caminaba detrás de ellos, también mirando de un lado a otro, nervioso de que hubiera una sola fila de soldados separándolos de la turba.

Cuando llegaron a los escalones del patíbulo, el subdelegado y un oficial de infantería ayudaron al prisionero, cuyas manos estaban atadas a sus espaldas. El sacerdote, sumamente nervioso, también tuvo que ser asistido para subir las escalinatas. Al formarse de pie sobre la plataforma, la multitud guardó silencio, y miles de ojos se quedaron mirando fijamente la escena que tan claramente se veía bajo la brillante luz del sol.

El prisionero intercambió cumplidos con sus escoltas. Pareció que hacía una petición, pero el subdelegado sacudió la cabeza. Era el momento en que el hombre condenado debía dirigir sus últimas palabras al público, y la multitud aguzó los oídos, expectante, para no perder palabra. Quinientos pares de manos tomaron con más fuerza sus mosquetes, y doscientas manos tomaron la empuñadura de sus sables. El pastor abrió la boca, pero el oficial inmediatamente hizo una señal y veinte tamborileros que se encontraban en la base de la plataforma comenzaron un redoble furioso que ahogó completamente las palabras del pastor. El ruido continuó durante el resto de los últimos preparativos.

Repentinamente la multitud contuvo la respiración unánimemente. Luego de un instante, todos suspiraron juntos. El tamborileo cesó, y miles de hombres y mujeres se quedaron mirando sombríamente a la figura negra, que colgaba entre el cielo y la Tierra.

---

[1] Gozo.

[2] Calle.

Capítulo 13

Tres cartas

Cuando Armand y Alexandre finalmente se reencontraron, a fines de noviembre, ambos estaban hechos una piltrafa humana. Alexandre había averiguado cuidadosamente en Montpellier en cuanto al paradero de Armand, y luego de ser enviado de uno a otro entre los nuevos conversos, finalmente localizó al soldado convaleciente en la Posada de Flanders, en el suburbio de Devillier, donde el pastor y Armand se habían hospedado originalmente. Un anfitrión cauteloso apareció en la puerta de Armand con el visitante. Armand estaba sentado en el borde de su cama, pálido y demacrado. Extendió el brazo izquierdo para saludar a Alexandre, cuidando su brazo derecho.

Armand notó que Alexandre estaba más delgado, con la piel de color rojizo por la exposición al sol y descalzo.

–Siéntate –dijo Armand, señalando hacia un taburete de tres patas.

Dejando la carta de Cortot a un costado de la cama para leer más tarde, Armand escuchó a Alexandre mientras describía sus aventuras. Luego le contó al muchacho sobre sus propias experiencias. Terminó diciendo:

–Siento que he sido una carga para los hermanos, pero sin ellos yo mismo hubiera terminado en las galeras. Me sacaron de la calle cuando ese maldito dragón me disparó, pero mi herida no era grave. La bala me traspasó el hombro sin tocar el hueso. Pero, para cuando nuestro pobre pastor llegó a su martirio, la fiebre me dominaba; estaba delirante por el efecto de los medicamentos y al borde de la desesperación. Los cazadores intentaron seguirme el

rastro durante días, pero fui llevado de bodega en bodega por las noches y atendido por almas fieles que seguramente habrían perdido sus vidas también, si alguien nos hubiera traicionado.

De Gandon se tocó el hombro derecho suavemente.

–No llamaron a ningún médico, por lo cual estoy agradecido, pues deseaba poder verlos nuevamente a todos ustedes; y he visto suficiente de la obra de estos hombres especializados como para saber que la suya es una profesión más asesina que la que los soldados podemos afirmar de la nuestra. Cuando pude hablar sobre mi situación con nuestros amigos, insistí en que me trajeran aquí. Nuestro anfitrión ha cuidado muy bien de mí. Yo sé que lo hace a cambio de dinero, pero aunque nunca le he dicho quién soy no es ningún tonto, y sospecho que lo sabe muy bien. Creo que no serían tan duros con él como lo serían con un nuevo converso si yo fuera descubierto. Yo sería solamente un huésped en una posada, y el dueño podría afirmar que no sabía nada sobre mí.

–Este sí que ha sido un asunto lento –comentó Alexandre. Armand asintió.

–Todavía estoy tan débil como un niño, comparado con como creo que debería estar. Había suficientes temas tristes sobre los cuales reflexionar mientras esperaba a que regresaras, y aunque estoy contento de que hayas regresado hasta aquí sano y salvo, debo decir que no veo muy esperanzador el futuro. Entiendo ahora cómo el pastor podía contemplar su martirio inminente con tanta serenidad. Dejar caer en tierra este manto, este cuerpo, dijo él, sería algo gozoso, y ahora puedo ver por qué este mundo podría parecer ya no muy atractivo.

–¿Es posible –reflexionó Alexandre– que hayas estado considerando estos pensamientos durante demasiado tiempo? Supongo que tú y el pastor Merson de verdad no esperaban que yo encontrara a mi padre, sino que deseaban que yo no estuviera cuando sucedieran las calamidades. Bueno, les agradezco por el gesto, pero tener esta carta de parte de mi padre me recompensa por el viaje, y supongo que aunque me hubiera quedado contigo

no hubiera podido detener ninguna de las calamidades. Pero todo eso ya ha quedado atrás. ¿Qué haremos ahora?

Armand se encogió de hombros cansinamente. Observó la sinfonía de harapos que cubría al muchacho.

–Yo debería hacerte esa pregunta a ti, Alexandre. Lo único que sé con seguridad es que no puedo aceptar el ofrecimiento del duque incluso si todavía está dispuesto a recibirme; no después de todo lo que he visto y oído durante estos últimos meses. Pero, más allá de eso, ¿qué haremos? No lo sé. Desearía poder continuar con la obra del pastor, pero no estoy capacitado para hacerlo. ¿Qué más podría hacer, que no fuera ser soldado? Esta herida debilitará el brazo con el que manejo la espada por un buen tiempo, quizá para siempre, pero podría trabajar de instructor para algún príncipe que esté formando compañías en los principados alemanes; quizás en Brandeburgo. Hay rumores de que se están movilizando allí, preparándose posiblemente para una nueva guerra que surja cualquier día de estos, y esta vez podrían ser todos los estados protestantes juntos contra Francia. También me he enterado de que algunos de nuestros hombres han sido bienvenidos en Moscovia, donde el nuevo emperador desea enseñar a su ejército los métodos europeos de guerra. Por supuesto, la guerra con los turcos parece durar eternamente, y hay algunos protestantes en Hungría que están sirviendo bajo las fuerzas imperiales. En cierto sentido, preferiría ir allí si pudiera, y no por el Rin o en los Países Bajos, pues sería menos probable que tenga que luchar contra mis antiguos compañeros de los ejércitos del rey. Así que pareciera que, si no me muero de hambre mientras tanto, pronto habrá muchas posibilidades de empleo.

Ninguno de los dos habló por unos instantes. Armand podía sentir la profunda afinidad que inspiraba el silencio atípico de Alexandre. Era extraño que este muchacho, al que apenas le comenzaba a salir la barba, pudiera apreciar mejor lo que Armand había sacrificado en Francia por unirse a los hugonotes. Con una punzada repentina, se dio cuenta de lo que en realidad motiva-

ba este sentimiento. Armand había llegado a considerar al joven Cortot como su propio hermano menor.

–¿Y qué hay de ti, Alexandre?

–Oh, yo pienso ir donde tú vayas –dijo impasiblemente.

–No puedes hacer eso –objetó Armand–. Yo no tengo un futuro prometedor. Tú lo sabes. Soy como los miles de exiliados por su religión. A menos que ocurra un milagro, el rey y la iglesia jamás cederán aquí en Francia, y es muy probable que seamos peregrinos y extranjeros el resto de nuestros días. No hay nada en esa vida para un joven brillante como tú. Como oficial en el regimiento de Maine o coronel de mi propio regimiento, habría estado contento de ayudarte a poner un pie en la escalera. Ahora, aprecio tu lealtad, Alexandre, pero debo insistir en que no digas más nada sobre esto. Has sido testigo este último año del futuro que un hombre de mis características puede esperar, y eres lo suficientemente joven como para evitar caminar en mis pasos. Si me aprecias y me respetas, deseo que me prometas que obedecerás la orden que te daré.

–¿Y cuál es esa orden? –sonrió Alexandre, como si supiera lo que Armand estaba por decir.

–El lugar para ti es Norteamérica. Desearía que hubieras podido hablar con tu padre, pues sé que habría dicho lo mismo. Esto no es solamente para que puedas estar con tu hermana, aunque confieso que me sentiría más tranquilo si estuvieran juntos nuevamente. Pero Norteamérica ofrece la posibilidad de libertad (si es que existe esa posibilidad en algún lugar). Podrías encontrar una profesión rentable y también podrías adorar a Dios en libertad, sin la opresión y la persecución que tenemos aquí, en Europa. No habría ventaja alguna para ti si me sigues a todas partes. Es muy probable que puedas morir de fiebre en algún pantano polaco o que seas atravesado por la lanza de algún *pandour* en una pelea entre príncipes bárbaros, de los cuales nunca escuchaste hablar anteriormente. La vida del lancero es dura, como dicen, "por una migaja de pan y un colchón de paja".

Armand hizo una pausa, pero Alexandre no dijo nada.

–Por lo tanto, a causa de todos los que nos preocupamos por ti,

debes obedecer como un buen soldado y presentarte ante tu hermana en Norteamérica y suplicarle que te perdone por abandonarla. Si te facilita las cosas, dile que yo te envié como mi última muestra de amor por ella. Dile también que nunca la olvidaré y que deseo que sea feliz. Debes ser su protector; alguna vez yo soñé con serlo.

Armand, triste, se quedó mirando fijamente al suelo y luego levantó la vista para observar el rostro de su compañero. Alexandre no parecía estar muy impresionado.

–Olvidémonos de Brandeburgo y de Rusia –exclamó el joven–. Cuando todavía trabajaba en el puerto de Rotterdam la primavera pasada, Madeleine me dijo que si tú deseabas que fuera a aquellas costas ella iría. Por otro lado, me confesó que estaba dispuesta a seguirte dondequiera que fueras, ya sea que tuvieras un "futuro prometedor" o no.

–Pero ¿y Mathieu? ¿Ya había cancelado su compromiso con él en ese entonces? –Armand se sorprendió ante su propio exabrupto.

Alexandre sonrió.

–Cuando llegaste con gallardía a nuestras vidas la primera vez, el daño fue hecho, sin duda. Pero Madeleine es tan testaruda como tú (u honorable, si lo prefieres), y dado que estaba comprometida con Mathieu no quedaba otra, a pesar de tu innegable encanto. ¡Cuántos problemas nos habrías evitado a todos si simplemente te la llevabas, como tus ancestros solían manejar estas situaciones! Hasta el pastor sabía lo que estaba sucediendo, y me dijo al inicio de nuestro viaje que, por lo que él sabía, Mathieu estaba desquiciado y que ya no tenía interés en Madeleine; y que era mejor que fuera así.

Armand permaneció sentado por un largo rato.

–*Mais oui, il le dit* (él lo dijo) –su miserable orgullo, vez tras vez, casi lo había arruinado. Finalmente, Armand intentó sonreír.

–*Eh bien,* hubiera sido lindo que me aseguraran algo de esto con anterioridad; es decir, antes de irme de Holanda. Pero, ahora me percato de que la forma en que yo me estaba comportando pudo haber suscitado algunas dudas respecto de mí.

–Judith está con Madeleine –le recordó Alexandre–. Si me ordenas ir a Nueva York, no me disgusta en absoluto.

A Armand se le hizo un nudo en la garganta, pues desde que tenía fiebre sus emociones estaban a flor de piel. Ya fuera que Madeleine lo aceptara o no luego de todos estos malentendidos, tendría que ser un mozo de cuadra o un vendedor ambulante, si fuera necesario, con tal de estar con ella.

–Creo que ya estoy en condiciones de viajar, así que permíteme asegurarle, *monsieur*, que luego de entregar una carta en París...

Alexandre discrepó rápidamente una vez más.

–No creo que estés en condiciones de viajar. Déjame entregar la carta por ti. No es tan riesgoso para mí como lo es para ti. ¡Tu descripción aparece en carteles en toda la provincia, créeme! Deberías reservar tus energías y dirigirte al Atlántico, no al Mediterráneo, aunque está cerca. Es la forma más barata de salir de aquí, y probablemente más seguro que intentar salir por Ginebra. Se dice que algunos barcos ingleses cobran solamente siete *livres* por cabeza. Los hermanos aquí conocen los caminos usuales para ir a la costa, y te ayudarán para que no necesites viajar más lejos ni más rápido de lo que tu fuerza te permita. Podemos encontrarnos del otro lado del canal.

Armand sonrió con ironía. El muchacho se había convertido en hombre: racional y decidido.

–Tienes razón, Alexandre –asintió Armand, luego de pensarlo brevemente–. Escribiré la carta ahora y, ya que la tienes aquí, haré una copia de la carta de tu padre. Si vamos por caminos diferentes, la carta tendrá más probabilidades de llegar a destino. Ahora, si nuestro anfitrión logra encontrar una gallina que esté lista para entregar su vida por una buena causa, podrás cenar y descansar mientras estoy ocupado.



Ya estaba oscuro afuera. La vela, casi consumida, lanzaba sombras parpadeantes sobre las paredes del aposento sombrío. Alexandre dormía sobre la cama en una esquina, tapado con la capa de Armand. Apoyando la pluma sobre la mesa, Armand dobló la

carta que había estado escribiendo. En la cara externa de la hoja escribió con cuidado: "Para *monseigneur, le duc de Lauzières, a son hotel,* Versalles". Se quitó el anillo y buscó el trozo de cera, pero antes de sellar la carta, la desdobló para darle una última leída rápida.

Montpellier
17 de noviembre, 1691

Estimado señor:

Una vez más deseo agradecerle por su amable interés en mí, llamándome "hijo". No he tomado esa denominación a la liviana, pero tengo un Padre cuya autoridad debo colocar antes que la suya y por encima de la del rey. Solo puedo servirlo a él. Salvo por el dolor que le he causado, señor, he tenido la inmerecida buena fortuna de darme cuenta a tiempo que *patria cara, carior libertas*.[1] Probablemente no lo vuelva a ver nunca más. Es por eso, *milord,* que me despido respetuosa y afectuosamente.

Armand selló la carta con cuidado. Miró de reojo a Alexandre, quien dormía, y luego tomó la carta que había escrito Isaac Cortot. Notó que no estaba dirigida a nadie en particular, y tampoco estaba firmada al final. Las personas que llevaban cartas enviadas secretamente por los prisioneros de las galeras eran sabiamente circunspectas. La misiva había sido escrita en papel de mala calidad y la tinta era peor aún, pues ya se estaba poniendo de color marrón. Una pluma miserable también contribuía a que fuera difícil de leer.

Mientras Armand se preparaba para copiar la carta, le dio un vistazo. Podía imaginar la voz del buen hombre diciendo estas palabras. Recordó cómo, hacía más de seis años, se había sentado a la mesa de Isaac Cortot en su cómoda casa, rodeado por su esposa y su familia. Al renovar su amistad con este viejo camarada de su

padre, se había involucrado con la familia. ¡Cuán diferentes habían sido las suertes de ambos desde esa noche! Tomando la pluma con tristeza, Armand copió lo que Isaac había escrito:

> Es mi esperanza, mis queridos hijos, que estas palabras puedan animarlos con la evidencia de las misericordias de Dios, y que puedan fortalecer vuestra fe en las tribulaciones que seguramente tienen por delante en estos tiempos peligrosos. Cuando me detuvieron justo antes del puente en Ginebra, hubo quienes deseaban ocultar el propósito de nuestro viaje, pero yo sentí que eso deshonraría a Dios y afirmé claramente que había esperado poder huir del reino. Durante algunos días me trataron bien y me visitaban frecuentemente aquellos que esperaban instruirme. Por cortesía, consentí en que me visitaran, aunque les aseguré que estaba bien convencido de que la mía era la única y verdadera religión. Si yo estaba equivocado, y le placiera a Dios convencerme de ello brindándome nueva luz, no dudaría en seguirlos con celo y gozo, para la gloria de Dios. Cuando dejé bien en claro que no podía obligarme a mí mismo a abrazar una forma de adoración que consideraba desagradable para Dios, ni unirme en comunión con aquellos que me obligarían a tal culto, se fueron y nunca más los vi.
>
> Fui enviado a una mazmorra, saliendo de esta una sola vez para oír pronunciar mi sentencia a las galeras, y luego tuve que esperar hasta que se formara una cadena de presidiarios. Dado que Dios puso en mi corazón el deseo de permanecer fiel a él, incluso hasta la muerte si era necesario, puse la mejor cara que pude para soportar alegremente

las penalidades por causa del Señor. Estuve tirado en ese calabozo casi un mes entero, y allí el Señor me dio la seguridad de que continuará sustentándome hasta el fin, y que siempre proporcionará sus dones y su gracia, a pesar de las pruebas que deba sufrir, si es su voluntad.

Cuando se formó la cadena de presidiarios, sufrimos un poco por las cadenas que nos colocaron y por el clima frío y húmedo, al viajar al sur. Nuestros collares y cadenas pesaban unos setenta kilos. Muchos de nosotros estábamos enfermos, y yo también tuve un brote de fiebre. Pero ni los empujones, ni las blasfemias, ni el duro viaje ni el robo de nuestras pertenencias por parte de los guardias podían separarnos del amor de Dios, demostrado hacia nosotros en su Hijo, Jesucristo.

El viaje fue largo, y tuvimos una demora de una semana en cierto lugar, mientras se añadían algunos hermanos de París a la cadena. Hubo momentos en los que pensé que sería libertado de las fatigas de esta vida, pero le plació al encargado de la cadena ser movido a compasión y pude ir en uno de los carros la mayor parte del viaje, aunque no había paja para hacer de colchón y utilicé mi sombrero de almohada. Llegué a Marsella más delgado y débil por la fiebre pero, gracias a Dios, en vías de recuperación.

Al principio, se comentaba que me iban a enviar con los demás inválidos, como esclavo a las plantaciones en Norteamérica. Aunque no importa dónde muero, ya sea en alta mar o en tierra firme, en Europa o en Norteamérica, el Señor consideró que podría glorificar mejor su nombre en la galera a la que fui asignado. Por

un tiempo estuve en la *Grande Reale,* que era el navío de carga, y luego me pasaron al *Hardi.*

Primero fui encadenado a un banco con otros cuatro prisioneros, y pensé que no sobreviviría a los azotes de los *comites.* Nos comían vivos todo tipo de bichos y dormíamos amontonados, uno arriba del otro, como cerdos en una pocilga. Nos iban a dar medio kilo de carne y medio kilo de pan todos los días, pero la mayor parte de la comida nos la robaban los capataces. Los domingos, la hostia era elevada en la popa y, si no levantábamos nuestras gorras en señal de respeto, éramos azotados por los *comites.* Ellos lo llaman, a su manera, "pintarle la espalda a Calvino", mientras al remar lo llaman "escribir en el agua con la pluma de Calvino".

Luego de un tiempo, fui transferido al *Fière* y libertado de la banca. Me han hecho el siervo de un capataz y le he caído en gracia a uno de los oficiales, a quien le enseño álgebra. Me ha ofrecido dinero si lo necesito, y me envía exquisiteces de su mesa.

El capitán de nuestra galera me ha utilizado con gran cortesía y respeto, y me ha permitido colocar mi hamaca en su camarote cuando hace frío. Nos regocijamos con el aire fresco, y ninguno de nosotros está enfermo. Que estas bendiciones que Dios me otorga les de consuelo y alegría. Ya estoy tan acostumbrado a este lugar como si hubiera estado aquí toda la vida. El hierro que llevo en el pie por la noche pesa solamente un kilo y medio, y tengo libertad de caminar por donde se me plazca durante el día. Les aseguro que no tengo tantos motivos para

quejarme, como quizás ustedes se imaginaban.

Solamente cuando vienen misioneros a bordo, somos maltratados o atados con cadenas o azotados. Nuestros camaradas, entonces, nos dicen que nos quitemos las gorras en señal de respeto, no para indicar un cambio en nuestra religión, y que luego oremos a Dios, a Calvino o a quien se nos plazca; pero no nos parece conveniente a nosotros actuar de esta manera. Es solamente al llegar a puerto que somos hostigados de este modo.

No me cabe duda alguna, hijos míos, que Dios continuará otorgándonos su favor, y los llevará a ustedes a un lugar seguro. Estoy seguro de que la aflicción que le place traer sobre nosotros no se compara con la gloria futura que será revelada en nosotros, y pongo mi confianza en el texto de Santiago: "Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman". Bendito, dice el Salvador, es aquel que sufre por una buena causa.

Deseo, mis queridos hijos, que me otorguen siempre la asistencia de sus oraciones, pues yo por mí mismo no soy más que debilidad y enfermedad. Deberíamos ser lámparas ardientes; pero, en nuestra propia fuerza no somos más que fósforos humeantes.

Por un tiempo, luego de terminar, Armand permaneció sentado sumido en su pensamiento. Finalmente, se levantó y se dirigió a la cama para sacudir a Alexandre, que estaba profundamente dormido.

–Es hora de que emprendas tu viaje, muchacho, si deseas avanzar todo lo posible esta noche.

–Muy bien, mayor, estoy listo. Cuídate, y nos encontraremos en algún lugar del camino; quizás, en Nueva York.

–¿Tienes suficiente dinero?

–Unos pocos *livres* me vendrían bien, si es que tienes de sobra; pero no necesito mucho. Recurro a las amas de casa maternales, así que como bastante bien, dadas las circunstancias. Supongo que a ti te iría mejor con alguien más joven.

Armand sonrió.

–Que Dios te acompañe, hermano; creo que ya puedo dirigirme a ti de esa manera. Si llegas a Nueva York antes que yo, ya sabes el mensaje que debes decir de mi parte.

Alexandre no estaba dispuesto a aceptarlo de ese modo.

–Madeleine tiene un muy mal concepto de mi honestidad como mensajero. ¡Escríbelo! –dijo Alexandre, levantando la pluma y dándosela a Armand.

Armand, sintiéndose un poco ridículo pero, a la vez, contento de poder crear un documento que expresara su gran anhelo, obedeció la orden de Alexandre: "Voy a tu encuentro, Madeleine. Si me amas, todo estará bien". Armand sospechó que Alexandre había echado un vistazo curioso por encima de su hombro, pero no le dio importancia. Selló cuidadosamente esta carta también, y se la encomendó a su estimado compañero.



–Confiamos en que Su Excelencia pronto estará mejor de salud –dijo el rey en su modo cortés habitual–. Sin duda, el haber reposado en su hogar apresurará, una vez más, esta feliz condición, y podremos disfrutar nuevamente de su presencia leal en la primavera.

La noticia se esparció entre los cortesanos como una corriente eléctrica. El Duc de Lauzières, que alguna vez había sido el favorito inexpugnable, estaba bajo una nube. ¡Qué placentero!

El duque hizo una reverencia en silencio, y la procesión real continuó. Permaneció impasible hasta que la puerta doble al final de

la sala se cerró detrás del séquito real. Luego, dando media vuelta, se alejó arrastrando los pies. Hombres de menor importancia habrían sido enviados con una *lettre de cachet*[2] a uno de los departamentos elegantemente amueblados de la prisión de la *Bastille*, para recuperar allí el respeto apropiado hacia la autoridad del rey. ¡Ah!, en fin; todavía padecía un poco de la enfermedad que lo había llevado a Dauphiné unos meses atrás. La prórroga sería terapéutica, de hecho. En unos pocos meses sería bienvenido nuevamente en la corte y podría reanudar su existencia carente de sentido. ¿Quién sostiene la vela en el *coucher* esta noche? ¿Sonreirá el rey mañana al pasar? "¿Podría Su Majestad proveer una dote para mi sobrina? Ella posee títulos de nobleza pero poco dinero".

¿Qué más se podía hacer salvo burlarse de los rivales, disimular los bostezos y ver quién está adelante en las eternas disputas por precedencia? Quizás el muchacho tenía razón. Quizás entendía mejor que el mismo duque lo que le daba verdadero sentido a la vida, algo por lo cual estaba dispuesto hasta a arriesgar su propia vida. ¿Cómo lo había expresado en la carta? "El tiempo nada es, la eternidad lo es todo". "*Patria cara, carior libertas*", había dicho. El duque todavía recordaba lo poco que había aprendido de latín: "La patria es preciada, pero más lo es la libertad".

¡Cuán distinto podría haber sido! Con toda certeza, nadie podría reemplazar a Armand. Bueno, el duque ya estaba demasiado viejo y cansado como para cambiar su forma de vida, aunque lo deseara. Uno debía vivir según lo requería su estatus, tal como lo requería ser el último representante de un gran linaje noble. Entonces, algún día, el doctor haría algunas sugerencias discretas, y se apresuraría a ir a un monasterio, el más cómodo posible. Habría instrucción, el enmendado de algunos hábitos devotos descuidados, y luego... bueno, ¿quién sabía con certeza qué vendría después?

Cuando ese joven pícaro y presumido había importunado a su portero y a su mayordomo hasta que le permitieron entrar con la carta de Armand la otra noche, había sacado una pieza de oro para recompensarlo. Pero luego, por razones que no le importaba

mucho analizar cuidadosamente, le había dado al joven pillo una letra de cambio de su cuenta bancaria en Holanda por mil *louis d'or*, para que se la llevara a Armand. ¿Había hecho algo absurdo? *Certainment*, pero siempre había creído en los grandes gestos de filantropía. ¡*Noblesse oblige*! Aun así, difícilmente podía igualar el gesto de renuncia de Armand por mera indiferencia hacia las consecuencias prácticas. Era un gesto de despedida, de todas maneras; y esperaba que este acto fuera entendido por el hijo que casi había tenido. No podía odiar a Armand por el dolor que le había causado, pero eran pocos los hombres que perdían a un hijo único dos veces.

Al acercarse a la puerta de salida, el duque notó que, por primera vez luego de muchos años, podía moverse como si fuera invisible. El séquito habitual de aduladores, extrañamente, ya no lo seguía. Era casi divertido. Volverían con todas sus energías, listos para halagarlo una vez más, cuando se hiciera público que había sido restaurado al favor del rey. Los labios del duque se torcieron formando una sonrisa socarrona. ¡Estos eran los "amigos" que uno tenía en Versalles! A la puerta del *château*, el duque se subió a su silla de manos y fue llevado por el camino hacia la oscuridad de la noche.

---

1 "La patria es preciada, pero más lo es la libertad".

2 Carta de distinción.

Capítulo 14

Escape por mar

Una semana después de la partida de Alexandre, Armand se encontraba en su pequeño cuarto estrecho y oscuro en el cuartel de Flanders, vistiéndose lentamente para su viaje. Partiría en media hora, cuando oscureciera. Armand todavía se sentía débil y cansado, pero su coraje había mejorado notablemente durante la última semana. Un caballo prestado lo esperaba en la puerta. Los hermanos le habían dado instrucciones meticulosas, que lo ayudarían a cruzar por Francia, justo por el centro hostil de Toulouse y luego al noreste, hasta la zona de Rochelle. En cada paso de su viaje esperaba encontrar a algún simpatizante secreto con quien alojarse.

Armand acababa de colocarse los guantes y estaba por ponerse el sombrero, cuando escuchó voces en la sala de estar en el piso inferior. La puerta de su habitación estaba levemente abierta y se acercó a ella para escuchar, apoyándose en el marco de la puerta y mirando de costado hacia afuera.

Sentado en una mesa frente al fuego, había un dragón de capa amarilla. Estaba solo en la sala, salvo por el terrateniente, que estaba de pie junto a la mesa, listo para rellenar el vaso del soldado. El dragón, que acababa de secarse la boca con la manga de la camisa, estaba haciendo preguntas.

–Quizás hayas visto a este sujeto. Es alto, fornido, de porte militar, y probablemente protege su brazo derecho, que puede estar quebrado o herido. Hay una gran recompensa por este desgraciado, y dado que una de las damas que encontré junto al pozo pensó que lo había visto aquí en tu posada, pensé que podrías saber dónde encontrarlo. Sería muy conveniente para ti si ayudaras. El rey no escatima, cuando se trata de atrapar traidores.

El dragón miró a su alrededor y, así, la expresión de preocupación del anfitrión pasó desapercibida. Continuó hablando:

–¿Tienes un huésped en este momento? Vi el caballo ensillado afuera.

El mesonero respondió en voz tan fuerte que el dragón se dio vuelta sobresaltado y desconcertado para mirarlo.

–Esa mujer anciana es bastante chismosa, ¿verdad? No hago míos los asuntos de los demás, como hacen algunos. Un buen número de individuos altos con el brazo malherido podría pasar por aquí, y no le prestaría mucha atención. ¡Mi memoria es tan mala que para mañana ya habré olvidado que hoy un dragón entrometido intentó sacarme información!

–¿Estás sordo, hombre? –preguntó el dragón. Evidentemente decidió lo contrario y se puso de pie–. Algunos civiles tienen una manera insolente de responder a una pregunta amable. A veces algunos golpes pueden asistir sus memorias defectuosas.

–No me asustas –gritó el posadero en la misma voz poco natural–. Yo serví un periodo en el regimiento de Vermandois, y conozco bien a los soldados como tú. ¡Los dragones son simplemente soldados de infantería demasiado perezosos para caminar!

–¡Un posadero que se cree astuto! –dijo el soldado–. A menos que retires esas palabras, te aseguro como que mi nombre es Dupin que cruzaré esta mesa y haré que te tragues los dientes. Yo...

Repentinamente, el dragón cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Entornó la mirada, y comenzó a desenvainar el sable; pero era demasiado tarde. A sus espaldas, escuchó que un hombre le decía en voz baja:

–Quita tus manos de tus armas y quédate quieto allí donde estás.

El dragón obedeció, maldiciéndose a sí mismo en voz alta por su estupidez. La búsqueda se había extendido tanto que no había esperado encontrar pistas a esta altura. Había entrado distraídamente a esta posada casi sin propósito definido. Si había algún otro soldado en el vecindario, probablemente estaba borracho en otra taberna. No debería haber entrado solo, considerando que los

herejes eran tan numerosos en esta provincia, pero uno no esperaba encontrar hugonotes en posadas humildes. Cautelosamente, giró la cabeza.

De pie, en la puerta, había un hombre alto y apuesto, vestido con ropa para viajar. La luz no era muy buena, pero el rostro del hombre parecía pálido; sin embargo, había algo familiar en él. Lo que le resultó sumamente interesante al dragón, sin embargo, fue la pistola de caballería en la mano izquierda del hombre, que apuntaba al estómago del dragón. Entonces, peor aún, llegó el reconocimiento: había encontrado a quien buscaba, el mayor Armand de Gandon, el héroe del regimiento de Maine. Pero de Gandon sostenía la pistola. El dragón miró de un lado al otro en la habitación. Había unos pocos bancos y algunas mesas pesadas pero nada a su alcance que pudiera arrojar.

–No intentes nada heroico en este momento –dijo el mayor con voz serena–. Podrías llegar a lograr que alguien venga, pero sería demasiado tarde para ayudarte de todas maneras.

Una mirada a los ojos de Armand convenció al dragón de que hablaba en serio. La pistola parecía muy estable por ser que la sostenía en la mano izquierda, pero quizás era zurdo. Oyó un pequeño ruido a sus espaldas y vio que el mesonero tenía un atizador en la mano.

–Estoy convencido –dijo rápidamente.

–Quédate quieto, héroe –dijo el posadero con voz poco amable–. Quiero tu espada y tu pistola.

–Cuidado, *monsieur* –dijo el hombre que estaba en la puerta–. Ningún improperio. El dragón solamente estaba cumpliendo con su deber, pero lamento que haya venido aquí justo ahora. No deseaba involucrarlo en este asunto.

–Yo estaba intentando decirle a usted que se fuera, mayor. No me habrían sacada nada de información, y una golpiza no me hubiera importado.

–Lo sé –dijo de Gandon–, pero pensé que quizás habría otros soldados afuera y, dado que él notó la presencia del caballo, podría haber intentado detenerme cuando estuviera montando. Por lo que

ahora pienso que este soldado, sargento, *¿n'est-ce pas?*, y yo deberíamos dar una vuelta juntos. Quizá no lleguemos muy lejos; pero no puedo permitir que seas recompensado con maldad luego de toda la amabilidad que me demostraste en mi momento de necesidad.

Al dragón se le puso la piel de gallina y se le secó la boca.

–Nunca lograrás salir del pueblo –dijo con un gruñido.

–Si tienes razón, amigo, no creo que sea bueno para *ti*. Cabalgaré justo detrás de ti y, si llegáramos a encontrarnos con alguno de tus amigos y no colaboras conmigo, no me quedará otra opción que vaciar esta pistola en tus riñones. Esto angustiará a tus amigos, pero por lo menos tus problemas no se prolongarían.

El soldado tragó saliva. Parecía no haber una réplica apropiada. De Gandon le habló al posadero, aunque sus ojos permanecían clavados en el dragón.

–*Mon ami,* toma la pistola de este hombre. Y por favor trae mi caballo hasta la puerta y cúbrenos, mientras montamos. Será mejor que nos apresuremos antes de que llegue algún otro. Nuestra visita y yo saldremos cabalgando hasta el campo en forma amigable, y espero que mantenga presente que está en un brete, ¡pues si alguien nos detuviera!...

El dragón se ponía cada vez más nervioso, recordando vívidamente su trato grosero reciente.

–¿Cuál le gustaría a Su Eminencia que fuera nuestro tema de conversación? –dijo–. Soy propenso a sufrir ataques de nervios cuando alguien me apunta con un arma, y las fuentes de mi creatividad quizá no fluyan tan copiosamente.

–Oh, hay un buen número de cosas que están agitando el reino en estos días –dijo de Gandon en tono informal–. Por ejemplo, ¿quién tiene precedencia: barberos-cirujanos o cirujanos-barberos? ¿Se sabe con certeza si Su Majestad se casó con Madame de Maintenon? ¿Es saludable comer pescado? ¿Hay una racha notable de envenenamiento en el reino? Yo tomaré la iniciativa y tú puedes comentar mis afirmaciones.

El posadero apareció nuevamente en la puerta. Armand de

Gandon le indicó caballerosamente al prisionero que saliera delante de él, y salieron a la oscuridad de la noche. Las estrellas brillaban fríamente en el cielo, y la luna estaba recién comenzando a salir detrás de la colina sobre la cual Montpellier estaba construida. Los gases acres del montículo de estiércol en el patio llenaban el aire. El dragón montó su caballo en silencio. La calle estaba desierta. La esperanza, que hasta el momento había persistido en el sargento, se esfumó. Tuvo una nueva secreción de saliva y tragó ruidosamente.

El mayor montó su caballo con dificultad. El dragón lo notó con interés, pero el posadero le apuntaba con la pistola. De Gandon miró al posadero desde su montura.

–Le estoy agradecido, *monsieur*. Ha sido sumamente amable con uno que no es de tu religión. Lamento que haya sido puesto en una situación peligrosa, pero haré todo lo que pueda para impedir que lo afecte. Que Dios lo bendiga a usted y a este pobre país. Dudo que nos volvamos a ver.

–¡Vaya con Dios, mayor! Y que tenga un buen viaje. No se preocupe. Si este jinete no habla, nada me sucederá. Estoy feliz de ver que la presa se les escape a los "grandes"; y fue un placer ayudar. Algún día, espero que podamos invertir la situación con ellos, y entonces dejaremos que los intendentes y los obispos y todos los otros *monseigneurs* descubran cómo son las prisiones, y también cortaremos algunas cabezas. Ustedes, los hugonotes, quizá no prediquen esto, pero algunos de nosotros estamos cansados de que nos roben y nos pasen por encima –rió el posadero desagradablemente–. ¡Y buenas noches para usted también, dragón! No tiemble así. Pronto estará suficientemente caliente, pues el fuego del infierno está bien alimentado.

De Gandon y su anfitrión intercambiaron saludos, y luego el sargento tomó la delantera para salir del pueblo. Saludó al centinela que estaba en la puerta de la ciudad, y el centinela hizo señas de que prosiguieran, sin comentario alguno. Anduvieron por huertos de árboles frutales sin hojas y comenzaron a ascender por

los matorrales de las colinas, dirigiéndose al oeste por el camino a Grabels, si su sentido de orientación era correcto. La luna proveía suficiente luz para que los jinetes pudieran ver con claridad. Una brisa hacía crujir las pocas hojas que quedaban. El único otro sonido era el ruido melancólico de los cascos de los caballos al pisar la tierra y el chillido ocasional de algún ave nocturna.

–Dobla hacia la derecha aquí –dijo de Gandon finalmente cuando estaban lejos de cualquier ser humano.

Detuvo su caballo en un pequeño claro. Ahora había algunas ruinas visibles entre ellos y el borde de la arboleda achaparrada. La hilera de lápidas detrás de la capilla desmoronada no le brindó mucha esperanza al dragón. Aunque su educación religiosa había sido somera, la referencia del posadero a los horrores del infierno había despertado su imaginación.

El mayor se puso frente al prisionero, que lo miraba bajo la luz de la luna.

–Seguramente entiendes cuánto lamento esto –dijo de Gandon cortésmente–. Estarás de acuerdo con que, bajo las circunstancias, no tengo otra opción.

El dragón miró fijamente la pistola, y no dijo nada. La luz de la luna era tan brillante que podía ver el grabado ornamental en el cañón de la pistola. No estaba enfrentando a un caballero común y corriente con un arma adornada, sino a un líder militar cuya valentía era una leyenda.

–Incluso si mi fuga fuera segura –continuó Armand–, no podría permitir que mi anfitrión fuera castigado por tener piedad de mí. Si no hubieras aparecido en ese momento, me hubiera ido pronto, y nadie se habría dado cuenta.

–¿Me permitirás decir mis oraciones y confesar mis pecados? –preguntó el dragón, con la garganta seca y la voz ronca.

–Verdaderamente, no tendría tiempo para una lista como la que resultaría de esa iniciativa –respondió de Gandon.

–Tu opinión de los dragones parece un poco negativa. ¿Crees que al matarme podrás hacer justicia por mis faltas?

–No estoy intentando hacer justicia. ¡Eso realmente sería un proyecto muy ambicioso! No te angusties. Si las dragonadas y las ejecuciones continúan, los hombres como tú pondrán frenéticas a estas personas, y a pesar de todos los esfuerzos de sus valientes pastores por evitarlo, la sangre de ustedes no será la última de los servidores del rey en ser derramada.

–Le agradezco por la consolación –dijo el dragón, esta vez con cortesía sincera–. ¿Serviría de algo si le dijera que no soy ningún asesino de pastores ni de ninguna otra persona, y que tengo muy mala memoria, de tal manera que para cuando llegue la mañana no podré recordar dónde estuve la noche anterior y con quién hablé? He escuchado que el consumo excesivo del vino barato de esta región tiene ese efecto.

Su cuerpo se puso tenso mientras de Gandon lo miraba pensativamente.

–Dios sabe que no me gusta esta situación; pero me parece que eres muy audaz para pedir misericordia luego de lo que tú y tus acólitos le han hecho al sur de Francia. Tengo amigos que han pasado por esto. Uno está en las galeras ahora, y otra está en Norteamérica, probablemente sin un solo centavo. Y luego está el pastor Merson, que ahora está bajo una lápida de piedra caliza en Montpellier.

–Puede creerme, *monsieur* –dijo el soldado con seriedad–. No encuentro placer en perseguir pastores. Solamente obedezco órdenes, como debe hacerlo todo soldado. Usted mismo es un oficial, y pudo haber dicho lo mismo en algún momento. Creo que los hugonotes son personas imprudentes, pues hacen de las formas de su religión algo tan obligatorio; pero son franceses, y me avergüenza lo que se les ha hecho. Conocí a su pastor una vez en Saint-Martin, cuando se le dijo que su iglesia debía ser destruida. Lo tomó como un verdadero caballero, debo decir. Sé que eran sus amigos los que estaban allí, y no tengo excusa alguna para lo que se les hizo. Dado que en nuestro último encuentro fue mi propia mala suerte el haberle herido el brazo, aunque no alcancé a captu-

rarlo, puedo entender que no tenga buena voluntad hacia mí. No puedo culparlo si no me cree, pero haré la siguiente propuesta: separémonos aquí sin más dilación, y me comprometo bajo mi palabra de honor (pues todavía me queda algo de honor) que no diré nada sobre usted ni sobre ese posadero descarado, en vista de su intención de abandonar el país. Si no puede confiar en mi palabra, se me acabó la suerte y la próxima jugada depende de usted.

El soldado esperaba desesperadamente que su dilatado discurso pudiera inspirar cierta camaradería con de Gandon, quien también había dedicado años a resolver problemas en el nombre del rey, sin importar su propia humanidad; sin duda intentando mantener algún sentido de su propia integridad mientras llevaba a cabo tareas que resultaban contrarias a su propia compasión. ¿Se había sentido también de Gandon cada vez más degradado con cada nueva tarea, y su sensibilidad se volvía más disgustada luego de cada acto de violencia?

De Gandon observó pensativo al dragón, quien mantenía serena la vista.

–¿Cuál es tu nombre, soldado?

–Dupin, señor. Etienne Dupin. Sargento en el regimiento de dragones de la reina.

El silencio que se produjo luego pareció durar una eternidad. De Gandon finalmente respiró profundo.

–No tengo el derecho de arriesgar la vida de mi amigo allí atrás, pero con Dios por testigo, estoy harto del derramamiento de sangre y confiaré en tu palabra. Si es falsa, regresaré de cualquier lugar donde esté y dedicaré el resto de mi vida a encontrarte, si es necesario. Mi sentido común me dice que te fusile allí donde estás, pero puedes agradecerle al pastor Merson, a quien quise más que a todo otro hombre, pues él pensaba que a Dios no le agradaba que yo llevara a cuestas un arma cargada, considerando que era mejor que los hijos de Dios sufrieran como ovejas en medio de lobos, y que debíamos resistirnos a cometer injusticias o derramar sangre en defensa propia. Dado que él está muerto, no pudo detenerme

de cargar esta arma. Pero estuve demasiado tiempo con él, creo, y tienes suerte de que haya conocido a ese hombre piadoso. Hace un año no me hubiera resistido a hacer lo que parecía necesario.

–Tienes mi palabra –exclamó el soldado, sintiéndose aliviado–, y aunque no soy un cristiano practicante, pediré un rezo por el alma del pastor. Sin duda un hombre de sus características consideraría la fuente y no se sentiría ofendido.

–Gracias por esa consideración. Ya que estás, ora por los miles de ciudadanos franceses que permanecen en esta tierra o que escaparon al exterior y que comen el pan de aflicción, cuya única ofensa fue que deseaban adorar a Dios tal como creían que él deseaba ser adorado. Oraré por el rey para que pueda ser mejor aconsejado y que su ejército pueda tener un empleo más honorable. Ahora, ¡adiós!

–Adiós –respondió el dragón, sintiéndose repentinamente incómodo con algo casi espiritual revolviéndose en el pecho. Estiró la mano espontáneamente para saludar a de Gandon, y entonces el protestante salió galopando entre los árboles y desapareció. El dragón se quedó sentado sobre su caballo durante unos minutos, sumido en sus propios pensamientos, mientras su caballo observaba tranquilamente a los animales nocturnos que aleteaban suavemente a la luz de la luna.

–¡Qué negocio loco! –se murmuró a sí mismo–. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué no podríamos hacer si no hubiéramos obligado a personas como él a escapar, engrosando las filas de nuestros enemigos? Y ahora, Dupin, más vale que pienses en una buena historia para inventar acerca de tu espada y tu pistola. Esta vida se me está yendo de las manos. Será mejor que me busque una moza apropiada y me retire del ejército mientras esté sano todavía. ¡Esta vez estuve demasiado cerca de la muerte!

–Podría decir que me emborraché en una taberna y que me robaron, pero eso demuestra mucha pobreza de inventiva. Pero ser astuto puede ser peligroso, como lo he descubierto esta noche –dijo con un escalofrío–. Me pregunto si esa pistola, en realidad, *estaba* cargada.



Las personas que rodeaban la mesa se movieron nerviosamente. Madame de Maintenon se enderezó en su asiento y se encontró con la mirada de Louvois brevemente. Entonces el *Secretaire d'Etat* tomó la posta.

–Lo que su Majestad ve en estas... manifestaciones insignificantes (el regreso de un ministro descarriado, la deserción de unos pocos oficiales descontentos, este disturbio), es la agonía del lecho de muerte del monstruo. Abominaciones como esta nunca mueren sin ese último suspiro desesperado.

Bajo la mesa, Louvois tocó la pierna del confesor del rey con la punta de su sandalia de cuero. *Pere* de La Chaise, siempre el apaciguador de aguas turbulentas, intervino con elegancia.

–¡Francia *ha sido* salvada y purificada! Su Majestad puede estar seguro de que el país en general está contento. Millones de almas han sido salvadas por la revocación de ese edicto pernicioso. Los altares de la verdadera fe han sido restablecidos y Su Majestad es aclamado por los piadosos como el nuevo Carlomagno, el nuevo Teodocio, el nuevo Constantino. Tal como dijeron los padres en el Concilio de Calcedonia: "Has fortalecido la fe; has exterminado la herejía". Verdaderamente, majestad, es el gran logro de su reinado: el hecho supremo por el cual el mundo lo recordará.

Madame de Maintenon se tranquilizó luego de un momento tenso, notando el cambio de expresión de su esposo, pues aunque ella se sentía segura de su devoción, no le gustaban los arrebatos de ira que podían surgir en contextos privados como estos, y él la había acusado nada más ni nada menos que de duplicidad: "una conspiración contra su integridad", según lo expresó él. Ahora, en respuesta a las palabras tranquilizadoras de su confesor, Luis XIV casi sonrió, y su rostro reflejó la piedad por la que Madame de Maintenon tanto lo amaba.

Pere de La Chaise retomó su homilía con una expresión de elegancia angelical en su rostro:

–Todos sabemos que Holanda y los príncipes alemanes fomentan el fanatismo, pues son nuestros enemigos. Hemos obtenido grandes victorias sobre ellos en el pasado y, si fuera necesario, lo volveremos a hacer. El ascenso de Guillermo de Orange al trono de Inglaterra puede parecer un augurio poco feliz, pero ¿en qué momento no fue Inglaterra nuestro más acérrimo enemigo? ¿De qué otra manera demostrarán los justos su lealtad si no es enfrentando un enemigo tan inicuo? Pero dentro del reino, en Francia misma, se percibe un respaldo alegre. La destrucción de la herejía antigua, la purificación de una nación, todo logrado sin violencia, sin derramar una sola gota de sangre...

Louvois interrumpió abruptamente:

–Puedo informar que el número de fugitivos que regresaron ha aumentado enormemente.

Luis se mostró complacido. El confesor sonrió con benevolencia y observó detenidamente al grupo, girando llamativamente para dirigirse a Madame de Maintenon.

–Siendo que el futuro de la iglesia ocupa un lugar especial en su corazón, Madame, sé que esto le debe producir un gozo sumamente santo.

Con el corazón henchido de satisfacción, Madame de Maintenon habló con más entusiasmo que lo normal, con los ojos fijos en el rey.

–El buen padre tiene razón, Su Majestad. Sus enemigos extranjeros pueden decir que son los sentimientos religiosos los que por momentos agitan tus dominios. Pero es el espíritu de insubordinación, de desobediencia, como ese joven que era el *protégé*[1] del duque de Lauzières. Nada en realidad es tan cruel como la laxitud. La herejía se aísla a sí misma de Dios y el hombre; la iglesia no. No es necesario utilizar ninguna restricción, sino solamente una firmeza suave, sabia y eficaz. Nada ha sido tan efectiva en convertir a las personas engañadas de su reino como el ejemplo de la piedad propia de Su Majestad.

–Sin duda tienes razón en tu valoración de la situación, Madame –dijo el rey.

Animada de esta manera, Maintenon observó rápidamente al resto de la mesa antes de proseguir:

–Gradualmente, los pocos que están desagradecidos a Su Majestad por la pacificación y la salvación del reino pasarán. La carne y este mundo nada son, y es necesario que al tratar con estos incorregibles recordemos que la verdadera caridad es capturar el alma. Si algunos de los padres continúan siendo hipócritas, por lo menos todos los hijos serán católicos.

Con eso, sonrió orgullosamente al *Grande Monarque*. Él, a su vez, se mostró distendido; su conciencia había sido tranquilizada; su ansiedad, aliviada. Como debería hacerlo una buena esposa, ella lo había ayudado a superar esta incertidumbre oscura para encontrar paz espiritual.

Y luego esta nueva aflicción. Madame de Maintenon observó que el rey ponía tensa la mandíbula por un instante. El dolor que sentía a veces en el pecho probablemente había vuelto. Pero, siempre leal a sus deberes de estado, el rey tomó cansinamente la siguiente pila de papeles. Ella sabía que su esposo estaba dispuesto a ignorar cualquier sufrimiento personal por el bien de Francia, la nación que debía su propia existencia a la capacidad de dedicación del rey, la concentración de todas sus energías y las energías de sus súbditos en valores compartidos, un dogma compartido y un propósito compartido. Este *Grande Monarque*, este hombre a quien Madame amaba tan profundamente, era en cierto sentido la personificación de Francia.

Aunque el rey había tomado un nuevo conjunto de documentos que requerían su atención, ella sentía que su mente todavía estaba en el tema que acababan de tratar. Esa era su naturaleza. Madame debía ser paciente con sus breves titubeos.

–Bien, caballeros, asegúrense de que estos disturbios sean duramente reprimidos –dijo el rey con un suspiro–. ¿Cuál es el siguiente tema que debemos considerar? ¿El control del precio del trigo?



Armand de Gandon se encontraba de pie en una playa del Atlántico azotada por el viento. Era un poco después de medianoche y el aire estaba cargado con una tormenta invernal que se aproximaba. En algún lugar de la oscuridad del agua había un velero inglés, sin luces y nervioso, esperando para recoger a los hugonotes que estaban tiritando en la orilla.

Los nervios estaban tensos, casi al punto de quiebre. El bote del navío había venido a la playa tres veces, guiado por un farol ensombrecido, había sido sobrecargado de hombres, mujeres y niños, y había vuelto a salir hacia la oscuridad. Cada vez había pasado una eternidad hasta que regresó. Los que esperaban en la playa estaban ansiosos y aguzaban los oídos para percibir el sonido de los remos, pero la única respuesta que recibían era la arena arremolinada por el viento que les entraba a los ojos. Para ellos, cada mata de hierba larga que era movida por el viento podía ser un dragón que avanzaba sigilosamente para apresarlos, y en cada cambio del silbido del viento les parecía escuchar una patrulla que se aproximaba.

Había habido más personas en la playa de lo que el capitán inglés esperaba. Sus marineros tenían tanto miedo de ser atrapados como los fugitivos. Objetaban en su lenguaje maleducado cuando el guía les dijo que debían regresar una vez más. Pocos de los que estaban en la playa entendieron lo que se dijo, pero el mensaje fue suficientemente claro.

Armand permaneció sereno. Después de todo lo que había pasado, uno no podía desanimarse ahora. Le ayudó a una viuda consternada a ubicar a sus cinco hijos e intentó consolar a una pareja de ancianos que habían sido apartados a los codazos durante el último embarque.

Entonces se oyó el sonido chirriante de la madera sobre la arena, y pudieron divisar con dificultad la proa del bote, mientras las tablas del mismo crujían con el vaivén de las olas. Los ingleses todavía se quejaban para sus adentros.

Los fugitivos restantes corrieron hacia el bote, sin prestar aten-

ción al agua helada que les llegaba hasta la cadera, ansiosos por salir a la seguridad precaria del mar. El guía tomó su farol, y Armand observó mientras centelleaba y luego desaparecía entre las dunas. La tarea de este hombre había concluido una vez más.

La viuda cacareaba frenéticamente por su nidada. Salvo por un hombre anciano aristocrático, cuyo sombrero el viento acababa de volar hacia la oscuridad, eran los únicos que quedaban en la orilla. La mujer tenía tres de sus hijitos en el agua, y el timonel los estaba subiendo a bordo. Armand levantó al más pequeño, lo subió a sus hombros, y dio un paso al costado para que el otro fuera por delante. Ahora lo estaban ayudando al anciano tembloroso a subir al bote y lo enrollaron en una frazada. Armand le alcanzó el niño a un marinero.

El agua helada se arremolinaba alrededor del cuerpo de Armand mientras hacía una pausa para mirar por última vez su tierra natal, invisible ahora bajo el manto de neblina que descendía flotando en la oscuridad. Asió la mano del timonel. Allá, cruzando las aguas oscuras y agitadas estaba Inglaterra, y más allá de Inglaterra estaba Norteamérica. Allí enfrentaría mil incertidumbres; allí tendría que buscar una nueva profesión, aprender un nuevo idioma. Pero de algunas cosas estaba seguro: Nunca más levantaría su espada a sueldo; nunca aceptaría riqueza ni poder al precio de su conciencia; nunca rendiría su alma al dominio de un rey.

Subió por el costado del bote, mientras el agua se escurría de sus ropas y chapoteaba alrededor de sus tobillos, intentando no perder el equilibrio mientras el barco se mantenía sobre la cresta de una ola para salir de la orilla.

–Madeleine –susurró. Y aunque ella estaba a casi cinco mil kilómetros de distancia, Armand sintió en su corazón que Madeleine le respondía.

---

[1] Protegido.

Epílogo

Durante el resto de la guerra descrita en la parte I, los *vaudois* sirvieron fielmente a su duque. Un ejército aliado formado en Italia en el verano de 1692 hizo un intento desganado por invadir Dauphiné, pero poco se logró. Los hugonotes locales mantuvieron un prudente perfil bajo y no se unieron a los invasores, y los suizos continuaron con su neutralidad. En 1693, Catinat derrotó severamente a los aliados en Marsiglia, cerca de Pignerol, desalentando cualquier otro intento de invadir Francia. Los regimientos hugonotes en esta batalla pelearon con tanta obstinación que fueron eliminados casi por completo. Entre los muertos se encontraba el capitán Huc.

Casi tan pronto como el duque de Saboya se unió a los aliados, retomó negociaciones secretas con los franceses y, en 1696, se volvió a aliar con Francia, cambiando de bando una vez más. El precio que pagó fue la cesión de la fortaleza de Pignerol y los valles circundantes, eliminando así la "lengua" de territorio francés y moviendo la frontera nuevamente al monte Genèvre, donde permanece hasta hoy. Además, su hija de doce años fue prometida como esposa del nieto de Luis XIV, y más tarde llegó a ser la madre de Luis XV. (¡Durante la siguiente guerra, en 1703, el duque volvió a cambiar de lado y se unió a los aliados!)

En el tratado general de paz firmada en Ryswick en 1697, los gobernantes protestantes se "olvidaron" de las esperanzas hugonotas de un regreso a Francia y la restauración de la libertad de culto. La guerra en esencia había llegado a un punto muerto, y la preocupación principal de las potencias de Europa en ese momento era la inminente división del Imperio Español. Los hugonotes, decepcionados, tuvieron que esperar noventa años más por el res-

tablecimiento de la tolerancia religiosa en 1787, promulgada por Luis XVI solamente dos años antes del inicio de la Revolución Francesa. François Vivens y Claude Brousson fueron líderes pioneros de la "Iglesia en el desierto". Vivens fue perseguido y matado en 1692. Brousson fue ordenado al ministerio y, luego de tres largos y peligrosos viajes misioneros por Francia, fue capturado y ejecutado por Bâville en Montpellier en 1698.

Aunque volvió a aliarse con Luis XIV luego de 1696, el duque de Saboya *sí* les permitió a sus súbditos *vaudois* permanecer en sus valles. Pero, en 1698, decretó la expulsión de cualquier protestante de origen extranjero. Por consiguiente, el pastor Arnaud tuvo que irse. Vivió sus últimos años en los asentamientos *vaudois* en el sur de Alemania y murió cerca de Stuttgart en 1721. La preocupación continua por los *vaudois* por parte de los estados protestantes ayudó a evitar más persecuciones violentas. Finalmente se les otorgaron derechos civiles a los *vaudois* con las reformas constitucionales que llegaron al Piamonte luego de 1848.

El **Dr. Walter C. Utt**, profesor del Pacific Union College [Colegio de la Unión del Pacífico], EE.UU., desde 1951 hasta 1985, era un especialista en historia francesa con un interés particular en los hugonotes, minoría protestante perseguida en Francia. Los alumnos del Dr. Utt recuerdan su habilidad de hacer que el pasado se volviera vívidamente real. Encontrarás, en esta descripción de la penosa situación de los hugonotes y los *vaudois* [valdenses], una historia apasionante de coraje y entrega a Dios.



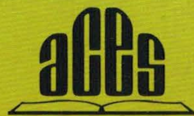
Parte uno

Esta es la historia del "Glorioso Regreso" de los *vaudois* [valdenses] a sus valles, en el sur de Francia. Aunque su ejército contaba con menos de mil soldados, lucharon contra el rey de Francia y Su Alteza Real, el duque de Saboya, y se defendieron contra ejércitos de veinte mil hombres. Milagrosamente, lograron recuperar sus tierras ancestrales y restablecieron la adoración a Dios, que había sido prohibida durante tres años y medio.

Parte dos

Los *vaudois* ahora podían regresar libremente a sus preciados valles, pero los hugonotes seguían siendo exiliados en el exterior o eran una minoría perseguida en Francia pues, en un país que ordenaba la uniformidad religiosa, se les prohibía adorar según lo dictaban sus conciencias. A Armand de Gandon lo espera la aventura, la tragedia y la esperanza, al regresar arriesgadamente a Francia para servir a la "Buena Causa". ¿Podrían estos exiliados volver a adorar libremente en su patria alguna vez?

Helen Godfrey Pyke, profesora de Inglés en la Southern Adventist University [Universidad Adventista del Sur], en Collegedale, Tennessee, EE.UU., completó la parte dos de este tomo con los manuscritos incompletos del Dr. Utt.



ISBN 978-987-567-946-7

